



la
sangre
y la **Esperanza**

Nicomedes Guzmán

Nicomedes Guzmán
La sangre y la esperanza

Esta edición se basa en la publicada
por Ediciones Orbe, (Santiago de Chile), en 1943

NICOMEDES GUZMÁN

LA SANGRE Y LA ESPERANZA

Barrio Mapocho

NOVELA

INDICE

PRIMERA PARTE:	6
El coro de los perros	
Cap. Primero: La viruta	7
Cap. Segundo: El pago	28
Cap. Tercero: Frontera de bruma	43
Cap. Cuarto: La palabra de Dios	53
Cap. Quinto: Primero de Mayo	68
Cap. Sexto: La honra	89
Cap. Séptimo: Pan Candeal	103
Cap. Octav: El hecho ocurrió en Bulnes	116
SEGUNDA PARTE	
Las campanas y los pinos	137
Cap. Primero: Rutas de agua	138
Cap. Segundo: La correa	159
Cap. Tercero: Garras	167
Cap. Cuarto: Los compañeros	173
Cap. Quinto: Leontina	180
Cap. Sexto: Los pechos estériles	190
Cap. Séptimo: Sala de Hospital	200
Cap. Octavo: ¡Hácele, Pancho Panul!	212
TERCERA PARTE	
Suceden días rojos	224
Cap. Pimero: La risa	225
Cap. Segundo: La abuela	241
Cap. Tercero: Elena	250
Cap. Cuarto: Fantasmas	263
Cap. Quinto: La sangre	285
Cap. Sexto: La esperanza	304

“Hablo de cosas que existen,
Dios me libre de inventar cosas...!”

Pablo Neruda
“Estatuto del Vino”

Primera Parte

EL CORO DE LOS PERROS

CAPÍTULO PRIMERO

La viruta

1

BAJO, de una estatura que traicionaban apenas unos cuantos edificios de dos pisos, arrugado, polvoriento, el barrio era como un perro viejo abandonado por el amo. Si las lluvias y las nieves de aquellos años tuvieron para él azotes de inclemencia, el buen sol supo resarcirlo en su desamparo con las profundas caricias de sus manos afectuosamente calientes. Y hasta buscó, a la llegada de los crepúsculos, en los ojos turnios y legañosos de sus ventanas, el reflejo de sus largas barbas, antes de despedirse del mundo y de los hombres.

Era la vida. Era su rudeza. Y eran sus compensaciones.

Y nosotros, los chiquillos de aquella época, éramos el tiempo en eterno juego, burlando esa vida que, de miserable, se hacía heroica.

Allá, la calle San Pablo. Acá, el depósito de tranvías y los grandes talleres de la Compañía Eléctrica. Y entremedias, nuestro dolor inconsciente, nuestros aros de hierro que conducíamos con un garfio de duro alambre, nuestros carretones de torcidas ruedas en que hacíamos los Ben-Hur, nuestros ficticios arrestos de Jorquera, Castillo o Plaza⁽¹⁾, nuestros trompos desastillados o nuestros

¹ El autor alude a tres grandes corredores pedestres de Chile. Recuerdese que Juan Jorquera batió, en el año 1918 en Buenos Aires, el record mundial de la marathón, estableciendo el tiempo de 2.23' 4/5", hasta ahora no superado. Desgraciadamente, dicha performance no fue homologada. Floridor Castillo actuó en forma halagadora en pistas chilenas y extranjeras. En cuanto a Manuel Plaza, después de brillantes triunfos en cam-

revólveres y caballos de palo con que nos disputábamos el derecho a ser un Eddie Polo⁽¹⁾. Acaso las calzadas y las aceras, con sus altos y bajos, con sus piedras sueltas y sus pozas, se opusieron al libre curso de aquella nuestra vida de animalillos libres. Pero no importaba. Éramos niños. Y no había obstáculos para nosotros, pues los que hubiera salvábamos a costa de empeños que, al cabo, nos resultaba una sucesión de esfuerzos.

Hoy pienso en lo que habría valido la vida para muchos de nosotros sí, de mayores, hubiéramos confiado a los brazos del esfuerzo la realización de nuestras aspiraciones. La vida nos zamarreó a todos. Cuál más. Cuál menos. Pero, si en la infancia salimos triunfantes, el juego de los años maduros se pudrió en la apatía y el desaliento. ¿Falta de fe? Yo meditaré algún día sobre esto. Mas para ello es necesario, primero, una ablución en el tibio recuerdo, en la clara añoranza y en la luminosa realidad de aquellos años, en los que, si cabían miserias, rudezas y dolores, casi no los sentíamos, porque ahí estaban los mayores para sufrir y luchar por nosotros.

Era el tiempo, el recio tiempo del despertar de nuestros padres, del despertar de nuestros hermanos. Rodaban en ensordecedor bullicio los vigorosos días del año veinte. O del veintiuno. O del veintidós. ¡Pero qué sabíamos nosotros de esto! Allí, en los trompos desastillados, en vertiginoso baile, la vida nos era como un arco iris al cual pudieran faltarle uno, dos o todos los colores. Mas tampoco considerábamos este detalle, porque ¡maldito, lo que sabíamos de colores! A no ser que se tratara de volantines, en los que sólo apreciábamos tres: el azul, el blanco y el rojo, ¡siempre que el primero llevara una estrella pegada a su fondo!

peonatos nacionales e internacionales, remato segundo en la marathon de Amsterdam, en 1928.

¹ Recuerdese al celebre cow-boy, ídolo de los niños en la época en que se desarrolla la novela.

Los años han borrado de mi cerebro los rasgos de casi todos los pequeños camaradas de aquella época. Y sí algunos prevalecen, entre ellos se destacan la fisonomía enérgica de Zorobabel y la de su hermana Angélica, avivada por unos dulces y apacibles ojos. Demasiado crecido para sus diez años y demasiado pequeño para la responsabilidad de hombre que ya tenía, Zorobabel era el compañero indispensable de nuestras correrías. Y cuando, por las tardes, el trabajo le daba oportunidad para incorporarse de nuevo al país de la infancia, los palomillas lo acogíamos como él se lo merecía. Sus pantalones largos, y las ampollas y callos que honraban sus manos, eran credenciales suficientes para que lo respetáramos como jefe. Pero sí el muchacho era necesario a nuestra pandilla, su hermana, la triste Angélica, era ya indispensable al mundo de mis sueños, ¡y qué de cosas no imaginé para el futuro frente a sus ojos, a sus lágrimas y a su tibia ternura!

Hoy no preciso de imaginación. Me basta evocar. Y he aquí cómo la vida se me entrega entera en la realidad pasada.

Por aquel entonces habíase instalado en el depósito de tranvías la potente sirena que, si no me equivoco, hoy todavía existe. A las cuatro y media de la madrugada lanzaba su primer alarido, destinado a anunciar que las actividades tranviarias comenzaban. En un principio, todo el barrio se despertaba a ese grito. Luego, después de corto tiempo, el hábito se cuidó de guardar el sueño del vecindario en aquel momento. Pero para aquellos que pertenecían al personal de la Compañía Eléctrica no valía el hábito. Y arrojaban el sueño de los párpados, si no a la primera, a la segunda llamada de la sirena.

Yo sentía, me acuerdo, crujir el catre de los vecinos (la mayoría era del personal) y el catre de mí mismo padre no se libraba de quejarse a esa hora, porque, como maquinista que era, a veces le valía alguna de las llamadas.

Se levantaba rápidamente. Y yo, hundido en mí lecho, le oía chapotear, lavándose. Y le oía, también, en seguida, calentar el café puro en el anafe de espíritu de vino. Las más de las madrugadas yo tomaba en ese rato mi primer desayuno, pues mi padre, cuando me encontraba despierto, nunca dejaba de participarme un poco del caliente líquido y un trozo de áspero pero sabroso pan candeal.

Después sentía su ternura de padre sobre mi rostro al estamparse en un leve beso y en el ligero daño que me hacían sus bigotes. La visera de su gorra rozaba mi frente. Y después de cerrar la puerta con cuidado, sus pasos se perdían por la galería crujiente. Las voces se encontraban en la calle. Y había tonadas. Y había silbidos. El ensordecedor traqueteo de los tranvías que salían no cesaba.

Era la vida.

3

Fue una de esas madrugadas.

La sirena llamó como de costumbre, una, dos veces. Sin embargo, los carros no se oían salir. En cambio, un rumorío de enorme colmena que se rompía, de cuando en cuando, en gritos e imprecações, se agolpaba en la calle.

Sujetándome los calzoncillos, salí a la ventana. Vivíamos en una de las pocas casas de dos pisos. Y desde arriba me era posible apreciar bien el espectáculo. El personal se reunía abajo, llenando un buen trecho de la calle Mapocho. Y una fila de hombres se oponía en los portones del depósito a la entrada de los que se obstinaban en trabajar.

Era la huelga.

Empezaba a lloviznar. Clareaba. Los eucaliptos que se alzan frente al depósito -tras los cierros de zinc y las barreras de hierro

que resguardan el canal que por allí pasa- se inquietaban haciendo bailar sus alargadas hojas, bajo una brisa audaz que quería ser viento.

-¡Viva la Federación Obrera de Chile!..

-¡Viva!...

-¡Vivan los tranviarios federados!..

¡ Vivan!..

Los gritos y los vivas ardían en el aire. Y un entusiasmo loco iba apoderándose del ánimo de los trabajadores tranviarios. Las cobradoras, con sus blancos delantales y sus brillantes sombreritos de hule negro, se confundían entre la muchedumbre masculina, gesticulando con calor. Aquello cobraba alma. Y esta alma dominaba sobre esa humanidad, flameando como una emocionada bandera.

Un maquinista trepó a uno de los portones. Y desde allí comenzó a perorar con voz ronca y decidida. Cuando bajó, lo sucedió otro compañero. Después habló una mujer.

La luz del día ya alumbraba firmemente. Se apagaron las ampolletas del depósito. La llovizna no cesaba.

Yo tiritaba de frío. Mi madre y mi hermana mayor se habían levantado también. Y estaban a mí lado, en enaguas, tiritando igual que yo. No de frío, sino de miedo. ¿Miedo a qué? ¡Qué iba a precisar yo! Pero era miedo el que las inquietaba, el que les avisaba los ojos, el que ponía temblorosos sus labios secos. No me cabía duda. Pronto esto quedó bien en claro.

-¿Y tu padre, dónde estará? No lo diviso por ningún lado...- me dijo lloriqueante mi madre.

-Por qué no bajamos, mamá... -insinuó mi hermana-. ¡Hay que encontrar a mi papá! ¡Tenemos que encontrarlo, es tan "metido" en estas cosas, quizá qué le pueda pasar!...

-¡Sí, hay que ubicarlo! - recalcaba mí madre, nerviosamente, golpeando el suelo con un pie-. ¡Hay que ubicarlo, lo haremos subir!...

Pero no hubo necesidad de hacer trabajar más la vista. Sucediendo a la mujer -que habló sin subirse al portón-, mi padre, mi bueno y cariñoso padre, trepó hasta arriba como un gato. Y de pie sobre uno de los gruesos pilares, comenzó, serenamente, a hablar a la gente. Había un formidable calor en sus palabras, que yo no comprendía. No sé por qué me imaginaba que sus brazos gesticulantes eran las ramas de un robusto árbol, cargadas de hermosos frutos.

Estaba entusiasmadísimo.

-¡Papá, papá! -le gritaba, asomando la cabeza por un vidrio roto-. ¡Papá, papá!...

Mis ocho años se desencadenaban en gritos. El júbilo se desbordaba en mí.

-¡Cállate, cállate, hijo! ¡Señor, Señor, este hombre! ¡Líbralo, Señor!

Mi madre se mordía y retorció las manos. Mi hermana, pálida, temblorosa, había descolgado de una de las perillas de su catre un largo rosario. Y se paseaba por la pieza pronunciando no sé qué palabras.

La enorme muchedumbre vestida de gris aplaudía, frenética.

De pronto, todo se calló. Persistió apenas un rumor intenso de abejas en huida. Por Mapocho avanzaba, al rápido galope de las cabalgaduras, uno o quizás dos piquetes de lanceros.

Escuché a mí padre pronunciar unas últimas y viriles palabras, y gritar:

-¡Viva la Federación Obrera!...

Y lo vi lanzarse desde arriba con una agilidad asombrosa. Abajo,

unos cuantos brazos suavizaron su caída.

-¡Este hombre, Señor, este hombre!

Mi madre, abandonando sus temores, o tal vez impulsada por los temores mismos, salió puerta afuera.

Hombres y mujeres uniformados subían a tropezones la escalera. Otros corrían ya por la galería buscando refugio. Los que subían no dejaron bajar a mi mamá, que regresó a la pieza llorando, mordiéndose y hablando incoherencias.

De nuevo en mí puesto, contemplaba la huida de los hombres en la calle.

Muchos se defendían. Se oían disparos. Resbalaban piafando los caballos en las piedras mojadas por la llovizna. Había gritos. Insultos. Maldiciones. Mi hermana, ojerosa, desencajada, temblorosa, no cesaba de rezar.

Corriendo por García Reyes, varios maquinistas, entre ellos mí padre, gritaban con vigor, alzando los brazos:

-¡Al Consejo, compañeros, al Consejo! ¡Al Consejo!

Algunos trataban de reprimir el alud de lanceros. Mas la actitud se perdía en inútil heroísmo, porque al instante caían barridos por las patas de los caballos.

Fue en aquel instante cuando vi al padre de Zorobabel saltar y colgarse del cuerpo de uno de los lanceros, derribándolo de la cabalgadura. En el suelo, sobre el ripio mojado, la lucha no duró un segundo. Una lanza lo ultimó al primer puntazo. Y allí quedó su cuerpo, sangrante, palpitante aún, junto al del soldado caído, aplastado por las patas de las bestias acezantes. Más tarde, desde el balcón mismo de nuestro cuarto, entre mi madre y mi hermana, nerviosas y lloríqueantes todavía, me enternecí viendo a mi amigo Zorobabel llorar junto al cadáver de su padre, poco antes de que el carro de la Morgue viniera en busca de los cinco o seis caídos.

El depósito estaba resguardado por doble fila de carabineros. Y muchos tranvías salían, dirigidos por rompehuelgas e inspectores, llevando en la plataforma dos o tres soldados bien armados. A mí me parecía que todo aquello era la celebración del dieciocho de septiembre, por la profusión de banderas que se veía en las lanzas.

Coceaban los caballos sujetos por las riendas a las barreras de hierro y el aire apestaba a guano fresco.

4

Aquella misma noche, lo recuerdo, sostuve una pelea con Narciso, un muchachuelo crespo, de duros puños. Y para no mentir, diré que me castigó severamente. Yo, siempre que de niño me trabé a golpes con alguien, no pocas veces vencí, con la fe puesta en mi padre, a quien atribuía todas las fuerzas del mundo. Pero esta vez salí malparado. No importaba. Lo que me llenaba de orgullo era el haberme sabido defender. Y esta era también la satisfacción de mis camaradas. Tenía nada más que dos machucos en la cara. Las mejillas ardíanme. Y aún la rabia hacía ronda en mi pecho.

El Sebote, aquel punga de todos conocidos, se acercó a mí:

-¿Te pegaron, cabro? ¡No seas lesa! ¡Toma, toma, cabro, pégale un tajo! Era medio tartamudo. Me pasaba un filudo cortaplumas.

-¿Un tajo?

-¡Sí, pues, cabro! ¡Aprende a hombre! ¿No te pegó, pues? Yo huí, atemorizado. "¡Pegar un tajo!"

Subía a tropezones la crujiente escalera, cuando unos sollozos, cazados distintamente por mi oído, detuviéronme. Bajé de nuevo. Ahí, en el amplio espacio libre entre la escalera y una de las murallas -covacha de vagabundos en las noches-, una chica lloraba, echada en el suelo.

-¡Angélica! ¿Qué te pasa?

-¿No sabes? ¿No sabes?... ¡Mi papacito!...

Lo había olvidado como un estúpido. Y había olvidado, además, la gran preocupación de mi madre, preocupación que también me debía afectar: mi padre no había vuelto aún.

Acaricié el rostro de Angélica, tratando de consolarla. Sentí sus lágrimas calientes mojar mis manos. Y una suave brisa de ternura se deslizó sobre mí corazón. Besé sus dedos. Y, en la sombra, sus ojos mojados brillaron como dos remotas estrellas.

Alguien se detuvo junto a nosotros.

-¿Qué hacen ahí, palomillas? Me levanté sobresaltado.

Doña Josefa, la mujer del panadero, nos miraba con agria severidad. Y su rostro seco, duro, golpeado por las luces del depósito, se me ocurrió de pronto el de una de las tantas brujas que poblaban mi mente.

-¡Ah, no contestan! ¡Palomillas habían de ser!

-comentó- ¡Yo le diré a tu mamá lo que hacías! -continuó, sentenciosamente, encarándose a mí.

En seguida subió apenas la escalera, el pecho roncador y quejumbroso bajo las manos crueles del asma, tropezando en las latas gastadas y sueltas del borde de los peldaños.

Angélica se puso de pie. Sus ojos de asombro eran como los de una ardilla temerosa.

-¡Enrique, yo vi a mi papá! -me habló-. El Zoro me llevó. No tenía ropa, lo habían abierto y estaba lleno de sangre.

Y rompió de nuevo en llanto. Hubiera besado una vez más sus manos. Pero pensé en las palabras de la Panadera (así le decíamos los chiquillos a doña Josefa). ¿Qué habría de maldad en aquellos besos? Yo no comprendía. Sin embargo, cuando subí a nuestro cuarto en compañía de Angélica, que no dejaba de llorar,

salía de él la asmática, ahogándose en una tos de mil demonios.

Mi madre, dejando sus costuras, me llamó a un lado:

-¿Qué estabas haciendo con la Angela, Enrique?

Sus ojos eran tan duros como sus palabras. El reflejo de la lámpara brillaba en ellos, haciéndolos aguijoneantes.

-¡Nada, mamá, nada!

Mi voz vacilaba. No podía olvidar los besos.

-¿Cómo, Enrique, cómo nada?

-¡Nada, mamá!

-¡No mientas!

-No, mamá

Angélica, secándose las lágrimas, temblaba junto a la puerta. Mi madre fue hacia ella.

-¿Qué te estaba haciendo Enrique, allá en la escalera?

-Nada, nada. Este... Este... Me besó, me besó...

-¿Te besó?

-Sí, los dedos...

-¿Nada más?...

-No...

Angélica bajó los párpados, con humildad. Las mechas rubias le brillaban en la frente. Estaba muy hermosa, con sus ojeras, con su tristeza, con su vestidito descuidado, con su gesto natural de ingenuidad.

La duda devoraba la paciencia de mi madre. Y la encolerizaba. Levantó el raído vestido de la chica. Los enterrados calzones estaban fijos a los botones del corpiño. Antes de que bajara la falda, alcancé a ver los bordados deshilachados. No comprendía

la razón de tan curiosa actitud. Pero recordé, de súbito, un pequeño detalle de mí pasado infante; un rostro de niña, una mano audaz y un nombre: Leontina.

-¿Nada más te hizo Enrique?

-No, no...

-¿Y por qué llorabas?

-Por mi papacito... Me llevó a verlo el Zoro... Tenía mucha sangre... Y otra vez se puso a llorar.

En ese instante llegó Zorobabel en busca suya. Venía también lloroso. Su rostro estaba pálido, casi transparente. Se fue en seguida, llevando de la mano a la niña.

-Es hora de que te acuestes... -me dijo mi madre. Me extrañó mucho. Aún no habíamos comido.

Cuando ya estuve en la cama, desvestido, y me disponía a meterme bajo las ropas, vi a mi madre descolgar de la percha la correa y venir hacia mí. Fueron en vano mis gritos y clamores. Los azotes caían en mi cuerpo sin piedad. Y yo:

-¡No me mate, mamacíta! -aullaba, ovillándome entre las sábanas.

Intenté huir. Pero mi madre me cogió de las pretinas de los calzoncillos. Y me siguió dando duro y parejo. Se le deshizo el moño. La ira le mordía el rostro.

Fue la llegada de Elena, que recién salía de la fábrica, la que cortó el entusiasmo de la correa.

-¿Qué pasa, mamacita? ¡No lo castigue tan fuerte!

-¡Todo se junta, Señor! ¡Parece que el demonio anda a la siga de una, a veces!

Sollozando y sobándome las ronchas, me quedé dormido.

Los chiquillos siempre le tuvimos ojeriza a la Panadera. Pero

desde que, por ella, me llevé aquella tremenda azotaina, el odio afirmó sus raíces en mi pecho. Y lo confieso sin escrúpulos, nadie sabe qué enorme alegría experimenté el día en que el asma me vengó, arrastrándola a la muerte en un ahogo.

5

Mi padre regresó a la casa al atardecer del día siguiente. Venía ronco, cansado, ojeroso y, no obstante, feliz. La huelga había sido bien organizada. A pesar del perjuicio que significaba para el movimiento la actitud del personal que continuaba trabajando, los federados tenían fe en el triunfo.

Por la noche, mi padre nos llevó a Zorobabel y a mí a una velada que se realizaba en el Coliseo de los Tranviarios, en memoria de los muertos en el encuentro de la madrugada del día anterior. El Consejo acordaría, en una reunión que sostendría al final, una cuota de ayuda para la familia de los caídos.

El salón de espectáculos, construido a medias por entonces, estaba atestado. Las roncadas voces se andaban tropezando en el aire espeso de humo de cigarrillos. Toses. Vivas. Gritos. El telón que ocultaba el escenario presentaba un abigarrado cuadro: una mujer dando un pecho grande y moreno a su hijo; a su lado, un hombre -el marido-, desnudo de medio cuerpo arriba, exhibía sus abultados músculos, alzando en su diestra un gran martillo; ante él, un yunque; más allá, la fragua encendida, y, al fondo, amplios campos de trigo y alamedas que se perdían al pie de las altas y nevadas montañas, acentuando la sensación de vida que producía el motivo principal del cuadro:

Las galerías temblaban bajo el peso del gentío. De desplomarse, habrían cortado de golpe la vida de los cientos de hombres que dormían debajo, sobre el suelo pelado, tapados escasamente con raídas y sucias prendas. Estos hombres, que roncaban, tiritando, eran trabajadores venidos de la pampa salitrera

durante la cesantía de esos años. Tenían su albergue allí, en el Coliseo, como lo tenían otros de sus camaradas en diversos sitios de la capital.

Después de una serie de números, muy aplaudidos por la concurrencia, hablaron varios hombres. Uno se refirió casi exclusivamente a la vida del padre de Zorobabel. Esto aumentó la pena del muchacho. Y sus gruesas lágrimas eran en sus mejillas como copiosos espejos rodantes, captando las luces del ámbito. Mi padre, al empezar la hora de los discursos, nos había dejado solos, pues tenía que integrar la mesa del Consejo.

¿Y tu mamá por qué no vino?

No sé por qué formulé esta pregunta a Zorobabel.

El me miró largamente con sus brillantes ojillos de gato.

-¡Ah, mi mamá, mi mamá -exclamó con honda amargura- ella no tenía a qué venir! ¡No quería a mi papá! ¡Si no, no lo hubiera engañado como lo engañaba!

La amarga confidencia anudó en silencio mis palabras por breves instantes.

-¿Tenía otro hombre? -indagué, luego, sorprendido.

-¡Sí, tenía otro y yo lo sabía! Y nunca pude decírselo a mi papá!... El la quería tanto...

Y Zoro largó de nuevo a llorar. La gente que había cerca de nosotros no se preocupaba de su llanto. Su atención estaba concentrada en las vibrantes palabras de los oradores.

Una sensación extraña me estremecía. "Sí mi madre llegara a tener otro", pensaba.

-¿Por qué no le contaste a tu papá?

-¡Nunca pude, Enrique, nunca pude, él la quería tanto!... ¡Y era un viejo tan rebueno! ¡No fui capaz de contarle nada!...

Olas de aplausos, tras las postreras voces del último de los ora-

dores, golpearon calurosamente las deslucidas murallas del recinto, enjalbegándolas de humanidad. Los gritos se encontraron en el aire seco, olor a tabaco quemado, a orines, a sudor, a trabajo en receso:

-¿Arriba la Federación Obrera!...

-¡Arriba!

-¡Vivan los tranviarios federados!...

-¡Vivan!..

Y allí, junto a mí, la espinosa amargura de mi pequeño camarada, bautizando de lágrimas los callos precoces de sus manos trabajadoras.

-¡Viva la Federación Obrera de Chile!...

-¡Viva!... ¡Viva!...

6

Fue desde entonces que se endureció la vida para Zorobabel. Era una dureza que él no sentía, porque -un día me lo confesó- se hizo el propósito de amarla como fuera, en memoria de su padre; jamar esa vida y sus sacrificios con el mismo corazón cordial que el viejo había tenido siempre abierto para ella!

Yo veía brillar de felicidad sus ojos de gato, cuando alabábamos los callos y ampollas que daban honra a sus manos de pequeño hombre. Trabajaba de aprendiz en una fundición. Un peso veinte diario, por esos años, era un gran salario para un niño.

Fue quizás esta especie de misticismo por el esfuerzo el que lo distrajo o le dio poder de indiferencia frente al hecho de que, días después de la muerte de su padre, la madre se uniera en vida común con su amante, un hombretón llamado por la gente Cabeza de Tope, pero cuyo nombre de pila era Eustaquio. Grande,

pesado, de enormes espaldas, tenía un rostro de idiota, sanguinolentos los ojos alcohólicos, salivosos siempre los bigotes lacios. Yo no supe nunca en qué trabajaba. Pero cuando mi madre me mandaba a la panadería, solía divisarlo jugando a las cartas en un sórdido boliche de licores que había entre el mentado conventillo del "Guatón 'San Juan", antro de miseria y de crimen, y la hedionda cocinería "El Plato del Pobre".

La vida de Melania, la madre de Zorobabel, degeneró completamente. Antes, para ayudar al marido, trabajaba lavando. Ahora no hacía nada. Y muchas tardes, y no pocas noches, se la vio o se la oyó subir la escalera, borracha, y atravesar la galería, abrazada a su hombre, también borracho, malcantando viejas y obscenas tonadas.

Angélica y su dulce tristeza eran como si trataran de zurcir la existencia rota de la familia, dando puntadas al tiempo, de la casa a la escuela, de la escuela a la casa.

7

Por lo menos dos veces por semana los chiquillos teníamos que abandonar nuestros juegos vespertinos para ir a la barraca más próxima en busca de aserrín, viruta y recortes y despuntes de madera. Los carretones en que hacíamos los Ben-Hur perdían entonces su espíritu de leyenda y se convertían en vulgares vehículos de carga, y acaso solamente en estos momentos cumplieran con su verdadera función.

Corriendo como endemoniados, se ensordecían las calles con nuestros gritos. Y la quejumbre de los carretones, que saltaban sobre las piedras y las hendiduras del terreno, culebreando en los zigzagueos locos de los ejes delanteros, de los cuales los arrastrábamos mediante una cadena o una cuerda. El perrerío del barrio no se mantenía al margen. Y rubricaba nuestro entusiasmo con ladridos estridentes, en insensata carrera junto a nosotros.

Aquella tarde nos acompañaron Zorobabel y su hermana. Llevá- bamos amarrados en dobleces los sacos a la cintura. Así no nos molestaban. No eran las seis aún. Y la barraca no cesaba sus faenas todavía. A su portón se agolpaba mucha gente: mujeres de grasientas cabelleras, de abultados y fofos pechos, muchas con el vientre empinado, y chiquillos cochinos, despeinados, ha- raposos, poco más o menos como nosotros. Mientras abrían, se armaron reyertas entre los chicos:

-Nada de cuentos aquí... ¡Tocada de oreja y combo al tiro!... ¡No seas cobarde, Antuco, échale no más!...

Alguien escupió en el suelo.

-¡El que lo planche, pega el cuete primero!... ¡Ya, ya nada de miedo aquí! ¡Sino, no son chilenos!

Ante la desgracia de perderla nacionalidad, Antuco se sorbió los verdes gusanillos de sus mocos, borró el escupo, adelantando un pie negro y casposo, lanzando en seguida un golpe derecho al rostro contrario. Ya estaba armada la feroz camorra. Las mechass se les erizaban a los peleadores. Los rostros se contraían en ges- tos, furiosos, enrojeciendo. La tirillentas camisas de sacos harine- ros se desasián de las pretinas mugrientas de los pantalones.

-¡Échale, Beiza! ¡Eso es, Beiza!

-¡Voy veinte chirlos a Vicentini!... ¡Veinte chirlos!

El chivateo no cesó hasta que uno de los dos contenedores que- dó coloreando de las narices.

Se concertó otra pelea entre dos pequeños de cuatro años, se- mejantes a chanchitos dentro de sus tiras piojosas, bravos para el moquete y las obscenidades. Pero intervinieron las madres. Y silos promotores de las contiendas no apuran las piernas en la huida, habrían salido peor que malparados.

A las seis justas sonó el pito de la barraca. Y el portón fue abierto. El alud humano se desparramó bajo los galpones. Algunas má-

quinas no cesaban de moverse todavía. El ruido era ensordecedor. Un espeso, húmedo y resinoso olor de vegetales oleaba en el aire, entre las miríadas de aserrín.

Los sacos se soltaron de la cintura. Y cada cual hurgaba en las rumas de desechos de madera o hundía las manos en el aserrín y la viruta. Las mujeres se lamentaban de los chiquillos que les arrebatan de las manos los mejores trozos de leña:

-¡Chiquillos del diablo, condenados!

-¡Hijo de una gran puta, ladronazo!

Y tiraban manotones al aire, intentando alcanzarles la cabeza. Sonaba a veces un golpe seco. Y un chico se quedaba sobando el dolor.

-¿Que es mi madre usted, señora, para que me venga a pegar?...

Zorobabel y Angélica ayudábanme a llenar mi saco de viruta. La máquina aserradora no daba tregua a su actividad, zumbando como una profunda avispa metálica. Los perros olisqueaban, orínándose en todas partes

-¡Guarde, señora, que la mea el perro!

-¡Ja,ja,ja!

Los chiquillos se burlaban de una anciana a cuyos tobillos se apegaba, con la pata parada, un perrillo de pelaje comido por la tiña.

-¡Ja,ja,ja!

-¡Chiquillos condenados! ¡Zafe, perro, ah, ah!

Un muchacho de quince años miraba obstinadamente los muslos de Angélica, descubiertos debido a la posición en que se encontraba. De pronto, le alargó un agarrón a las nalgas.

-¿Qué te pasa?

Me planté ante su cínica mirada y canallesca sonrisa. Me dio un

empujón.

-¡No me pasa nada! -gritó, insolente.

-¡Ah, no te pasa nada!... ¡Toma, entonces!...

Los diez años de Zorobabel se concentraron íntegros en su puño para castigar al otro. Sus ojos de gato ardían en un mediodía de indignación.

Y antes de que nadie pudiera intervenir, el grandote cogió a mi amigo por los hombros y lo lanzó contra una aserradora en movimiento.

Yo vi a mi camarada -y esto será imposible que lo olvide nunca- salir volando, arrastrado no sé cómo por la velocidad endemoniada de la polea, y caer de cabeza sobre la sierra, en vertiginoso movimiento. Fue un segundo de horror, epilógado por la realidad de un cuerpo palpitante, con la cabeza partida, rojo pingajo colgando de los hombros. El maquinista hizo accionar las palancas rápidamente. Pero ya era demasiado tarde. Vi el rostro del hombre alterarse en súbito golpe de sangre y luego palidecer hasta ponerse transparente.

Antes de que estallaran nuestros gritos, las mujeres y los chiquillos estaban a nuestro alrededor, desorbitados los ojos de espanto, blancos los labios temblorosos. Angélica me miraba con sus ojillos de horrorizada ardilla. Y la sangre de su pena y su dolor rompió violentamente en enormes lágrimas. Algunas mujeres lloraban también, apretando los hijos a las faldas haraposas.

El patrón de la barraca no atinaba a nada. El muchacho causante de la desgracia tiritaba, mordiéndose. Sus manos no se estaban quietas. Yo sufría enormemente, en mí impotencia de hacerlo pagar su inconsciente crimen.

-¡Zorobabel!...¡Zoro!...¡Zoro!...

La sangre espesa del hermano era devorada por la viruta. Y era como sangre también lo que el desecho de madera succionaba

en las calientes lágrimas que derramaban los ojos de la pequeña.
¡Zoro!... ¡Zoro!...

Sollozos desamparados de cachorra herida.

Yo la apreté contra mi pecho. Pero no había forma de consolarla. Llegó la policía. Un cabo chiquitito tomó nota del hecho, con muchas dificultades, en una libreta, mojando el lápiz con la lengua. No sabía escribir casi. La ignorancia lo hundía, lo humillaba, dentro de su tosco uniforme azul con vivos rojos. Detuvieron al hombre que manejaba la máquina y al chiquillo culpable, a pesar de las protestas y el llanto de la madre, que apareció de repente de no se donde.

Cuando salimos, algunos chiquillos estuvimos a punto de abandonar nuestros sacos. Sacando fuerzas de mi propio dolor, eché a mi vehículo el bulto con virutas, y salí arrastrándolo, lo mismo que los otros, como arrastrando un peso de siglos.

¡Yo tenía mi dolor, y era mío, además, el dolor de Angélica, que caminaba a mi lado, como un pequeño espíritu en la orfandad!

8

Los días pasaban como carretas cargadas de pesadumbre, crujiendo, quejándose sordamente por las calles del barrio.

Angélica se incorporó, desde la muerte de su hermano, a nuestra vida familiar. A veces hasta dormía en mi casa. Su madre pasaba borracha con su hombre y no se preocupaba de ella. Y, ¡claro! le era más grato a mi pequeña amiga dormir con mí hermana que hacerlo con su madre. Tenía aversión a su destruido hogar. Melania, en sus borracheras descontroladas, las castigaba. Y, además, el Cabeza de Tope infundía miedo. Yo mismo huía cuando él avanzaba por la galería con su pesado y espantoso andar de oso.

Pero una noche Melania golpeó a nuestra puerta. Sin entrar, fue al grano al momento.

-¡No quiero que la Ángela venga más para acá! ¡Me la llevo al tiro!... dijo a mi madre.

Estaba, casualmente, en su sano juicio. Angélica lloraba. Mi madre, para impedir que la llevara, pudo haber argüido más de una buena razón. Pero no lo hizo, seguramente para evitar disgustos. Por lo demás, Melania estaba en todo su derecho.

Angélica, con la cabeza doblegada, sollozando, siguió a su madre, sin despedirse de ninguno de nosotros. Mi madre y mi hermana se quedaron hundidas en no sé qué pensamientos.

Era sábado.

Y aplanchaban las ropas que habíamos de ponernos al día siguiente. Yo sentía chirriar a cortos intervalos la plancha que manejaba mi madre. Era el quejido de las lágrimas que derramaban sus ojos, muriendo sobre el hierro caliente.

9

Aquella tarde mí madre me había mandado a prepararle el choncho, porque tenía que lavar. Tomé el tarro abierto en un lado y me di al trabajo en medio de la galería, frente a la puerta de nuestro cuarto. Tenía práctica. Y no me costaba. Apisonaba la viruta alrededor de un palo colocado en el centro del tarro, cuando ante la vivienda de Angélica comenzaron a agolparse las comadres.

Dejé mí trabajo. Y corrí hacia allá. Me escurrí como pude entre las faldas de las mujeres agrupadas en la puerta, hasta colarme en el cuarto.

¡Preferible hubiera sido sofocar aquel impulso!

Sobre unos jergones, tendida en un rincón, con las polleras recogidas, sin calzones, Angélica sangraba abundantemente de entre

las piernas. Cerca de ella, el Cabeza de Tope, crecida la barba, babeaba, roncando, tirado sobre las arriscadas tablas, con los pantalones a medio abrochar. Una botella de vino yacía tumbada junto a una vieja bacinica, saltada y sin asidero. Melania, por otro lado, roncaba su borrachera encima de unos sucios trapos y unos restos de prendas de lana, como el hombre roncaba la suya, en sueño los instintos salvajemente satisfechos.

No recuerdo si fue mi madre quien me retiró de allí. El caso es que cuando la camilla de la Asistencia Pública, conducida por dos hombres de blanco, pasó galería afuera y bajó la escalera, llevándose a Angélica, a quien no volví a ver nunca más, yo estaba de nuevo apisonando la viruta, casi inconscientemente, en la preparación del choncho, que mí madre me había encargado.

En la cabeza me zumbaba todo un pueblo de enormes y bravas abejas. Y en el pecho, una garra de filudas uñas se me hundía encarnizadamente. Algo ardiente me corría por las mejillas, y en gruesas gotas caía, para perderse en la viruta que mis pies apisonaban. Y la visión de aquella otra escena de sangre -la de la barraca- vivía en mi recuerdo, como un aguafuerte de obsesivos trazos.

Corría el año veinte. O el veintiuno. O el veintidós. Y era la vida. Y era su rudeza. Y eran sus alternativas.

CAPÍTULO SEGUNDO

El pago

1

EL otoño estaba a las puertas de aquel día con su rostro de mendigo enjuto y lánguido. Sus harapos tenían el color indefinido de las brumas. Pero en sus manos callosas brillaban las cálidas monedas de un sol desbordando en fuegos cordiales. La tierra, a sus pies, alzaba a ras de su propio cuerpo un aliento blanco, vagaroso, que, al fondo de la calle, destacaba la negra estampa de las beatas ancianas, que endilgaban el paso al encuentro de la hostia, en la sagrada casa de Dios. Era, entonces, que el campanario parroquial ya se desgranaba el corazón, en informes gotas de metálica sangre, que bien podían ser también palomas o ánimas de desencajados ojos, animando el hábito de la fe.

-¡Ya está batiendo sus sotanas el fraile, carajo!

Era el tío Bernabé quien hablaba. Estaba en la puerta de calle, con las manos en los bolsillos y la gorra echada al ojo. Las mechucas rubias se le desbordaban de la gorra mal puesta. Sus pupilas eran verdes, quebradas en rayos amarillos. Los bigotes le cubrían casi por entero los labios.

-¡Que fraile putamadre que no deja tranquilas a las viejas!

Y se echó a caminar, muy erguido dentro de su uniforme tranviario, tranqueando duramente con sus zapatos de paco. Unos lustrabotas instalados por allí no pudieron reprimir las risas procaces.

Era el día de pago de los tranviarios. Y el frente del depósito bu-

llía de hombres y mujeres uniformados. Los vendedores de dulces y frutas ofrecían sus mercancías con voces desarticuladas.

-¡A los buenos plátanos, a los buenos plátanos!

-¡Aquí está el rico turrón! ... ¡Al rico turrón, hermano!...

-¡Eso es –gritó un cobrador-, mandado a hacer el canuto turrone-ro!... El vendedor no se dio por aludido.

-¡Al buen turrón, hermano; al buen turrón, hermano!... – continuó gritando.

Por otro lado, la zarabanda de ofrecimiento martillaba los oídos de gruesos tumultos verbales.

-¡Los dulces chilenos, para los cabritos; los dulces chilenos, case-rita!... ¡Los alfajores, los alfajores dulces!...

-¡Lléveles dulce a los güeñis, casera!...

-¡Los guatones especiales, los guatones especiales!...

La mañana era demasiado frágil para sostener tanto peso de voces. Los eucaliptos estaban silenciosos. Pero el corazón del campanario se hacía todo puños para golpear el pecho del tiempo y el cuerpo entero del barrio.

-¡Qué frailes!

El tío Bernabé estaba allí, de cara a un dulcero, lamiéndose los bigotes pegajosos de manjar.

-¡Oiga, mire, compañero, yo con los frailes ni a misa! ¡Ni a misa con los frailes, carajo!

Y se chupaba los dedos. El dulcero reía a grandes carcajada huérfanas de dientes.

-¿Y una monjita?... ¡Eh, eh!... ¿Y una monjita? –le insinuaba el vendedor, con su picardía legañosa, con una picardía sin pestañas, picardía de rojos párpados.

-¿Eh, una monja, una monja?... ¡Depende, depende, compañero!

Y se perdió el tío Bernabé entre el gentío uniformado.

Yo esperaba a mi padre, que hacía rato había entrado a pagarse. Demoraba demasiado. Me interné entre la gente y me detuve a esperar junto al portón principal del depósito.

Más allá, un organillero comenzaba a tocar su instrumento. El “Fado 31” lamió con sus notas quebradas el sentimiento de los hombres. Una pequeña desharrapada de rubias trenzas sucias cantaba junto al cojo organillero, de cabeza perdida bajo el yoque:

*Este es el fado, fadíño, fadeíro
más colosal y original,
sus notas traen canciones del alma,
fibras de Portugal...*

Arrastrando las chancletas rientes de vejez, un ciego se acercó a los rieles que resguardaban el canal, con un viejo acordeón sebio. Se sentó en una cuneta. Y largóse a cuncunear. Su añeja voz, fétida, harapienta, su voz con sarro de cariada dentadura, desgranó en el aire decrepitas articulaciones:

*Al venir por el atajo
encontré al peón cartero
y creí que me traía
la ansiada carta
que tanto espero.*

Nadie le oía. Nadie le escuchaba. Todos conversaban. Reían. Discutían. Gesticulaban

Que la Federación aquí.

Que la Federación acá.

Pero nadie escuchaba.

Que la Federación...

Que el Consejo...

O el desconcierto ante las bajas cifras del sobre de pago.

*¡Qué tormento es el sufrir
por la ausencia de un querer!
¡Ojos que te vieron ir,
cuándo te verán volver!*

-Sí, de veras –arguyó un maquinista viejuco, reparando recién en el canto-; “ojos que te vieron ir, cuándo te verán volver” –remedó.

Y le pasaba un billete nuevecito al Mama, un compañero tranviario que prestaba dinero con interés.

Yo conocía al Mama desde pequeño. Alguna vez este compañero había tenido un encuentro poco grato con mi padre.

-¡Ojos que te vieron!... ¡Carajo!...

-¡Qué diablos, pues, compañero, qué diablos!..., río el Mama, pe-lando los dientes postizos-¡Lo prestado es prestado, camarada, y el interés no más, pues!...

Un señor muy lleno de maneras ofrecía a los grupos un artículo para limpiar los botones del uniforme y el número de la gorra:

-¡El bronce es muy bello, señores, es muy bello el bronce! ¡Pero el óxido, señores, el óxido es como la traición, señores! ¡La traición señores, es cómo el óxido del corazón, señores! ¡Mi líquido, señores, mi líquido es milagroso, descubre el alma del bronce, señores! ¡Todo el brillo del bronce, señores, todo, se muestra bajo la milagrosa acción del “Brillo”, mi líquido, el más célebre pulidor de metales!

Batía un tarrito, de los muchos que llevaba en un cajón colgado de uno de sus hombros, y se esmeraba en demostrar la eficacia

de su producto en los botones del primer descuidado.

El ciego cantaba ahora, volviendo al cielo paliducho las pupilas enteladas:

*Va en brazos de la Alianza
cielito lindo, el gran Arturo,
y es natural con esto,
cielito lindo, triunfo seguro...*

Tenía el pantalón medio desabrochado el pobre ciego, y el vientre arrugado, con un ombligo negro, como taconeado de carbón, se le mostraba semejando un marisco repelente:

*Sí, ay, ay, ay, Barros Borgoño,
acuérdate que Alessandri,
cielito lindo,
te bajó el moño...*

-¡Que se calle, que se calle! –gritó un hombrecillo de nariz aporreada, roja como frutilla-. ¡Que se calle!...

Una nueva voz, por otro lado, solicitó también, violentamente:

-¡Que se calle, que se calle!... Y una mujer, reticentemente:

-¡Cantar eso, todavía! ¡Cantar eso!...-chilló.

Pero ya habían llegado los gitanos con el oso y sus monos bailarines. Venían a todos los pagos. Y a su alrededor se agrupaban los hombres, confundidos con las mujeres y los chiquillos. Algunos muchachos gritaban a fin de que los alzarán para observar.

-¡A ver, a ver, arriba “Napoleón”!...

El enorme animal se movía pesadamente. Y a los chirridos del viejo violín que rascaba en su hombro el gitano mayor, comenzó con los pasos del vals, al son de la música, gesticulando con sus

manazas de almohadilla. La esposa, una gitana gorda, de bello rostro, golpeaba suavemente la pandereta, y la hija, una pequeña de preciosos ojazos y de voz maravillosamente melodiosa, matizaba el aire con el suave y dulce color de su garganta:

*Olas que al llegar,
plañideras, muriendo a mis pies,
nuevas del hogar
para cada viajero traéis...*

-¡Enrique!

Mi padre sabía que lo esperaba. Y me descubrió en el grupo. Junto a él, el tío Bernabé se balanceaba en sus piernas arqueadas. Se agregaron al apretado círculo humano.

-¡Puchas con el osito diablo!... –carcajeó roncamente el tío.

Los chiquillos éramos, ante los movimientos y contorsiones del animalote, como un brillante pelotón de risas.

“El Pancho” y “La Pancha”, los macacos, a un lado, sujetos mediante una cadena al cinturón del gitano, saltaban, inquietos, chillando, tironeándose las abigarradas percalas de sus vestimentas agujereadas. Sus ojillos, que pudieran ser lo mismo de ratón o de simios, se les saltaban agudos de lagrimosos destellos. En las pupilas de los monos había un desparramamiento de estrellas, un como derrumbamiento del cielo triste y nostálgico de su corazón.

Acaso fuera ridículo todo: el llanto del violín, el baile del oso, el tañer de la pandereta, la melodiosa voz de la gitanilla. Pero era aquel ridículo animado por la íntima tragedia, aquel ridículo que divierte, que ineludiblemente despierta en las almas humildes el braceo loco de la risa; aquel ridículo que termina siempre por ser bien pagado. Los hombres y las mujeres no escatimaban ni el diez ni la chaucha. Y la pandereta sucia, pringosa, que estiraba la gitana madre, temblaba de emocionados sonidos, cada vez que una moneda golpeaba su barriga resquebrajada. Más todavía,

después de que los monos satisficieron su inquietud poblada de chillidos, bailando un paso doble saltón y descontrolado.

El oso miraba ahora idiotamente con sus ojillos plomizos. Pateaba y movía la cabezota, atontado.

-¡Y es celoso el diablo!... –rió el tío con la ronca campana de su garganta.

Realmente, el oso parecía sentirse pospuesto. Y gruñía, mostrando los dientes amarillos. La envidia regulaba el ajetreo de su corazón, en tanto los monos chillaban al ritmo loco de un nuevo baile, tremolantes las tiras.

-Vámonos... –insinúo mi padre.

-Chitas con los monitos bien reputamadres... –habló todavía el tío Bernabé antes de retirarnos.

2

Este que yo llamo tío no era precisamente pariente nuestro: era un compañero de infancia de mí padre. Se habían criado juntos en el sur, en Parral hacia la costa, por Perquilauquén, entre cerros, cuidando ovejas y cabras, a puro ulpo y viento agrario casi. Pasados los veinte años, las endilgaron a la capital, sin más fortuna que su ilusión y sus manos.

Ahora eran compadres. La primera hija del tío habíalos comprometido como tales.

Tenía a su cargo el tío la galería en que habitábamos. Hacía en ella aseo, cobraba los arriendos, blanqueaba los cuartos que se desocupaban. Hacía también el gásfiter, el carpintero, el albañil, cada vez que alguna reparación lo obligaba a desempeñarse en alguna de estas actividades.

Esto lo realizaba en las horas que dejaba libre su trabajo de maquinista.

Era un hombre de un dinamismo fantástico. Tocárale o no servicio en la mañana, a las cuatro y media de la madrugada estaba en pie. Ya a esta hora se le oía tranquear por la galería, barriendo, limpiando, mientras disparateaba sanamente, según su costumbre, o cantaba alguna añeja canción picaresca, que más tarde repetían las chiquilladas de la vecindad:

*Un loro de Veracruz,
un día se enamoró
de una linda caturrita
y al punto se declaró...*

Tenía hernia el tío Bernabé. Pero ¡maldito lo que le importaba tal anomalía! Era un individuo estupendo, incansable. Alguna vez que me levanté más temprano que de costumbre, le vi venir del depósito de tranvías, portando los tarros llenos de creolina, líquido con que desinfectaban los tranvías, y que él utilizaba para regar el piso de la galería y de los excusado antes de barrer.

-¡Este chocolatito las tiene todas!...

-exclamaba- ¡Mata piojos, pulgas y todo bicho inservible que Dios echa al mundo! ¡Así es que no te descuides cuando yo riegue! –le reconvenía al Sebote-. ¡Cuídate de la creolina, oye, Sebote, mira que cualquier día te voy a ahogar!... ¡Ja, ja, ja!...

El Sebote siempre indiferente, le respondía pelando los dientes, por decir algo:

-¡Échale no más, viejito! ¡Para mí no hay más creolina que los tiras!...

-¡Menos mal que lo reconoces! ¡En algo tenías que ser hombre!

-¡Y por qué le voy a negar yo mi oficio, señor! ¡Cada uno se rasca con sus uñas y le pega a lo que puede! –tartamudeaba, cínica y naturalmente, el Sebote.

-¡Parte luego, roto sinvergüenza, antes que te eche una regada

con este chocolatito! ¡Ya te digo que es buenazo para los bichos, hasta para los de tu calaña!... ¡Ja, ja, ja!...

-Gozaba el tío viendo huir al delincuente, que se iba carcajeando, al trote, sin ruido, como una sombra. Sus alpargatas parecían milagrosas y les daban propiedad de manos de gato a sus plantas.

3

-Oiga, compadre –dijo el tío Bernabé a mi papá, antes de que subiéramos la escalera-, ¿por qué no dejas al Enrique que me acompañe a la barraca?... Tengo que comprar unas tablas para arreglar el piso de la pieza diez... Esas condenadas chuscas dieron vuelta el brasero y quemaron las tablas... Ahora andan como peste encima de mí para que les haga el arreglo...

Yo me entusiasmé. Me agradaba salir con el tío. Fuera de todas sus cualidades, era muy alegre y dicharachero. Hablaba por cien. Andaba riendo con quien encontraba en la calle. Decía requiebros a las niñas. Su gracia contagiaba a todo el mundo.

-¡Déjeme ir, papá! –rogué.

-Te iba a llevar al Economato... –respondió mi padre.

Yo sabía que ir al Economato con mi padre el día de pago significaba atiborrarme de galletas e higos secos con harina.

-¡Deje ir al cabro, compadre!... ¡A la vuelta vamos juntos al Economato!...

-¡Bien, hombre, anda con el compadre...-concedió mi papá, subiéndome a grandes zancadas la escalera-. Yo los espero en el Economato...

Me fui feliz con el tío. Y no podía por menos: además de ir con él,

no perdería ni las galletas ni los higos secos.

-¡Hola, adiós, Perro!...

Una carcajada calva, asomaba arriba, en el balcón del departamento de mi tío. Era la carcajada de un tranviario, que colgaba un cartelón de los barrotes.

HOY –GRAN VELADA- HOY
A CARGO DE LA COMPAÑÍA TRANVIARIA
Se pondrá en escena la obra
“LOS PAYASOS SE VAN” de HUGO DONOSO
Grandes variedades Gran baile social

La esquina en que vivía el tío tenía mucha perspectiva. El Consejo la aprovechaba para la propaganda de las asambleas, las veladas y los bailes. El tío era miembro del Consejo y daba gustoso estas facilidades.

-¡Qué hay, pelado García, hombre! –rió hacia arriba el tío.

La carcajada del compañero que acomodaba el letrero se quedó cascando en lo alto, mientras nuestro paso proseguía calle abajo.

-¡Oye, 410!...

Alguien llamaba a mí tío. Era una cobradora que corría tras de nosotros. Los tranviarios acostumbraban también a llamarse por el número de su gorra.

-¡Oye, mira, 410!...

Mi tío se hacía al distraído.

-¡Mira, Perro, hombre!...

Al tío lo apodaban el Perro, cordialmente por razones que nunca conocí.

-¡Oye, pues, Perro!... –repitió la cobradora trotando tras de nosotros. Ahora el tío se detuvo.

-Como buen perro, tú, 410, no entiendes cuando se te llama como la gente, ¿no?... –bromeó la mujer, riendo acezando. Mí tío se echó la gorra hacia atrás.

-¡Me cazaste no más, Pachacha, oh!... –roncó, escupiendo por una comisura.

-¡Sí, pues, como te me arrancaste denantes, ahora te seguí!...

Se trataba de una suscripción para un compañero tranviario enfermo. El tío le alargó algunas chauchas.

-¡Gracias, oh!... –exclamó la cobradora, carcajeando-. Pero firma aquí, ¡caguirria!...

El hombre firmó con mucha dificultad ¡a lista que la mujer le presentaba. En realidad, sabía firmar apenas. Pero, de verdad, esto era curioso. Sabiendo escasamente garabatear su nombre, no era raro oírlo, a veces, por las noches, leer a gran voz el folletín “El vengador”, que en cuadernillos le iban a dejar a su mujer semanalmente. Era un caso muy singular.

-¡Ya, niña!... –exclamó, devolviendo la lista de la mujer-. ¡Palabra que eres una ñata muy viva!...

-¡La viveza, con los perros –arguyó la cobradora-, no está nunca de más!... Si no le dan a una su mordisco.

El tío, ante la broma de la hembra, quedóse mirándola fijamente. Ella era algo arqueada de piernas.

-¿Sabes que estás bonita, Pachacha? –rió el hombre.

-¡Vaya Perro! ¿Quieres hacerte pagar las chauchas que diste? –repuso, bromista, ella.

-¡Si es de veras, Pachacha, oh... ¡Ja,ja,ja!

La mujer se retiraba ya, sin dejar de reír. Tenía un enorme traste movable, gordo, pero muy armonioso.

-¡Carajo –rió todavía el tío Bernabé-, palabra que se parece a la

perla Güite!...(1)

Seguimos andando. En la esquina de la Panadería Chile, un grupo de obreros jugaba a las chapitas.

La calle, arrugada, tenía una cara de vieja dolorida, con amarillentas canas de sol estriadas por la frente. Un carretón pasó brincando a nuestro lado. El agudo extremo de una huasca silbó sobre la cabeza del tío.

-¡Desgraciado!... –rugió él, volviendo el rostro.

Por supuesto que el carretonero era amigo suyo. Mientras el vehículo se alejaba, el conductor volteaba la huasca en el aire, al mismo tiempo que cantaba burlonamente.

-¡Ya te echaré el carro encima, badulaque!.. -le voceó el maquinista.

Más allá encontramos al doctor Rivas.

-¿Qué hubo, doctorcito?... –le habló cordial y cariñosamente el tío.

-¡Qué hay, Perro, hombre! ¿Cómo te va?... ¿En qué andas por estos lados?

-¡Mis lados son, pues, doctor!... ¡Voy a la barraca, voy a comprar unas tablitas para unos arreglos!...

-¡Bueno, pues, hombre, que no pierdas la costumbre de trabajar! ¿Y tus chiquillos cómo están?... ¿Y tu mujer?...

El doctor Rivas era médico del dispensario del barrio. Y, más que doctor, era un amigo, un camarada de la gente de todo el sector que le correspondía atender. Alegre, abierto de sentimiento, ancho de comprensión, cordialísimo el doctor Rivas era un hombre querido en todo hogar donde había pisado su planta, donde se habían posado sus ojos tibios, donde se había asomado su

¹ Se alude a Perla White, heroína de algunas cintas en serie que se proyectaron por los años en que se desarrolla la novela.

abundante barba nazarena y donde su voz vertical de varón verdadero alzó su sonido de verdad y esperanza.

-¡Ahí están los chiquillos y la hembra, pues, doctor, vivitos y co-leando, y más comedores que nunca!...

Si se trataba de bromas, el tío Bernabé encontraba en el doctor a alguien quien bien pudiera ser su doble.

-¡Bueno que coman, pues, hombre, para eso trabajas tú!... ¡Pero está bueno que ¡a cortes con los niñitos, Perro, oooh!... ¡Con los ocho que tienes, te basta, y te sobran, hombre!... ¡Córtala, mira, Perro, hombre!... ¡Ja,ja,ja!... ¡Este Perro!...

Reían ambos. El tío, entre la vidriosidad de la alegría suelta, derrumbaba toda la quebrazón amarilla de sus pupilas en cordialidad para el anciano médico. Por fin el doctor palmoteó la espalda del tío.

-¡Tengo un enfermo apurado allí... —explicó, sin dejar de reír, y atravesó a ¡a acera de enfrente- ¡Hasta luego, viejo!...

Tenía los zapatos embarrados. Y las bastillas de sus pantalones, salpicadas de agua sucia, deshilachadas, le arrastraban, como ligándolo ya a la tierra. El paletó gastado, verdoso, brillábale de lustre al sol debilucho de la media mañana otoñal.

-¡Puchas, qué grande hombre!- comentó el tío quedamente, manoseándome la nuca- ¡Los demás doctores son como pelo de verija ante él!... ¡Qué doctor!...

Cerca de Libertad encontramos al padre Carmelo. Sus largos pasos competían con su braceo descontrolado. Traía, como el médico, el consabido maletín colgando de la diestra.

-¡Buena cosa, curita Carmelo, tan temprano, por la chita, y ya dándole el candel de Dios al pobre!...

El tío Bernabé bromeaba con el cura como con uno de sus más viejos camaradas. El clérigo no hacía más que reír. Reía con una enorme risa de ángel. Era grandote, desarmado, pálido, de gran-

des ojos azules, serenos, bondadosos.

-¡Sí, pues, hijo, para algo es que estamos en la tierra!... ¡Qué quiere usted!...

Mí tío andaba gritando en todas partes su ateísmo. Hablaba con negras palabras acerca de los frailes. ¡Mas qué diferente su actitud para con el padre Carmelo, el sotacura de la parroquia! Se desborda ante él en un alud de bromas cordiales, bromas de compañero, bromas livianas y sanas, bromas de proletario, que hacían reír muy de veras al sacerdote.

-¡Oiga, padrecito, yo con los frailes ni a misa oiga! ¡Pero, a lo mejor, cuando me muera, lo mando a buscar a usted para confesarme!... ¡Lo raro que sería, padre!... ¡Pero ya le digo, con los frailes ni a misa!...

Y reía el tío.

-¡No espero otra cosa, no espero otra cosa que poderle dar el candel de Dios, como usted dice!... ¡A su lado estaré, hijo, si llega la oportunidad!

-Oiga, curita, ¡y qué es de Ña Paremé? ¿No ha sabido de ella?

Había picardía, un humorismo saludable en ¡a insinuación del tío. La gracia parecía brotarle hasta por los poros del rostro.

Todo el barrio tenía conocimiento de cierto caso ocurrido al cura Carmelo con la vieja Ña Paremé. Y el tío gozaba como un chiquillo recordándose. El clérigo, sí, estaba cierto de la sanidad contenida en ¡as palabras del maquinista, y respondía a ellas, riendo transparentemente, con liviano intento bromista también:

-¡Ña Paremé, hijo?... ¡Ahí sigue recolectando dinero para la parroquia!...

-¡Pobre veterana!...

-¡Nadie es pobre, hijo, cuando, después de todo, lleva a Dios en el corazón y la fe anima a uno la existencia!...

-¡De veras, padre!...

El tío Bernabé, de pronto, se había puesto serio. Se despidió apresuradamente del clérigo:

-¡Hasta luego, padre!...

-¡Que Dios lo bendiga, hijo!... ¡Hasta luego!... –se despidió él también, acariciándome la cabeza y pasándome una medalla de aluminio de no sé qué santo.

CAPÍTULO TERCERO

Frontera de la bruma

1

-¡Que se acaban las hallullas, que se acaban las hallullas, apúuuu. . . reñse, apúuuu. . .reñse!... ¡Que se acaban las hallullas, apúuuu. ..reñse!...

Era el viejo de los perros el que voceaba.

Como todas ¡as mañanas, venía gritando su mercancía seguido del regimiento de perros y perras que poseía. Los alientos tornábanse blancas volutas en el aire helado. El viejo traía la nariz roja de frío. Y temblaba, trotando, trotando, seguido de sus animales. De éstos los había grandes y chicos. Blancos y manchados. Sarnosos y sanos.

-¡Que se acaban las hallullas!... ¡Vengan, viejas; vengan, cabras!...

¡Que se acaban las hallullas!... ¡Apúuuu.. .reñse!... ¡Apúuu.. .reñse!...

Algunos tranvías retrasados salían todavía del depósito, con el estrépito ensordecedor de su ferretería. Un aseador de las vías corrió tras uno de ellos, con el tarro de alquitrán casi a la rastra.

El olor sabroso de las hallullas se aferró al aire helado, al pasar el viejo con su canasto y su séquito canino.

El otoño roía el corazón del suburbio. Los eucaliptos, entumecidos, chorreando niebla condensada desde sus hojas, tiritaban como gigantones paralíticos.

-¡Enrique!

-¡Ah!...

Antonieta bajaba la escalera.

-¡Oye, mira, espérate!...

Me acompañó por García Reyes.

-Tengo una chaucha... me dijo-. Podría dártela...

Era una muchacha grandota, de unos quince años, de trenzas, picada de viruela, de gruesas piernas y pechos abundosos ya.

Yo me acomodé los libros bajo el brazo. No le di importancia a la proposición.

-¡Podría darte una chaucha! –replicó ella-. Podrías comprarte un lápiz y dos membrillos... –agregó, empeñada en picar mi ambición. Y lo consiguió:

-¡Dámela, entonces!... ¡e dije.

-¡Bah, pero no vas a la escuela! ¡Vas conmigo a otra parte!

-¡No!... ¡Yo no hago la chancha!...

-¡Tonto, te ganas una chaucha!...

-¿Y adónde vamos?

-Después te digo... Toma la chaucha... Recibí la moneda. Me detuve.

-¡Mira! –siguió convenciéndome ella-. Envolvemos los libros en estos diarios para que nadie se dé cuenta...

-Bueno, vamos...

Me había decidido de improviso.

-¡Doblemos por aquí! –dijo ella, sin poder ocultar su alegría.

Antes de echar los pasos por calle Andes, observé el verdegueo vivo de las plantas, colgadas hacia la calle desde los balcones del edificio donde vivíamos.

En la calle Cueto, las tapias verdegueaban también, enternecidas

de musgo. Un grueso olor a tierra mojada hacía grato el frío de ja mañana que se adentraba por las narices.

No caminamos mucho.

-¡Es aquí!... –exclamó, de pronto, Antonieta.

Y golpeó una puerta bajita, humilde, resquebrajada.

Salió un muchacho en calzoncillos, de ojos capotudos, pestañeando ante el golpe de la luz.

-¡Bah!, ¿tú? Palabra, no creí que ibas a venir...

- ¡Tonto!

Los ojos de ambos brillaban de extraña felicidad.

-Entra, pues... ¡Estoy solo!...

Era un cuarto oscuro, pobrísimo, fétido a antigüedad, a ratones, a cuerpos mucho tiempo encamados.

El muchacho atrancó la puerta y abrazó a Antonieta, besándole el cuello y mordiéndole las orejas y los labios. Luego se dio a palparle los pechos. La chiquilla gemía.

-¡Tonto no tan fuerte! ¡Ay!...

-¡Acostémonos!... exclamó roncamente él. Pero ella reparó en mí.

-¡Déjame, déjame, que no ves éste!...-habló mostrándome.

-¡Para qué lo trajiste, lesa!...

-¡Tonto! ¿Crees que me iba a atrever a venir sola?...

El muchacho fue hacía un gran cajón apegado al tabique de sacos empapelado que dividía el cuartucho. Sus pies descalzos sonaban en las tablas del piso como martillos aldonados. Abrió el baúl.

-¡Mira, son todos libros –habló-; te regalo los que quieras!... ¡Busca aquí!

Me pareció increíble aquello. Libros, libros. ¿No sería un sueño? Estaba emocionado. Me agaché. Tomé algunos. Tenían un olor profundo a vejez, a tiempo apercancado.

-¡Acostémonos ahora!... -dijo anheloso y tiernamente el muchacho a Antonieta.

Ella no se hizo repetir la insinuación. Y ambos, abrazados, se perdieron tras el tabique.

Luego, mientras escarbaba entre los libros, hojeándolos, tras la novedad de alguna lámina, habría de oír, aunque sin darles importancia, los gemidos con que la muchacha expresaba el gozo de las nuevas caricias.

De pronto, mis ojos dieron con un título y un nombre que era como mi esperanza de esos días: "Corazón", Edmundo de Amicis.

-¡Déme este! ¡Déme este!

Habíame levantado, gritando jubiloso. Mas mis regocijadas voces de solicitud cortáronse bajo la guillotina brutal del espectáculo que se presentó ante mis pupilas abismadas.

Tras el tabique, atravesada en la cama misérrima, Antonieta apretaba entre las piernas desnudas el cuerpo del muchacho, gimien-do como una bestezuela.

Mi presencia inesperada hizo levantarse, prestos. Ella cubriéndose rápidamente, bajándose las polleras. Pese a la sombra, le alcancé a ver la negrura crespada del pubis.

-¡Carajo, para qué trajiste esta porquería!-gritó el muchacho, cubriéndose también, mientras se me acercaba.

-¡Cuidado, Tulio, no le vayas a pegar!-gritó Antonieta, angustiada. El muchacho se rehizo. Yo tenía unos inmensos deseos de llorar.

-¡Mira, mira! -exclamó Tulio, ya sereno, alisándose la desgredada cabellera-. El libro es tuyo, pero ¡ándate al patio!...

Tulio estaba inquieto, avisado. Juntó apenas la pobretona puerta

sin chapa. El desconcierto me rendía. No sé qué pasaba por mí. No aguanté el llanto. E inconscientemente daba vuelta las páginas del libro, sin ver en ellas otra cosa que signos y rayas brillantemente quebrados a través de mis pestañas pobladas de lagrimones.

Adentro se oía una como precipitada lucha de respiraciones, que fue decreciendo poco a poco. Mi atención, despierta hacia lo que adentro sucedía, suponiéndolo todo a través del más ligero ruido, me hizo olvidar pronto el llanto. Mi tranquilidad se afirmó cuando los anuncios de vida venidos de adentro replegáronse definitivamente al silencio. Atendí ahora al patio. Había allí mucho pasto y tarros viejos, herrumbrosos, mojados enteros por el rocío de la neblina.

Al otro lado del cierre de latas que se levantaba al fondo del sitio comenzaron a sentirse voces de hombres y vigorosos golpes de martillo sobre bigornias. Abandoné el libro y fui a curiosear. Por entre las latas desunidas podían observarse los vastos terrenos del otro lado, cubiertos de rieles enmohecidos. Trabajaban allí varios hombres vestidos con sucios mamelucos, provistos de grandes combos, que volteaban sobre los yunques. Más lejos se alzaban los altos galpones del depósito de tranvías. No pensaba en nada ahora. Tenía frío. Estaba tranquilo. Y el abismo abierto en mi corazón habíase borrado.

Creo que todo habría seguido igual, tan sereno, si alguien, detrás de mí, no me hubiera interrogado de pronto rudamente:

-¿Qué haces aquí muchacho?

Era una voz ronca. Violenta. Ante mí, un hombrecillo canoso, de rostro perdido tras la pelambre de muchos días, vestido con un haraposo y grasiento overol, me miraba con ojillos crueles, escrutadores. Había entrado por una pequeña puerta ubicada en uno de los costados del patio. El viejo la había dejado semiabierta y sólo ahora podía advertirla.

-¿Qué haces aquí, te digo?

Estaba borracho ya, a tan temprana hora.

Crispaba las manos, de secos dedos, callosos y negros. Se sacó la gorra y la pateó en el suelo. Yo no me atreví a hablar. Temblaba solamente. Y el llanto acudió otra vez a mis pestañas.

-¡Me vas a contestar, mierda, me vas a contestar!

Me agarró de los brazos, firmemente. Y me zamarreó. Sus ojos parecían hundirme uñas en el sentimiento.

-¡Vine con la Antonieta! -sollocé

-¡Qué chiquillo jodido! ¿Qué Antonieta?

-¡La Antonieta, la hija de la señora Rita, pues!...

-¡Qué chiquillo de porquería!

Me soltó. Y corrió, bamboleándose, al cuarto. Lloroso, atemorizado, lo vi perderse por la puerta de la pieza. No tardé en correr también hacia allá.

-¡Ah, trayendo mujeres aquí, trayendo mujeres, ah!...

Desde el umbral vi la escena. Antonieta lloraba, a medio vestir, aferrada al respaldo del catre, mientras el viejo, con fuerzas increíbles, golpeaba al muchacho.

-¡Viejo desgraciado! ¡Viejo de mierda!...-rugía Tulio bajo sus golpes, imposibilitado para defenderse.

-¡Venir aquí con mujeres, venir aquí con mujeres, carajo!

Antonieta comenzó a gemir como una perra:

-¡No le pegue más, no le pegue más, por favor!...

-exclamaba.

Se lanzó de la cama. Y pretendió ir en su defensa. Pero casi cae, enredada en los calzones a medio poner. El viejo la vio y abandonando al muchacho, que se derrumbó al suelo, sangrante, aturdido, fue hacia ella. Yo hubiera huido. Mas una fuerza de bes-

tia me pegaba las plantas al umbral. "Mamacita", pensaba temblando.

La muchacha se defendió muy poco del borracho, que, sosteniéndola por los brazos, le besó el rostro, repetidas veces, mordiéndola, babeándola. Luego ella había también de abrirle los gruesos muslos, vencida, gimoteando, trémulamente.

Yo, sin poder moverme de la puerta, con los ojos desorbitados, intentaba, inútilmente, gritar. El recuerdo de mi madre mordíame el cerebro.

Hacía atrás, más allá del fondo del sitio, se oía el rudo golpe de los martillos sobre los yunques, como golpes profundos de vida. Y cuando pude bajar la vista fatigada, cansada de contener tanta brutalidad, mis lágrimas gotearon pesadamente sobre la portada del deseado libro "Corazón". Y pensé también: "Angélica". Mientras, los martillos golpeaban, y golpeaban, y golpeaban. Y el otoño crispaba los puños, aterido.

2

-¡No vayas a decir nada, no vayas a decir nada! -me rogaba Antonieta. Tenía los ojos llorosos y se aferraba a mi brazo. En una fábrica cercana habían campaneado recién las once del día.

-¡No vas a decir nada, Enriquito!, ¿cierto?

Tenía la palabra angustiada, roja de lágrimas, como sus ojos. Y yo:

-¡No! -dije secamente

Me dolía todo lo que había visto. Tenía miedo. Apretaba contra mi pecho el ligero envoltorio de mis libros, entre los que "Corazón" confundía su anciano cuerpo agitado de humanas palabras.

El viejo, después de haber poseído a la muchacha, se había dormido herméticamente, y Tulio, el muchacho, no tardó en volver en

sí.

-¡Ándate al tiro! -gritó a Antonieta-. ¡Si el viejo te ve aquí otra vez, nos mata! ¡Puchas, y este cabro jodido que no avisó! Nos dejó en la puerta.

La niebla todavía no se evadía de la tierra y lo mojaba todo con sus frías manos de cadáver.

-¡No vas a decir nada, Enriquito!, ¿cierto?

-¡No, no!... -repetí, molesto.

-Mira, lo que hacíamos no era nada de malo... -me explicó ¡Pero es mejor que no lo sepa nadie!...

-¡Si no voy a decir, no voy a decir nada!...-le chillé.

Su majadería parecía aumentar mis temores. Me pesaba tremendamente haber hecho la cimarra.

-Mira, Enriquito, lo que hacíamos -seguía explicando ella- no era nada malo. No era nada malo. ¡Lo hacen todas las mujeres con los hombres! Qué me importaba a mí aquello. Lo cierto era que había faltado a la escuela y el miedo me devoraba las vísceras. Tenía ganas de orinar.

¡Suéltame! -grité a la chiquilla- ¡Suéltame!

Cuando me sentí libre de su mano, me allegué a una tapia derruida. Humearon contra los adobes los orines calientes.

-Eso no es nada de raro, mira, Enriquito! ¡Tú también lo harás cuando seas más grande!...

-continuó diciendo Antonieta una vez que volví a su lado.

Ya no hablaba. No pensaba tampoco. Temía mucho, sí. El temor era en mi pecho como una ola de agudos dientes que se agrandaba, mordiendo de modo implacable.

En la escalera de la galería, Antonieta todavía me rogaba lloriqueante:

-¡No digas nada, Enriquito, no digas nada!

Me alargó otra chaucha. Yo se la rechacé. Me enrabiaba ahora su actitud. Entré sombrío a nuestro cuarto, invadido por una sombra armada de puñales que no cesaban de fintear en mi corazón. Mi madre, que barría en ese instante, se quedó observándome. Yo no fui capaz de darle el rostro. Me delataba sin quererlo.

Tranquilamente, mi madre dejó la escoba afirmada a los pies de un catre.

Y se me acerco.

-¿Por qué faltaste a la escuela? -inquirió duramente.

-¡Si no he faltado, no! -hablé, temblando.

-¿A dónde fuiste Enrique? -siguió ella.

-A la escuela, mamá...

-¡No mientas, Enrique! -Vas a decirme todo. ¿A dónde fuiste?... Me enfurruñé.

-¡A la escuela, a la escuela! -aullé. Mi madre fue por la correa.

-¿Estuviste en la escuela, ah? ¿Cómo mandaron de la escuela a preguntar por ti? ¿Ah? ¡Contesta, Enrique!

Yo lo vi todo perdido. Sin embargo, estaba dispuesto a ser leal con Antonieta.

-¡Me fui al río! -dije.

-¡Ah, ah ¿Y a qué fuiste?

-A jugar con otros chiquillos...

-¿Y cómo negabas, condenado?

-¡No sé! -le grité, ensoberbecido siempre y después de haber logrado engañarla en parte.

-¡No sabes!, ¿eh? ¡Toma, entonces, toma! ¡Aprende, condenado, toma! ...

¡Aprende, aprende!...

Yo gritaba lo mismo que un cerdo entre la vida y la muerte. Mi madre acezaba, azotándome. Por fin, desesperada, tiró la correa y se tomó la cabeza a dos manos.-¡Señor, Señor! ¡Qué chiquillo condenado!-decía con los ojos húmedos de rabia y confusión.- ¡Señor, qué chiquillo este, Señor!

Habíanme dolido tremendamente los azotes. Las piernas se me enroncharon, sangrando bajo ellos. Y aunque me quedó la satisfacción de haber sido leal con Antonieta, sentí que definitivamente algo que ya no pertenecía al mundo de mi infancia comenzaba a animarme furiosos perros de bruma. Hechos y conversaciones de los mayores que para mí habían sido como cuchillos de muchos filos, asociados a no pocos recuerdos inolvidables, parecieron organizarse en aquel día de otoño, en que la niebla era la amiga íntima de las cosas, para aventurarme en un paso hacia una verdad que mi precocidad ya requería.

La palabra de Dios

CAPÍTULO CUARTO

LA PALABRA DE DIOS

1

-¡El cimarrero! ¡¡El cimarrero!! ¡¡¡El cimarrero!!!

Como perros bravos me acosaban los compañeros, gritando y saltando a mi alrededor. En sus rostros, la alegría andaba suelta. Y un regocijo maligno les irrumpía por las pupilas brillantes de risa, mientras me apuntaban:

-¡El cimarrero! ¡¡El cimarrero!! ¡¡¡El cimarrero!!!

Hacia todos lados, el patio de la escuela era una zalogarda de chiquillos. Un desenfreno de carreras, de palmetazos, de embes- tidas, de palabras gruesas.

Entre los que se burlaban, yo me sentía como un ínfimo ser sin madre. Impotente, sin energías, aguantaba, encogido, el tropel de las burlas, rugiendo como un animal para adentro.

-¡El cimarrero!... ¡Ja,ja,ja!...

-¡El cimarrero!... ¡Puchas, hacer la chancha, por la chita!...

De pronto descubrí un medio de defensa; allí, entre los regocija- dos muchachos, estaba el enclenque Sergio Llanos, con sus la- bios reventados en purulencias amarillas, con sus turnios ojos sanguinolentos, de párpados sin pestañas. En medio de los com- pañeros, se sentía seguro, fuerte y capaz de burlarse. Pero yo conocía su debilidad, como todos, y me dispuse a tomar desquite en él, en la imposibilidad de imponerme a todos.

-¿Qué te ríes, hijo de puta?... -gritéle en el colmo de la exaspera-

ción-. Hijo de puta, ¿qué te ríes tú?...

Todos callaron. Él tembló. Se rascó la cabeza. Las miradas estaban fijadas en su rostro demudado. Parpadeó mucho. Los compañeros esperaban que contestara. No dijo nada. Encogió los hombros. Se sobó las manos, confundido. Pretendió retirarse del grupo. Mas lo retuvieron:

-¿Y aguantas que te digan hijo de puta?- le habló el Negro Rojas, animándolo para armar la pelea.

Yo esperé. Deseaba ardientemente que dijera algo, para repetirle el insulto. No dijo nada, sin embargo. Ni una palabra. Sus labios purulentos temblaban. Bajó la vista. Se abrió paso. Y evitando los encontrones con los muchachos en juego, se fue a sollozar a un rincón del gimnasio.

-¡Cobarde! -lo apedreó con su grito el Negro Rojas.

Los muchachos arremetieron de nuevo contra mí.

-¡El cimarrero!... ¡El cimarrerooo!...

-¿Que ustedes -les rugí- no han hecho nunca la cimarra, mierdas?... El Chueco Avilés se encaró a mí. Me agarró de las solapas:

-¡A mí no me vienes a palabrear!... ¡A mí no me digas mierda!... Me zamarreaba. Mi aparente timidez se apartó para dar paso a una insolente reacción. Mí rebeldía se despojó de vacilaciones. La sangre me ascendía a torrentes al rostro.

-¡Te digo mierda a ti y a quien se me ocurra! ¡Eres una mierda, ya está!

El Chueco me apretó contra la pared. Y me dio un palmetazo que pareció arrancarme todo los vellos de una mejilla. Casi se me soltaron las lágrimas. Levanté una pierna y di con mi rodilla entre los muslos de Avilés.

-¡Cresta!... -chilló él, dolorosamente.

Palideció. Y agarrándose allí, entre las piernas, se echó al suelo retorciéndose. Algunos de los que nos rodeaban, huyeron. Y el Sapo, por supuesto que tenía que ir a dar el soplo a la oficina. Si hubiera huido, no habría obtenido nada. Por otra parte, mi padre me había aleccionado en el sentido de la responsabilidad. Muchos de los consejos suyos fueron adoptados por mí como una especie de divisa. No tenía, pues, más que soportar el castigo. Esperanzarse en que nuestro profesor se preocupara de averiguar el origen de la pelea -lo que, en parte, acaso me hubiera salvado- era inútil. El dolor ya se le había pasado, sin duda, al Chueco. Pero cuando vino el maestro, todavía fingía sufrir, gimiendo y retorciéndose, para agravar la cosa.

El castigo no pasó de una serie de varillazos en las piernas. Y no fue poco, ya que los azotes del día anterior estaban vivos aún en mis pantorrillas y las escaldaduras todavía patentes escociéronme como silos golpes de la varilla fuesen fustazos de ortiga. Sin embargo, la verdad es que, además de los varillazos, pudo haberse mandado llamar a mi madre para espetarle mi comportamiento. Felizmente, desde la vez que sorprendí al señor Carmona besando en la sala de dibujo a la señorita Amanda, la profesora de trabajos manuales, había ganado un tramo de consideración en el sentimiento de ambos, sobre todo en el del primero, que era mi profesor.

2

En la tarde de aquel mismo día, el Chueco Avilés, el Turnio Llanos y yo estábamos ya en la buena. Le habíamos dado, sí, unos pellizcones al Sapo, por acúsete. Mis dos compañeros eran mucho mayores que yo, pero estaban en mi mismo curso, el Tercero A. Con permiso del director, nos habíamos quedado los del Tercero A y los del Tercero B para disputar unos libros en una competencia de fútbol. Arbitraba el señor Carmona. Y la de suelazos y la de narices sangrantes, mientras corríamos tras la pelota, eran

fantásticos. Los del Tercero A necesitábamos mucho coraje para asegurar el triunfo. El griterío era infernal. El ripio del patio crujía bajo nuestras pisadas y chutes frustrados.

Ya era tarde. El sol galopaba sobre el poniente con las rojas crines al viento, tiñendo de cobre la cabellera verde de un naranjo plantado junto a un corredor.

-¡Ya está bueno, ya está bueno!... -gritó el maestro.

Pero el entusiasmo nuestro era demasiado. Por el rostro alterado, el sudor nos corría como salobre lluvia. Era inútil que el señor Carmona tocara el silbato y gritara.

-Oye, mira, Quilodrán -me insinuó por fin-, tócales la campana a estos condenados.

Corría a cumplir el mandato, acezando, cuando el Chueco Avilés, adelantándose, colgóse casi del cordón de la campana, y se puso a balancearla, arrancándole vigorosos e hirientes sonidos.

-¡Ya está bueno, ya está bueno, mira, mira, Chueco!... ¡Ya esta bueno, hombre!

Los jugadores habían suspendido el partido y estaban atentos a los gestos de Avilés, quien, haciendo musarañas, no cesaba de tironear el cordón. La campana se desgañitaba sonando.

-¡Córtala, córtala...,te digo, Avilés!

Fue preciso que el señor Carmona se precipitara hacia el Chueco para que este soltara el cordón. El tozudo huyó, entonces, a saltos.

-¡Chitas, señor -gritó, de lejos, riendo-, no se le vaya a gastar la campana!...

Brincaba como un mono, burlándose del profesor. De verdad, este Avilés era un condenado. Su chiste había dado rienda suelta a nuestras risotadas. El señor Carmona movió la cabeza, pacientemente, y no pudo contener tampoco las carcajadas que anima-

ron en su garganta las frescas palabras del Chueco.

-¡Este Chueco -comentó, riendo todavía-, este Chueco!...

Y se fue con su paso corto, moviendo la cabeza. Los pantalones parchados se le abolsaron en el traste. Sus zapatos torcidos eran como las grotescas rúbricas de su pobreza.

Fuimos al pilón a lavarnos. Habíamos ganado a los del otro curso, pero ellos no estaban para disputas esta vez y se divertían junto al barril lleno de agua, lo mismo que si hubieran sido los vencedores. El Chueco Avilés se arreglaba los faldones de la camisa, que, en el juego, se le habían escapado de la pretina de los pantalones.

-¡Puchas con el chute -carcajeó-, palabra que creía que me iba a pegar!

-¡Mira, Quilo -me dijo gravemente el Turnio Llanos-, vámonos juntos, quiero hablar contigo!

Después de lavados, fuimos por los libros: La gorda que cuidaba el colegio ya nos estaba despidiendo. Salimos entre risotadas. Sólo Llanos estaba preocupado.

-¡Acompáñame hasta San Pablo!- me rogó.

Era tarde. Yo no había tomado once. Pero me decidí a acompañarlo. Los otros muchachos se repartieron en diferentes direcciones.

-¡Cuidado con el Turnio -me reconvino Avilés-, te puede amarrar con una ñata!

-¡Qué jodidos son, por la miéctica! -me dijo amargamente Llanos-. ¡Qué jodidos son! ¡Qué culpa tengo yo de que mi mamá tenga casa de putas! Era de eso que te quería hablar...

Yo no comprendía aún exactamente la función de las prostitutas. Mas, de pronto, después del acontecimiento del día anterior, muchas cosas empezaron a aclarármese en el cerebro, sin enten-

derlas propiamente. A propósito de lo ocurrido, mi conocimiento estaba ya dotado de un punto de referencia al cual allegar todo lo difuso y que mi intuición sospechara ligado al problema que, desde hacía poco, plantéabaseme en el fondo del espíritu. Tenía la impresión de estar dominando un extraño y revuelto mundo recién creado por la vida en los estratos de mi destino.

-¡Cómo, casa de putas?... -indagué, asombrado, a pesar de todo.

-No te hagas el leso, Quilo... -me dijo Llanos, con voz amarga.

-Cierto.. No sé... -aseguré.

-¡Casa donde los hombres van a acostarse con las mujeres, oooh!...

Yo recordé: "Tulio, Antonieta". Me quedé pensativo. Luego hablé apenas: -

¡Ah!

-Yo no tengo la culpa de que mi mamá sea así...

-continuó Sergio-. En algo tiene que ganar... Ese es trabajo también, se jode hartoo... Tiene que amanecerse.

Estábamos ya en San Pablo. Por Bulnes, hacia el sur, pululaban hombres, chiquillos, guardianes. Los perros andaban por todos lados, olisqueando y levantando las patas posteriores donde mejor les placiera.

La curiosidad me llevó hasta la puerta de casa de Sergio. Era una casa sórdida. De altos. Hedionda a jabón barato y a ratones. La mujer que había en la puerta, una gordota pintarrajeada, me dijo unas cuantas cosas. Me acarició la barbilla. Y le mordió el cogote a Llanos, riendo. En la calle había muchos gritos. Llovía mucha alegría. Pero yo me despedí de Llanos con el corazón más brumoso que el fondo mismo de la calle, perdido en el atardecer violáceo.

-¡Te quería decir que no me jodieras más por esto!... -habían sido

las últimas palabras de Sergio.

Mi silencio había aprobado su ruego.

De los salones de billares y restaurantes arrancaban imprecaciones, gruñidos de borrachos y voces chirriantes de fonógrafos.

Mi madre había salido cuando llegué a la casa. Elena no había trabajado sobretiempo esa tarde, de modo que se encontraba en el cuarto. Hacía callar en ese instante a Martina, mi otra hermana, a quien habían traído recién de casa de mi abuela.

Desde el departamento vecino venía la voz potente del tío Bernabé, que llamaba a todo grito a una de sus chiquillas:

-¡Marita, Marítaaa!...

Sólo cuando bajaba, después de tomar onces, haciendo sonar con los pies las tablas sueltas de la escalera, displicente y mascando todavía un trozo de pan, vi subir a Manta, con los chapes amarrados debajo de la barbilla, entonando el "Fado 31" con la garganta, mientras chupaba unas pastillas. Al pasar, me dio una manotada. En represalia, le di un encontrón que la hizo trastabillar. Me monté en la baranda de la escalera y me lancé hasta abajo, como por un deslizador. Ella, desde arriba, se levantó los vestidos, mostrándome el traste, despreciativa. Generalmente, andaba sin calzones.

-¡Toma, tonto, toma!... -me gritó Y me hizo una tamaña. La luz de la galería, colgada cerca de la escalera, recortó, por último, su figura pequeña, esmirriada.

La chiquillería, en la calle, apisonaba hacia el cielo el aire con la planta de sus gritos. Corriendo por García Reyes, en competencia en que participaban masas de chiquillos, con las frentes y las manos envueltas en pañuelos, imitando a los campeones pedestres, olvidé de veras mis brumas.

La noche coceó luego a la vera de nuestros juegos. Se encendieron los focos de San Pablo y del depósito tranviario. La calle An-

des comenzó a pestañear con los ojillos de pulga que, a su largo, semejaban los faroles de gas. Allí donde la obscuridad animaba sus perros, se alzaba la lumbre potente de nuestros gritos y chillidos. Desde el conventillo del "Guatón San Juan" venían, brincando, las voces agudas de unas chiquillas:

¡Que se abran las puertas
que se abran las puertas
del rey de los Borbones!

Llegaban ya los tranvías del servicio de "ahorrado"⁽¹⁾. De pronto, el cruce de calles se alumbró con resplandores de fiesta. Rugían y rechinaban las ruedas en las curvas sin alquitrantar. Había tacos. Blasfemias. Gruesas voces de maquinistas. Campanilleros. Los aseadores, negros de tierra y aceite se trepaban como gatos a los vehículos. Nosotros, tras ellos, nos colgábamos en racimos de las pisaderas. Otros nos metíamos al interior de los carros a recolectar boletos usados, que, después, jugábamos al hachita y cuarta. Los aseadores no descansaban, en su tarea de limpieza, levantando el piso de los pasillos y manipulando con las escobillas aceitosas en los motores. Las cobradoras nos espantaban inútilmente.

-¡Zafen, miéchicas, palomillas del diablo!...

-¡Para abajo, chiquillos jodidos!... Lanzaban puntapiés a granel.

-¡Lárguense, ladillas, después les cortan las patas!... -chillaba una veterana con un lunar peludo en la nariz.

-¡Sáquese la araña de las ñatas, señora, será más mejor!... -le

¹ En términos tranviarios, de acuerdo con los horarios de servicio, designábase (o desígnase) de "corta" a la jornada de trabajo comprendida más o menos entre media mañana y el atardecer; Y de "larga" la que, iniciada en la madrugada, se interrumpía a media mañana, para reiniciarse al atardecer y terminar de 9 a 10 de la noche o alrededor de la 1 de la madrugada, según el servicio fuera de "ahorrado" o de "guardia".

gritó uno de los nuestros, entre el tumulto de risas y de burlas.

Era esa hora en que la garganta infantil se hace estrecha para soportar el impetuoso paso de las voces y los gritos.

Se trezaban apuestas a quién se lanzaba cuando el tranvía se deslizaba a mayor velocidad.

-¡Ea -gritaba Lisandro, un compañero de escuela-, ojalá que los carros le echaran con el nueve, para ganarlos!...

A la hora de guardarse, los tranvías estaban imposibilitados para desarrollar su velocidad máxima, debido a la demora de los cambios de vías, en los portones de entrada.

-¡Bah, pero la gracia es tirarse para atrás!

-¡Chitas, hasta quién no se tira para atrás! -repliqué, provocativo. Me largué. Pero, a pesar de mi experiencia para descender sobre la marcha, me enredé en las piernas. Habíame soltado desde una de las pisaderas delanteras.

-¡Cuidado, que te aplasta!... ¡Que te aplasta!... -gritaron a coro mis compañeros.

Se lanzaron a un tiempo y corrieron hacia mí. Estaba arrollado en el suelo. Por poco me coge un brazo una de las ruedas. El corazón parecía escapárseme.

-¡Puchas, la libradita, Enrique, oooh!... ¡La libradita!... Yo reí, pálido, acaso con risa de calavera.

Me levantaba cuando vi a mi padre. Había asistido a toda la escena. No sé cómo no lo advertí en el momento de entrar a guardar su tranvía. Era raro. Distinguía perfectamente, entre todos, su particular manera de campanear.

-¡Te tengo mandado que no te pesques de los carros, carajo! Me levanté. Había expectación entre los chiquillos.

-¡Sí, papá!...

-¡Por qué no me obedeces, Enrique, caramba!...

Movi6 la cabeza, enrabiado. Y me lanz6 un palmetazo.

-¡Papacito lindo, papacito lindo!... Me arrastr6

Tras de nosotros, los compañeros reían estruendosamente.

-¡Chitas, casi lo pisa el carro y todavía le pegan! ¡Pobre Quilo!...

-¡Ja, ja, ja!...

Me resistí a subir la escalera. Sabía la de azotes que me esperaba arriba. Mi papá tuvo que alzarme en vilo, sosteniéndome de una pierna y de un brazo. Fueron infructuosos mis alaridos. Sobre las ronchas anteriores, florecieron, en mis piernas, y bien encendidas, nuevas marcas de azotes.

-¡Carajo -gritaba mi padre-,qué se figurará este mocoso! ¡Pes-cándose de los carros el niito!

-¡Está hecho un condenado este! -vociferaba mi madre.

-¡Bien dados los azotes! -exclam6 Elena.

Mi hermana estaba molesta conmigo. A veces, cuando mi madre salía, la responsabilizaban a ella de mis maldades.

"Metete", pensé, refregándome los ojos inundados de llanto.

Mi padre comió rápidamente y se fue a una asamblea general que esa noche realizaba el Consejo.

-¡Espéreme, compadre!

El tío Bernabé baj6 corriendo la escalera tras él.

3

Yo estaba acostándome cuando lleg6 la señora Lucha, la mujer del tío. Era una hembra que hablaba sin cesar, muequeando y gesticulando exageradamente. Yo le tenía aversión, porque en una oportunidad me había quitado una alcancía de yeso con unas cuantas monedas. Delante de mi madre, neg6 con todo cinismo:

"Cómo se le ocurre, Laura, que yo le voy a quitar una cosa a un inocente". Esta vez venía a contar un episodio de "La Joya fatal", una de las películas en serie que rodaban por esos días en el Coliseo de los Tranviarios. Mi mamá, manifiestamente molesta, se vio obligada a oírla, mintiendo interés, mientras mi hermana, indiferente, aplanchaba unas camisas en un extremo de la mesa:

-¡Y si usted viera, Laura, si usted viera a la Perla Güite! ¡Si usted la viera, Laura, qué niña trabajar mejor!

Mara, una de las chiquillas, llegó chupándose un dedo.

-¡Mamacita -se quejó-, el Pancho me tiraba las mechas!

El llanto parecía haber equivocado ruta, descolgándose ahora por las narices.

-¡Qué chiquillos jodidos! -exclamó la señora Lucha- ¡Qué chiquillos jodidos!...

Agarró violentamente de un brazo a la mocosa gimoteante y la arrastró, dándole de coscorrónes. Los berridos de la chica se dieron por largo rato de cabezadas contra las paredes frías y desconchadas de la galería.

-¡Que felicidad! -suspiró mi mamá. En uno de los cuartos interiores alguien guitarreaba una tonada. Un tropel de pasos comenzó a hacer crujir dolorosamente la escalera. Una voz ronca, voz no cultivada de bajo, exclamaba:

- *que sólo Cristo es nuestra salvación. ¡Oh Señor, bendícenos, Señor: que tu sangre, Señor, lave nuestros pecados, Señor!... ¡Amén! -¡Aleluya! ¡¡Aleluya!! ¡¡¡Aleluya!!! -respondía el grupo al pasar por nuestra puerta. -¡Gloria a Dios! ¡¡Gloria a Dios!! ¡¡¡Gloria a Dios!!!*

Eran los evangélicos de la pieza siete.

*Trabajad, trabajad
somos siervos de Dios,*

*seguiremos la senda
que el Maestro trazó...*

Desarticulado, pero no exento de una trémula emoción, el canto se paseaba por el aire ahumado de la galería.

*Renovando las fuerzas
que Él mismo nos da,
el deber que nos toque
cumplido será*

-¡Que el Señor sea con nosotros! ¡Hermanos, hermanas!
-¡Aleluya! ¡¡Aleluya!!! -se oyó aún.

Yo me imaginaba el rostro compungido de los hermanos, buscando asiento en el cuarto para oír, por la garganta anciana del que hacía de pastor, la "cálida palabra del Señor". Aquel grupo era como un ramaje estirado hacia nuestra galería de no sé qué secta evangélica. Ahora los hermanos venían, seguramente, de alguna reunión pública.

Una vez por semana salían en misión evangelizadora. Este día, las esquinas, desde el atardecer hasta las diez de la noche, se encendían con la "palabra de Dios", transmitida al suburbio a través de la voz apasionada y temblorosa de algún protestante:

-¡Que el fin del mundo se acerca!... ¡Salvad vuestra alma, hermanos, salvad vuestra alma!... ¡Venid a Dios, venid a Cristo!... ¡Que Cristo es Dios y pan de salvación!...

Los vagabundos, los rapaces tirillentos, las mujeres abismadas, sentían latir su corazón al trémolo tibio de las palabras. Pero no faltaban los que rieran, despreciativos, irónicos, o el borracho que dijera a la hembra que tenía a su lado:

-¡No ves, mí hijita! ¡Yo también soy cristiano, soy pan de salvación! ¡Vamos a acostarnos, mi perrita!

Besunqueaba a la mujer y la arrastraba hacia el interior de un conventillo.

-¡Salvad vuestra alma, hermanos, salvad vuestra alma! ¡Cristo limpia de pecado! ¡Cristo, Pastor Eterno, espera a sus corderos!

-¡Dice bien -podía exclamar un chascón revolucionario -, dice bien!

¡Corderos, carajo, no somos más que corderos! ¡Ojalá que nos trasquilara Cristo no más! ¡Cuentos, caramba, cuentos; sólo el capital trasquila a los trabajadores!

Y se iba, refunfuñando, masticando casi el pucho del cigarrillo pegado a sus labios amargos.

-s esperamos, hermanos, os esperamos; venid a Cristo, hermanos!...

Las estrellas, arriba, las tibias estrellas otoñales, oteando a través de la bruma liviana, abrían los ojillos lo mismo que liebres acorraladas. La noche hacía sonar sus cascos de sombra.

Y los hermanos, cantando, estaban luego de regreso:

*Pecador, ven al dulce Jesús,
y feliz para siempre serás,
que según lo quisieras tener,
al divino Pastor hallarás...*

-¡Gloria a Dios! ¡¡Gloria a Dios!! ¡¡¡Gloria a Dios!!!

La fe era en sus corazones como una seda nacida de los más tersos capullos o podía ser también como un puño firme desafiando a la maldad.

-¡Canutos, canutos malditos! - rumoreaba alguien a sus espaldas-
¡Canutos farsantes!

Pero ellos no oían. La lógica de una lucha en que tenían puesto todo su corazón y toda su conciencia los hacía enteros. Cumplían

con una función en la vida: luchaban y en su lucha inútil, eran felices.

*Ven a Él, pecador,
que te espera tu buen Salvador...
Ven a El, pecador,
que te espera tu buen Salvador...*

4

-¡No, no es posible, sacrílegos! ¡No es posible! ¡Ustedes mienten, bandidos, ustedes traicionan a Dios!

Encogido bajo los cobertores de mi lecho, oía yo los gritos histéricos de Rita, la madre de Antonieta:

-Ustedes, canutos, mienten, mienten... Cristo tiene su iglesia y es la iglesia católica... ¡No más, no mientan más, por favor, salves!... Ella era sola con su hija Antonieta. Ocupaba también una de las piezas interiores. El marido la había abandonado. Se decía que la beatitud enfermiza de la mujer terminó por aburrirlo, obligándolo a huir del hogar. Era buen hombre. Según los comentarios, de lejos, consciente de su responsabilidad familiar, ayudaba siempre a la esposa. Rita se pasaba la mayor parte de sus horas en la iglesia. Se la veía salir por las mañanas, a comulgar, pálida, ojerosa, lenta y grave, bajo su gran manto negro. En las paredes de su cuarto colgaban consolas de todos los tamaños. Y sobre ellas, los santos de yeso extenuaban sus días, condenados al ahogo con la esencia de las flores y el olor seco de las velas consumiéndose. La estearina, en las palmatorias, era como el llanto del tiempo solidificando, en extraños gestos, el tormento de quizás qué esotérico corazón desgarrado.

-¡No mientan, no mientan, pues, no mientan! -aullaba Rita, hundiendo su ánimo en las aguas espesas de la histeria.

Estaba, no había duda, frente al cuarto de los evangélicos. Era un hábito suyo este de detenerse a vociferar contra ellos en las noches de culto. Ellos, sin embargo, no la atendían. Ahora, tras los gritos de Rita, la voz del pastor llegaba, a ratos, nítida a mis tímpanos. El anciano hablaba de modo que todos los habitantes de la galería oyeran, con voces corpulentas, macizas, voces de elásticos nervios.

-¡..que sólo Jehová es puro, y libre de pecado! ¡Alcancemos su corazón, hermanos, y que su pureza haga el milagro en nuestros sentimientos!

-¡Gloria a Dios! ¡¡Gloria a Dios!! ¡¡¡Gloria a Dios!!! -respondía la concurrencia a coro.

-Farsantes, canutos, tienen el demonio adentro! ¡Tienen el demonio en el corazón! -Chillaba Rita, como retorciendo las palabras.

*La tierna voz del Salvador
nos habla, conmovida,
venid al médico de amor,
que da a los muertos vida...*

-¡Farsantes, farsantes! ¡Locos, locos! Los gritos de la beata fueron perdiéndose al fondo de la galería. Los evangélicos, como si nada hubieran oído, depositaban toda su fe, como en una alcancía musical, en los versos del himno:

*Nunca los hombres cantarán
nunca los ángeles de luz más dulce
nota entonarán que el nombre de Jesús...*

En la calle un borracho alzaba los dedos protuberantes de unas palabras oscuras, hediondas.

La noche continuaba llena de traqueteos tranviarios.

CAPÍTULO QUINTO

Primero de Mayo

1

En esa madrugada no sonó la sirena del depósito tranviario. Eran ya las ocho. Y el silencio parecía haberse constituido soberano del día. Era la fiesta del Trabajo. Y había paro general. Apenas sonaron un rato las campanas de Andacollo.

Luego, en la galería, comenzó el movimiento. Los tranviarios salían y se iban a charlar alegremente junto a la puerta principal del depósito. Estaba nublado. Pero un viento de regocijo soplaba en las miradas de los hombres. La bruma transitaba por las calles con sus leves pies de rocío. Mas los corazones parecían desanegrarse en cálidas espigas de felicidad.

-¡Dame un cuello limpio! -pidió mí padre a mi mamá.

Yo tomaba mi ulpo, mientras leía en un tarro que había sobre la mesa: "Avena machacada "Gavilla". Modo de usar Sopa de Avena. Porridge". Era un tarro en el que los colores chilenos jugaban un papel de vivo predominio. Antes había contenido quaker. Ahora se desempeñaba como azucarero.

-Tengo que hablar en el mitin... -dijo mi padre, mientras se ajustaba el cuello.

Tenía el rostro prolijamente rasurado. Y el vago azul del cutis, después de la afeitada, lo hacía evidentemente distinguido.

-¿Sabe que está buen mozo, mi viejo?

-bromeó mi madre, pellizcándole la nariz al hombre.

-¡Para ti quisiera estarlo siempre, vieja! -exclamó él, cariñosamente-

¡Viejita estarás, pero aún mereces que se te conquiste! - agregó-. ¡Y si alguien ha de conquistarte, que sea este pobre maquinista!

Reía, bromeando, mi padre. Zamarreó tiernamente a su mujer, cogiéndola por los hombros, y la besó en la frente. Poseía unos dientes blanquísimos, robustos, muy distintos a los de mi madre, cuyos reparos de oro comenzaban ya a desprenderse.

-Está humilde el joven... -repuso ella, con un poco de sana ironía, sin dejar de reír.

Me agradaba profundamente ver a mi padre entregando en simples y espontáneos gestos su mundo tierno a la mujer de su vida. Hubiera sido feliz contemplándole restregar su rostro curtido de hombre contra el pecho de su compañera. ¡Con qué deliciosa fruición yo realicé esto como hijo, en más de una bella oportunidad, mientras mi madre enredaba sus dedos filiales en mis cabellos, acariciándome! Fueron éstas como pequeñas libertades de hombre en existencia de niño, libertades que eran como rescoldos de felicidad, pero que tuve que reprimir después de la brutal escena del cuarto de la calle Cueto. Cumplirlas después de aquello, y después de tantas revelaciones, acaso hubiera sido infame. Replegado a una retracción en que el temor movía sus más rojos nervios, se explica, entonces, la felicidad que hubiera asistido a mi espíritu viendo a mi padre en desprendimiento de ternura sobre los pechos de su mujer. Apartándome la vida a tan temprana edad de la blandura del seno materno, mi ansia crispábase íntima y secretamente, oteando ya cualquier ajeno nido en que la suavidad carnal de una hembra dispusiera a mi impulso el misterio de sus calores. Era, acaso, simple ansia de espíritu.

Pero, en todo caso, movida por la energía única y sutil de un instinto con ojos avizores, con pies ligeros y con alas prontas a los vuelos altos.

-Es cierto, vieja, es cierto -habló seriamente mi padre-; para la vista cualquiera... ¿Oyes, Laura?, cualquiera... Pero para el corazón, y para todo lo que de sinceridad llevo adentro, tú vieja, tú, y

no otra... Estaba emocionado el hombre. Su mirada era viva. Honda. Delatora de sus escondidas verdades. Mi padre era en aquel instante lo mismo que un árbol muy frondoso, hablando como un humano, hablando como deben hablar los humanos.

Mi hermana se levantaba. Por el escote de la camisa vi escaparse, de improviso, mientras se agachaba para alzarse una media, un pecho pequeño, moreno, bello, duro, lleno de esa dureza cuya verificación no precisa tacto, sino de puros ojos y de puro sentimiento. Se cubrió rápidamente.

Me miró. Pero yo ya tenía la vista en el tarro del azúcar: "Avena machacada" "Gavilla" "Porridge".

-No me andes con paterías, mi hijo...

-Habló mi madre, bromeando -No me vengas con paterías. El hombre la besó otra vez en la frente.

-Si uno les miente a las mujeres, le creen con corazón y todo... - se explicó, entre bromista y serio, mi padre-. ¡La sinceridad con ellas es fatal: o es patería o es simplemente mentira, que es lo mismo!...

¡Caramba!...

-¡Podrías escribirlo eso... -insinuó mi madre, mientras enmantequillaba un trozo de pan-. Podrías escribirlo: ¡en "La Federación Obrera" resultaría mejor que tanta porquería de política!...

Reía para sí. La chanza, en sus labios, tenía matices de mordacidad, acaso sin que ella lo quisiera. Mí padre se molestó un poco. No terminaba aún de hacerse el nudo de la corbata.

-¡Todo lo relacionas con la política, vieja! -habló violentamente, alterado de veras.

-¡Si no es para tanto, viejo, si no es para tanto!

La mujer pareció razonar sobre su inconsciente torpeza. Mi padre se alteraba por cualquiera alusión más o menos burlona que se

hiciera a su actuación política. Dejó el pan la mujer, y fue hacia él.

-¡Deja! ¡deja!... -refunfuñó mi padre, manoteando.

Mas permitió que la esposa terminara de anudarle la corbata. En el fondo, es posible que su disgusto, esta vez, se debiera sólo al tono de sardonía con que mi madre repuso a sus declaraciones de sincero cariño. El gesto

de la mujer, que se dedicaba con mucha atención a terminar de anudarle al cuello la cinta negra, llenó de pronto el vacío que en su amor propio hicieron sus manifestaciones recientes.

-¡Viejo tonto!... reía ella, palmoteándole el rostro dulcemente. - Amaneció delicado el caballero....

Él no dijo nada. Limitóse a ocupar su lugar junto a la mesa. Y se hundió en no sé qué pensamientos mientras mi madre le servía el café. Tomó a grandes sorbos el líquido. No comió las tostadas. Se levantó luego y se dio a pasearse por el cuarto, concentrado, perdido en sí mismo. Repasaba, seguramente, el discurso que tendría que pronunciar en la reunión de más tarde.

Elena se lavaba ruidosamente. Mojaba el mármol del peinador. Y lanzaba agua a todas partes.

-¡Córtala, pato! -le grité, alzándome de la mesa.

Me gozaba, a veces, molestándola. Ella levantó la cabeza.

-¡Ya va a empezar, Dios! -exclamó, cogiendo una toalla- ¡No puedes estar sin hablar, Enrique, pergenio del demonio!

Estaba muy bella, luminosamente sugestiva, con el rostro mojado, perlado de grandes gotas de agua que le reptaban por la bruna piel, aunándose unas a otras, hasta destilarle por la barbilla. El pelo negrísimo le era como un marco de estrellada noche, limitando el óvalo de su rostro tostado. Poseía unos inmensos ojos cafés, almendrados, exóticos, cálidos de extraña y maravillosa luz.

Estuve a punto de decirle una impertinencia. Pero me enmudeció la clara belleza que sólo en aquel instante descubría en mi hermana. Tenía los labios brillantes de humedad. Y su enagua, cuidadosamente parchada sobre los pequeños y firmes pechos, no amagaba en absoluto el encanto que recién me sorprendía. Digo que la voz se me cortó en la garganta. Ella me miró raramente, ruborizándose. Volvió la espalda. Y se dedicó a secarse, anudándose ligeramente el pelo en la nuca para que no le molestara.

Mi padre pronunciaba en tanto palabras inteligibles. Crispaba los puños. Gesticulaba.

Me quedé pestañeando. No sé qué pasaba. Hacía sonar la lengua, batiéndola contra el paladar. Me sentía asombrado muy de veras hasta de mi propia actitud.

Arrastrando los pies, salí a la galería. Un humo de niebla y de fuego ahogaba el aire. Un olor penetrante a creolina y a hueso quemado horadaba el olfato.

En la calle se oían ruidos apretados de entusiasmo:

- ¡Viva el Día de los Trabajadores!
- ¡Viva la Federación Obrera de Chile!
- ¡Que viva el camarada Recabarren!

Bajé.

Un vagabundo, de los tantos que se alojaban junto a la escalera, se alzaba del suelo, con la cabellera desordenada, rascándose los bichos, bostezando. Los uniformados de la Compañía estaban en masa ante el depósito.

-¡Viva el Día de los Trabajadores!

Habían desplegado un gran lienzo que decía:

CONSEJO FEDERAL Nro. 2 DE TRANVIARIOS
HOMENAJE A LOS MÁRTIRES DE CHICAGO

Subí de dos en dos los peldaños. Recordaba a Zorobabel. A Angélica. Casualmente, su madre venía bajando, del brazo del Cabeza de Tope, que hipaba como si tosiera. Dejaron tras de sí un terrible olor a causeo, a licor vinagre.

-¡Papá! ¡Papá!...

-¿Qué te pasa, hombre, qué te pasa?

-Que hay huelga, hay huelga otra vez...

-¡Qué huelga, hombre, si es el Día del Trabajo! ¿No te lo dijeron en la escuela? ¿Por qué crees que crees que tienen asueto hoy?...

-¡El profesor habló de unos muertos!...

-¡Eso es, de unos muertos en Chicago!... ¡Algo que tú debes conocer! ¡Ya te hablaré después!

-Al tiro, papá...

Me entusiasmó la idea de oír hablar al hombre.

Pude haber conseguido que me explicara algo acerca de los huelguistas de Chicago. Mas asomó la cabeza al cuarto el tío Bernabé.

-¡Ya, compadre, es la hora! ¡Vamos saliendo! ¡No se nos vaya a hacer tarde!

Mi padre se puso la gorra. Nos besó a todos. Y salió. Afuera esperaban dos chiquillos. Rolando y Gorky, hijos del tío, acompañados de Mara, su otra hermana. Estaban muy acicalados. Con los viejos zapatos prolijamente lustrados. Uno de ellos sostenía una vara de coligüe en cuyo extremo una bandera roja decía:

SOY COMUNISTA

-Voy a llevar a estos pergenios... ¡Que aprendan a andar en miti-

nes, pues, compadre!

-habló el tío mostrando a sus chiquillos.

Ellos se sorbieron a coro, llenos de orgullo. Mara me hizo una tamaña, por lo bajo, frunciendo la nariz.

Se me antojó que mi papá me llevara también.

-¡Lléveme, papá, lléveme!

-¡No! -se negó secamente el hombre.

-¡Lléveme, papá, sí estoy limpio! -le insistí, intentando convencerlo.

-¡No lo vayas a llevar! -gritó, saliendo a la puerta mi madre-. ¡No lo vayas a llevar, a lo mejor ocurre algo!

-¡No pienso! -aseguró mi papá.

-¡Cómo la Mara va, y el Rola, y el Gorky!...-protesté.

-¡No vas, Enrique, no vas!

Mi madre me tironeó de un brazo arrastrándome al interior de la pieza, a pesar de mis resistencias y gritos.

-¡Lléveme, papá, lléveme! -exigía.

Pataleé un poco, ardido de impotencia. Pero luego me resigné. Y con los ojos llenos de lágrimas aún, salí al balcón, para presenciar la columna tranviaria, que marchaba al mitin de la Alameda. Algunos hombres llevaban banderas y banderolas rojas. Y cantaban a voz en cuello:

*Contra el feroz grito de guerra
que resonando siempre está,
de la paz el glorioso estandarte
los obreros debemos alzar...*

Sus pisadas, en las breves pausas del canto, oíanse crujientes, como mordeduras sobre el ripio. De los balcones y de todas las

puertas asomábanse los curiosos a observar. El tejado de la casa de enfrente estaba invadido de chiquillos, que aguitaban, apoyando el pecho en la cornisa, gritando jubilosos. Hasta dos de las "señoritas" se asomaban a una de las ventanas, con el pelo recogido, en bata de levantarse.

*No más cañones ni fusiles,
abajo el arte destructor,
no más cantos ni gritos de guerra
que despiertan el odio feroz...*

-¡Miren las muy chuscas!... -insinuó una comadre.

Eran hermosas las dos mujeres, de ojos profundos y de labios en que el pintarrajeo de la noche anterior todavía mantenía sus huellas. Eran varias hermanas. A su puerta se detenían, por la noche, elegantes victorias y lustrosos automóviles. A veces salían con los visitantes y volvían de amanecida, entre cantos borrachos y entusiasmos de farra. En otras, las fiestas realizábanse allí, en su casa; y la música, desde uno de los salones interiores, braceaba acompasadamente en busca de la calle.

-¡Se hacen las que no quiebran un huevo!... ¡No digo yo, pues!
¡Mosquitas muertas!...

Fraternidad, noble y querida,
tú en la tierra debes reinar...

Quica, la sirvienta de la casa, tirillenta y sucia, conversaba con ellas, detenida en la acera. Hablaba seguramente de los hombres que marchaban, pues indicaba hacia ellos.

Las cobradoras, a la cola del desfile, llevaban un ruido de mil co-torras. Una alzó los brazos hacia los balcones.

-¡Que viva la Federación!...

-¡Viva, viva!... -grité yo.

-¡Cállate, chiquillo; cállate, intruso!

Mi hermana me dio un palmetazo. Mi regocijo de aquel momento me impidió tomar en cuenta el golpe. Y aunque todos volvían al interior de las viviendas, yo me quedé en el balcón hasta que las últimas mujeres se perdieron en la calle Martínez de Rozas. Aún podía oírse el canto de los hombres.

*Al ruido del cañón, obreros,
contestad, unión, unión,
hasta obtener
el triunfo de la paz...*

2

El Primero de mayo era un gran acontecimiento. Y había que celebrarlo. Este, si mal no recuerdo, era uno de los días del año en que mi madre hacía empanadas fritas. Y ahora no iba a romper la tradición. Así, mucho antes de la hora de almuerzo ya estaba dándole trabajo a las manos con el amasijo.

-Tu mamá está guatona... Va a tener un chiquillo... -habíame dicho hacía poco rato Eugenio, el sobrino del almacenero.

Esto lo había pronunciado con una picardía que me exasperó. Era más grande que yo. Pero intenté castigarlo. Comprendía ligeramente lo que me quiso significar. Mas me hería que lo dijera en el tono estúpido de chanza y burla con que lo hizo.

-¡Déjate, lesa, no peleemos, ooh! Es claro que si tu mamá hace "cosa" con tu papá, tienen que tener guagua...

Le mandé un golpe al pecho. Estaba rabioso, fuera de mí.

-¡Chiquillo de miéctica!... ¡Que te importa mí mamá!... Eugenio, sin poder contener la risa, me sujetaba las manos.

-Pero, claro, tienen que tener guagua... -seguía burlándose.

Yo trataba de desasirme de sus manos; que eran incomparablemente más fuertes que las mías.

-¡Suéltame, mierda!... ¡Te voy a joder las ñatas!... -lo amenacé sin lograr dar satisfacción a mis deseos.

Me soltó de pronto, y huyó, refugiándose tras el mostrador del negocio. Me vengué cogiendo un puñado de maíz de un saco y lanzándoselo a plena cara.

Su risa murió en un pestañeo loco que me hizo sentirme feliz, Salí del negocio corriendo, sin poder ocultar mi alegría. Tras de mí, cuando arrancaba gozoso a mi cuarto, quedaron aleteando las voces enconadas de su tío:

-¡Condenado, condenado! ¡venir a joder aquí, condenado!

Aguanté el acezar de mi pecho, al acercarme a mí madre. Ella me notó algo raro sin duda, porque estuvo observándome largo rato. Tenía además, una intuición extraordinaria y era difícil lograr engañarla.

-Algo hiciste por ahí, mira, Enrique...

-No, nada... hablé yo relamiéndome como un gato, para disimular.

-Van a creerte a ti, si eres de los santos...

-insinuó apenas ella con jocunda ironía.

Sin embargo, la cosa no pasó de allí. Y mientras mi mamá amasaba, yo no cesaba de observarla. Efectivamente, su vientre estaba demasiado levantado. Pestañeando y pensando, me pareció sentir de improviso que toda la bruma del día pesaba sobre mi corazón. Estuve largo rato meditativo. Me ensimismaba, fijando los ojos en los movimientos de mi madre, sin verlos. Tuve deseos de ir a tocar y apretar el vientre de la mujer, tocar y apretar allí, donde un hermano mío se encontraba arañando de la nada hacia la vida, sentir a través de mis manos su lento caminar sin pasos

hacia esta estancia de luz y de grandiosa pelea.

Pero no. Salí. Me encontraba atontado.

-Mira, toma... Venía a dejarte esto... -me habló cariñosamente Antonieta al salir, y me pasó un soldado de plomo.

Creo que te tuve odio en aquel instante a la muchacha. Mas le recibí el obsequio. Tuve la impresión de que, mediante el regalo, pretendía conseguir algo de mí. No fue así, sin embargo. Me acarició la nuca. Y yo sentí su olor de muchacha madura. Era fea, es cierto. Pero yo no vi su fealdad en aquel instante, ni vi su rostro hollado por la viruela. Me atrajo su olor. Y su mirada me pareció tierna. Me fue difícil admitir en ese instante que ella pudiera soportar encima el cuerpo de un hombre. Era increíble. Pero era la verdad.

-Te traeré otros soldados, después... -me habló levemente.

Yo era su cómplice. Una especie de amante indirecto, en parte. Ella me trataba, como seguramente, a veces, trataría a su verdadero amante, con palabras cálidas, lentas, que nada decían de sus defectos. Pero a su verdadero amante, sin embargo, no eran soldados lo que le daba.

-No cuentes nunca eso... No es nada malo... -me dijo antes de dejarme, muy despacio, echándome en pleno rostro su aliento enervante.

Me apretó un brazo y se fue.

Bajaba la escalera cuando me alcanzó Armando, un mecánico joven de la Compañía, hijo de una tísica del fondo. Tenía una bicicleta. Y a veces me sacaba a pasear por los alrededores, sentándome en el manubrio mientras manejaba.

-¿Qué te decía la Antonieta? -indagó.

-Nada -dije.

Me asusté. Creí que iba a preguntarme algo relativo a lo de la calle Cueto.

-¡Cómo, hombre, si te hablaba!

-Me dio este soldado...

-¿Eres amigo de ella?...

-No...

Yo estaba hosco. Cortante. Hubiera deseado que Armando no me hablara. El corazón me saltaba.

-¿Así es que no te dijo nada?

-No

-Es que quedó de dejarme un recado contigo -mintió.

-Si no me dijo nada, oooh...

-Bueno, si te dice algo de mí, cuéntame. Ahora vamos a comprar una rifa. Me negué. ¿Por qué Antonieta iba a dejarle un recado conmigo? A no ser que fuera a Tulio, aquel de la calle Cueto. ¡No conocía todavía a las mujeres! Yo las miraba a todas, por entonces, a través de mi mamá y de mi hermana.

3

De a poco, comenzaron a regresar los tranviarios. Venían alegres. Felices, con los rostros rojos de agitación y de entusiasmo. El tío Bernabé hablaba hasta por los codos, con su voz ronca, jubilosa, incansable:

-¡Qué mitin, carajo! ¡Nunca había visto algo parecido! ¡Cómo se une la clase obrera, por la miéctica! ¡Da gusto, palabra!

Batiendo su banderola roja, Rolando cantaba, desgañitándose a coro con Gorky y Mara:

*Soy comunista acérrimo
oigo la voz triunfal*

*que entonan los obreros,
ansiosos de luchar y de luchar...*

Volvían ufanos. Su canto me era como una burla. Mara no dejaba de arriscar la nariz, como una liebre. Los chapes le saltaban locos, al ritmo de la música, que seguía con la cabeza:

*Soy comunista,
viva la unión,
la unión social...*

Sin cesar de cantar, se metieron en su departamento. El tío Bernabé, antes de entrar, habló a gritos a mí madre:

-El compadre, comadrita, el compadre se portó... Dijo qué tremendo discurso; como para llorar... Las mujeres moqueaban... ¡Ja,ja,ja!... ¡Le pega a la palabra el compadre, por la pucha!...

Mi padre tiró la gorra sobre un lecho. Hizo como si bufara. Suspiraba. Estaba inmensamente satisfecho. Por su frente, un sudor leve se adivinaba en líquidos retoños brillantes. Se echó a la cama. Pero al instante se levantó precipitadamente.

-¡Laura, vieja -dijo a mi madre- sí supieras qué contento estoy!... Yo no sé definir la felicidad. Acaso sea como luz, o como caricia, o como mirada... ¡Pero, carajo, me siento feliz! Los obreros nos estamos mostrando fuertes, de veras nos unimos, estamos creándonos una conciencia...

Se paseaba por el cuarto. Yo lo veía más alto que de costumbre. Elena se mostraba maravillada. Mi madre tenía su prematuro mechón de canas caído sobre la frente. Callaba, emocionada. No decía nada. No era capaz de decir nada. Su silencio era ese silencio iluminado, ancho y profundo que, para emoción del hombre, se traduce en frutos de ternura por los ojos de las mujeres íntegras.

-¿No hablas, vieja? -preguntó mi padre-. ¿No dices nada?

-¡No te entiendo, mi hijo! ¡No te entiendo! Prefiero callar, sintiendo tu propia felicidad. Me gusta oírte, hablando así. Pero, te digo, entenderte, no podría... Creo que sólo un trabajador como tú puede entenderte... Yo no sé más que sentir todo lo que tú sientes...

Él frunció los labios. Hizo como si silbara. Fue hacia la mujer. Le alisó el mechón de canas. La besó con unción.

-Es que, mira -le habló, tranquilamente, con ancha convicción-, un hombre tiene que ser feliz cuando ve que la lucha consciente por un hogar, por una mujer y por unos hijos, con un aliento como el que una mujer como tú puedes dar, también encuentra frutos, si se amplía al campo social, a lo colectivo...

-¡Viejo -exclamó ella con admiración-, viejo!...

Había estado lavando unos trapos. Tenía el delantal mojado allí mismo en donde el hermano nuevo le pateaba el vientre, buscando una ruta de vida. Reclinó la cabeza en el pecho del hombre. Y repitió aún:

-¡Viejo, mi hijo!

El hombre reaccionó, de pronto.

-¡Caramba - dijo, como disculpándose ante nosotros-, acaso yo intelectualicé demasiado!

Y carcajeó ruidosamente. Nosotros nos contagiámos. Y reíamos a morir.

-¡Carajo! -terminó mi buen padre, hablándose a sí mismo. Y lanzó un jocundo puñetazo sobre la mesa.

Del lado venían las dulces notas de un himno revolucionario.

Las empanadas fritas estaban deliciosas. Además, mi madre había hecho algún otro plato extraordinario. Y el almuerzo nos resultó magnífico. El tío Bernabé había venido a almorzar con nosotros. Y la lengua no se le detuvo ni un segundo.

- ¡Este compadre -comentaba mi madre, a ratos, mientras servía-, no le para la lengua!

Por aquellos días, unos familiares le habían enviado a mi padre una damajuana con vino de su tierra, junto con otras cosas del campo.

-¡Por ser el Día de los Trabajadores - dijo mi padre, cuando destapó la damajuana- hay que darle el bajo, por ser el Día de los Trabajadores!... Era un buen vino. Espeso. Chispeante. Vino puro de Chile.

-¡Está de sopearlo! -dijo el tío, atusándose el bigote colorín, cansoso ya- ¡Parece arropel!

Acabábamos de almorzar cuando llegaron los compañeros Rogelio Montes y Lisandro Bustos. Estaban felices, como mí padre y el tío Bernabé. Grandote, macizo, gordo, el compañero Bustos, presidente del Consejo, reía por cada cosa, agarrándose la perilla y batiendo la lengua, como si un chiflón de viento se la golpeará. El camarada Rogelio, más moderado, no podía, sin embargo, substraerse a las jocosas y pícaras palabras del tío Bernabé.

-¡Este Perro, este Perro -carcajeó Montes-, las va a emplumar bromeando!

-¡Pero claro -roncó el tío-, hay que tomar la vida por su cara de risa!

¡Si no, nos vamos al hoyo mucho antes de tiempo! ¡Hay que saber vivir!

¡Hasta la muerte, risa y broma! ¡La vida no es más que una broma! ¡Eso sí, una broma muy luchada!

-¡No filosofe, compadre; no se ponga a filosofar! -intervino mi papá.

-¡Que sé yo de eso, compadre! Usted es leído y puede echar sus parrafadas; tiene derecho a largar filosofías de vez en cuando. Pero yo, compadre, usted sabe que he aprendido sólo a reír. La vida necesita mucho corazón, pero mucha risa también. Si no, estamos jodidos. ¡Ja,ja,ja!...

-¡Qué compadre!...

-Este Perro... Este Perro... -articuló entre carcajadas Bustos-. Podrías echarte unas versainas, Perrito -insinuó luego.

-Eso es -chilló el tío-,vénganme ahora con versainas... Yo que evito las filosofías, porque me puede pasar lo del compadre León, voy a salir con versainas ahora...

-¡Pues, lárgate con el cuento del compadre León, entonces!

-¡Nada, si no es cuento!

-¡Lárgalo, no más! . . . Lo que sea!

-¡Eso es, compadre, salte con el chascarro!... -intervino mi papá.

-Si no es nada nuevo... -empezó el tío-. Es que pasó que al compadre León se le ocurrió una vez pleitear con el compadre Elefante... Y para hacerlo, claro, fue a pedirle unas filosofías a la comadre Zorra... Ella se las escribió, muy condescendiente, y le cobró no más que cincuenta gallinas... Pero aunque el compadre León anduvo pidiéndole antiparras hasta al mismo compadre Burro, no pudo entender las filosofías de la comadre Zorra...

El tío relataba con una gracia chispeante. Pero todos tenían la risa a flor de labios, a punto de abrir, de estallar en pétalos estruendosos.

-¡Siga, siga, siga, pues, compadre! Mí papá se impacientaba.

El tío sacó una cajetilla de "Joutard". Extrajo un cigarrillo. Y lo encendió tranquilamente.

-¡Ya, pues, Perro!

-Esto es... ¡Chitas que les apura! -carraspeó el tío-. Bueno... Fue a defenderse el compadre León... Pero el juez, que era un roto muy letrado, se impuso de las filosofías...

Todos comenzaron a reír, pendientes del desenlace del chascarrillo. Mas este no alcanzó a conocerse: frente a nuestra puerta se había detenido el doctor Rivas. Parecía más pequeño y barbón que de costumbre.

-¡Qué bulla hay aquí, caramba! -habló con su voz francota y cordial.

-Adelante, doctor... -le invitó mi madre.

-¡Bah, lo que faltaba era que no me dejaras entrar, niña! -rió a carcajadas el médico.

Estaba habituado a tutear a medio mundo, no por falta de respeto, desde luego, sino impulsado por el innato y profundo sentido de camaradería que lo caracterizaba. Las gentes estaban acostumbradas a esta abierta confianza que les dispensaba el anciano doctor y se honraban con su

trato. Esta vez no venía solo: tras él, el padre Carmelo, tranquilo, hundido en el agua densa de su propio espíritu, parecía el alma de Dios encarnada en un hombre con sotana, espigado, de claros ojos.

-Caramba -chilló el doctor con voz ruda, de pueblo- ¡Figúrense, vine a ver a un enfermo, creí que se me iba... Entre este gallo y yo, lo libramos de que estirara la pata... -prosiguió, señalando con un índice al clérigo que se había sentado muy compungido en la silla que le ofreció mi hermana. -¡Qué tal, unos rezos, unos aceites y unas inyeccioncitas, y salvado el muerto!... Reía como un loco el doctor. El padre Carmelo no podía aguantar la risa ante las palabras y la alegría sueltas del médico.

-¡Este doctor, este doctor-comentaba con voz de ronca azúcar-,

no se le quita nunca lo niño!

-¡Cierto es -agregó el doctor Rivas- que le robamos un alma a Dios o al Diablo!... ¡Qué vamos a hacerle!... ¡Es nuestra misión!...

Había llegado la hora de once. Y mi madre sirvió de nuevo empanadas. Fraile y doctor no se opusieron a ocupar un lugar entre los tranviarios.

-¡Puchas, niña, que haces buenas las empanadas! -rió a mi madre el médico, con su habitual jovialidad.

-¡Sí no sirviera para hacer bien algo de comer, mejor que las emplumara, pues, doctor! -repuso mi madre, riendo dulcemente.

-¡Yo no te dejaría que las emplumaras, niña! -le aseguró él, haciendo crujir entre sus dientes un borde tostado de empanada.

-¡Ni yo menos! -objetó el cura, poniendo en juego su sonrisa pura y leal. Los tranviarios estaban en silencio. Masticaban solamente. No había motivo, por lo demás, para que intervinieran. Apenas el tío Bernabé, que tenía más confianza con el doctor y el clérigo, largaba sus pullas de vez en vez. Todos reían a coro. Un humor de brillantes quilates se afirmaba en los labios del hombre. La alegría, como yegua de carrusel, giraba entre las paredes del cuarto.

-¡Este compadre, este compadre! -dijo mi papá.

-¡Este perro se va a morir, y Dios libre a los santos de su presencia! - bromeó, riendo como una vieja campana, el doctor, mientras se alisaba la crecida barba.

-¡Si Dios no libra a los santos de este hombre -arguyó, entrando al terreno de las bromas, el padre Carmelo -, yo trataría de ir en su defensa! ¡A este maquinista hay que conjurarlo! -rió con sana picardía. Hubo un largo alboroto de gargantas.

-¡Me jodió, curita Carmelo, me jodió no más! -chilló el tío, rascándose una oreja.

Pero la cosa no paró en palabras solamente. El doctor sabía tocar la guitarra y habló con mí madre para que se consiguiera una en el vecindario:

-Así, niña, consíguete una vihuela por ahí! ¡Es el Primero de Mayo, por la pucha! -se disculpó-. ¡Que se jodan mis enfermos hoy día!

Era un médico extraordinario. Seguramente, no tenía ya mas enfermos que asistir. De tenerlos no habría asomado la nariz por nuestro cuarto. La medicina era su alma. Su humanidad desprendíase de todos sus poderes a través de su actuación profesional. Parecía vivir para su profesión. Su actividad no se limitaba a atender a quienes lo habían solicitado al dispensario. Conciencia y sentimientos íntegros al servicio del universo sórdido del barrio, el doctor Rivas hermanaba a su capacidad científica sus condiciones de hombre verdadero dispuesto siempre al cumplimiento de sus responsabilidades. Diariamente, él estaba junto a todos los que precisaban de su asistencia. Las viejas, los jóvenes, los chiquillos, lo esperaban.

-Que mí marido está enfermo, doctor...

-Que mi papá, doctor Rivas...

-Mi hermanita, doctorcito...

-¡De allá soy, de allá soy! -exclamaba él, y endilgaba su paso cansado, sesentón, hacia los cuartos.

A su espalda quedaban las pupilas húmedas, admirando su voluntaria pobreza externa, manifiesta allí, en sus pantalones parchados, desflecados en las bastillas, y en su paletó, exponiendo su vejez en el brillo verdoso de la tela.

Era el doctor como un gran corazón y un gran cerebro. A cambio, no obtenía la moneda material justamente, sino algo más consistente, de más humana significación: una moneda más auténtica, de alta ley espiritual: el agradecimiento trémulo, el beso sincero sobre las manos, la limpia lágrima retoñada de todos los humildes

pero verdaderos corazones.

-Sí, niña, consíguete una vihuela por ahí- había dicho esta vez a mí madre.

Y la guitarra no tardó. La voz del viejo doctor llenó el cuarto con notas chilenas, aleando en los versos de una tonada:

*Yo no canto por cantar,
ni por tener buena voz,
yo canto por quitar penas
de este pobre corazón...*

La admiración borboteaba en las pupilas. El médico tocaba maravillosamente. Sus dedos, sabiamente ágiles, pulsaban las cuerdas con destreza de artista. La emoción bullía en los corazones.

*La mujer que quise yo
se fue para no volver,
compadre, desde aquel día
no pienso en ni una mujer...*

-¡Yo lo he dicho siempre! -exclamaba el tío Bernabé, por lo bajo- ¡Todos los médicos son como un pelo de verija ante el doctor Rivas!...

El cura reía. Hablaba muy poco. Pero el hecho aquel de estar con nosotros expresaba ya todo lo que sus palabras callaban. En más de una ocasión se echó al gznate unos sorbos de vino. El padre Carmelo era otro hombre, servidor consciente del hombre.

-¡Dios es grande -había dicho una vez-, pero, como ministro suyo, no me interesa tanto repetir lo que ha dicho tanta boca hipócrita, sino obrar como un hombre de bien en su divino nombre!

Ahora celebraba como todos a su colega médico. En realidad, ambos se apreciaban mutuamente como corresponde a los colegas y a los amigos. Doctor y cura andaban encontrándose en las

casas de los enfermos.

-¡Ni mellizos que fuéramos! -objetaba a veces el doctor Rivas-.
¡Dónde llegó yo que no aparezca también la sombra del cura! -
terminaba, chanceando.

*Ya me voy por esos campos y ¡adiós!,
a buscar yerba de olvido y dejarte,
a ver si viéndome ausente pudieras,
con relación a otro tiempo, acordarte...*

El doctor estaba de veras entusiasmado. Los pequeños tragos que había bebido lo achispaban.

-¡Chile me joroba a mí! -exclamó, de repente-. ¡Lo llevo en la sangre! ¡Y cantando me parece que lo abrazo!

-¡Qué doctor este! ¡Puchas lo raro que es eso! -alegaba el tío Bernabé-.

¡Como si sólo usted fuera chileno! ¡No sea egoísta, pues!... ¡Yo digo que tengo pegada a mi tierra entre cuero y carne, como las lagartijas! ¡Ja, ja, ja!... ¿Y saben que Chile, por lo largo, parece un hermoso lagarto con la piel de todos los colores?

CAPÍTULO SEXTO

La honra

1

Los días caían perezosos, con lágrimas de neblinas y de lluvias. El otoño se alzaba aún a la vera de la vida con el fatalismo doloroso de todos los abandonados. Y era como si en la voz de las campanas, precisa para decir su palabra matutina, desperdigara a veces el otoño sus desamparados cantos de ciego sin lazarrillo.

Ahora atardecía. El barrio pobre era como una flor caída en pétalos de bruma. Cuchillos de cobre atravesaban el aire, hiriendo los tejados. Las paredes desconchadas y los vidrios de las ventanas sangraban al contacto de sus certeros filos.

-Espérame, Enrique... -hábiame dicho Sergio Llanos-. Quiero hablar contigo...

Habíamos estado jugando a la barra. Y el tiempo había transcurrido entre carreras y gritos:

-¿Hay barra?...

-Sí, hay barra...

Disparábamos como unos endemoniados.

-¡Preso!...

-¡Miéchica, se me torció una pierna!...

Desde hacía días, Llanos, retraído por naturaleza, se mostraba alejado de los entrenamientos nuestros. Esta vez tampoco jugó, por supuesto.

-Espérame, quiero conversar contigo. Voy a buscar los libros... -hábiame insinuado, mientras yo me mojaba la cara para limpiarla de sudor.

Luego caminábamos por Bulnes.

-Yo no sé en qué payasadas anda el Quilo con el Turnio... -había comentado el Chueco, al vernos partir juntos.

-No le hagas caso a ese pendejo... Es una porquería... -Me habló Llanos.

-Pero es un compañero.

-Eso no quita que sea una porquería. Es el más jodido de todos. Por todo se burla, todo lo echa a la risa... Tu eres más chico que yo y que los otros, mira, Quilo... Pero tienes más de esto... -dijo, e indicó la cabeza-. A ellos no podría decirles nada, porque lo echarían a la risa... Resulta que me ha salido un chancro en la pichula... terminó amargamente.

-¿Eh? . . . ¿Un chancro?...

Traté de recordar: Silabario de la Raza. "Gonorrea" "Chancro". Era un folletito que había encontrado sobre el velador. "¿Qué es gonorrea, mamá?" Se asombró mi madre ante mi curiosidad. "¡Qué chiquillo intruso!

¡Es una enfermedad de las uñas!", repuso, arrebatándome el folleto y guardándolo.

-¿No sabes, hombre?... El chancro es un grano que pegan las putas... -me aclaró el Turnio - Le jode a uno la sangre...

Yo estaba asombrado.

-¡Puchas!...

-Me lo pegó la Etelvina... Una de la casa.

-¿Te lo pegó?

-¡Claro, pues, Quilo! Ella andaba detrás de mí la mar de tiempo... Yo me le arrancaba... Pero una noche que me levanté a mear a oscuras, ella me sintió y salió de su pieza.. Estaba desnudita.. Me agarró... "Cabro lesa", me decía... Y me jodió... No pude arran-cármele...

Habíamos llegado a San Pablo. La zarabanda de ruidos era ensordecedora.

-¡Mira, mira, Quilodrán!...

La sombra espesaba el aire. Oteé hacia donde me indicaba Sergio: agazapados, temerosos, el señor Carmona, nuestro profesor, y la señorita Amanda, la profesora de trabajos manuales, se escurrían por una puerta. No me pareció nada de extraordinario eso.

-¡Van a tirar! -exclamó, con toda convicción, Sergio -. ¡Van a tirar! Sobre la puerta que se había tragado a los maestros, un aviso luminoso comenzó a pestañear, como un ojo guiñado en burla a todos los transeúntes:

HOTEL CHILENO
CAMAS DESDE \$1.-

-¡Qué joder! -hablé, incrédulo, recordando la humildad del señor Carmona, sus pantalones deshilachados, sus zapatos torcidos, rubricando su pobreza de maestro proletario.

-¡Se quieren y tienen que hacerlo! - explicó, como un hombre mayor, Sergio Llanos -¡Todo el mundo tira, no debía haber más que camas! ¡Allá en la casa, los hombres y las mujeres no hacen más que eso! Bailan, toman y se acuestan... ¡Puchas!...

2

Llegué a la casa medio aturdido. Me había hecho el propósito de encontrar aquel Silabario de la Raza. Soporté con descaro y hasta con insolencia, los retos de mi madre por la tardanza.

-¡Este chiquillo, Dios mío, me va a hacer salir canas verdes! - gritó, desesperada.

No me castigó, sin embargo. Pero más tarde me acusó a mi padre, quien se desahogó también en gritos de reprensión:

-¡Tu madre es tu madre, carajete! ¡Tienes que obedecerle! ¿A dónde vamos, caramba? ¡Ni hombre grande que fueras! ¡Qué más irá a ser después! ¡Otra queja que me dé tu madre, y te voy a sacar la mugre a azotes!...

Elena aún no llegaba. Varias noches hacía que se atrasaba también en sus regresos. Mi padre estaba francamente malhumorado. Se sentó a la mesa a escribir. Tenía que entregar unas notas del Consejo para el periódico de la Federación.

Mi madre ya estaba sirviendo ¡a comida cuando regresó Elena. No sé qué tenía de extraño mi hermana. Estaba como transfigurada. Sus grandes, exóticos y dulces ojos cafés, que en la noche parecían negros, dispensaban un trémulo resplandor de ternura.

Martina chillaba golpeando ¡a mesa, resistiéndose a comer. Mi madre puso la correa sobre el hule, al lado del florero. Era el lenitivo a nuestras resistencias, cuando nos negábamos a cucharear el caldo. Elena se despojó del abrigo lentamente y se sentó a la mesa. Mi padre la miraba con los ojos de bisturí. Mi madre, silenciosa, estaba preocupada de Martina, que, refunfuñando, tomaba ahora la sopa. Era un caldo de avena bastante sabroso. Me sentí satisfecho tragándolo todo, no tanto por lo agradable que estaba, sino porque sabía que con ello resarcía en parte a mi madre de sus malestares.

Sólo después que mi mamá sirvió el café empezaron a dilucidarse ciertas cosas.

-La niñita está pololeando, ¿no?... -habló decididamente mi padre a Elena, con un poco de ironía. Mi madre atendió.

-¡Guillermo! -exclamó, asombrada.

La muchacha tenía la vista baja, pegada a la superficie temblorosa del oscuro líquido que llenaba su taza. Inconscientemente hacía bolitas, amasando, nerviosa, sobre la mesa, las migas de

una marraqueta. Mi padre no dijo ni una palabra más. Esperaba la respuesta, hermético, grave, reconcentrado, sufriendo acaso.

Mi mamá, sorprendida, estaba atenta, por su parte a lo que dijera Elena. Ella, por fin, pudo hablar. Había palidecido. Sus ojos estaban húmedos.

-¡Sí! -replicó con trémula voz-, estoy pololeando! No podría negarlo... Sé que usted me divisó con él esta tarde, desde el carro...

Mi madre se sentó. Se mostraba confundida, abatida. Él, el hombre, el jefe de la familia, se pasó la mano por el rostro alterado. Su amplia frente se fruncía en incontables y apretadas arrugas. Sus cejas se enarcaban. Miró a Elena por largo rato, profundamente. Tamborileó con los dedos sobre el hule. Suspiró y dijo con tono casi trágico, lentamente, mostrando las palmas rudas de sus manos a la hija:

-Mira, Elena, mira, hija... ¿Ves estas manos?... Era esto lo que esperaba para ti... Un hombre de trabajo...

Elena sintió golpear en su propio corazón la voz de su padre. Era físicamente pequeña, pero viva, de clara inteligencia. Frunció los labios. Entendió, sin duda, el significado de las palabras de su padre. Mas, queriendo evadirse, habló, reprimiendo los nervios:

-No sé qué quiere decir con eso, papá...

-No te extrañes, Elena... No te extrañes... Sabes bien lo que te dije... Yo conozco a ese joven. Es un poeta metido a revolucionario... Alguna vez ha estado en el Consejo... -concluyó mi padre, aclarando la situación.

-Acaso usted le dé a esto una importancia que no tiene, papá... dijo ahora simplemente mi hermana.

-¡Elena!

-Creo que estoy en edad de pololear, papá... Yo ya no soy una chiquilla de escuela...

-¡Elena, de veras, no has comprendido lo que te quise decir! ¡Siempre vale más ser un buen obrero que un poeta! ¡No seas romántica!... ¡Una mujer no puede vivir de versos! ¿Me oyes?...

-Puede ser... -habló Elena-. Muchos hombres pueden honrarse de ser obreros... Pero no sólo el trabajo del obrero es motivo de honra papá...

-Realmente, Elena... Mira, hija, no voy a restringir tus derechos, ¿me oyes?... Sigue, si lo quieres, con tu poeta... Después de todo, creo que no es un mal muchacho ese Abel Justiniano... Debo reconocerlo... Pero me agradecería que evitaras encontrarte más con él...

Se levantó el hombre. Su serenidad era aparente. En el fondo, estaba rabioso. Se advertía su esfuerzo por dominar sus impulsos. Es posible que concediera razón a las palabras de Elena. Pero en su espíritu, sin duda, el encono había enraizado sus malas yerbas hondamente.

Se puso la gorra.

-Te pido una cosa, hija... -dijo a Elena, antes de irse al Consejo- ¡No des que hablar!

Y antes de que Elena le respondiera, ironizó:

-Llega más temprano... No te atrases con tu poeta...

Y salió impetuosamente, haciendo un mohín de fastidio.

-¡Elena -exclamó mi madre-, creo que tu padre tiene razón! ¡Eres muy chiquilla, hija!...

Ella, mi hermana, se mordía un dedo. Estaba triste, preocupada. Mas nada perdía su belleza bruna al dejar traslucir sus sentimientos.

-Puede ser.. -habló extraviadamente- puede ser...

Mi madre se entregó a sus últimos quehaceres, después de acostar a Martina. Elena se levantó. Sacó un libro del estante de mi

padre y volvió a la mesa. Era un drama de Ibsen. Se esforzó por leer. Pero no pudo. Y, muy nerviosa, terminó por irse a la cama. Los brazos sobre la mesa, sentí el sonido del piso al caer sus zapatos sobre su arriscado tablaje.

3

Salía tranquilamente con mis libros bajo el brazo. Desde la calle, el Sebote llegó corriendo a saltos.

-¡Quítate, cabro, quítate, déjame subir! ¡Vienen los tiras! Desapareció como una sombra, arriba, trotando por la galería.

En efecto, desde García Reyes doblaron hacia Mapocho dos individuos altos, con cadena de oro en el chaleco. Eran los agentes. Yo no me moví de la puerta. Uno de ellos intentó preguntarme algo. Pero se arrepintió. Miraron el número fijo sobre el dintel, y subieron la escalera. Yo no pude vencer la curiosidad y, disimuladamente, subí tras ellos. Cuando llegué arriba, ya los hombres hablaban con mi madre.

-Sí - decía ella-, vive en la última pieza...

Comprendí que era a Armando a quien buscaban. Era él quien vivía con su madre tuberculosa en aquel cuarto. No iba a conseguir averiguar más, de modo que hice como si hubiera olvidado algo para justificar mi vuelta ante mi madre y endilgué de nuevo hacia el colegio.

De regreso, cerca del almuerzo, lo supe todo. Dos de mis compañeros estaban sentados en un peldaño de la escalera.

-¡Fíjate! -me habló Carlucho, encogido dentro de sus harapos-, los comisionados andaban buscando al Armando! ¡Dice que se metió a la pieza de la loca Rita, y le vio el poto a la Antonieta!

-¡Qué miéchica -chilló, pateando, su hermano-, qué le iba a ver el poto no más!... ¡Lo que pasó es que se acostó con ella!

Subí.

En la galería había zalagarda de comadres. No se hablaba de otra cosa sino del caso de Antonieta. La señora Rita estaba desolada, ocultando en su rebozo negro el rostro desencajado por las vigiliias místicas. A la muchacha se la habían llevado momentáneamente a la Casa Correccional.

-¡Este sinvergüenza -aullaba la señora Rita-, este sinvergüenza no se va

a reír de mi hija! ¡Va a tener que casarse con ella! ¡Miren que deshonrarla! Será una chiquilla, pero ya puede ser dueña de casa... Y se metía al cuarto a orar.

-¡Señor, señor, lo espero todo de tu misericordia! ¡De ti lo espero todo, Señor!

Se detenía al pie de todos los santos, indiferentes sobre sus consolas, entre flores y velas, y no dejaba de rogar:

-¡Virgen Santísima, Virgen del Carmen, ayúdame, Virgencita linda!

A Armando no lo habían encontrado por ningún lado. Pero cuando fui, como acostumbraba, a dar una vuelta por el departamento del tío Bernabé, me encontré al muchacho, oculto allí, aguitando por unas rendijas hacia la galería. La señora Lucha protegía al muchacho en esta oportunidad, sin pensar en el compromiso que le significaba ocultarlo, atendiendo a que él tenía la pensión en su casa.

El tío Bernabé debió de haber advertido la incorrección del procedimiento de su mujer, pues, en cuanto llegó del servicio, largó a Armando poco menos que a puntapiés.

-¡Qué te estás figurando, yo no soy alcahuete de nadie! ¡Si hizo alguna payasada, pague las consecuencias, pues, el niñazo!...

El muchacho rogó inútilmente:

-¡Don Bernabé, me van a llevar preso, déjeme estar aquí, por la tarde!

-¡No, jovencito, no, digo que no soy alcahuete de nadie! ¡Aprenda a ser responsable! El hombre tiene que hacerse responsable de cualquier cosa que haga en la vida... ¡Para afuera, para afuera!...

-¡Don Bernabé!...

-No hay caso, Armando, mándate cambiar luego, que si no, te saco a patadas!

Armando casi lloraba. Pero todos sus ruegos fueron infructuosos. Se vio obligado a salir.

En la noche se supo que ya lo habían detenido. Y al día siguiente, pese a la oposición de la tísica, el juez decidió que armando y Antonieta se casaran.

La señora Rita no cabía en su arrugado cuero y en medio de su gozo se deshacía en gestos y agradecimiento para con sus santos. Besaba los pies del Cristo que se alzaba sobre la cabecera de su cama y lloraba exclamando:

-¡Señor misericordioso!... ¡Gracias, mi Señor, por haber salvado la honra de mi hija!... ¡Gracias, Señor!...

4

Yo quería estar bien con mi madre. Y llegué temprano aquella tarde al hogar.

-Se está ordenando el viudito... -me dijo con soma la señora, sobándose el vientre.

Se quejó luego. Parecía enferma.

No dije nada. Abrí un cuaderno. Y me puse a hacer la tarea que me habían dado en la escuela. Ella siguió quejándose.

-¿Qué le pasa, mamá?

Me molestaba su dolencia. Sus quejidos parecían mordirme la nuca.

-No, hijo, no me pasa nada...

-No le pasa nada, y se está quejando -comenté, y continué la tarea. Los gemidos de mi madre bailaban sobre mis nervios como en una cuerda floja.

Desde la calle venían los silbidos de mis compañeros. Me llamaban.

Apresuré la tarea. Y pedí permiso a mi madre para salir. Nunca creo que ella me permitió salir a la calle con tanta facilidad. Hasta me parece que le agradó mi solicitud. Había estado lavando. Y tenía empapada la pollera. Un líquido como de piedad o comprensión comenzó a deslizarse por el sentimiento.

-Usted está enferma, mamá -dije a la mujer antes de salir.

-No, hijo, no, no; anda a jugar, no más!

A pesar de la felicidad con que en esta ocasión me dejaba salir, de buena gana no lo hubiera hecho. Ella estaba pálida, ojerosa, y la convicción de que un mal la aquejaba me retuvo otro momento más en la pieza.

-Yo sé que está enferma... -le hablé otra vez.

-No, hijo, si no tengo nada.

Salí preocupado. Pero los juegos permitieron que me olvidara pronto de ella.

Cuando volví a comer, mi madre estaba en la cama ya y no dejaba de dolerse.

-¡Mi hija querida! -exclamaba, agarrándose de los brazos de Elena-¡Mi hija querida, por Dios

Me alarmé. No quise comer. No logré, sin embargo, evitar la obli-

gación que tenía de acostarme temprano. Me inquietaba encogido bajo las sábanas por los quejidos dolorosos de mi madre. Comenzaba a intuir lo que ocurriría.

-¡Por Dios, hija querida! ¡Parece que me voy a morir! -gemía ella con voz lenta, queda, pero desgarradora, crispando las manos en los brazos de Elena.

Rojos demonios de fatídicos rostros se congregaban en el mundo de mi sentimiento. Escarbaban en mí corazón con sus duras pezuñas de sátiro. Y no sé si tenía ganas de llorar o de reír. Transpiraba. Y me entretenía en hacer bollitos sobre mi pecho, amasando inconscientemente con las mojadas yemas de mi diestra la porquería de grasa que nunca le falta a uno en la piel de cualquier comarca del cuerpo.

La seguridad de un acontecimiento extraordinario, al que de pronto me dieron ganas casi frenéticas de asistir, me hizo establecer lucha con el sueño que me tironeaba los párpados, pese a los quejidos de mi pobre mamá.

-¡Dios mío, Dios mío! -no cesaba de dolerse ella.

-¡Cálmese, mamacita -la consolaba ahora Elena, pasándole una mano por la frente, alisándole el pelo-. ¡Cálmese, mamacita, ya se mejorará!

Martina, asustada, se puso a gimotear.

No tardó en llegar mi padre, acompañado de una señora. La mujer entró al cuarto, protestando por lo rápido que la había obligado a caminar el hombre. Se sobaba las piernas.

-¡Qué escalera más pesada!... -chilló, rubricando sus protestas.

Vi apenas cómo la mujer abría su maleta. Y Elena entraba a la pieza un tarro lavandero humeando de agua caliente. Mí hermana, seguramente, ya había hablado con la señora Lucha, pues ella y su regimiento de chiquillos estuvieron luego a buscarnos a Martina y a mí. A pesar de mis chillidos y de los gritos de mi her-

mana pequeña, fuimos llevados al departamento de mi tío.

-¡Calladitos, calladitos! -nos hablaba la señora Lucha, tratando de calmarnos-. ¡Calladitos, que la mamá les va a comprar un hermano!

A mí me acostaron con Mara. No me hizo esta vez ninguna morisqueta. Lejos de eso, se atracó a mí, bajo las ropas.

-¡Estás calientito! -me dijo, quedamente, humedeciéndome una oreja con su aliento.

Y se puso a tocarme. Tenía las manos muy suaves. Yo palpé también sus muslos. Sus carnes eran tibias, apretadas.

-¡No, acá!... me susurró ella, y se desabrochó el calzón.

La felicidad de nuestras manos era felicidad, también, de nuestros pequeños corazones.

Cortando las sílabas, el tío leía a su mujer un cuadernillo de "El vengador", con su voz potente que bien podría oírse desde la calle. Era un capítulo de folletín que al día siguiente la señora Lucha iría a contar a todas las comadres con sus naturales aspavientos. Los demás chiquillos roncaban.

Como desde el fondo de un sueño, me tocaban los oídos, a momentos, los dolorosos quejidos de mi madre:

-¡Por Dios, por Dios! ¡Ay, ay, ay, Dios mío!...

-Yo no le daba importancia ahora a lo que ocurría en mi casa. Estaba feliz junto al tibio cuerpo de Mara.

5

Me despertaron los vagidos del nuevo vástago llegado a la casa. Era ya de día. El sol escurría un delgado y filoso cuchillo por la rendija de la ventana.

Me levanté más que ligero. Y salí hacia nuestro cuarto. Me acerqué, disimulando mi curiosidad, a la cama en que reposaba mi madre.

Elena no había ido a la fábrica y cuando entré le daba una medicina a la enferma. El retoño lloraba con increíbles ímpetus.

Mi madre estaba palidísima. Las ojeras azules le hacían más profundos los ojos. Miraba desde lo más hondo del corazón.

-¡Este es tu nuevo hermano, Enriquito!

-me habló tiernamente, acariciándome la cabeza-. ¡Tienes que quererlo mucho!

El chiquillo era feo, rojo, arrugado. Comenzaba recién acallar. No me gustó mi hermano. Pero toqué ligeramente su rostro. Era terso. Acudió a mi mano la misma sensación de terciopelo que me produjo el contacto del pequeño sexo de Mara.

Quise lavarme. Mas tuve que esperar que Elena fuera a botar el agua sanguinolenta que llenaba el lavatorio.

-Le salió sangre de las narices a mi papá... -mintió mi hermana, antes de que yo dijera nada, advirtiendo mi curiosidad por aquel líquido medio enrojecido y preservándose ante cualquier sospecha de mi parte.

Me agrió aquella mentira. Le hubiera gritado a mi hermana en pleno rostro: "¡Mentira, mentira, yo lo sé todo!"

Pero fui cobarde. Actuó en mí esa consciente y deliberada cobardía necesaria frente a tantas cosas de la existencia.

Después de lavarme, tomé apenas el desayuno que me sirvió Elena. El olor a medicinas, que llenaba todo el cuarto y que saturaba hasta el pan, me asqueó. Tuve que esforzarme para evitar las arcadas.

El pequeño hermano era un tremendo llorón. Había empezado de nuevo su inconsciente llanto sin lágrimas. Su ingreso a nuestra

familia no me producía ninguna alegría. Al contrario, tenía rabia. Nunca, hasta aquel instante me había afectado tanto el descaro de una mentira. Me dolía acaso, en el fondo, que mi hermana fuera capaz de mentir así.

Me repelieron sus falsas palabras tan intensamente como me repelía el olor a medicinas.

Ceñudo, hundido en mí mismo, me encasqueté el yoque, tomé mis libros y salí para el colegio.

CAPÍTULO SÉPTIMO

Pan Candeal

1

¿Cómo llegó? ¿Y de dónde? Nadie lo sabía. Y acerca de su origen, las comadres de los alrededores desataban la lengua en sinnúmero de suposiciones. Era bajo. De un porte exagerado en su pequeñez por la pronunciada curva de la espalda. Y rengueaba, arrastrando casi la pierna derecha, por donde, al parecer, el pobre ya empezaba a morir. Tenía un ojo bizco. Y miraba extrañamente, muy alzados los párpados, arrugado el ceño, como molleja de pavo, esforzándose por mantener erguida la cabeza vencida por los rebeldes nervios del cogote. Vestía un pantalón raído, un saco harinero negro de mugre, habilitado sencillamente como camiseta, y un viejo y haraposo capote de guardián, cuyo color debía de sufrir mucho bajo la grasa, la tierra y los tantos ingredientes que lo ocultaban a las pupilas. Usaba una gorra de tranviario, gastada y deforme, que le cubría hasta las orejas.

Amaneció una mañana dormido entre los vagabundos y los perros que habían convertido en hogar el espacio que dejaba una muralla y la escalera de acceso a la galería. Covacha fétida a humedad y a orines de gato aquella, no era difícil en el día distinguir a los bien nutridos piojos, que, incorformes del cuerpo natal, habían emigrado, abandonándose sobre las tablas carcomidas, en donde se les veía moverse lentamente, arrastrando el peso de su gordura, como pequeños y cansados bueyes, inútilmente empeñados en encontrar el cálido refugio de un pliegue.

Amaneció allí, bajo el crujido seco de los peldaños, que no cesaban de protestar por la impiedad enérgica de los pasos proletarios que subían o bajaban.

Era el invierno ya. Pero hacía una azul y vibrante mañana. Un sol de espeso oro pulía la escarcha blanquísima que la noche había extendido sobre las calles. Los aleros lloraban gruesas lágrimas enmohecidas, como estremecidos por un súbito júbilo de presos en libertad. En los eucaliptos del depósito de tranvías los gorriones se peleaban en loca zarabanda de chillidos, desprendiendo con sus saltos y aleteos las flores de vigoroso y saludable olor.

Yo, por esos días, andaba con una tos que me llevaba el diablo. E inducido por mi madre, iba en busca de algunas flores caídas. Conocía la propiedad medicinal del eucalipto. Y cuando mi madre me lo insinuó, no vacilé en salir en busca del remedio para ponerlo en mi desayuno y combatir la maldita tos que no dejaba de martillarme los pulmones.

Casi siempre que bajaba a esa hora, echaba un vistazo al miserable y tiñoso hacinamiento de chiquillos y perros que tiritaban junto a la escalera, en medio de quejas y rasquidos.

Fue aquí en donde vi por primera vez a aquel curioso hombrecillo. Dormía profundamente un sueño boquiabierto que le descubría unos dientes de animal, grandes, amarillos.

El frío de la mañana era brutal en sus empeños por alcanzar los huesos. Las mandíbulas se descontrolaban a momentos, al impulso de los tiritones. Atravesé la calle, corriendo, con la extraña presencia del desconocido en mi cerebro. De la cocinería vecina venía el alegre chirrido de las sopaipillas friéndose. Grupos de haraposos proletarios se formaban en alguna puertas. Pasaba un tranvía con la bulla estridente de su ferretería. Salté las barras de hierro que resguardaban el canal. Mi tos fue como un saludo para los dos compañeros, Tito y Alfredo, que, bajo los árboles, se llenaban los bolsillos de fragantes cápsulas. Temblaban sus carnes enrojecidas y erizadas por los azotes inclementes del aire de hielo.

-Amaneciste mejor de la tos, ¿no?...

Tito reía, sorbiéndose los mocos.

-¿Y qué hay?... ¡Ahí tienes!... -exclamé, con una rabia recién nacida berreándome sobre el ánimo.

Su risa me molestó enormemente. El volvió a reír. Su hermano lo acompañó, insinuando:

-Amaneció mejor de la tos el niño, y bochero también, ¿no?...

-Tendrá ganas de calentar el cuerpo... ¡Ja,ja,ja!...

Los cordiales lazos de amistad que nos unían a los chiquillos del barrio no eran impedimento para que, de vez en cuando, algunos nos batiéramos a moquete limpio. Nuestras peleas eran animadas por la chiquillada y celebradas por los hombres que nunca faltaban por allí, entregados a las labores del zángano. A veces, en los días de pago de los tranviarios, vencedores y vencidos en tales pugilatos recibían de maquinistas y cobradores, como recompensa, dieces y chauchas que se gastaban en común, en compra de turrónes, churros, dulces chilenos o morocho.

Los hermanos Ubilla, con quienes acababa de encontrarme, tenían tanta fama de buenos camaradas como de animadores de reyertas. Cuando estaban de ánimo, no les costaba mucho concertar unas cuantas peleas. La sangre abundaba en algunas oportunidades. No obstante, por lo general, los contendores quedaban tan amigos como antes.

Esta mañana, encontrábame yo francamente arisco, y ellos, al parecer, en caluroso trance de molestar. Si no se hubiera avivado en mi cerebro el recuerdo de aquel hombre que dormía junto a la escalera, seguramente nuestro encuentro habría terminado en puñetes.

-Hace hartó frío para calentar el cuerpo -dije, tratando de reír-, pero allá en la escalera hay algo que ver... Vamos para allá...

Vaciaba en mis bolsillos las blanquizas y pegajosas flores que cogía. Y pensaba en lo divertido que sería lograr introducir alguna entre los dientes de aquel viejo. Blanqueaba la gruesa helada sobre los terrenos y el pasto, crujiendo gélidamente bajo nuestras

pisadas.

-¿Qué hay en la escalera? -inquirió Tito, roído por la curiosidad.

-Seguro que no será un león -intervino Alfredo-, porque si lo fuera, el cabro vendría más que mojado... ¡Ja,ja,ja!...

El chico continuaba en vena de sacar de quicio.

-¡Déjense de leseras y vamos para allá!

Salté las barras. Los hermanos me siguieron.

El viejo roncaba aún. Y subiendo algunos escalones y afirmándonos en la baranda grasienta, nos dimos al entretenimiento de lanzarle cocos de eucaliptos, midiendo el pulso a fin de dar en el vacío de su boca abierta. Los menudos golpes no tardaron en despertarlo.

-¡Caraju! -dijo.

Se desperezó lentamente. Los perros se sacudieron a su lado. No intentamos ocultarnos a su vista. Abrió los pesados párpados. Y su ojo turno se mostró como el cadáver lechoso de una luna en cuarto creciente. Se rascó la cabeza. Los revueltos cabellos parecieron erizársele. Al rascarse, sus dedos secos atraparon un infeliz piojo. Cogió la gorra que yacía tirada a un lado y se la encasquetó, reparando recién en nosotros, que reíamos como unos locos. Alfredo se animó con la actitud idiota del hombre. Y continuó el juego.

El pobre se levantó. Tiritaba, quejándose de frío y esforzándose por mantener alzada la cabeza. Nos clavaba de soslayo su ojo normal. Nuestras carcajadas castigaban el aire, lo mismo que alas de extraños pájaros alborotados. La lluvia de cocos arreciaba en el flácido rostro del viejo, sombreado de erectas cerdas.

La clavadura de su ojo normal en nosotros se hizo terrible de pronto. Sostuvo así su mirada por un instante que nos pareció eterno. De su labio inferior colgaba un hilo de baba que lo hacía asemejarse a los bueyes que, de madrugada, pasaban Mapocho

arriba, tirando hacia la Vega las pesadas y crujidoras carretas.

Afuera se oían los pregones roncros de los vendedores callejeros. Los gorriones no cesaban de chillar, peleándose entre las ramas de los eucaliptos.

-¡Caraju!, ¿qué hago yo?, ¿qué hago yo, aaah?... ¡No peguen má, niños, no peguen má! ¡Na hago yo!...

Era una voz cavernosa, tremendamente dolorida, con aliento profundo de amargura, como un mensaje de sus más hondos estratos humanos, estremecidos acaso por un sufrimiento de eternidad. Su ojo normal, salpicado de sangre, era ahora en su mirada como un puñal mellado.

-¡No peguen má, niños, no peguen má!...

Mis dos compañeros, zamarreados por un espanto súbito, saltaron como simios los pocos escalones que habían trepado y huyeron desafortadamente, dejando un reguero de verdes y blancas flores. Al salir a la calle estuvieron a punto de botar a una vieja que pasaba. Yo hubiera huido también. Pero una extraña fuerza parecía atornillarme a mi sitio. Aferrado a la baranda, mi vista se desprendió de mis compañeros, que arrancaban con los harapos al aire. Y se apegó de nuevo a la curiosa figura del hombrecillo. Ogros y brujas montaban estrellas y mangos de escobas en mi cerebro, vagando en un firmamento sin fin.

-¿Qué mira tú? ¿Qué mira?... ¿Querer pegar también? ¿Querer pegar? ¡Tú, niño bueno, no pega! ¡No pega niño bueno!

La brillante hilacha de saliva le subía y le bajaba, colgando desde su labio caído, purulento. Se diría que una araña invisible pendiera del delgado hilo, empeñada en el tejido de una tela fantástica. Su mirada era indefinible en ese instante. No sé si tierna. O amarga. O reprensiva. Arrastrando una pierna, rengueó lentamente la baranda.

-¡De veras! ¡Tú, niño bueno, no pega, no pega! ¿Cierto?...

No me alcanzaba el rostro. Quiso acariciarme la rodilla, ladeando la cabeza como un zorzal, para poder mirarme hacia arriba. Yo evité la caricia. La piedad que me invadía era incapaz de dominar la repulsión. Los chiquillos ovillados más allá, a los pies del extraño, comenzaron a despertarse en medio de rasquidos y sonoros bostezos. Las legañas y las mechazcos terrosos velaban sus miradas. Uno se levantó y se puso a orinar ahí mismo, casi encima de los compañeros. Los perros se sacudían, lamiéndose las rojas grietas de la tierra.

-¡Tú, niño bueno, no pega!, ¿no?

-¡Enrique!... ¡Enrique!...

Mi madre llamaba desde arriba. Su voz me remeció. Fue como si de pronto despertara de un sueño que ya endilgaba hacia la pesadilla.

-¿Mamáaa?

De dos en dos los peldaños llegué arriba.

-¡Mandarte a ti es como mandar a la tortuga, Enrique, por Dios!

No dije nada. Casi inconscientemente miraba venir desde el fondo de la galería al Cabeza de Tope con su pesado y tenebroso andar de oso. Ardían los fuegos en las cocinas. Blancos vahos de vapor se levantaban desde las teteras. Una mujer, en enagua, tiritona, se peinaba junto a la llave de agua, los rollizos brazos desnudos, a la vista la pelambre negra de los sobacos. Contra el sol -que ensayaba en la angosta galería, azulada por el humo, sus cordiales y blancas ojotas- el aliento hacía aparecer a la mujer como una tetera más, en entusiasta hervor.

Mi amigo Ricardo pasó hacia su cuarto con una botella litrera llena de vino: su padre hacía una semana que estaba bebiendo. El contenido de aquella botella era como su desayuno.

-¿Viste al viejo que llegó?... -me interrogó el chico, de pasada.

-Claro...

-¿Qué haces que no entras, Enrique?... ¡Este chiquillo, Dios mío!... Opuse la cabeza gacha a una nueva reprimenda de mi madre. El desayuno ya estaba servido. Desparramé el oloroso contenido de mi bolsillo sobre la mesa. Eché tres coquitos, pegajosos de esencia, en la taza. Tomé el café apresuradamente.

En la calle sonaba la campanilla destemplada del carretón basurero. La chiquillería pasaba ya en tropel por la galería llevando al hombro los tarros cargados con desperdicios. La escalera gemía, amenazando ceder.

Con el resto de pan en la mano, salí. Mí mamá tenía listo el tarro de los desechos para que lo bajara. Guardé el pan en el bolsillo. A través de la mañana, me lo comería de a pedacitos. Me eché el tarro al hombro y bajé. El extraño hombrecillo no estaba ya junto a la escalera. Los vagabundos habíanse ido también. Sólo los perros quedaban en la acera, metiendo la cabeza y las patas en los tarros, luchando por la propiedad de un hueso.

O ahogándose poco menos con alguna papa rancia. Los chiquillos los animaban a la camorra.

-El "Tirifilo" tiene macanudos dientes... A dónde le pega a tu perro un tarascón que no le saca el cuero...

- ¡A ver, "Tirifilo"!... ¡Pch, pch, pch!...

Pero, lejos de hacer caso, el "Tírifilo" se echó junto a la cuneta a triturar un hueso, sin descuidar a un foxterrier que, con los ojos floridos de hambre, le hacía guardia gratuita.

Eulogio, el basurero, arriba del carretón, las piernas hundidas en la basura fétida, vaciaba los tarros, golpeándolos en el fondo enérgicamente. Después los lanzaba contra las piedras de la acera, sin ninguna compasión para las latas enmohecidas y carcomidas, ni la más mera consideración para las protestas y reclamos de sus dueños.

Todos los negocios, cuartos y conventillos, se vaciaban de chiquillos, mujeres desgñadas y tarros repletos de desperdicios. Ha-

bía gritos. Insultos. Pullas. Un muchachón tiraba un agarrón a las nalgas prietas de una niña crecida, con bellas protuberancias, erguidas de frío en el pecho. El aire apestaba a podredumbre, a pobreza. La miseria parecía celebrar su Dieciocho, enarbolando en los cuerpos sus pabellones de harapos.

El carretón se había ido, tirado por los machos obedientes al insulto de Eulogio. Y nosotros manteníamos un chivateo infernal animado por la sonajera de los tarros, cuando salió del almacén el curioso viejo rengueador y turno. Traía en sus manos un gran pan candeal, amarillo de zapallo, que devoraba con ansía, deteniéndose a cada paso. Sin preocuparse de nosotros, se sentó en la vereda, afirmando la espalda en la pared desconchada y garabateada de inscripciones obscenas en la cubierta alquitranada del zócalo. Y siguió su festín. Hilillos de saliva se le escurrían de su labio inferior acucharado. Pero, con pan y todo, volvían de nuevo a su boca. Nosotros le mirábamos hacer con una atención que pronto se transformó en una batahola de burlas. Haciendo sonar nuestros tarros, danzábamos junto al viejo, gritando:

-¡Pan Candeal, tarán, tantán!... ¡Pan Candeal, tarán, tantán!...

No sabíamos el nombre del hombrecillo. Mas la espontaneidad nuestra ya lo había bautizado. El pan que comía nos había dado el apodo.

-¡Pan Candeal, tarán, tantán!... ¡Pan Candeal!...

El hombre se mostró indiferente hasta que terminó de devorar su pan. Después, ladeando un poco la cabeza, mientras su ojo turno parecía bailarle en la órbita, paseó la pupila normal sobre cada uno de nosotros. Los botones de su capote brillaban, mojados de saliva. Y el viejo debía

de sentir como sí un convulsionado universo se agitara a su alrededor.

-¡Paren la bulla, niños, paren la bulla!...

Su lengua estropajosa imploraba angustiosamente como si todo

su ser se encontrara roído por una terrible hambre de tranquilidad. Nosotros no le oíamos. Y le enloquecíamos con nuestros golpes, saltos y aullidos. Eramos unas verdaderas bestezuelas endemoniadas.

-¡Paren la bulla, niños, paren la bulla!...

¿Qué cosas pasarían por el corazón de ese hombre? ¡Vaya alguien a saberlo! Nosotros sólo tuvimos real noticia de sus lágrimas, que, inmensas y continuadas, rodaron por su rostro, sorteando los tajos que el cuchillo de los años había abierto entre las cerdas que lo ensombrecían. Fue una patética noticia aquella, una impresionante noticia que nos enmudeció de pronto, que ahogó como por arte de magia el desenfreno de nuestros gritos y movimientos. Los dedos cálidos y tersos de una humanidad nunca sentida debieron allegarse al corazón de nuestra infancia. De otro modo, no hubiéramos callado.

En medio de un desconcierto inusitado, comenzamos a repartirnos hacia nuestras casas.

Los gorriones cantaban. El frío persistía, duro, obstinado, implacable, haciendo brillar sus cortantes puñales. En los eucaliptos el viento cosechaba espesos y saludables olores, renovando el hábito malsano con que los desperdicios poblaron el ambiente. El cielo era un enorme trino azul. El sol firme, atlético, musculoso, sobre sus blandas y firmes ojotas, era un noble y augusto roto paleando oro sobre la calle.

2

¿Cómo llegó? ¿Y de dónde? Nadie lo sabía. Las comadres, sin embargo, ponían en campana la imaginación. La verdad era que el viejo se había incorporado a la humanidad del barrio, compuesta de chiquillos, de obreros, de heroicas hembras, de rateros, de prostitutas. Nadie tenía noticias exactas suyas. Pero un día, esti-

mulado por unos tragos que alguien le dispensó, desatando torpemente la lengua, habló de obscuras cosas del Norte, de unas minas, de un apaleo legal en que le habían quebrado el espinazo. Fue una vaga historia que nadie quiso creer. Lo cierto y elemental era que estaba entre nosotros, que se nutría comiendo en este y aquel plato, ligando su necesidad a la piedad de los vecinos, y que dormía allí, junto a la escalera de la galería, entre los vagabundos y los perros, entre voraces piojos y sueños sin esperanza, pasando la vida solo, hundido en la amarga atmósfera de sus sentimientos. Todos le conocían. Pero el hábito de su presencia hacía que se le olvidara, a medida que el tiempo adelantaba sus trancos. Ocurrió, sin embargo, un hecho que lo incorporó de nuevo al seno de los sentimientos cotidianos: una mañana amaneció durmiendo en compañía de una mujer. Las comadres llenaban la galería con sus voces:

-¡Bueno con el Pan Candeal! ¡Habrás visto!

Lo imaginaban todo. Se hacían cruces, pensando en los años y en la invalidez del viejo. Luego se desplomaron todos los castillos en la imaginación: la mujer, apenas una niña de trece años, era hija de Pan Candeal, según él mismo declaró, con la torpeza de su lengua estropajosa. Era una bella chica, con una melenita graciosa, de una palidez armonizada por diminutas pecas, y estaba encinta.

Pan Candeal rengueaba feliz, pelando los dientes como un animal contento, llevando del brazo a su hija. Su ojo normal se abría en cordiales luces de ternura.

-¡Mi hija tendrá un niño! ¡Yo abuelo! ¿Qué tal?... ¡Yo abuelo!

¡Ja,ja,ja!...

Accionaba, se echaba atrás. Su labio acucharado temblaba. Reía ladeando mucho la cabeza para fijar mejor su mirada en quienes le escuchaban.

-¡Ah, mi hija tendrá un niño!

Brillantes hilos de saliva pendían de su boca. Exhibía a la pequeña como a un objeto maravilloso. El orgullo le hinchaba el pecho. Un desprejuicio admirable lo honraba en su idiotez. Acariciaba a la hija. Las mujeres se indignaban, mirando el vientre empinado de la chica. Se rascaban la cabeza. Se acomodaban las horquillas en el moño. Se pasaban el dorso de la diestra por la nariz.

-¿Y el padre? ¿Dónde está el padre de la guagua? -inquirían zahirientes. La chica se apretaba al viejo, doblegando los ojos confundidos. La inquietud del hijo en el vientrecillo le acalambra-
ba las vísceras, haciéndola morderse.

-¡El padre es milico!... ¡Se fue!... ¡Yo papá y abuelo!... ¡Sí, papá y abuelo!... ¡Lindo, lindo niño!... -respondía el viejo con toda naturalidad.

La felicidad del pobre era incomprensible. No alcanzaba al corazón ni menos al cerebro de las comadres, que se iban con un caos en la cabeza. El que el viejo admitiera tal situación lo justificaban con su idiotez.

Sin embargo, algo más las complicaba. ¿De dónde habría sacado Pan Candeal esa hija? La chica no vestía como las demás niñas del barrio. Había, además, un aire de distinción en toda ella. La vida de Pan Candeal, después de todo, era un enigma. Y las vecinas acaso hasta sufrieran tratando de descifrarlo.

La pequeña futura madre siguió viviendo con el viejo. Las venas de un heroísmo grandioso atravesaban la carne de su vida, dignificándola. Yo y mis ocho años nos emocionamos muchas veces al encontrarla sentada en uno de los peldaños de la escalera, llorando a lentas lágrimas sus dolores íntimos. Las negras mechadas de su chasquilla demasiado larga se pegaban a su frente como en una actitud solidaria a su hondo y precoz sufrimiento. Sus pechos, pequeños y delicados, temblaban, abriéndose tal vez, como flores, por dentro, para recibir los tempranos golpes lácteos.

El barrio la olvidó casi, hasta aquella madrugada en que sus ge-

midos despertaron a una vecina, y luego a otra, y a los hombres, y a casi todos.

A la lumbre cobriza de una vela llorona, sobre las tablas carcomidas y piojosas, el hijo palpó la primera dureza del mundo. Sangre. Quejidos. El doloroso milagro hurtaba en el sentimiento de los rapaces vagabundos, agrandándoles los ojos legañosos, levantándoles los párpados soñolientos en el asombro y el horror. Los perros paraban las orejas, pelando los dientes, se lengüeteaban el hocico. Pan Candeal, con las manos ensangrentadas, más rebeldes que nunca los nervios del cogote, las pupilas saltadas, temblaba como un roble nuevo zamarreado por la tormenta. Se había quitado el capote y, aterido, sufría en su impotencia para acallar los berridos del recién nacido, a quien apretaba contra su pecho, envuelto en la piojosa prenda. La chica, con el rostro desencajado, se retorció en la agonía. Murió luego, en medio de desgarradoras quejas, en los momentos en que dos mujeres despeinadas, y apenas vestidas, la tomaban para llevarla a un cuarto.

El frío crispaba las manos, se mesaba los cabellos, se desesperaba, afuera, sobre la calle. La claridad de la amanecida se afirmaba en la fragancia vigorosa de los eucaliptos. Sonaba la sirena del depósito tranviario. Los tranvías salían con el traqueteo pesado y chirriante de su ferretería. Por allí, un gallo batió las alas y cantó virilmente, a coro con otros camaradas lejanos.

Los maquinistas y cobradores tranviarios, que salían escalera abajo precipitadamente, apenas tenían tiempo para imponerse del hecho y endilgaban al trote, depósito adentro.

Pan Candeal se había portado como un padre, como un abuelo, o como un hombre, simplemente. Puro e íntegro en su idiotez, la sangre que manchaba sus manos tenía amplia y autorizada voz para decir su comportamiento. Sereno en el trance, supo salvar la vida del pequeño, ayudando a bien parir a la niña. Allá el destino maldito que se llevó el último soplo de su heroísmo de pequeña hembra, al cercenar su existencia recién frutecida sobre las arris-

cadadas tablas.

Era ya día claro cuando un guardián flaco y tartamudo vino en busca de Pan Candeal. Un día traspasado de azules nervios. El sol, roto grandioso, se descubría mostrando la espesa y rubia pelambre de su pecho.

El viejo debía de sentir que sus brazos eran cada vez más blanda y tierna hamaca para la fragilidad del nieto. Pausadas y enormes lágrimas se le enredaban entre las cerdas del rostro. Y sollozaba con roncros sollozos de hombre, cuando hubo de ceder al recién nacido a la piedad de una vecina caritativa. Estuvo largo rato con su ojo normal clavado en el rostro de la pequeña parturienta fenecida. Cogió luego su gorra. Se la puso. Y salió, rengueando, ladeada la cabeza, perdido el ojo turno.

El guardián no aseguró al detenido. Y caminó junto a él, adaptando sus largos pasos al lento renguear del viejo.

Con la piedad, y acaso también con la admiración temblando en las pupilas, todos contemplaron su alejamiento, hasta que autoridad y detenido se perdieron en la esquina de Mapocho con Bulnes, hacia la Brigada.

Alguien envolvió en hojas de diario el cadáver de la chica mientras venía el carro de la Morgue. Los peldaños chillaban bajo el peso de las mujeres que se encaminaban a sus cuartos, llevando una de ellas al recién nacido envuelto en una pollera vieja.

Y los chiquillos nos quedamos abajo para espantar los perros, que se obstinaban en lamer los coágulos de sangre esparcidos por el suelo.

CAPÍTULO OCTAVO

El hecho ocurrió en Bulnes

"Pero los niños del proletariado somos sanos de alma. Lo más tristes y repugnante de la vida se desliza sin dejarnos su huella asquerosa. Estamos endurecidos contra el pecado y contra los dolores".

GEORGE FINK, Tengo hambre.

1

Roncos panderos de agua tocó por muchos días el viejo invierno. Los grises días caminaban por la calle con los harapos chorreantes, estirando las famélicas manos pordioseras de luz. Esta tarde, sin embargo, la nieve buscó el corazón del barrio como para inmacularlo en su angustia.

Ya a la hora del almuerzo, livianas briznas de hielo, como dedos de pluma, comenzaron a agitar en el aire sus trémulas sonrisas blancas. Era un acontecimiento. Y desde todos los hogares se asomaban los rostros curiosos a comprobar el hallazgo del tiempo.

-¡Qué tremendo frío!... ¡Afff!... ¡Afff!...

Sobábase las manos mi madre. Tiritaba. Pero un aleteo de alegría vivificaba sus facciones medio ajadas. Habíame mandado a arreglar los zapatos. Y con las rotas chancletas que me había puesto, la señora no me permitió ir a la escuela.

-Puedes repasar tus tareas de división -propuso mi madre en la mañana-.

Este mes te sacaste un dos en aritmética... -me advirtió en segui-

da. Consecuente con esto, había estudiado gran parte de la mañana. La nevazón de la tarde me sirvió entonces como distracción. Mi madre, después de darme el café de las once, me exigió que siguiera el estudio. Yo ansiaba salir a la calle. Desde nuestro balcón había divisado a algunos de mis compañeros haciendo un mono de nieve. Mas no fue posible que realizara mis deseos.

-Estás demasiado resfriado... -arguyó mí madre ante mis insistencias.

-¡Por qué no me deja, mamá!...

-¡Con esos zapatos, no, caramba!...

-¡Mamáaaa!...

-Digo que no, Enrique, digo que no...

Mis lloriqueos obligaron a mi madre a descolgar la correa.

-¡Esta pobre pasa siempre con hambre!... -exclamó aludiendo a la tira de cuero-. ¡No cuesta nada darle de comer!...

Sólo entonces dejé de majaderear. Estuve amurrado todo el resto del día.

Y sólo la llegada de mi padre reguló mi ánimo. Venía helado. Con la nariz roja de frío. Sobre sus hombros, la nieve parecía habersele posado a puñados.

-¡Qué tremenda nevada! ¡Pero fortificante! -dijo alegremente, tosiendo un poco.

Yo me precipité a él. Su capote rezumaba un olor a humedad. Saqué la nieve de sus hombros y la vacié en una taza. Mi madre me dio un poco de azúcar y canela molida. Martina y yo dimos cuenta prontamente de ella, revuelta, como si fuera helado.

-Eso les va a hacer mal a estos chiquillos -había objetado el hombre, despojándose del capote.

-Déjalos... ¡Qué mal les puede hacer!...

-Repuso mi mama.

-Bien... Bien... -habló mi padre, reticentemente.

No le gustaba discutirle a su mujer. Si lo hacía, en todo caso, ella ganaba la partida. El determinaba siempre callar, riendo generalmente.

-Esta mujer habría servido para tinterillo.. .-comentaba a veces mi padre, sin dar importancia a los pequeños cambios de palabras.

Se sentó junto al fuego el hombre. Me puse a jugar con su placa de bronce, que él mismo había tirado sobre la mesa.

-¡Deja ese número, hombre!... -me reconvino.

Pero se despreocupó al momento de mí para preguntar por Elena.

-No ha llegado aún... - contestó mi mamá.

-A ésta hay que hacerle una paradilla... Se está atrasando demasiado...

-Es cierto... -habló la mujer -¡Eso quería pedirte yo!... le he advertido muchas veces que llegue más temprano y no me hace caso...

-El compañero poeta la tiene con la cabeza mala... -dijo mi padre, preocupado.

-Se atrasa las más de las noches... Sale a las seis de la fábrica... Y llega casi a las nueve...

-¡Carajo, qué chiquilla!

Se calentaba las manos junto al brasero. Su rostro se había ensombrecido. Y las arrugas de su frente se ahondaron.

-¡Si sigue así, no sé qué va a ser de esta mocosa! -casi lloriqueó mi madre, revolviendo la comida que humeaba en la olla, sobre el fuego- ¡No sé qué va a ser de esta muchacha!...

Afuera se sentía llegar los carros a guardarse. Mi padre sacó un libro del estante y se puso a hojearlo. Quería evadir sus oscuros

pensamientos con la lectura. Pero le era imposible.

-Realmente... -recalcó más tarde, como consecuencia de todos sus pensamientos-. ¡Es necesario hacerle una paradilla a Elena!

Se atusaba inconscientemente el bigote. Su mujer ya había servido la comida. Y los platos en la mesa despedían un vapor de calle húmeda, asoleada.

Estábamos cuchareando cuando entró Elena. Venía nevada también, a pesar de su paraguas. En sus mechaz negras, algunas motas blancas parecían flores. Besó a mi padre. Se mostraba muy contenta. El frío se decía que no la afectaba. Se sentó a la mesa. Mas no quiso comer. Sacó unos papeles y se puso a hojearlos. Eran versos escritos a máquina. Elena advertía en el silencio el ánimo contrario a ella que alentaba en los padres. Observaba a ratos con los ojos bajos. Tentaba mantenerse indiferente. Pero, poco a poco, fue manifestándose su nerviosidad. Terminó por declarar que se iba a acostar.

-Bien, pues, señorita... -le objetó duramente mi padre- Bien, pues ¡Pero antes me va a oír unas palabras!

Ella, que se había levantado para dirigirse a la cama, se volvió con violencia.

-Oigo... -bisbiseó, temerosa, mordiéndose los labios.

-Te hemos encargado que llegues más temprano...

Mi padre quería mostrarse sereno. Sin embargo, su voz acusaba los sentimientos de encono que encabritaban su corazón. Elena calló. Se mordía un dedo. Era este un hábito suyo cuando estaba distraída o nerviosa. Pestañeó unos segundos. Luego fijó sus preciosos ojos en mi padre. Había mucho de súplica, de ruego, algo como solicitud piadosa de oveja maltratada, en la mirada de mi hermana. Un leve pero doloroso clamor de comprensión irrumpía en sus pupilas.

-¡Sí!... -musitó apenas.

-¡Pero no obedeces! -la increpó ahora mi padre, sin dominar ya el ímpetu de la exasperación- No obedeces, caramba... ¿Qué te estás figurando?

¿Somos monos nosotros, acaso?...

Mi madre deseaba mantenerse al margen. Tal vez le doliera también el reto del marido a la hija. Se retiró. E hizo como si atizara el brasero.

-¡Contesta -seguía mi padre-; contesta! ¿Qué te figuras, Elena?...

¡Parece que ya no tuvieras casa!

-Disculpe, papá... -habló muy quedo la muchacha-; disculpe, pero...

-¡Pero... qué, caramba!... ¡Ese tío te tiene loca! ¿Sabes tú quién es?...

¿Sabes qué intenciones tiene contigo?...

-¡Papá!

-¡Nada, nada, carajo!... ¡Vas a terminar todo con él!... ¡No es posible que esto siga!...

-¡Pero, papá!...

-¡Qué pero, qué pero!...

Retoños de lágrimas apuntaban bajo las largas pestañas de mi hermana. No dejaba de morderse el dedo. Sus pechos palpitaban como movidos por una secreta e íntima angustia. No habló nada más.

-¡Ya sabes, pues -recalcó el hombre-, no más llegadas tarde!... ¡Y que eso se acabe, caramba! ¿Lleno de cosas, uno, y que todavía tenga que ocuparse de esto!...

Se acodó en la mesa. Hundió la cabeza entre las manos. Elena sollozaba.

-¡Papá!... -le habló dulcemente.

-¡Nada, nada, no quiero disculpas! -gritó el hombre, alzando la cabeza- ¡Ni una palabra más!

Había palidecido. Dio un puñetazo en la mesa. Mí madre se acercó a él.

-¡Mi hijo!... -le habló con suavidad, tratando de calmarlo -¡Si no es para tanto!

Él se levantó. Se caló el capote y la gorra.

-Voy a una conferencia del compañero Recabarren...(1) -explicó, y se fue mascando su cólera.

Mí madre salió a la galería, tras él. Me dolían en pleno corazón los sollozos de Elena. Me sobresaltó, de pronto, el golpe seco de sus zapatos contra el entablado del piso.

Mí madre regresó al cuarto. Se acercó al lecho en que mí hermana sollozaba.

-Tu padre tiene razón, hija... -le habló con dulzura, acariciándola.

-¡Ustedes no comprenden esto -lagrimeó mi hermana-no pueden comprenderlo!...

-Acaso te comprendamos de más, hija... Trata de obedecer, es necesario. Hay que evitarle rabias a tu padre, hija... Anda con tantas preocupaciones siempre...

Yo empezaba a cabecear a la orilla de la mesa. A medio filo del sueño, oía los sollozos de mi hermana, como afanosos duendes de pena, horadando las frías piedras del aire.

2

Las calles y los tejados amanecieron vírgenes de nieve, bajo un

¹ Luis Emilio Recabarren, líder máximo de la clase obrera chilena. Falleció el 19 de diciembre de 1924. El autor prepara una biografía suya.

sol fuerte, carnoso, que arrancaba al día fustazos de enceguedora resolana. El frío se sentía como escofina sollamando el cuerpo. Los ancianos eucaliptos parecían haber encanecido de pronto y chorreaban, como los aleros, gruesos hilos de nieve derretida. Crujían las capas blancas al paso lento de unas carretas chillonas, tiradas por bueyes babosos y sufrientes.

El tío Bernabé, a pesar del frío, andaba en mangas de camisa, barriendo la escalera.

-¡Carajo, la gente cochina! ¡Como si no hubiera excusado! ¡Se mean y se hacen de todo aquí, por la chita!... -alegaba arrastrando con la escoba, de peldaño en peldaño, unos restos de vómito y unos excrementos medio secos- ¡Estos carajos son los cochinos! -rugió cuando llegó abajo, posando los ojos sobre el hacinamiento de chiquillos dormidos junto a la escalera- ¡Levántense, porquerías! ¡Levántense, cochinos!

Los chiquillos comenzaron a desperezarse entre gemidos. Daban diente con diente. El tío los miró compasivamente. Uno de los chicos se alzó rascándose las greñas. Tomó su cajón lustrador, que tenía a un lado, y salió, hundiendo, a tiritones, los pies en la nieve de la acera.

-¡Puchas! -chillé-. ¡Esta porquería quema!...

Su aliento blanqueaba en el aire de hielo.

Los otros escalofrientos fijaban las pupilas en el hombre, asustados, humillados, doloridos.

La piedad del tío se expresó ahora no ya por los ojos, sino en sus palabras:

-¡No se levanten, ooh!... ¡Pero, puchas, no me jodan la escalera, hombres!...

Pan Candéal había salido en libertad hacía días. Pero no estaba allí. Lo que le había ocurrido despertó un sentimiento serio de caridad en más de uno. Así la señora Jesús, mayordoma del con-

ventillo vecino, le permitió que, por la noches, se cobijara en una ex pesebrera que existía al fondo del amplio sitio, junto a unas matas de membrillo. Él no se hizo rogar. Y allí, atardeciendo, iba a matar su amargura con el sueño.

Al salir hacia la escuela, encontré a Pan Candeal en la puerta del almacén. Estaba muy raro. Decían que estaba enloqueciendo. Había tomado ahora el hábito de seguir a los chiquillos. Andaba armado de un palo. Y lo blandía, gritando, como quien arrea un piño de bestias:

-¡Ah cabro, ah cabro mañoso!

Su voz era más ronca, guardaba ecos tenebrosos de caverna. Esta vez me siguió a mi.

-¡Ah cabro, ah cabro!... -me gruñía. Huí atemorizado.

-¡No me joda, no me joda!... -le grité.

A más de alguien le había alcanzado en alguna oportunidad un golpe suyo.

Y era de temerle. Daba la impresión de odiar de veras a los muchachos. De su nieto, no se acordaba. El pequeño seguía en poder de una vecina de buena voluntad. A su crianza contribuían todas las mujeres de la galería que estaban lactando, mientras el padre Carmelo conseguía un lugar para el chico en la Casa de Huérfanos.

Corrí desafortunadamente por García Reyes.

-¿Qué te pasa? -me detuvo el Chueco Avilés.

-¡Pan Candeal, ooh, que no deja tranquilo a nadie!

Yo acezaba. Detrás de un poste, Pan Candeal cateaba, con el ojo normal dilatado.

-¡Voy a fregarlo! -dispuso el Chueco.

Se acercó a él y empezó a burlarse, toreándolo:

-Viejo bruto... Viejo bruto....

El cateaba y cateaba, pendiente del instante propicio para descargar el palo. Rengueando, se precipité, de improviso, sobre mi compañero. Este le escabulló el cuerpo, y le sujeté el arma en el aire. En seguida le hizo una zancadilla, que echó al viejo sobre el suelo nevado, donde quedó revolcándose.

-¡Caraju! ¡Caraju! -chillaba, tratando de levantarse-. ¡Caraju, cabro mañoso, caraju!

Al Chueco se le desarticulaban de risa los huesos.

-¡Así hay que hacerlo!... ¡Viejo jodido, no más!...

Yo no podía reír. Sentía mucha lástima por el hombre. Me desagradé la actitud de mi compañero. Ahora se sentía llorar al viejo. Recién lograba levantarse, chorreando nieve derretida por los bordes del capote.

-¡Abusan, abusan, cabro mañoso, no más!...

-¡De veras, de veras -dije a mi camarada-, abusan mucho con este viejo!...

-Pero él embroma también, pues!

-Hay que dejarlo. Dicen que está loco.

-La laya de loquito... -habló el Chueco-. Es un viejo zorro... Se hace el enfermo...

-¡No, hombre, qué se va hacer!... ¡Si está enfermo!... En Andes nos alcanzó Rojitas.

-¿Saben?... ¿Saben?...

-¡No, oooh!... ¿Qué?...

-¡Desayúnense!... ¡¡Desayúnense!!... Nos pasó una hoja de diario:

TERRIBLE TRAGEDIA EN UN PROSTÍBULO

*Menor de doce años mata a cuchilladas a una asilada,
acuchillándose luego a sí mismo.*

EL HECHO OCURRIÓ EN BULNES

El menor Sergio Llanos padecía de una enfermedad social incurable.

Como expresamos en nuestros titulares, ayer tarde uno de los prostíbulos de calle Bulnes, junto a San Pablo, se convirtió en teatro de un macabro hecho de sangre que costó la vida al menor Sergio Llanos y a Etelvina Garay, asilada en dicho burdel.

-El Turnio, por la pucha! ¡Pobre cabro! -exclamé, incrédulo.

-¡Puchas la payasada! -objeté el Chueco Avilés-. ¡Y yo que jodía tanto a este pobre cabro! ¡Qué payasada!

-¡Qué va a ser payasada esto! -alegó Rojitas-. ¡Quién iba a pensarlo, tan callado que era el Turnio!

En la escuela, la sorpresa fue mayor. Se formaban grupos.

-¿Qué es enfermedad social? -inquirió el Sapo.

-¡Chitas, cartucho, oooh!... -le gritó el Chueco-. ¡Cuando tengas mujeres vas a saber!...

Intervinieron los profesores. Nos quitaron la hoja de periódico. A causa de ella, el colegio se estaba revolucionando. Venían los muchachos de los cursos superiores.

-¡Tienen un héroe los del tercero, por la chita!... ¡Un héroe puto!...

¡Ja, ja, ja!... - gritaba, en son de burla, uno del sexto.

-¡Qué hablas tú, Fraile, qué hablas! ¡El Turnio no les besaba las patas a los frailes como tú!- le aullé el Chueco, dándole un empujón al muchacho delgadito que se burlaba.

Le decían Fraile porque solía ayudar misa los domingos en la Parroquia de Andacollo.

La campana de clases apagó la zalagarda. En la revisión del aseo, el Chueco pagó su mal trato a Pan Candeal: el señor Carmona lo mandó a casa a lavarse el cuello.

-¡Pero, señor!...

-¡Nada de señor aquí! ¡A la casa, jovencito, y ligerito de vuelta!

-¡Chute de mierda! -le oí por lo bajo al Chueco, en tanto salía.

Yo estaba medio oprimido. En verdad, se echaba de menos la apagada presencia del Turnio Llanos. Mientras entrábamos a la sala, me lo imaginaba pálido, graniento, tímido, y no sé por qué me parecía que el rumor de la nieve derretida al escurrirse por el caño vecino a la puerta de nuestra sala era su propia risa. Así mismo debería estar riendo ahora, apuñalado, en la muerte, con una risa helada, risa blanca, risa de nieve, escalofriante.

El señor Carmona habló largamente del Turnio. Dijo cosas que, pese a mis empeños, no pude entender. Algunos reían. El señor Carmona terminó diciendo:

-Son estas cosas de las cuales no se puede hablar a ustedes con claridad... A través de los años conocerán ustedes estas y tantas cosas más que ya deberían saber... En fin... - callé y abrió un texto de zoología para empezar la clase.

Pasó largo rato antes de que yo atendiera. Me acordaba del Turnio y sus palabras de aquella tarde. Y veía también al señor Carmona, encogido, del brazo de la señorita Amanda, entrando al hotelucho. Me parecía increíble todo.

-...y ahora nos corresponde hablar de las Columbinas... Avecillas... - oía como en sueños.

"Avecillas, avecillas". ¿No eran una especie de avecillas el señor Carmona y la señorita Amanda, introduciéndose en el Hotel Chileno? ¡Ah, la obscura miseria del señor Carmona, sus pantalones

parchados, abolsados en el traste, y sus zapatos, rúbricas de pobreza!

3

La noche se avecinaba con los demonios del frío batiendo sus agudos puñales. La tarde, desbordante de sol, había estado tibia, estimulante, grata. Ahora que las sombras empezaban a mero-dear por los ramajes de los eucaliptos y las primeras estrellas agitaban al viento celestial sus cabellos de aluminio, el aire era como un ánima recién suelta arrancando todos los pelos de las pantorrillas.

Había logrado burlar la vigilancia de mi madre. Y me obstinaba en la puerta de calle, tratando de avistar a algún compañero. No veía a ninguno. En cambio, sí, vi a Elena en compañía de alguien. Caminaban lentamente. Y los distinguí muy bien, a pesar de la sombras y de la gente que se agrupaba frente a una cocinería, y que casi los ocultaba a la vista.

¿Por qué me escurrí? No sé. En verdad no podría precisar si fue por curiosidad o por miedo a que Elena me delatara que estaba en la calle. El caso es que me arrinconé en un pequeño hueco, telarañoso, hediondo a orines y a excrementos, apegándome a las tablas, casi debajo de la escalera.

-¡Te dejo aquí!... -exclamó el hombre, cuando hubieron llegado.

-Podrías quedarte otro ratito -le insinué mi hermana, tiernamente.

-Si tú lo deseas, preciosa... -musité él con un pequeño temblor en la voz.

-¡Tonto!

Se sintió un largo beso.

-¡No me beses así, por favor; por favor, no!

Yo tenía un miedo tremendo. Mas no el suficiente como para que venciera mi curiosidad. Me asomé. Ellos estaban apegados a la puerta. No podían verme. Todavía tenían juntas las bocas. Tuve la impresión de que se bebían o de que se devoraban. Me dio rabia. Hubiera saltado y los hubiera apartado. Tenía ganas de arañar. Se me ocurría que Elena era mi madre no sé por qué, y que otro que no era mi padre la besaba.

-¡Elena!, ¿porqué vine a conocerte ahora? -dijo él como para sí mismo, como con cólera.

Volvió a besarla. La boca del muchacho se arrastraba por todo el rostro de ella. Buscaba el cuello. Y el seno.

-¡No, Abel, por Dios, no vaya a venir a alguien!

-¡No importa, Elena, aunque viniera alguien, no importa!

Le había desabrochado la blusa. Y besaba allí como acezando.

Tocaba todo su cuerpo por sobre las ropas, con pasión, casi desesperado.

-¡Elenita!

-¡No, no, no me toques ahí, me duele todavía!

-¡Elena!

Tenían las bocas juntas otra vez. Algo como fuego contenido parecía querer estallarme en el pecho. Gotas de vinagre se me escurrían al corazón. La rabia no era, sin embargo, superior a mis temores. No podía salir. De hacerlo, habría saltado sobre el hombre. Y le hubiera despedazado el rostro.

-¡Abel, si supieras cómo sufro!

-¡Elenita! ¿Y yo?... ¡Eres adorable, no lo creí nunca! ¡Seguir conmigo a pesar de todo!

-¡No podía ser de otra manera! -hablé ella, desolada. Y dejó escapar un áspero sollozo.

-¡Que sea siempre así!... ¡Pero venir a conocerte ahora, Elenita!

Había algo de rugido sordo, reprimido, en la expresión del hombre. Besó a mi hermana con desesperación.

-¡Por Dios, Abel, así no, por favor!

-¡Elena, no sabes cómo te quiero!...

-¡Que sea siempre así, Abel! ¡No deseo otra cosa!

-¡Que de tu parte sea siempre como ahora!

-¿Dudas todavía?...

-¡Elenita, no podría dudar! ¡Pero es que, de veras, tengo miedo! ¡No quiero perderte, sería terrible! Acaso no tenga derecho realmente a ti...

-Tienes todos los derechos, Abel... Es posible que yo sea la que no los tenga...

-¡Elena, no digas tonterías!...

Un borracho entró. Los miré mucho. Y, no pudiendo distinguirlos, subió, refunfuñando. La escalera lloraba, doblegándose a los pasos de quien subía.

-Es mejor que te vayas... -dijo Elena.

-¡Si tú me echas, linda...! -bromeé, cariñosamente, él.

-¡Echarte, Abel!... ¡Sí supieras cómo quisiera tenerte siempre junto a mí! ¡No sabes cómo me siento desde que te conozco! ¡No sé cómo vivo! Había como un desgarramiento de estrellas en sus palabras.

Tocaba el rostro de Abel, levemente. Y fue ella quien lo besé ahora. Los labios de mi hermana desprendíanse de toda su ternura, sin ruido, oprimiéndose contra el rostro varonil.

-¡Elenita! ¡¡Elenita!!

Ella se apoyó en el hombro de su amante. Y la sentí otra vez so-

llozar. Él le oprimía el rostro contra sí, besándole los cabellos. Luego le alzó la cabeza, y la besó largamente en los ojos.

-Eres maravillosa, Elenita. Tendremos que saber ser enteros. Te lo advertí, Elena, antes. Tendrás que sufrir mucho por mí.

-¡Abell!...

-Ojalá me haga digno de tu sufrimiento, Elena. ¡Venir a conocerte ahora, Elenita! ¡Venir a conocerte ahora!

Su voz era baja, pero ronca, amarga.

-Tonto, no te preocupes.

Ella lo besaba de nuevo. Le tocaba el rostro como a un ser extraordinario.

-Me maravillas, Elena -habló él con voz brillante, esplendorosa de emoción.

- Ojalá que siempre sea así.

-¡Realmente, Elenita, eres maravillosa! Yo que creí encontrar en ti apenas una aventura, mira cómo estoy junto a ti. ¡No sabes lo extraordinaria que eres, Elena! ¡Si supieras cómo se me descubre la vida en ti!...

-Tengo que subir ya, Abel... ¡Mira, puede venir mi papá! Le tocaba "corta" hoy...

-¿Qué importaría que viniera?... ¡Podría explicarle! ¡Acaso él comprendiera!

-¡No, Abel, no lo conoces tú! No sabes cómo me decía anoche que debía terminar contigo. ¡Y sin saber la verdad!..., No, Abel, sería imposible... Andate luego, ahora te lo pido...

-Bien, preciosa, adiós...

-Tonto, hasta luego...

-No olvides, Elena, tienes que escribirme.

-¿Olvidarlo, Abel, olvidarlo?...

Se besaron por última vez, profundamente, apretadamente. Yo no tenía ya rabia ahora. No sé que efecto me habían producido las palabras tuyas. Me sentí abrumado, transformado. Tenía la impresión de ser yo el hombre que se iba. Mi hermana, afirmada en la baranda, lo siguió con la vista, hasta que atravesé la calle y su presencia se desvaneció sobre el brillo de sus pupilas.

-¡Abel!... ¡¡Abel!!... -musité como una pequeña abandonada, y sentí un sollozo.

La escalera sollozó también levemente bajo la rápida ascensión de su paso. Se habían separado a tiempo. Varios tranviarios entraron de improviso, discutiendo. Y mí mamá gritó desde arriba:

-¡Enrique!... ¡¡Enrique!!...

Esperé que me llamara una vez más para subir.

-¡Aquí estoy, mamá!...

Pretendía evitar los retos. Pero, antes de presentarme a ella, estos cobraron vida en sus labios.

-¡Este chiquillo condenado, Señor, este chiquillo!... -se dolió mi madre-

¿Dónde estabas, pergenio? ¡Por Dios!...

-En el despacho -mentí tranquila, fríamente.

Mi madre entré conmigo al cuarto. Miré a Elena, que se despojaba del abrigo en ese instante.

-¡Otra vez tarde, Elena!... -le hablé

No había intento de reprensión en sus palabras. Había sólo un atisbo de reconvención, de recuerdo a una cosa necesaria.

-¡Trabajé sobretiempo, mamá!

Sorprendía a Elena en otra mentira. Ahora la justificaba. Se me ocurría que estábamos compitiendo.

-¿No eras tú la que estabas allá abajo, Elena? -la interrogó mi madre, observándola fijamente.

-¡No mamá, subí al tiro, no me detuve abajo!...

-¡Ah! -dijo mi madre, siempre incrédula.

Y salió a la galería a soplar el brasero.

A Elena debe de haberle dolido mentir. Se quedé pensativa un instante. Y se mordió, como de costumbre, el índice. Sus labios temblaron. Martina se pegó a sus polleras, gimoteando. La muchacha no la había besado como era su hábito. Apenas le tocó los bucles y fue a atender a la guagua, que había empezado a llorar en su cama. No la tomó. Se puso a mecerla solamente. Le cantaba, pero todo parecía hacerlo inconscientemente.

Estaba abstraída, lejos de nuestro cuarto. Como la guagua no callara, la alzó de la cuna, y meciéndola en sus brazos, ahora, fue a sentarse cerca de la mesa. Fijó los ojos en la lámpara. Una polilla revoloteaba alrededor del tubo. La luz se quebró en dos lágrimas que se libertaron de sus párpados y que ella enjugo rápidamente.

Yo salí. Me sentí otra vez abrumado.

Ella, mi hermana, cantaba en ese instante:

*No se me olvida cuando en tus brazos
Al darte un beso, mi alma te di...*

Era una vieja canción que estaba habituada a entonar mi madre. Elena cantaba con una voz suave, liviana, tibia. Me agradaba oírla.

*¿Por qué se fueron aquellas horas
como soñé?*

De pie en el vano de la puerta, me sentía feliz, con los ojos fijos en el chisperío del brasero que soplaba mi madre. Mi oído estaba

alerta a la canción de mi hermana:

*¿Por qué se fueron y acaso nunca
podrán volver?...*

-Ándate para adentro, Enriquito...

De suponer mi madre la felicidad que rompería con sus palabras, seguramente se habría abstenido de hablarme.

Entré.

El bruto de la tristeza me olisqueó el corazón cuando vi a mí hermana enjugándose los ojos.

La obscuridad rumiaba en los rincones, tras los muebles.

4

Pasaron varios días antes de que nos avisaran que se realizarían los funerales del Turnio Llanos. El director había dispuesto que los alumnos de su curso acompañáramos los restos al cementerio. Se le velé en la Morgue. De allí también partió el cortejo. El ataúd lo llevaron cuatro compañeros. Al mismo tiempo se verificaron los funerales de la prostituta acuchillada por él. Tras su ataúd iban muchas mujeres haraposas y pintarrajeadas. No hablaban. Iban hundidas en negros pensamientos. Algunas, junto al carrito que conducía el ataúd, se enjugaban los ojos.

-¡Son todas putas!... -me hablé al oído Rojitas, codeándome.

Adentro, casi al fondo del cementerio, se separaron los cortejos. Los cadáveres quedarían en distintos patios.

Me sentía trágicamente impresionado. Algunos de mis compañeros charlaban. Mas, aunque lo deseaba, me era imposible enro-larme a sus conversaciones. Era la primera vez que entraba al

cementerio. Y la extraña mansedumbre del ambiente y su silencio pulido por la voz tranquila de los árboles, el olor vegetal, resinoso, que llenaba el aire, me embotaban. Hubiera querido conversar, hablar algo. Pero una mano fría y cruel me apretaba el corazón.

De vuelta, traía en mis oídos el doloroso quejido del ataúd, un quejido hueco, de tambor suelto, que exhalé la madera al ser golpeada por los terrones y pedruscos.

El señor director había preparado un discurso para ser leído por uno de los compañeros, en la tumba del condiscípulo. Le correspondió leerlo al Chueco Avilés. Él no tenía el menor deseo de hacerlo. Las palabras que leyó fueron de pura fórmula. No hubo emoción en su voz. Leyó fríamente, como los niños leen un trozo de historia. Los maestros también enseñan a ser hipócritas. La estupidez humana vestía sus mejores galas en los renglones del discurso. ¡La necesaria estupidez humana!

En mis ojos aún palpitaba la visión de un cuerpo de mujer, un cuerpo gordo, fofo, babeando en la tierra recién echada sobre el ataúd. Y de un cuerpo de perro, arañando los pedruscos. No había en ellos más que la miserable diferencia del porte. La madre de Sergio y el animalillo se identificaban trágicamente, y en aquel instante de despedida eran dos seres semejantes gimiendo su desesperación por una persona querida.

Todo esto me hería.

Afuera, de nuevo encontramos a las prostitutas. Subieron en el mismo tranvía que nosotros. Y reían. Con risas estruendosas, risas que querían ser lenitivo a la desgracia, y que resultaban algo así como tijeras triturando el sentimiento. Alas de paradoja. Toscas plumas de angustia, intentando remedos de olvido. Brujas heladas ocultando la arboleda interna de las lágrimas.

Es cierto que yo era un niño. Pero algo incomprensible y terriblemente cruel me agujoneaba el pecho.

Nos dieron asueto por la tarde, en prueba de duelo y en memoria

del compañero ido. Me pasé vagando por el barrio. Molestando a los perros. Metiéndome en los conventillos, a camorrear con los demás muchachos. No sé si era rabia lo que me aquejaba. O si pena. Quería, sí, desasirme, por instinto de todos mis sentimientos.

Llegué tarde a la casa. No sé qué cara llevaría. El hecho es que mi madre no me reprendió.

-Estás tan pálido, ¿qué te pasa?... -inquirió, inquieta, intrigada.

-Nada, nada... -chillé

Y me puse a reír a carcajadas.

-¡Hijo, hijo!... -grité, acercándome y agarrándome por los hombros-. ¿Qué tienes tú, qué tienes?...

Quiso darme agua. Se la rechacé.

-No quiero! -aullé, y salí puerta afuera.

Ya era de noche. En la calle no había ninguno de mis compañeros. Parpadeaban las luces del depósito. Había un olor húmedo a sombra. Olor a invierno apercancado. Olor a charca sin estrellas.

Los hombres pasaban mudos, bovinos, ciegos, anónimos.

Pan Candeal se allegó a mí. No le huí. En la obscuridad me miré fijamente. Su ojo normal era como un alfiler amargo.

-¡Tú solo, niño bueno! ¡Tú solo bueno!

-me habló como tal vez pudo haberme hablado mi madre.

No percibí su fetidez. Su miseria no valía en aquel instante. No podía valer. Su voz y sus manos ásperas, tocándome la barbilla, me fueron como la vida, como un tónico para dar los primeros pasos de regreso a mí mismo.

El anciano se fue. Estuve aún largo rato en la puerta, junto a la escalera. Comenzaban a llegar los vagabundos a dormir. Obreros, maquinistas y cobradoras entraban, indiferentes. No sentía

los tranvías que regresaban al descanso, ni veía las luces que decoraban la calle en caravana de gigantes luciérnagas bulliciosas.

Trepé la escalera al fin. Elena ya venía en mi busca.

-¡Estaba abajo!... -respondí apenas a una pregunta suya.

En el departamento del tío Bernabé, los chiquillos entonaban un himno:

*Viva la unión,
la unión social...*

Antes de entrar a nuestro cuarto, en el que mi madre me esperaba muy preocupada, vi en el aire libre, más allá de la galería, una vislumbre rojiza. Se oía ahora un ruido estruendoso de metales sin temple. Y unos gritos ininteligibles. La locura de Pan Candeal se intensificaba. No era ésta la primera noche en que se le oía golpear desesperadamente en las latas mohosas que hacían de puerta en su vivienda y cantar engorrosas canciones que sembraban aullidos de bestias heridas.

A su zarabanda respondían ahora los perros del barrio.

Bajo la obscuridad de la noche, los llantos caninos eran como un desenfreno de pasiones reprimidas.

Arrollado luego en la cama, mudo, seco de palabras tiritando ante las saetas del frío, todavía sentía yo más allá de los himnos vibrantes y marciales de los hijos de mi tío, el coro doloroso de los perros, ululando a la noche, llorosa de presagios, al rabo de la locura del viejo Pan Candeal, desencadenada en voces sin luz y golpeteo inarmónico de latas.

Aquello era trágico. Sí. Pero era también como una expresión profunda de vida sin hipocresías, librando una cruenta batalla con las sombras.

-¡El coro de los perros! ¡El coro de los perros!

Segunda Parte

LAS CAMPANAS Y LOS PINOS

**Es amargo y es dulce en las noches invernales,
escuchar cerca del fuego que palpita y del humo,
al son de las campanas que cantan en la bruma,
los lejanos recuerdos lentamente elevarse.**

La campana trizada (Carlos Baudelaire)

CAPÍTULO PRIMERO

Rutas de agua

1

Yo pienso en el musgo que mis manos de niño arrancaron a puñados de muchas cunetas eternamente húmedas y sombrías, y de tantas murallas antiguas, de cara al sur, condenadas al dolor de una profunda y fría soledad sin la ruda ternura del sol. Pienso en ese musgo y tengo la sensación de una verde y llorosa suavidad, que es lo mismo que música oída de antaño por un sentido de inocencia. Acaso yo exagere. Pero es que los ojos de mi madre, como los de todas las verdaderas madres, afincaron en mis días de infancia tantas finas raíces de luz, que no puedo por

menos que exaltar su recuerdo, asociándolo a todo detalle o realidad del pasado que, aunque pequeño e intrascendente, resulta hoy sangre vital en las corrientes de mis venas evocativas.

Si más de una vez el rescoldo ancho y puro, sustentador de emociones que debieron tener su origen en las plumas más cálidas del sentimiento, llameó en las pupilas de mí madre, soplado por algún viento de ira, mientras los azotes escaldaban mis pantorri-llas tembleques y mi llanto desorbitado reclamaba una porción de piedad, es preciso entonces que yo piense en el musgo, como en todo grato tiempo fenecido, porque ¡cuánta historia de angustia y de luz hay en su existencia vegetal, que me ha parecido de la misma historia de humanos nudos que informó la clara realidad espiritual de mi madre, plasmada en amargura, en llagosa vida que la incomprensión de los hijos exasperó en tanto lapso de candor!

Y sólo así es posible alcanzar el descubrimiento de los perennes retoños apuntados en su corazón, como dedos de callosa y ajada epidermis que, de tanto ejercicio en experiencias de vida, hubié-

rarse tersificado para la entrega de sus poderes de ternura.

Un hombre puede cualquier día mirarse las manos. Aquí encontrará acaso el reflejo de su lucha a través de tanta muchedumbre de horas transcurridas en medio del aroma profundo de hierro fundido que es la vida. Puede también mirarse el corazón. Y he aquí que el azogue de su sinceridad estará pronto a la exposición de sus canallerías. Yo no me atrevo a ello, porque ¿qué hay de más grande a veces que sentirse bueno a fuerza de vivir en conciencia de estar ligado a semejantes y familiares de vertical gesto humano? Esta conciencia, que, naturalmente, infunde cuerpo al orgullo, puede ser una razón eufórica de existencia. Pero también una de nuestras más grandes bellaquerías. Así y todo, deliberadamente, quiero ser un canalla, a costa de enorgullecirme del clima de bondad que, en esencia, atemperó mi infancia, emanado del transparente predio materno.

2

Aquella tarde llovía a mares. Lluvia gruesa, vital; lluvia como yegua encabritada, coceando, piafando. El viento afilaba sus cuchillos contra las calaminas de las casas miserables y contra los otros pequeños cuchillos que eran las hojas de los pinos, viejos trillizos aposentados frente a las desconchadas murallas del Patronato. Graznaban las campanas de Andacollo ante el afán endemoniado del viento. Era uno de esos días en que los lacerantes gritos de los trenes se oyen a través del aire chorreante, como sordos clamores de viudas sin herencia.

Yo, por entonces, no iba aún a la escuela. Y mi hermana no trabajaba todavía. El único cuarto que era nuestra casa no conocía el silencio, que parecía andar huyendo de nuestra humildad, de tanto sortear los vagidos del nuevo vástago, ingresado a nuestra familia meses antes de este tiempo de crudas alternativas.

Vivíamos en la calle Paz, que extendía su existencia de baches y

de barro, abierto entero el rostro proletario a las bofetadas del invierno. El canal vecino fundía su bullente fogosidad de agua, en haraposos ruidos, al torrente celeste de incesantes chorros.

Elena ensayaba ya sus años en funciones de pequeña nodriza, meciendo junto al brasero a Adriana, que se adormía al gutural canto de mi hermana mayor, a la leve canción de la tetera casi hirviente y al rumor cortante de la lluvia y del viento. Martina dormitaba en su silleta de brazos cerca de ella. Yo, en el suelo, junto al fuego también, recortaba monos de una revista, mientras mi madre, en el pasadizo, tiritando, se contraía, gibada, sobre la artesa, lavando nuestra ropa para el domingo. El frío helaba nuestra profunda soledad circuida de himnos de agua.

La tetera largó el hervor. Y era el instante de preparar el café de las once. Elena se levantó, avanzó hasta la cuna, y depositó cuidadosamente en ella el pequeño cuerpo de la guagua, cubriéndolo en seguida, sin dejar de arrullar. Las tijeras se me desprendieron en ese momento de las manos, sonando contra el borde del brasero.

-¡Chiiit! -me susurró Elena, abriendo tamaños ojos.

Un grato y frutal olor se sumó al rancio y húmedo hálito del cuarto cuando mi hermana dejó caer el agua hirviendo en el tiesto en que el café de higo y trigo esperaba remojarse. Mi madre, castañeteando los dientes, empapados los viejos zapatos del trajín, entró secándose las encarrujadas manos. Sus brazos delgados y enrojecidos despedían un vago vapor blanquecino.

-¡Levántate, Enriqueito! -me dijo con temblorosa voz- ¡Está tan húmedo el suelo! Allí está tu silleta.

En efecto, la humedad del tiempo traspasaba hasta las tablas arriscadas del piso. Pero mis cortos años de entonces sabían gozarse ya en entretenimientos de soberbia y rebeldía.

-¡No quiero! -grité.

-¿Qué es eso, Enrique?...

Mi madre me levantó a la fuerza, zamarreándome. Tenía los brazos fríos y ásperos de poros erizados. Yo chillaba como un ratón. Me sentó violentamente en la silleta de paja. Mi soberbia se morrió allí, sobre el asiento, llameando a través de mis ojillos sus fuegos precoces.

-Camina al pan, Elena... -habló en seguida la señora.

Mi hermana recibió las monedas que le alargaba mi madre y salió por la puerta del pasadizo, encogiéndose, en un inútil intento de precaverse del frío. Mi madre se quedó junto al fuego, pensativa. Tenía el moño caído. Y los ojos dulcemente tristes. Yo, Enrique, cerca de ella, sentí cómo la soberbia se me evadía ante su presencia pura de mujer. Un instinto de comprensivo cachorro se imponía en mi corazón. Y pestañeaba, pestañeaba frente a ella, sintiendo latir su tristeza junto a mí exiguo universo infante.

Era ella una mujer. Una extraordinaria mujer con los zapatos empapados, con el delantal también empapado sobre el vientre y los pechos tibios, con las manos encarrujadas, reblandecidas por el desmanche, con los brazos enrojecidos de frío, con el moño un poco caído, con los ojos tristes... Era mi madre. Yo pestañeaba, reclinaba la cabeza. Podía, indudablemente, ser lo mismo un niño o un pequeño perro.

Ella sorprendió mi atención. En la sombra del cuarto, acrecentada por el día de plomo, su tristeza brilló en sus ojos alumbrados por el latido rojo del rescoldo. Se alzó. Se acercó a mí.

-¡Hijo!... -exclamó.

Y me besó el rostro entero. Me hundió la diestra en la cabellera.

-¡Hijo!...

Sentía en sus labios y en su mirada esa tibieza tierna y maravillosa, esa tibieza única de pluma inconcebible que dulcemente condena al niño o al hombre a la sal temblorosa de la lágrima. ¿Qué podía decir yo en ese instante? Nada. Absolutamente. Más lloraba. Y ella también lloraba. Por

su nariz querida, una lágrima se descolgó como una araña de cristal humanamente transparente. Una de mis mejillas dio cuenta de ella, cuando la abracé para besar su rostro joven pero ajado.

La lluvia no cesaba. Mi hermana, que volvía, introdujo al cuarto una porción de sus hilazas inclementes, brillando en la negrura de su pelo y en el vichí chorreante de su delantal.

Mi madre me sirvió el fragante café. Y luego había de estar yo atracándole el diente al sabroso y humeante pan candeal.

El viento bufaba en los tejados. Los pinos se quejaban estremecidos, dolientes, frente a los murallones del Patronato. Las campanas de la parroquia parecían gargantas de agonizantes tísicas, gimiendo al manoseo febril del ventarrón. El fraile sin cabeza que, se contaba, salía por las noches a penar por las cornisas de la inconclusa iglesia, estaría, seguramente, en el Purgatorio, tramitando la entrega de las velas con que alumbraría la vagancia de sus horas próximas. Y es que el crepúsculo extendía ya bajo la tempestad sus alas de murciélago.

Una raquílica lámpara de parafina batió palmas de regocijada luz en el cuarto. Mi hermana, reconfortada con el café recién bebido, se rascaba las cabrillas a orillas del fuego. Mi madre, ante de entregarse nuevamente a la ingrata labor de la artesa, daba de mamar a la guagua, que recién había despertado. Yo me entretenía tirándole los pelos al "Mimí", nuestro gato, que había regresado hacía poco rato, quizá de qué insólita correría en medio del agua cortante. El animal estaba como esponja. Y el frío lo hacía indiferente a la indolencia de mis manos. Tiritaba, roncando levemente, como un chiquillo dormido.

3

Ña Paremé era popularísima en la calle Mapocho y sus ramajes,

por los menos en una extensión de diez cuadras. Beata de apretados quilates, sus labores se reducían a visitar al cura a primera hora, a echar un sueñecito en la sacristía de la parroquia y a recorrer calles, a la caza de cincos y dieses para el hogar de Dios. Era, además de pequeña y seca, espectralmente pálida, prestamista de dinero al veinte por ciento. Tocaba también el ama. Y en más de una fiesta proletaria, sus manos se hicieron ágilmente niñas para arrancarles cuecas a las cuerdas de tal instrumento.

-¡Si en su juventud hizo su gloria en una casa de chimbirocas!.. – exclamó alguien una vez aludiendo a ella.

Pero la caracterizaba aún otra condición. Es el caso que, debido quizás a qué falla fisiológica, en lo mejor de sus caminatas las piernas se le irresponsabilizaban y se precipitaba al suelo. A veces lograba apoyarse en alguna muralla, cogerse del brazo de quien pasara en ese preciso instante. Pero si no encontraba apoyo, para esto estaba la experiencia. El hábito la había ejercitado de tal manera, que, llegado el caso, se derrumbaba al suelo con una suavidad de violeta. Allí, sobre las piedras, se quedaba hasta que pasaba algún transeúnte.

-¡Páreme! -ordenaba, con voz de acero, imperiosa.

Nadie podía negarse, porque la maldición se convertía en víbora en su espinazo. Casi todos la conocían, de manera que, a través del tiempo, el barrio se había acostumbrado a sus violentos modos. De tal suerte, muchas veces, antes de recibir la orden, ya estaban a su lado para levantarla. Pesaba como oro. Y más de algún rotito aniñado le alargó, al alzarla, los dedos rudos hasta los pechos secos.

-¡Mira, mano larga, no más! -decía ella, ronca y sentenciosamente.

4

El viento gemía. El agua, sobre los techos, parecía hacerse cada vez más espesa. Mi madre había estrujado ya la ropa y la amontonaba, siempre en el pasadizo, en un tiesto de latón. La guagua dormía. El tiempo creo que

se ocultaba bajo los catres como un ladrón arrepentido. Elena zurró unos calcetines de mi padre. Mi otra hermanita se balanceaba amarrada a su pequeña silla de brazos, siguiendo el ritmo de un canto gutural, descolorido, que se convertía en una eme infinita a través de sus labiecitos paliduchos. Las mechitas rizadas le danzaban en la frente, ocultándole casi el azul vagabundo de sus pupilas inocentes.

Afuera, bajo la pesada lluvia, hosca de sombras, algún carretón pasaba, quejándose como un hombre herido. Su conductor espantaba el hielo con una canción voceada como a pujos, roncamente:

*Agua que no has de beber
dejalá correr, dejalá, dejalá...
La, la, la, la, de beber,
la, la, la, la, dejalá, dejalá...*

En las puertas de las casas vecinas se oían a menudo golpes severos. Silbidos profundos horadaban el cuerpo del aire chorreante. Eran los maridos, que regresaban de las labores. Uno de los golpes tocó a nuestra puerta.

-Tu padre... -dijo cálidamente mi mamá a Elena.

-Sí, mi papá... -recalcó mi hermana, dejando el trabajo y alzándose.

El viento, armado de filosos cuchillos, se precipitó al cuarto cuando la puerta fue abierta. Yo desatendí mis recortes, botando las

tijeras. Fijé mis ojos de perrillo en la puerta, pronto a ir al encuentro de mí padre. Pero no era él. Era don Recaredo, nuestro subarrendador, que venía borracho y se había equivocado de puerta. Dijo unos cuantos disparates contra él mismo y se fue.

No tardamos en sentir las vociferaciones de don Recaredo, el crujido de los muebles y los alaridos de su mujer, a quien en su inconsciencia golpeaba y pateaba. Nuestro cuarto temblaba. Nosotros estábamos impertérritos. Acostumbrados a este fenómeno, que se producía las más de las noches, ya no nos importaba. El hábito era como el padrino de nuestra serenidad. Luego, cuando las arcadas y los vómitos desarmaran a nuestro vecino, había de aparecer por el pasadizo doña Eufemia, su mujer, toda descompuesta, llorosa, con el pelo en desorden, los vestidos sueltos, a hablar con mi madre.

-¡Señora Laurita, por favorcito, convídeme con un poquito de bicarbonato!

Esto era lo de siempre. Y siempre mi madre estaba pronta al servicio. Ahora se secó las manos con el delantal y fue a la cocina en busca del calmante.

-¡Aquí tiene!

-¡Tantas gracias, señora Laurita, tantas gracias, que Dios la bendiga!...

¡Siempre tan buena usted!...

Atravesando el pasadizo, se metió a su cuarto. El marido refunfunaba, hipando. Más tarde, repuesto con el remedio que le dio la esposa, había de estar de nuevo pateando los trastos y a la mujer, que clamaba a todos los santos por su salvación:

¡Señorcito, por Dios, Virgen Santísima, no seas salvaje, Requito lindo!

¡Por Dios, Señorcito!... ¡No seas malo, Requito!...

Cuando el cansancio agotó al matrimonio -al hombre de golpear y

patear y a la mujer de clamar y dolerse-, un silencio de ánimas en meditación se aposentó en los dominios de nuestros vecinos. Desde afuera, entre el intenso y profundo ajeteo de la lluvia y el viento, y entre el parloteo doliente de los pinos trillizos, vinieron fuertes y apretados retazos de voces. Lejos, aulló un perro. De rato en rato, las voces y las exclamaciones de afuera comenzaron a hacerse más nítidas y perceptibles. Y en un receso momentáneo del agua bulliciosa, un tragaluz de nuestra pieza dio salvo-conducto a varios diálogos inquietantes:

-¡Hay que sacarla, hay que sacarla!... ¡Sujete este palo, compañero, sujete este palo!... ¡Cuidado, no vaya a soltarlo!... La corriente tira como demonio!

La voz era nerviosa, precipitada.

-¡A ver, a ver, otro gallo que agarre este garfio! ¡Eh, hermanito, eh, que se nos va el bulto!...

-¡Carajo, cuidado!

-¡No hay cuidado ya! ¡El garfio está pescado de las pretinas!...

-¡Corriente del diablo!... ¡Hija de una gran puta!... ¡Tira más fuerte! Mi madre estaba atenta. Elena se puso de pie.

-¡Alguien se ha caído al canal, mamacita! - exclamó y salió precipitadamente.

-¡Esta chiquilla!...

Mi madre salió tras ella. Y, por supuesto, la curiosidad de mis estrechos años no iba a quedarse allí junto al fuego, en suspenso. El viento y el agua, que volvían a desenfrenar su furia, me moquetearon el rostro con una frialdad de manos difuntas.

Bajo la lluvia, la curiosidad y la inquietud cubrían de indiferencia a los vecinos frente a los mil demonios del invierno, que andaban sueltos en los baches y empapaban las vestiduras raídas. Agrupados ante los alambres combados, apuntalados con hierros y latas mohosos, que resguardaban el correntoso canal, hombres,

mujeres y chiquillos hacían suyo el peligro que corría aquel cuerpo, que algunos luchaban por arrebatar a la muerte. Palos e improvisados garfios sostenían ya en el aire el bulto chorreante.

-¡Ya, hermanito; ya, hermanito, hágale empeño a bajar!

La gente se hizo a un lado. Y un hombre saltó la alambrada. Apoyando un pie en el borde de una de las tablas del puente carcomido, que en ese espacio reemplazaba a la acera, se agarró con una mano de un alambre y con la otra dio caza al cuerpo que vacilaba encima del agua.

-¡Carajo, carajo!... -rugió-. ¡Se va a rajar el vestido!

Dos hombres de los de arriba lo sujetaban de un brazo.

-¡Pésquela de la pretina, compañero! ¡La pretina, hermanito!...

¡Por la miéchica, no aguanta tampoco! ¡Se desabrochó! ¡No suelten los garfios! ¡Si no, la vieja se va al diablo!... ¡Cuidado, cuidado, que la corriente se la come!

-¡Ya está firme otra vez, agárrala del cogote, hermano!

¡Ya está, que baje otro!

Se descolgó otro hombre. Vacilando sobre la negra y retorcida corriente, tiraron el cuerpo hacia arriba. Varias firmes manos lo aseguraron en el aire.

-¡Quién será, por Diosito!... ¡Caerse al agua con este frío!

-¡Quién será!...

El cuerpo ya estaba sobre las tablas raquílicas del puente. La obscuridad mordía los rostros. Pero las vecinas, sin reconocerse unas a otras, identificaron en seguida a la semiahogada.

-¡Si es ña Paremé. Señor!

-¡Ña Paremé!...

No salían de su estupor

-¡Si era Ña Paremé!

-¡Llévenla a mí cuarto! -ofreció mí madre.

Nadie se hizo de rogar. Dos hombres alzaron el cuerpo deslizante.

-¡Era que hubiera sido sal siquiera!... ¡Así habría bajado algo de peso!... -rió uno de ellos.

Se conocía que ya en otra ocasión le había correspondido tomarla. Rieron algunos, con esas risas comunes, opacas y cortantes que nunca faltaban en medio de un instante de tragedia.

Allí, junto a nuestro brasero, en el cual la tetera runruneaba, compitiendo con el "Mimí, que huyó espantado erizando los pelos y la cola, quedó el cuerpo inanimado de Ña Paremé. La vieja tenía el rostro verdoso y las mechadas albas se le pegaban a las orejas y al cogote. Residuos de excremento humano y cieno se adherían a sus ropas empapadas. En las tablas arriscadas, el agua terrosa corría desprendiéndose de las ropas como de una esponja. Una mujer comenzó a sobajear el vientre de la víctima. Borbotones de espeso líquido afloraron a sus labios amoratados. Mí madre había hecho salir a casi todos los curiosos. Los pocos que quedaban tuvieron que refugiarse en el pasadizo. Yo también, con mí hermana mayor, fui obligado a abandonar el cuarto. El miedo comenzaba a rasguñarme el pecho. Tenía la cabeza poblada de negras imágenes. Y me puse a llorar. Mi hermana me consolaba inútilmente, acariciándome y besándome. Los cuerpos de los hombres, en las sombras del pasadizo, trashumaban un olor caliente a humedad y a sudor. Hacía el patio, entre la obscuridad empapada de lluvia, yo esperaba de un momento a otro ver aparecer rojas y peludas pupilas, con patas, como las arañas, que debían venir a devorarme. Cosas que no vi nunca. Pero que rebotaban en mi cerebro reducido, como pelotas de goma ardiente.

Me tranquilicé sólo cuando pudimos volver a la pieza.

A Ña Paremé la habían vestido con unas ropas de mi madre. So-

bre uno de los lechos, articulaba, vuelta más o menos en sí, palabras que nadie entendía. Se esperaba que, de un instante a otro, viniera la ambulancia de la Asistencia Pública.

-¿Qué querrá decir? -se preguntaban las vecinas.

-¿Cómo se habrá caído al agua?... Las dudas que vagaban por los cerebros y el aire del cuarto como polillas atontadas, se alumbraron, de pronto, de trémula estupefacción. Ña Paremé acababa de pronunciar un nombre:

-¡Padre Carmelo!

Había agregado algo que no se entendió, pero que, repetida la frase, dejó en suspenso toda exclamación de las mujeres, e hizo cambiar miradas reticentes de ironías a los hombres.

-¡Yo lo quiero tanto a usted!

Las hembras se apretaron en torno del lecho. Sus ojos brillaban de expectación. Los pechos vibrábanles.

-¿Será posible?...

-¿Y por qué no va a ser?...

Ña Paremé se agitó en la cama. Levantó una pierna. Luego, una mano. Pierna y mano volvieron en seguida, precipitadamente, a su sitio anterior. El cuerpo quedó de nuevo inmóvil, muerto. Sólo una especie de nudo en la garganta le subía y le bajaba.

-¡Qué cosas ocurren!

-¿Cómo puede ser?...

-¡Vaya, por qué no!... -argumentó roncamente un hombre, y lanzó una carcajada redonda, brillante.

-¡Más respeto!... -insinuó otro, masticando la risa.

-¡Sí! -afirmó rigurosamente mi mamá-. ¡Más respeto! El momento no es para reír. Acaso sea mejor que se vayan.

Los dos chistosos salieron.

Ña Paremé se movió otra vez. Se alzó. Quedó sentada, afirmándose en los brazos, echados hacia atrás. Temblaba. Tenía el rostro crispado. Tras las bolsitas de carne que los años habían colgado bajo sus ojos, parecía tener dos sapos inquietos que no dejaban de patalear. Las pupilas se le saltaban.

-¡Sí, sí, padrecito Carmelo; perdóneme, padre Carmelo, pero yo lo adoro! ¡perdóneme, Dios mío!

Cayó de nuevo en letargo. Pero su inmovilidad no obstó ahora para que siguiera pronunciando, como desde el fondo de un sueño lejano, quedamente, silenciosamente, entrecortadamente:

-¡Sí, Dios mío, si el padre Carmelo no me quiere, yo voy a morir-me!

¡Usted debe quererme, padrecito Carmelo!

Las mujeres se mostraban desoladas. Pero había en sus ojos una luz de malicia.

-¡Pobre vieja!

La lluvia seguía cayendo, cada vez con mayor ímpetu. El viento ululaba como un arriero loco, perdido en una noche montañesa. Las campanas de Andacollo, al golpe del viento, bien podrían estar riendo lagrimosamente como novias en el goce de la primera posesión, o bien podían estar llorando por quizá qué ausencia de tiempos pecadores.

Y aquí, dentro de nuestro cuarto, mientras en el corazón de las mujeres la piedad se cubría los ojos y los oídos alejándose de su dominio, que ya pertenecía a la pícara planta de la maldad, la inconsciente palabra de Ña Paremé era como un río de agua triste, clamando por un mar imposible:

-¡De veras, padre Carmelo, yo lo quiero! ¡Por Dios, quíerame un poco usted!

Cualquiera imaginación viva pudo haber presenciado en su predio interno convertido en sacristía, entre un humo de incienso y una

llovía de agua bendita, la mística y espigada figura del buen padre Carmelo, trémulamente indiferente a súplicas de una vieja que se aferraba a sus piernas, regando de lágrimas los pliegues de su mida sotana, en tanto las decrépitas palabras, viudas de mocedad, goteaban en el aire oloroso a imposible la dolencia de una pasión sin destino.

¡Padre Carmelo, tiene que amarme usted, tiene que amarme usted!...

¡Papúuuu!... ¡Papúuu!..., se anunció la ambulancia. Y el eco en la distancia, rompiendo la apretada urdimbre de agua, remedó con sus flautines empapados: ¡Papúuu!... ¡Papúuu!...

El cabo Cifuentes, un guardián vecino que la había hecho llamar, venía sobre una de las pisaderas. Recién ahora tomó nota del hecho.

-¡Intento de suicidio!... -pronunció, mientras garrapateaba el parte. -...¡por amor!... -terminó la frase una vecina, entre compungida y burlesca, ajustándose la pretina de la pollera.

-¡Por lo que sea, señora! -dijo severamente el guardián-. ¡No se meta usted en lo que no le importa!...

-¡No se enoje, pues, mi cabito!

Movía las caderas la mujer y los ojos del cabo tuvieron un brillo extraño.

5

Sólo cuando la ambulancia se fue y, no habiendo nada que curiosear, los circunstantes también se fueron, mi madre vino a caer en algo extraordinario y fatal

-¡Elenita, Elenita! -gritó- ¡Nos han robado el tiesto con la ropa!...

-¡Mamacita!

Mi madre, lloriqueando, salió con la lámpara al pasadizo. No había vestigio alguno de la ropa recién lavada. Allí, en una de las orejas de la artesa, como muestra de la labor que había ocupado a mi madre toda aquella tarde, había apenas una pequeña concha de jabón y una bolsita exprimida de azul, sobre una espesa mancha de lavazas.

-¡No puede ser Señor, no puede ser!

Mi mamá lloraba como una niña. Con una amargura abierta, que me asustaba y que arrancó también salobre agua a mis ojos, lo mismo que a mi hermana Elena. Paseándose por el cuarto, mi madre se mordía los nudillos de la diestra, presa de una inquietante alteración nerviosa. Su llanto era como el cayado de sus palabras angustiosas:

-¡Cómo puede ser, Dios mío, es imposible!

Se pasaba una mano por el rostro. Las lágrimas deshechas le hacían brillosas las mejillas. Su amargura no tenía fronteras. Y nos contaminaba a Elena y a mí. Yo dejaba correr el llanto, sin saber por qué. Acaso me asustara la actitud dolorida y descompuesta de mi pobre madre. El hecho del robo no tenía trascendencia para mis años. Y era natural que yo callara violentamente ante la llegada de mi padre.

Apenas golpeó la puerta, yo me alisté para abrazarme a sus piernas. Sacudió el paraguas antes de entrar. Venía empapado. Desde la visera de su gorra el agua caía en goterones gruesos como garbanzos.

-¡Buenas noches!... -habló simplemente.

A pesar del frío que lo hacía tiritar como un animal, venía cordialmente alegre, resumiendo en sus pupilas profundas y en sus labios joviales todo el recio aire que su fortaleza espiritual le confería. Se despojó del abrigo mojado, y como de costumbre, aun cuando sus zapatos y sus pantalones se encontraban pasados de lluvia, me columpió, sentándome sobre el empeine de uno de sus

pies y tomándome ambas manos por detrás de la pierna.

Cuando uno puebla esa región azul y rosa de la niñez, en que las amarguras casi no cuentan, pese a que ya están como ratas hambrientas royéndonos obstinadamente el corazón, no se es más que un simple cachorro, un cachorrillo de hombre, o de perro, o de león acaso. Nunca vivimos más en función de animales que entonces, y es quién sabe sólo en el llanto o en la risa que nos definimos como niños.

Desde el momento en que mi padre se había anunciado, mi madre aparentó tranquilidad. Su conciencia de esposa era lo bastante clara como para evitarle, por lo menos en los mismos momentos de su llegada, el conocimiento de aquellas cosas que después del duro trabajo cotidiano fueran a aumentar sus naturales preocupaciones de esposo y padre.

Después de atenderme, columpiándome y acariciándome, el hombre fue hacia su mujer. Era mucho más alto que ella. Parecía un fornido espino junto a una patagua nueva.

-¿Qué dice, mi vieja?...

La besó en la frente. Mi hermana, evitando ser vista, aún se enjugaba algunas lágrimas majaderas. La ternura de mi padre, siempre que salía o llegaba, buscaba la comprensión de su esposa en la misma forma. No era una mera fórmula estúpida la actitud suya. Era como una manifestación de humano y profundo afecto, luminoso saldo de amor que la pasión de los primeros años de matrimonio estableció para los días del futuro. Habría bastado mirar los ojos de aquel hombre en ese instante para intimar con su sinceridad anchamente proletaria. Mi madre recibía estos gestos con simple apostura de mujer ya ejercitada en la maternidad, y que, habiendo encontrado en los hijos un destino para amarrar sus mejores sentimientos, admira y quiere en el compañero de sus días al padre de ellos. Era un amor singular el suyo. Un amor que, acaso, ganándole tiempo al propio tiempo, encontró el molde preciso donde plegar sus alas para precaverse de tormentas inúti-

les. Un amor sencillo, humilde como trigo o como pan. Y como trigo o como pan entibiecido por dones de azules reflejos estelares.

-¿Qué dice, mi vieja? -había indagado él, acompañando una caricia. Y ella, conteniendo la amargura, e intentado una sonrisa:

-¡Lo de todas las noches, pues, hijo! ¿Qué de novedad había de decir?... Debe de haberle dolido mentir. Pero la razón de la mentira, y el tono dulce con que la pronunció, la salvaban. Pellizcó tiernamente la nariz de mi padre. Le golpeó un brazo. Y fue a cubrir a Martina, la otra hija, que se había quedado dormida junto al profundo sueño de la guagua. El hombre se quedó mirándola. Alguna duda debió inspirarle su intuición. Fue hacia Elena y la acarició, haciéndole bailar la melena graciosa, confirmando seguramente sus dudas frente a los ojos llorosos de mi hermana. No dijo nada, sin embargo. Se sentó, meditabundo, acodándose en la mesa. Tiritaba aún.

-Corre hacia acá el brasero, Chinita... -pidió a Elena.

-Papacito...

Me acerqué a él. Me sentí feliz cuando me sentó en sus rodillas. El silencio hizo guardia por largo rato en el cuarto. El hervor de la tetera, que nunca estaba ausente de encima del brasero, era como la respiración del propio silencio. Mi madre, a fin de llenar el tramo del tiempo que restaba para comer, despertó a la guagua y le dio el pecho.

Seguía lloviendo sin descanso. Y un tren que pasaba cuerdas más allá hizo sentir sus chiquichacas asordados a través de la lluvia, hermanándolos a instantes a varios luengos alaridos, de esos que en la infancia ejercitaron mi corazón en la experiencia de no sé qué penas incomprensibles.

De hombre, y al ritmo de alguna arrugada música oída otrora, uno puede sentirse asaltado por tanto cuchillo de recuerdos que hay que desplazar para evitar la lágrima inconsciente. Pero cuánto

más acero se tiene que quebrar en el sentimiento cada vez que la noche tiende a llevarnos, a desgarrones, un trozo de vida, en la sinfonía tormentosa que es el ululante sollozo de los trenes.

No tardamos en estar todos en torno al comedor, tragando las pantrucas, guiso que mi madre preparaba admirablemente. Humeaban los platos sobre el hule cacarañado, de dibujos diluidos por el roce del estropajo. El gato ñauqueaba, rasguñando las patas de las sillas. Mi padre cuchareaba, hermético de palabras. Tenía tal vez la seguridad de algún suceso molesto. Pero callaba. Su paciente dominio lo hacía morderse acaso, interiormente; mas no sería él quien indagara. Sólo en el instante de beber el café, mi madre se decidió a informarlo:

-¡Guillermo! -dijo.

Guillermo, mi padre, alzó la vista. Tratava de mostrarse tranquilo, pero la lija de la exasperación pulía sus pupilas. Mi madre vaciló otro instante aún.

-¡Habla luego, vieja!

En las palabras, la impaciencia del hombre salió a medir definitivamente sus pasos en el cuarto.

-¡Nos han robado, hijo! -continuó ella con voz trémula.

-¿Eh?... ¡Habla claro, mujer, habla claro!

-¡Que nos han robado, te digo, Guillermo ¡Nos han robado toda la ropa recién lavada!

El hombre se mordió. Retiró la taza vacía. Hundió la cabeza en sus manos grandotas, morenas, de venas hinchadas, que yo tantas veces me entretuve en aplastar con mis dedillos inquietos.

-¡Carajo! -dijo al fin-. ¿Así que nos han dejado desnudos?...

-Así es hijo...

Mi madre lloraba de nuevo, sorbiéndose a instantes las narices. Mi papá se mesó los cabellos. Hundió otra vez la cabeza entre las

manos. Y después.

-¿Pero es posible, Laura?... -dijo con voz ronca, arrastrada, como un ofidio herido, golpeada por una leve luz de extraña esperanza.- ¿Pero es posible, Laura?... ¿Cómo fue, vieja?... ¡Habla!...

Ella se enjugó los ojos

-A Ña Paremé la sacaron casi ahogada del canal... La atendimos aquí, hijo. En la confusión se habrán llevado el tiesto con la ropa...

-¿Has averiguado algo?

-No, nada. Los que se la llevaron no iban a hacerlo para ponerla a la vista...

-¡Pero no es posible, Laura! ¿No tienen ojos ustedes, entonces?... ¿Tú, Elena, cómo te descuidaste si tu mamá estaba ocupada?...

-¡Cómo iba a pensarlo, papacito, cómo iba a pensarlo!... Mi hermana lloraba también.

Yo me entretenía en pelar el hule, activando mis dedos bellacos. Mí padre me alargó un manotón.

-¿Qué es eso, Enrique?

Traté de esquivar el golpe. Pero me precipité al suelo. Caí sobre el "Mimí", que arrancó como alma endiablada, no sin antes rasguñarme una pierna.

-¡Mañoso!

Me levantó mi padre. Pero el llanto no había de acabárseme sino con el sueño. El hombre estaba enrabiado. Mientras mí madre me desvestía, sin consolarme, puesto que comprendía la justa razón del castigo, yo vi a mi papá ponerse la gorra y calarse el capote mojado.

-¡Hijo, no salgas, andas destilando, la lluvia te puede hacer mal! Mí mamá trató de contenerlo. Mas fue inútil. Él era testarudo, per-

sistente en sus decisiones.

-¡Es necesario, Laura, es necesario!, ¿no lo ves?... ¡Voy a dar cuenta a la Brigada, siquiera! ¡Había de pillar a esos desgraciados!

-¡Hijo, acuéstate, mejor!

-¡Robar a los pobres; robarle, carajo, a uno!...

Las súplicas de mí madre fueron inútiles. Mi padre se envolvió el cuello con una chalina, se subió el embozo del capote sobre ella para sujetarla, y salió.

-¡Vuelvo al tiro! -exclamó, haciéndole frente a la lluvia, ya en la calle.

En el cuarto de nuestros vecinos había movimiento de nuevo. Desde la ramazón de mi llanto sentí de pronto golpear nuestra puerta del pasadizo. Abrió Elena, que ya se preparaba para echarse a la cama. Era doña

Eufemia.

-¡Permiso, permiso, vecinita!

Entró a pie descalzo, con el pelo caído, tiritando como una quiltra bajo el abrigo del marido, que se había colocado encima de la camisa.

-¡Perdóneme, doña Laurita, perdóneme! ¡Pero este Reca está tan mal de la barriga! ¡Un pestiñito de bicarbonato, vecinita, por favor!

Mi madre, generalmente tranquila y serena, no pudo esta vez suprimir su

molestia. Se enjugó los ojos, salió a la cocina. Ya de vuelta, doña Eufemia recibió de sus manos un pequeño envoltorio.

-¡Gracias, vecinita! -pronunció la mujer, sacudida por los tiritones. Mi madre esperaba que se fuera ya. Pero ella se quedó como una idiota, mirándola fijamente. Por fin habló:

-¡Está llorando usted, doña Laurita! ¿Qué le pasa, por Diosito, doña Laurita!...

Se entrometió Elena:

-¡Nos robaron la ropa, señora, nos robaron la ropa!

-¡Por Diosito, Señor! ¿Le robaron la ropa?...

-¡Si, señora, nos robaron la ropa! -recalcó, secamente, mi madre.

-¡Habrás visto condenados iguales! ¡Venir a robarle a un pobre!

-¡Así son las cosas, pues, señora! ¡Pero de polilla les ha de servir!
- sentenció mi pobre mamá, a quien, por entre los lagrimones deshechos en mis pestañas, yo veía circuida de rayos de plata.

La lluvia azotaba sádicamente las calaminas de la techumbre. La vecina no dejaba de tiritar.

-¡De veras, vecinita, que les sirva de polilla!

-¡Y remendar tanto mis tiras, Señor, para esto! -se dolió, por decir algo, mi madre.

Se notaba a las claras que la presencia de la vecina le pesaba. Felizmente, ella decidió irse.

-¡Estoy entumida, voy a irme!... ¡Gracias, vecinita! ¡Y perdóneme!...

¡Que Dios permita que le aparezcan sus ropitas! ¡Afff!... ¡Afff!...

¡Hasta mañana, doña Laurita!...

Al verla desaparecer, ausentes de ruidos sus pisadas, me la imaginé, en el fondo informe de mi espíritu, un ánima, de esas que ya el decir de las comadres comenzaba a incorporar al mundo de mis supersticiones. Sus mechassueltas fueron como un fatídico residuo humano, que quedó siendo objeto de mis pupilas cerradas antes de dormirme. Y entre esas mechassueltas, antes de entrar a la estancia borrosa del sueño, recuerdo haber visto aparecer una nariz ganchuda, roja, que se arriscaba como una serpiente, oteando quizás qué invisibles presas.

CAPÍTULO SEGUNDO

La correa

1

Amaneció un bello día.

El glorioso sol, como un chivato alado, triscaba por los techos, agitando su suave pelaje de choclo en sazón. La helada mordía las aceras con sus fríos dientecillos de bestezuela pertinaz. Pesados carretones pasaban, a crujidos, a saltos, sobre las ondulaciones de la calle, quebrando el cristal de las pozas y aplastando el barro endurecido por la noche de hielo. Acezaban los caballos, golpeando el suelo con la energía propia de la labor recién empezada. El aire, trémulo de metal solar, condensaba el aliento de los animales, circuyendo sus cabezas atontadas de aureolas blanquecinas. Alguna tonada escapaba de una boca sin dientes, intentando un vuelo desalado:

*Quando salí de mi casa,
dos cosas no más sentía:
la callana en que tostaba
Y la pieira en que molía...*

De por allá, otro conductor, huasqueando cruelmente a su bestia, de pie, equilibrándose como por milagro en el pescante del vehículo destartalado, en mangas de camisa, rojo de frío, voceaba como un condenado:

*Yo que te estoy queriendo
hace un güen tiempo ya
y por quererte tanto*

me estoy muriendo, lírá...

-¡Para usted es la canción, cachito de cielo!...

La muchacha que pasaba, ¡maldito el caso que hacía al requiebro!

Las campanas disciplinadas de Andacollo ya estaban cumpliendo la labor matutina. Y alguna beata, de riguroso luto, como un sarmiento de dedo que la noche heredara a la mañana, pasaba anunciándose con la sonajera hueca de sus zuecos.

Como yo para nada servía en la casa, era natural que me levantara uno de los primeros. El frío no me acobardaba. Menos debido a las polainas y al paletó de gruesa lana que me había confeccionado Elena, y que eran una defensa casi infranqueable, contra las uñas aceradas del aire invernal. No dejaba, por eso, de tiritar, sentado allí, a la puerta de nuestro cuarto, dibujando con el pie alguna rara figura sobre la helada de la acera.

Yo era un animalito, es cierto. Pero un animalito que gustaba de mirar la claridad del cielo azul, en esas mañanas serenas, hasta llenarse los ojos de esa multitud de gigantes y apretados circulitos que, de pronto, hacen engeguecer, y que se divertía con el coceo del sol sobre los pastos crecidos en los basurales, más allá de la vía férrea, al fondo de la calle, donde una bruma levemente lechosa hacía sentir acaso que la tierra era como una madre de etéreos brazos alzándose al infinito.

Me levanté. Hundiendo hasta la mitad los zapatos en el barro, franqué la calle hasta la otra acera. Había recordado el musgo que crecía al pie de los heroicos pinos trillizos y encima de cuya verde suavidad creo que el instinto ejercitó mis manos para tanta caricia que la ternura de alguna carne morena o blanca había de animar en mis días del futuro.

Salí defraudado: el único paño vegetal, sobreviviente hasta ese instante a la devastación de mis manos, era como un muerto en

vida, prostituido por el vómito de quizá qué estómago intoxicado. Estuve mirando un rato, con las manos en los bolsillos, mordíendome los labios, como un adulto abrumado de preocupaciones - acaso con el ceño fruncido-, las extrañas inscripciones que los enamorados habían grabado en la corteza de uno de los troncos. Allí había un corazón atravesado por un cuchillo. No acertaba a comprender nada. Y sólo cuando muchos años después, junto a la tibieza de un cuerpo amado, debería estar yo grabando en la arena de una playa lejana el nombre de una mujer inolvidable, habría de caer en la claridad de un enigma sentimental como el que guardó aquel de los pinos trillizos que alzaron hasta hace poco su heroísmo vegetal frente a las barbas mismas de los días ancianos.

Los alumnos del Patronato herían el aire en el ancho patio del colegio, con la algazara de sus chillidos. Mi madre me sorprendió cuando me disponía a atisbar por las rendijas que, sobre el canal que atravesaba todo el patio, dejaba el tablaje que en ese trecho reemplazaba a los murallones. Adentro había columpios, escalas y argollas colgantes para ejercicios gimnásticos, en los que la chiquillada desencadenaba, al ritmo del loco vaivén, sus gritos y risotadas. Llegar allí era una de mis pequeñas esperanzas.

-¡Enrique!

Sabía que mi madre me había visto. Pero no atendía a su llamada.

-¡¡Enrique!!

Enrique no quería tener oídos para la voz de su madre.

-¡¡¡Enrique!!!... ¡Mira, mocosillo condenado!...

El susto me mordió ahora la nuca. Mi madre atravesaba la calle. Entonces me preparé para evitar la pillada. Cuando estuvo cerca de mí, comencé a moverme de un lado a otro.

-¿Qué es eso, Enrique, por Dios?...

El juego, en el que se me saltaba el corazón, presintiendo la azotaina o los palmetazos, duró muy pocos segundos.

-¡Qué niño este, Señor! ¡Ya amaneció Dios!

Un mero descuido de mi madre, y apreté nalgas, saltando sobre las pozas, hundiéndome en el barro, salpicándome entero. Me colé en la pieza como un conejo asustado. Corrí hasta mi padre, que aún estaba en cama. Este día le tocaba "corta". Él no hizo el menor gesto que me fuera una promesa de defensa. Con las esperanzas postradas, le grité, sin embargo:

-¡Papacito!

Mi mamá fue por la correa, que siempre mantenía sujeta a un clavo, detrás de una de las puertas. Yo me aferraba a la colcha, clamando por la defensa de mi papá. Pero cuando lo vi todo perdido, le huí a mi madre, corriendo alrededor de la mesa. La poca agilidad suya le impedía alcanzarme. Mas mi padre, tosiendo, se levantó en calzoncillos, me agarró de los pantalones y me puso a disposición de los azotes.

-¡Mamacita linda, mamacita linda!...

"¡Chas! ¡Chas! ¡Chas!", la correa caía sobre mitraste y sobre mis canillas como pajarraco incansable, obstinado en picotearme.

-¡Toma, así, condenado, para que aprendas!

-¡Mamacita, mamacita, si no lo voy a hacer nunquita más!... ¡Nunquita!...

-¡Ea, ya está bueno!... ¡Ya está bueno, mujer!...

A pesar de la insinuación de mi padre, la ley física de los cuerpos en movimiento no iba a prostituirse en la mano de mi madre. Y la correa estuvo por unos cuantos segundos más aperrada con el desayuno que le era mí cuerpo.

-¡Así, para que aprendas! -rubricó el último azote mi madre. Res-tregándome los ojos, me arrinconé por ahí, a masticar el odio que

en ese instante se me engrifaba desde el pecho contra mis padres. No sabía qué pensar de ellos. Pero los odiaba. Es decir, no los odiaba verdaderamente. En realidad no era odio, sino simple amor de hijo, inocente amor resentido; más claro, amor propio dolido por la amargura de un instante. Al rato después, Enrique, el pequeño animalucho que

Guillermo y Laura tenían por hijo, no se acordaría de los azotes. Sin embargo, la madre todavía derramaría silenciosas lágrimas de pesadumbre. De veras, todo castigo que mí madre infligió justamente a los hijos, hoy pienso que fue como un desgarrón que hizo a su propio corazón.

Viéndome tranquilo, mí padre me llamó, luego, desde su lecho.

-Enrique...

Fui hasta él enrollando un delgado alambre en una carretilla. Mis manos no podían estar quietas.

-¿Por qué te pegó tu mamá?

El odio aparente estuvo a punto de regresarme otra vez al sentimiento.

-¡Contesta, Enrique!

No hablaba. Amurrado, apuntaba mi atención en el alambre y en la carretilla

-¡Vas a contestarme, Enrique!

Recién me decidí a hablar:

-Porque estaba en la calle y me arranque.

-¿Qué te parece?... ¿estuvo bien que te pegara?...

A pesar de mis pocos años, yo entendí bien la pregunta. Pensé un instante. En la estrechez de mi conciencia cabía ya la luz de la justicia.

-Sí papá... -contesté vanidosamente dando tono de profunda se-

riedad a mis palabras.

-Eso es -siguió hablando mi padre-, siempre debes comprender por qué se te castiga...

-Sí papá...

La gravedad de mi padre hacía que me sintiera un niño mayor.

-La más pequeña maldad hay que pagarla en la vida... -terminó, moralizando, mi papá.

Antes, siempre que me reprendía así, me besaba en seguida. Esta vez me apretó una mano, y me remeció cordialmente, golpeándome la cabeza, con cariño poderoso.

Desde el pasadizo, donde fui a continuar mi tarea con el alambre y la carretilla, sentí por mucho rato la tos seca y contumaz que roía obstinadamente el pecho del hombre.

2

El robo de la noche anterior había imposibilitado a mi mamá para mudarnos de ropa como ella acostumbraba. Aquel mismo día, como yo estuviera salpicado de barro, se tuvo que conformar con esperar que éste se secara para sacudirlo con una escobilla.

Mi papá, al levantarse para salir a cumplir con su servicio, se sintió mal. Tosía ferozmente. Y un agudo dolor a la espalda casi le impedía erguirse. La mojadura del día y la noche precedentes hacía su efecto. Después de trabajar horas y horas en la plataforma de uno y otro tranvía, vehículos que por entonces no tenían parabrisas, frente a la lluvia y al viento, de los que inútilmente se guarnecían oponiéndoles un gran paraguas que ajustaban de modo propicio pero siempre ineficaz; después de trabajar horas y horas, pisando sobre el agua que se apozaba inclemente bajo sus pies, empapándolos, calándolos de frío hasta los huesos, no era extraño que los esforzados trabajadores tranviarios de aquel

entonces se sintieran agarrados de pronto por algún mal que, de un solo remezón, les despachara el alma a la otra vida.

El cumplimiento del deber era una de las divisas de mi buen padre. Y era estricto hasta la exageración en lo relacionado sobre todo con el trabajo.

-¡Anda a pedir permiso, hijo! -le insinuó mí madre-. ¡No trabajes hoy, es mejor que te quedes en cama!

-¡Vaya, Laura, parece que no te dieras cuenta de lo que significa la pérdida de un día de trabajo! ¡Y ahora, especialmente, que tenemos que rehacer las mudas!... ¡No, mi hijita, cualquier cosa, menos perder de trabajar!

Se envolvió los pies con papeles, antes de ponerse los calcetines. Mi madre le pasó los zapatos. El calor del brasero los había medio arriscado. El hombre los estuvo flexibilizando antes de colocárselos. Hizo que su mujer le prendiera algunas hojas de diario sobre la espalda, entre la camiseta y la camisa. Se acomodó el uniforme, y muy peinado, y bien atusado el bigote, una vez calado el capote, estuvo listo para salir. Mi madre lo miraba con ojos extraños. Él estaba pálido. Ahogaba la tos, para no alarmar a la esposa. Y mordía, estoy seguro de ello, los ayes, cada vez que el dolor le punzaba la espalda. Es posible que él mismo se diera cuenta de la necesidad de quedarse en cama. Pero había allí cuatro chiquillos, uno en la cama, otro en la silleta, otro -yo- tramando maldades otro en la escuela, y una paciente y tierna hembra: cinco organismos pendientes de su esfuerzo y de su lucha.

Se encasquetó la gorra. Se despidió cariñosamente. Y se fue. Al caminar,

se irguió bien para disimular sus malestares. Yo me quedé llorando. Era un llorón sempiterno. Las lágrimas me asaltaban por cualquiera futilidad. Esta vez mi padre no pudo columpiarme en su pierna. La causa era suficiente para que se animara la pena en el corazón.

¡Y de grandes, qué de cosas no se tienen que soportar, haciendo un guiñapo de risa de cada lagrimón que pretende arrancársenos!

CAPÍTULO TERCERO

Garras

1

Varios días cayeron como pesadas piedras, trizando las turbias pozas del tiempo. Cartas de obscura significación saltaron al rectángulo humilde de nuestra pobre vida. La lluvia se había ensañado de nuevo sobre la ciudad. Y nuestro barrio parecía hundirse, tiritando como un viejo decrépito, bajo el peso de los líquidos rebencazos celestiales. El viento ululaba, a veces, rebanándose las alas en las calaminas mohosas de las casas gibadas y de los ranchos. Y de pasada mordía el corazón de las campanas y laceraba el cuerpo de los hermanos pinos, que clamaban por una estrella para sus confidencias vegetales.

Mi padre, en el lecho, se esforzaba por olvidar sus dolencias, fijando su voluntad en las páginas de algún libro, de los tantos que poblaban los anaqueles de un pequeño estante situado en un rincón. Sobre el velador se apilaban los frascos con tomas, y una taza de tilo, que recién le había preparado mi madre, humeaba, semejando la blanca y floreada chimenea de quizá qué fábrica extraordinaria.

-¡Deja la lectura, mi hijo, por favor! -pedía mi madre. ¡La fiebre te está comiendo y te hace mal!

El hombre la miró desde el lecho, con una pura mirada de comprensión. Estaba pálido, ojeroso, trémulo. Abatido físicamente. Pero tenía el espíritu íntegro. Y sus pupilas eran lo bastante expresivas como para contener y demostrar la verdad de su realidad interna.

-¡Calla, Laura, mi hija! ¡Si tú supieras lo bien que me hace todo

esto que leo! ¡Nunca se comprende mejor que en momentos como estos la importancia de los libros! ¡Yo no sé qué sería de los pobres hombres si no existieran los libros ni quienes los hicieran!

Su voz era tranquila, luminosa, entera.

-¡Te alteras, Guillermo! ¡Mejor es que dejes de leer! ¡Necesitas estar tranquilo, viejo!

-¡Deja, deja, mujer, no seas majadera! ¡Mira lo que es esto: belleza de pensamiento desde el título mismo: La conquista del pan!

-¡Pero, hijo, ese libro lo has leído no sé cuántas veces!

-¡Y cada vez parece más grande! ¡Sólo los grandes libros, Laura, pueden leerse muchas veces! ¡Déjame tranquilo, mujer!...

En mi cabeza quedó rondando el título: La conquista del pan.

Pasado un rato, por asociación de ideas seguramente, sin tener hambre siquiera, dije, a mí madre:

-Pan, mamá...

-¡A esta hora no hay pan, mañoso, no mas... ¡-dijo secamente la señora.

-¡Yo quiero pan!

Olvidé el entretenimiento que en aquellos momentos me distraía y concentré todas mis energías en la solicitud:

-¡Un pedacito de pan, mamacita!

-¡Dale un pedazo de pan a ese chiquillo! ¡Qué mocoso fregado!

Mi padre había desatendido el libro. Y esperó que mi madre me diera el pan. Martina, atada a su silleta de brazos, empezó a clamar:

-¡Tero pan! ¡Tero pan, mamá!...

-¡Pero, hombre, no mal enseñes a los chiquillos! -reaccionó mi madre.

-¡Un pedacito de pan! -gritaba yo.

-¡Pan, tero pan! ¡Pan, mamatita!...

Los clamores de Martina se apoyaban en el cayado debilucho de un llanto monótono y sin lágrimas.

Pero las lágrimas que no lloraba Martina, había de llorarlas mí madre. Llanto silencioso, sangrante, que le arrancó sollozos cortantes, después que nos repartió a ambos chiquillos un pequeño y único trozo de pan que encontró en el tarro donde acostumbraba a guardarlo.

-¡Por la mierda! -gritó, revolviéndose en el lecho, el hombre-. ¡Qué mierda es estar enfermo!

Y guardó el libro debajo de la almohada.

No hacía mucho rato que habíamos tomado desayuno. Yo, la verdad, no tenía hambre. Y mientras Martina masticaba su trocito de marraqueta, yo escurrí el mío, porque lo hallé duro, por una rendija de uno de los guardapolvos, en un descuido de mí mamá. Algún ratón daría cuenta de su nobleza.

En el lecho, mi padre rugía aún, mordiéndose, revolviéndose:

-¡Tener que estar en la cama sin ganar un diez!

La esposa lloraba todavía, sin decir nada, pelando papas en una palangana.

2

-Tiene que irse al hospital, hombre. Su caso necesita atención especial.

-¿Pero qué puedo tener de tan grave, doctor?

-¡No se haga el ingenuo, hombre! -exclamó el médico medio ironizando-.

¡Tiene declarada una pulmonía que no sé por qué no se lo ha llevado ya! Las manos de mi madre y las carnes de sus mejillas temblaban a espaldas del doctor. Su garganta, desde hacía rato ya, estrujaba un sollozo.

-Voy a pedirle una ambulancia.... -advirtió el doctor, despidiéndose. Ido ya, el enfermo se irguió en la cama.

-¿Eh, qué tal?... ¡Enfermarme ahora, por la ...!

Se mordió, mirándome. Había reprimido una palabra gruesa por mí sola presencia. Se mesó los cabellos. Estaba verdaderamente exasperado. No lo había visto nunca así. Tuve la impresión de que nunca más en la vida su rostro, desde aquel instante, habría de animar una sonrisa.

-¡Tener que enfermarse uno, caramba!

Lanzaba puñetazos al colchón. Estaba fuera de sí. La serenidad había huido hasta de sus uñas.

-¡Carajo, venía a enfermarme ahora, carajo! Fue preciso que interviniera mi madre:

-¡Pero, mi hijo, qué sacas con alterarte! ¡Te puede hacer más mal!

¡Cálmate, Guillermo!

-¡Pero, Laura, caramba, parece que se te hubiera cerrado la mollera y no comprendieras!...

-¡Quien no comprende eres tú! ¡Tú, sí, tienes cerrada la mollera, mi hijito! Estás detestable, ¿sabes? ¡No reflexionas! ¡Te estás rebajando, Guillermo! ¡Tú, tan tranquilo, tan sereno siempre!...

Mi madre había descubierto un arma para vencer sus resistencias y exasperaciones: el amor propio del hombre.

-Pero, ¿no ves Laura, que estoy como un perro acorralado? ¡Los leones de los circos no se sentirán como yo, mujer!

-¡Pero mi hijo querido, eso es lo que tienes que comprender! ¡Ne-

cesitas irte al hospital, y te vas!

-¡Y ustedes se mueren de hambre mientras tanto, claro! -¡Que hombre, qué hombre! Sí no es para tanto mi hijito! ¡No hagas más trágica la situación, hombre!

-¡Pero, vieja! ¡Carajo que son cortas las mujeres!

Mi madre se desesperaba. Estaba a punto de largar el llanto.

-¡Estás enfermo, hijo, y grave! ¡La solución es el hospital! ¡Tú siempre has sido valiente, y ahora acobardas! ¡Bonito, viejo! ¡Es una situación a la que tienes que saberle hacer frente, no hay más!

Por largo rato mi padre estuvo hundido, el ceño feamente frunci-do, cavilando. El momento no era para llantos. Sin embargo, mi pobre mamá no aguantó más y se apretó al pecho de su marido, sin fuerzas ya para contener la lluvia trémula de sus sentimientos.

El hombre la oprimió, tembloroso, contra sí. Le besó los cabellos. Los ojos. La frente. La volvió a apegar a su pecho. Y dijo como para él mismo:

¡Estaba siendo un estúpido! ¡No tengo más que irme!

La nuez, en el cogote, se le inquietaba. Parecía tragar saliva. Pero era que reprimía el dolor de su espíritu que ya había perdido integridad, contaminado por el mal físico. La fiebre le había pues-to rojo el rostro. Y la tupida barba de tres días ceñía a su aspecto el calendario de una edad increíble.

Mi madre se levantó. Ya no lloraba. Parecía haberse fortificado después

de aquel breve arranque de lágrimas sobre el pecho compañero. En cambio, el hombre se mostraba más cansado. Y abandonó la cabeza contra la almohadas acezando. La fiebre se lo comía. Y agitándose en la cama, mientras mi madre deshacía en una cu-chara unas fenalginas para dárselas, aulló, más que gritó su im-potencia:

-¡Carajo, tener que enfermarse uno, por la mierda!...

Yo hacía rabiarse a la paciente Martina, cosquilleándole una oreja con una ramita de escoba.

Caía una lluvia lenta, desganada, lluvia como tos de tísica en los últimos instantes.

3

Después del almuerzo vino la ambulancia. A pesar de la lluvia, que no cesaba de caer, los curiosos -chiquillos y mujeres que trataban de burlar el agua con sacos, papeles y pañuelos de rebozo sobre las cabezas- no faltaron. Y se agruparon frente a la puerta para asistir a la salida de mi padre, como quienes se agrupan para presenciar, al final de un velorio, la carga del ataúd en la carroza o la alegría suelta entre las paredes de una casa en remolienda.

Elena no fue esa tarde a la escuela. Y se quedó con nosotros, llorando a la orilla del fuego una pena que sólo después de largos años vine a comprender verdaderamente. Martina se balanceaba en su silleta, chupándose el pulgar de su diestrecilla, mientras yo trataba de encontrar relación entre el zumbido de la tetera hirviente y el rumor que los trenes hacían por las noches al pasar por la vía no lejana.

Adriana, en su cama, anónima, distante, dormía su celeste sueño de ángel.

De pronto recordé que mi papá no me había columpiado antes de irse. Tuve ganas de echar mis lagrimones. Mas me olvidé de ellos, gracias a la llegada del "Mimí", que poseía buena cola, buenas orejas y buen pelaje para entretenimiento mío.

El cuarto estaba lleno de sombras. La lluvia insistía con sus pisadas de pétalos sin vida. Y nuestros corazones se diría que tenían acentos de leves guitarras afinando sus cuerdas para un aria inmediata de angustia.

CAPÍTULO CUARTO

Los compañeros

1

Era tarde y nuestra madre no regresaba.

La noche, agitando sus alas empapadas, planeaba sobre el suburbio como una negra lechuza sin ojos. El viento escarbaba lo mismo que gallo viudo en los resquicios de la puerta.

La guagua había despertado de su apacible sueño, y reclamaba el pecho materno, con un llanto agudo que desesperaba a mi pobre hermana. En cambio, se había dormido Martina. Estábamos a oscuras. Elena tenía el buen tino de no encender la lámpara. El ahorro, en esos días, sería nuestro padrastro.

-¡Esta niña, por Dios! ¡Calle, calle, mi hijita preciosa!

Elena se paseaba como una mamá, meciendo a la pequeña, mientras le cantaba inútilmente:

*Esta guagua linda
no quiere dormir
porque no le traen
flores del jardín...*

-Schsss... Schsss... Schsss...-continuaba-. ¡Calle, mi linda, si ya viene la mamita! Schsss... Schsss... Ya viene la mamita, ¿no?...

Yo me sentía habitante de un mundo extraño. La oscuridad lo envolvía todo. Sólo el rescoldo, en medio de la pieza, era como un rojo párpado soñoliento, nutriendo la sombra de un leve res-

plandor. Los ojos del "Mime", que más de una vez clavaron en los míos los rojos puñales de su mirada, arreaban mí corazón hacia los hoscopotreros del miedo. El hedor del cuarto cerrado había-se doblgado a la fragancia saludable del café que recién Elena había-me dado. Me quedaba un trocito de pan aún. Y saboreábalo como pudiera haberlo hecho el gato mismo.

-¡Calladita, guagüita linda! ¡Ya, pues, mí hijita querida! Schsss... Schsss... Schsss... ¡Tutito, tutito, preciosa!

Elena tenía una maravillosa condición de madre. Mi instinto de hijo advertíamelo. Muchas veces me gocé adurmiéndome en su falda y apegando mi rostro goloso de tiernos calores a su pecho, en el que una nueva vida comenzaba ya a definirse en dos brotes duros y promisorios.

Golpearon la puerta. Se oyeron voces varoniles. Elena dejó a la guagua en la cama, abandonada a sus berridos. Cateó por la cerradura. No destrancó la puerta. Era profundamente precavida, como mi madre.

-¿Quién es?...

-¡Nosotros, nosotros! ¡Buscamos al compañero Quilodrán!

-¡Ah! Pero mi papá no está!

-¡Cómo no va a estar, si está enfermo!

-¡Se lo llevaron al hospital!

-La señora, entonces.

-¡No, señor, no está tampoco, se fue con él!

-¡Ah, diablos!

Los hombres se consultaron.

La voz de mi hermana temblaba. Yo me había acercado a ella y tiritaba como pollo entumecido.

-¡Elenita!

Tenía unas ganas enormes de llorar.

-Schsss... Schsss... -siseó Elena.

Los desconocidos no insistieron. Se les oía conversar afuera. Hablaban de mi papá. Lo nombraban a cada rato. De repente, cuando Elena atendía de nuevo a la guagua, largaron una pregunta:

-¿Llegará luego la compañera?

Elena se acercó otra vez a la puerta, meciendo a la pequeña.

-¡Quién sabe! -dijo-. Schsss... Schsssss... Schsssss... ¡Calle, pues, lindita!

Los hombre ya no trataron de averiguar más. Allí, bajo la lluvia, se estuvieron largo rato, esperando que llegara mi madre. Se sentía gotear fuertemente el agua encima de sus paraguas, cada vez que el cansancio abría brecha a los berridos de la pequeña llorona hambrienta.

La situación se hacía desesperante. Elena cantaba ahora con salobre tono en la voz:

*En casa de don Vicente
hay mucha gente,
¿qué es lo que habrá?
Vicente va de soldado
y la Adrianita llorando está...*

Yo había devorado hacía largo rato el trocito de pan y para mastigar no tenía ahora más que mi propio miedo. No lloraba, sin embargo. El instinto, acaso, buen padrino de todos los instantes, paliaba mis debilidades de chiquillo. Me sentía fuerte, animoso, y sólo los ojos del

"Mimí", a ratos, hacían señas a mis lágrimas, que me obstinaba en barajar con los párpados.

Por fin llegó mi madre. Elena abrió -¡Mamacita!

Braceando en la obscuridad, me agarré a sus polleras.

-¡Pase, Rogelio! ¡Pase, joven!... Pero, Elenita, ¿por qué no has encendido la luz?

Mi hermana comprendió. Nuestra madre decía eso por pura fórmula. Se sentía chorrear el agua de los paraguas. Una luz de cobrizos destellos batió su abanico desde la lámpara. El "Mimí" ñauqueaba, enarcando la cola.

-Asiento... -ofreció mi madre a los hombres-. Van a perdonar ustedes, pero los chiquillos quedaron solos... ¡Esta Elenita es tan miedosa!...

¡Ni pensarlo que les iba abrir!...

En el fondo, seguramente, estaba feliz de la actitud de la hija.

-¡No importa, señora, comprendo! ¡Quizá quiénes pueden venir en su ausencia a golpear la puerta, estando los niños solos!... ¡Es mejor que no abran!... ¿Y cómo dejó al compañero?...

Mi madre se quedó pensativa, ensimismada.

-Guillermo está mal... -pronunció, luego, amarga y lacónicamente, sacando el pañuelo de su bolsillo.

-¡Vaya, señora, y tan buen compañero que es Quilodrán!... ¡Enfermarse, caramba!... ¡No sabe lo que pierde la organización con su enfermedad!...

-¡Qué vamos a hacerle, Rogelio! -exclamó mi madre, con falsa resignación-

¡Primera vez que Guillermo se enferma!

-Bueno, señora, nosotros veníamos de parte del Consejo a hablar con él. El llamado Rogelio era un hombre maduro, alto, cordial. El otro parecía ser hijo suyo. Ambos vestían el uniforme tranviario.

-Podrían ir al hospital, mañana, pues, Rogelio.

-En realidad... En realidad... Pero podemos decirle a usted también, desde luego, la razón de esta visita... La cosa es cuestión económica... Y creo que le interesa más a usted que a él...

-¡Hable, no más, Rogelio!

-Usted sabrá que en el Consejo tenemos algunos fondos para socorros de los socios cuando se enferman. Pues, a eso venía yo. Anoche, en reunión, se acordó entregar dos pesos diarios para el compañero Quilodrán. Poca cosa es, pero, usted sabe, el Consejo acaba de fundarse y no alcanza para más...

Mi madre se quedó meditando. Vacilaba tal vez en aceptar el ofrecimiento. Orgullosa y rebelde, dentro de toda su humildad, acaso se sintiera humillada.

El compañero comprendió.

-Si esto es cosa de acuerdo, señora. Para eso el compañero paga sus cuotas las quincenas. Es una cosa de obligación que al que se enferme el Consejo tiene que ayudarlo. Nosotros venimos a avisarle y a entregarle el dinero por los días que el compañero ha estado sin trabajar.

Aún vaciló mi madre. Pestañeaba. Mas aceptó, por fin.

-Traten en todo caso de hablar con Guillermo mañana, en el hospital...

Yo, en todo caso, le haré saber esto. Quedó en el San Vicente. Pero quedó en la sala de emergencia, nada más... Mañana le darán cama definitiva...

-Irà una comisión a visitarlo mañana, compañera... Bueno, nos vamos...

Se levantaron. Había una ancha satisfacción en el rostro de los hombres al retirarse. El más joven sacó una moneda de su bolsillo y me la dio.

-¡No lo acostumbre a mal, joven! -dijo mi madre.

Se dieron la mano. Yo estaba radiante con mi chaucha.

-¡Hasta luego, señora!...

-¡Hasta luego!...

-Hasta luego, muchas gracias...

Elena recién había logrado hacer callar a la pequeñuela. Mi madre se acostó junto a ella, para darle el pecho. Yo, jugando con la brillante moneda, haciéndola rodar por el piso, sentía rezongar a la mamoncilla, mientras se hartaba en los pechos grávidos de mi buena madre.

Antes de acostarnos, Elena y yo bebimos una taza de café que nos sirvió la señora. Esa noche no había comida

Más tarde, a obscuras, entre el repiqueteo de la lluvia incesante y el golpe del viento rabioso, habría de sentir yo hurgar en el cuarto las manos profundas de los sollozos y suspiros, movidas como invisibles pero humanas luces en la obscuridad doliente del aire.

2

Se sucedieron días de peludas garras que se obstinaban en pulsar la garganta de nuestra vida. Días sin agua. Sin viento. Sin dolor de campanas. Sin gemidos de pinos. Pero, repito, días con pelos, con agudas uñas expertas en la extracción de la lágrima. Días altos de radiante sol sobre las calles. Pero doblegados de nubarrones en el querido mundo de nuestro cuarto.

No sé si echaba de menos un olor. O si echaba de menos una palabra. O si eran las venas hinchadas de una mano morena y ruda para dar trabajo a la inquietud de mis dedillos, ingenuos, las que me faltaban. O si una pierna hecha para columpio de un hijo lo que precisaba mi esperanza en la orfandad.

Es cierto que no estaba solo. Mi madre. Mis hermanos. Todos en comunión de corazones, éramos como una apretada gavilla de

mutua compañía. Pero, es la verdad, mi inconsciencia de entonces me entrega sólo hoy el dolor de aquella terrible soledad sin padre, que viene a equipararse en estos días con esta mi oscura soledad sin la garganta bulliciosa de los hijos, sin la mirada tierna de una pequeña porción de seres con pupilas de musgos para alentar el espíritu en un minuto de cansancio.

Hay cosas que el niño se guarda exclusivamente para la comprensión del hombre. Como hay instantes que el hombre tiene que vivir en esencial función de niño para medir su emoción.

CAPÍTULO QUINTO

Leontina

1

Desperté aquella mañana al golpe de los bronce parroquiales. La campanas echaban al aire desbordante de sol su repicar cascado, como risa de hembras histéricas. Por el tragaluz alzado sobre la puerta de calle de nuestro cuarto, las manos de un cielo profundo inundaron de azul mis pupilas. En un ángulo, uno de los buenos amigos pinos alardeaba mostrando un puño verde.

Me quedé atento al son de las campanas. E insensiblemente me evadí hacia un trecho de nuestra vida pasada. A un trecho de mañana como tantas en que Martina y yo disputamos el derecho de disfrutar de la compañía paterna. Mi madre terminaba siempre por trasladarnos a ambos al lecho de su "viejo". Y allí, junto a su calor, como dos perros nuevos dispensando su instintiva ternura animal, nos refocilábamos jugando con los cabellos del hombre, con sus bigotes, con sus orejas, con su nariz, tamborileando en su pecho recio, ancho y peludo, o juntándole las manos, en actitud de plegaria.

Él se dejaba hacer como un viejo camarada de juegos. ¡Que esto era nuestro padre para nosotros: un camarada! Entre sus hijos, en el lecho, él imitaba al león, y rugía. Realmente, así, desgrena-do, como lo dejábamos, parecía un melenudo león. Imitaba también al gallo. Y Martina se desgañitaba riendo con su rodante risa de cascabel, cuando, sentándose el hombre y aleteando con las manos, largaba riendas a su garganta, en un grito que era un auténtico canto de gallo. Otras veces se hacía el muerto, un ex-

traño muerto que respiraba, que tosía, y que concluía por resucitar, riendo estruendosamente, por las cosquillas que nuestros dedos le infligían.

Era posible que las campanas se despertaran, limpiando las legañas del sueño con rotundos pañuelos de sonidos. Entonces, a coro, las manos de los tres se nos soltaban en palmoteos que semejabán los sonos de otras tantas campanas de apolillada madera, mientras mi padre voceaba:

*Tan, tarán, tan tan, las monjas
del Carmen no tienen fustán,
la plata que tienen
se la comen en pan...
Tan, tarán, tan, tan.*

Eran unos instantes que bien podrían tener la significación de las luciérnagas. Pero ya habían ocurrido. Ya eran propiedad exclusiva del pasado. Ahora, en aquel otro instante, nada más que las claras manos extendidas del cielo. Y un verde puño vegetal.

2

Me levanté. Ya en la calle, el aire entumecido despercudía en caliente oro sus manos. El sol golpeaba con sus pezuñas todo el pecho desconchado de casas y ranchos de cara al oriente. Mas mi padre estaba en el hospital.

-¡Convídame pan!

Frente a mí estaba Leontina, la Tina, como le decían; una chica de unos diez años, hija de quién sabe quién, pero que paraba, a veces, en la casa de nuestra vecina, Doña Eufemia.

-¡Convídame un pedacito de pan! -repitió

Yo, sentado a nuestra puerta, hacía bailar un pie. La miré de

rejo, apretando mi pedazo de pan en la diestra. Lo estaba comiendo de a miguitas.

-¡Maaa! -dije.

Y seguía echándome migas a la boca. Ella estaba descalza. Tenía unos pies casposos, rojos. Unas manos hinchadas de sabañones. Era legañososa, de crenchas tiesas. Y vestía unas tiras que en algún tiempo deben de haber sido delantal o vestido. Tiritaba, castañeteando los dientes.

-¡Dame pan!... -pidió aún- ¡Un pedacito, no más, para probarlo!

Yo le alargué una pequeña corteza tostada. Y cuando iba a recibírmela, la retiré. Repetí esto varias veces. La veía desesperarse. Y gozaba. Acaso esta fue mi primera canallería consciente. Sabía que ella sufría. Por fin, riéndome, tiré el trocito de pan a una poza. Tal vez creí que ella iba a rescatarlo del agua. Pero no fue así.

-¡No seas mezquino! ¡Dame un pedazo!

Las pupilas, perdidas entre los párpados supurantes, se le alumbraban de anhelos. La engañé un rato más. Y terminé dándole la mitad de mi pedazo de pan. Se lo comió rápidamente. Se sentó a mi lado. Asomó la cabeza hacia adentro del cuarto.

-¡Mira -me dijo -, dame el otro pedazo y te hago una cosita!

Se atracó a mí y me tomó una pierna. Yo temblaba, pestañeando, pestañeando. ¿Le daría o no mi pan? Estuve un rato dudando. Debo haberme decidido a no dárselo, porque, en un descuido, ella me lo arrebató. Y huyó, corriendo como una gallina, y se ocultó en uno de los pasajes cercanos. Fue raro que yo no llorara. Mi madre estaba en la cocina y no se impuso de nada. El sol se acurrucaba junto a mis pies, lo mismo que un gato, ronroneando. Las charcas se emocionaban de cielo y oro. Y pasaban silbando los carretoneros, huasqueando, de pie en sus vehículos saltones, los caballos famélicos, esmirriados.

Guardé por un rato el secreto deseo de avistar otra vez a Leonti-

na. En un descuido de mi madre, fui a dar una vuelta a los pasajes que quedaban detrás de nuestra casa. Volví rápidamente. No la había visto por parte alguna.

Cuando regresó Elena del colegio, se dedicó, a escondidas de mi madre, que estaba en la cocina, a lavarme y a limpiarme los zapatos, pues habíame encontrado, feliz, confeccionando adobes sin molde en una poza. En la cocina estaba mi madre, pensativa. Esto no era extraño; pasaba así desde que mi padre cayó enfermo. Sus ojos estaban rojos. Seguramente había llorado mucho.

-¿Qué le pasa, mamá? Elena la besó.

-¡Nada, mi hijita!

Las papas estaban sin pelar aún. Apenas la tetera hervía en el fuego. Elena se puso a mondar las papas. Yo salí. Por frente a la casa pasaban dos guardianes de a caballo. Yo les temía a esta especie de uniformados. Pero en la puerta de mi casa me sentía seguro.

-¡Paco asoleado, paco asoleado! -les grité, haciéndoles unas morisquetas.

Ellos reían a gritos. Sus trajes eran como profundas carcajadas azules, en medio de la calle llena de sol.

Martina, que jugaba inadvertida en el patio, llegó arrastrando sus patitas de polla, y comenzó a corretear, hurgando en todas las cosas a su alcance.

Así, se acercó la hora del almuerzo. Elena puso los platos. Y mi madre, toda compungida, entró con la olla humeante. Yo golpeaba la mesa con la cuchara.

-¡Estate tranquilo, hijo! ¿Qué bulla es esa?

¿Por qué se mordía mi madre? A momentos, su boca se fruncía también y daba la impresión de una chiquilla que fuera a llorar. Mi hermana mayor estaba silenciosa, inmóvil en su silla.

Mi mamá vaciaba el cucharón en los platos. Sentía un olor de comida que no conocía. Elena seguía silenciosa. Y así en silencio, comenzó a comer. Yo también quise hacerlo, pero no pude.

-¡Está mala! -grité.

Miré a mí madre, ensoberbecido.

-¡Come esa comida, Enrique!

-¡No quiero! -chillé ahora.

-¿Qué es eso, Enrique?... ¡Caramba, no más!...

Mi mamá fue a descolgar la correa. Estaba condenado ya a comer las papas con chicharrones. Hice un esfuerzo. Mas el caldo se devolvía. Era imposible que lo comiera. Nunca se había hecho esta extraña comida en casa. A Elena, después de haber comido casi todo el contenido del plato, las arcadas comenzaron a virarle el estómago. Tuvo que salir al patio.

Mi madre, tras de mí, tiró la correa en la mesa, y se apoyó en mis débiles hombros. La morriña me mantenía en un hermetismo agrio y seco. Gacha la cabeza, no hacía sino pestañear y morderme. Sentí de súbito algo como un crujido de gozne sin aceite. O como un hipo seco. Era un sollozo ahogado. El fruto del sollozo no tardó; gotas lentas, pesadas como arvejas de azogue, se hundieron en la reducida laguna de mi plato, donde las papas cocidas eran como la superficie pelada de nuestras vidas y los chicharrones la crispación de nuestros grises días desolados.

3

Allí culminó la angustia de esos días.

-¡Esta tarde no vas a ir a la escuela! -le dijo mi madre a Elena, llorando aún.

Mi hermana se sintió muy molesta. Le dolía faltar a su estudios.

Estaba en sexto año. Mí madre se quitó del anular el anillo de matrimonio y se lo entregó envuelto en un trocito de periódico.

-Anda a San Pablo -le dijo-, pide diez pesos.

-Bueno, mamá

-¿Vamos, Elena? -propuse yo.

-¡Sí, llévalo!... -aprobó mi madre. Salimos.

El sol cantaba en el aire como un zorzal exótico, ladeando la rubia cabeza de oro. Más allá de Mapocho, la calle reía a trechos, contrayendo el espejo de las pozas que, de cara al cielo, descubrían el sarro verde del légamo que los días sin agua habían acumulado como continentes vegetales en la superficie líquida. Corría ese tramo de tiempo inundado de luz y de tibieza con que el invierno se tatúa el pecho: el "veranito de San Juan".

Vagabundo y hojalateros tomaban el sol sobre las aceras, rascándose o comiendo sus sándwiches de picante, remojados con vino de a treinta el litro. El cuerpo de Elena -cálido fruto en agraz- llamaba poderosamente la atención. Y las groserías resbalaban por él desde las bocas desdentadas, como lenguas secas.

San Pablo ardía de humanidad y de ferretería en movimiento: percalas, tiras, golpe azul de tranvías en galope. Allí, en la esquina de Cumming, las agencias anunciaban:

"El Cóndor",

"La Victoria".

Apretujamiento de gritos, de reclamos. Mujeres, hombres, chiquillos y perros, en que la miseria asomaba, pelando sus dientes de chacal. Continuamos hasta Baquedano. Allí estaba la Casa de Préstamos y Montepíos "La Estrella Lacre". Había menos gente. Pero tanta o más miseria que gente. Y perros también, que olían todas las piernas y que paraban la pata donde mejor les placía. El olor espeso de la naftalina se confundía con el de la creolina con que recién habían regado el piso y con el hedor de los cuerpos

sebosos. Los paquetes se alineaban en el mesón.

-A ver -decía un español-; esta pollera, ¿cuánto?

-Ocho... -pronunciaba la voz humilde de una mujer.

-¿Está loca, señora?... ¡No se vaya tan alto!... ¡Cuatro, ya, cuatro!

-Este... Bueno...

-A ver, ¿esta colcha con estos zapatos?...

-Quince...

-¡No, diez le damos!

-Déme doce...

-No... Díez...

-Bueno...

Un hombre gibado, sin afeitarse, hediondo a vino y a causeo, entró sacándose el paletó. Se abrió paso entre la gente, se acercó al mesón y tiró la prenda.

-¡Eh, señor, pásame cinco pesos por esto!...

-¡Cómo se conoce que estás con el cuerpo malo!... -rió el español.

-¡Apúrele, señor!

-¡Te vas a aguantar un poco!... ¡Si no, te vas!...

El hombre no habló más. El cuerpo alcoholizado le temblaba.

Otro español, que sacudía diligentemente unos escaparates, cantó:

*Zi la reina de España muriera,
Carlos Quinto volviera a reinar,
correría la sangre española
como corren las olas del mar...*

La timidez de mí hermana alargó la espera.

-¡Ea, tú zagala!, ¿qué traes?... -habló de repente el español del mesón, advirtiéndome recién a Elena.

-¡Diez pesos!... -dijo Elena, alargándole el anillo.

El hombre tomó de un cajón una lima y la pasó por el interior de la alhaja. Luego la probó, aplicándole un pincelito untado en ácido.

-¡Nueve pesos!... Elena vaciló.

-¡No -dijo por fin-, diez!

El hombre ríe. Y dirigiéndose al que llenaba los boletos:

-¡Una argolla de dieciocho, diez pesos! -le gritó. Elena estaba radiante.

Ya afuera, respiré con inmensas ganas el aire puro. Tenía grandes deseos de masticar algo y poder tragarlo. Las tripas me sonaban. Mi saliva era espesa, ligosa, dulce.

Cortando calles en zigzag, volvimos a la casa. Los charcos verdosos se calentaban como lagartos al sol soslayado. Ya era tarde para que mi mamá pudiera ir a ver al esposo.

Comimos con ansias los huevos fritos que nos dio nuestra buena madre. En el rostro de la señora aleteaban plumas luminosas y transparentes de tranquilidad.

4

Cuando salí de nuevo a callejear, aguaitándoles el ojo a mi madre y a mi hermana, el día se estaba yendo en lentas marañas de nubes violáceas. Sonaban las campanas levemente. Y hacía el campo, más allá de la línea férrea y del río, las manos de la niebla envolvían los pastos, las zarzamoras y los álamos sin hojas. A lo lejos punteaba una guitarra. Y un ternero, en algún establo del

alrededor, clamaba por su madre, lastimeramente, con voz de niño extraviado.

-¡Maaa,maaa! -se oía, claramente.

Leontina llegó ahora con tardos pasos. Venía más entumecida que nunca.

-¿Tienes pan?...

-¡Si, sí, tengo!

-¿Cuál es?

-¡Voy a buscarlo!

Fui a la pieza. Elena salía al pasadizo. Y mi mamá estaba en la cocina. Sobre la mesa había varios panes. Tomé o, mejor, robé una marraqueta.

Me senté con ella entre las manos, esperando que Leontina la reclamara. No tardó en hacerlo.

-¡Dámela! -me gritó, ávida.

Yo reía. Pensaba repetir la escena de la mañana. Pero esta vez no permitiría que me la arrebatara.

-No te la voy a dar -dije.

-¡Sí, dámela!, ¿quieres?...

-¡No!

Se impacientaba. Se desesperaba. La noche habitaba ya el aire. Y las estrellas se prendían como tocadas por una varilla mágica. Hombres y mujeres pasaban, de vuelta de las labores.

-¡Dame la marraqueta! -suplicó Leontina. Yo me había sentado sobre el pan.

-¡Mira, dámelo! -seguía suplicando ella.

Se sentó a mi lado. Y como en la mañana, me tomó la pierna. Corrió la mano hacia arriba.

-¡Dame el pan! -rogó todavía-. Y te hago lo que te dije esta mañana. Yo no recordaba nada. Esperé. Mí instinto acaso oteara alguna novedad necesaria a su precocidad. Ella aventuró más aún la diestra por mí muslo. Apretó. Sus dedos hurgaron luego. Yo reía. La calle estaba solitaria. Invasada de sombras lechosas. La neblina del fondo se había encaminado hacia acá. Hacia lo alto, las estrellas, sin embargo, se mostraban intactas. El paso de un tren hizo crujir el esqueleto del caserío.

-¿Te gusta?... -me habló al oído. Yo no dije nada. Reía solamente.

-¡Tócame tú la pierna! -me susurró despacito, con mucha ternura-. ¡Trae la mano!

Su muslo era suave, caliente, duro. Su carne nueva debía de ser blanca. Mis años no hablaban. Pero trataron de imponerse abiertamente de algo que pudiera ser goce, vitalizando de trémula audacia mi mano en trance de aventura. Ella no tenía calzones.

Adentro, en el cuarto, se oyeron pasos.

-¡Déjame!... -chilló, alarmada, Leontina, levantándose. Yo reía.

-¡Dame el pan ahora!...

Yo me había olvidado de la marraqueta. Se la pasé. Adentro encendieron la lámpara. Y un rectángulo de luz se precipitó sobre una charca de la acera. Leontina huyó. Sus pies casposos chapotaron por leve instante en una poza.

Después, sólo la calle silenciosa, con la única e imperceptible voz de las estrellas y el paso lerdo y enigmático de la bruma.

Por Mapocho, trizando el silencio, pasó de súbito un tranvía, haciendo estallar en el cable un maravilloso lucero, que inundó de luz el espacio.

-¡Enrique!... -me llamó Elena.

-Aquí estoy...

Entré, temiendo no sé qué. Pero no sucedió nada.

CAPÍTULO SEXTO

Los pechos estériles

1

Los chiquillos ya nos habíamos acostado. Mí madre cosía afanosamente, cuando afuera se sintieron voces y golpearon a nuestra puerta.

-¿Quién? -dijo mi madre, levantándose.

-Nosotros, señora... Del Consejo...

-¡Ah!

Sonó la tranca.

-Buenas noches, señora.

-Buenas noches, Rogelio.

Me senté en la cama. El tal Rogelio venía acompañado de un hombretón alto, grueso, de rostro moreno como la greda, muy ancho de espaldas.

-Señora Laura, le voy a presentar al compañero Bustos, presidente del

Consejo...

-Mucho gusto, compañera... -dijo el camarada Bustos, apretándole la mano a mi madre y alzándose un poco la visera de la gorra, pero sin descubrirse.

Tenía una voz francamente ronca, madura de afecto y cordialidad.

-Asiento, asiento... -ofreció mi madre.

-Hoy estuvimos a ver al compañero Quilodrán... -dijo Rogelio, mientras ambos se sentaban-. Está bastante repuesto ya.

La susceptibilidad de mí madre dio paso a una afectación que ella no pudo disimular. Acaso dedujera un reproche en las palabras del compañero Rogelio. Y dobló la cabeza.

-Sí -dijo con lentitud-, a mí me fue imposible ir a verlo hoy.

-Nosotros necesitábamos ir a hablar con él. Como director de la mesa del Consejo tenía que imponerse de algunas irregularidades ocurridas en estos días.

-¡Ah! ¿sí?...

-Lo peor es que una de esas anomalías los afecta a ustedes directamente -pronunció el llamado Bustos, con su voz recia.

-No me explico... -dijo mi madre.

-Como no tuvimos oportunidad de verla a usted en el hospital -continuó el presidente del Consejo-, hemos venido a su casa. Usted necesita saberlo también.

-No veo para qué tenga que saber yo cosas del Consejo.

-¡Vaya! - exclamó Bustos- Pasa que el compañero tesorero, un hombre de gran confianza que teníamos, ha desaparecido con todos los fondos.

-¡Pero, por Dios! -pronunció mi madre, con tono de lamento.

-Y la ayuda del Consejo al compañero Quilodrán ya no se podrá seguir efectuando.

-No importa -dijo mi madre, esforzándose por ocultar tras sus palabras la trascendencia que tenía para ella la supresión de esa ayuda-. ¡Qué se le va a hacer!

-¡Y quién iba a pensarlo, señora!-prosiguió Bustos-, tantos años que conocía yo a Rivera, el tesorero! Era un buen hombre, muy entusiasta por las cosas de orden colectivo. Fue uno de los organizadores y fundadores del Consejo.

-¡Pero, Bustos, hombre -le interrumpió Rogelio-, hay tantos factores que en un momento determinan los gestos de un hombre!

-Yo podría justificar a Rivera, oiga, compañero Rogelio, porque estaba al tanto de todos sus problemas económicos. Pero no justifico su falta de sinceridad para dar una explicación, más aún cuando era bastante amigo mío... ¡La falta de sinceridad mata tantos valores, compañero! El compañero Rivera era un hombre necesario en nuestro trabajo del Consejo,

y si se hubiera sincerado con nosotros, acaso le habríamos buscado una solución al asunto.

-¡Qué vamos a hacerle! -dijo el compañero Rogelio-. Después de todo, realmente, fue cobarde para explicarse, y se mostró, de veras, irresponsable... ¡En fin!...

-Francamente, da pena perder por una estupidez como esta a un buen compañero -objetó Bustos-. El trabajo que realizaba vale mil veces más que la porquería de pesos que se llevó. Ni con esa porquería de dinero pagará tampoco el desmoralizamiento que causará por el hecho en muchos compañeros... En fin, ¡qué diablos, señora! -prosiguió, dirigiéndose a mi madre -. Hemos cumplido con comunicarle esto.

Hablaron otras cosas ligeras. Y se despidieron.

-Por voluntad -dijo Rogelio antes de que mí mamá cerrara la puerta-, los del gremio no nos quedamos, señora...

2

Mí buena madre estuvo pensativa largo rato. Por la calle, como el filo de un relámpago, pasó el aullido de un tren.

En el cuarto de nuestros vecinos, no hacía mucho rato había habido una pelea más voluminosa que las habituales. Ahora el silencio reinaba en sus dominios. Pero lo raro era que doña Eufe-

mia no hubiera venido por el pestiñito de bicarbonato. Sin embargo, no tardó en anunciarla una de las puertas del pasadizo.

-¿Se puede, señora Laurita?

Mi madre tenía ya la costura entre sus manos.

-Pase no más -dijo.

Era realmente doña Eufemia. No venía, no, a pedir bicarbonato. Ante la puerta, se me figuró un espectro: ¡tan desfigurada estaba! Tenía los ojos hundidos, casi tapados por las mechas revueltas. Y entre ellos, la nariz aparecía más aguileña. Sus labios entreabiertos dejaban escapar un hilillo brillante de saliva. Caminó lentamente hasta mi madre. Tenía las manos crispadas. Estaba en camisa. Y un pecho casi seco, con un pezón como ombligo, le colgaba por los bordes del escote.

-¿Sabe? -dijo con voz desatentada, ronca- Reca se me fue, vino curado con la otra, me pegó como a una perra, y se fue...

Mi madre la miró con lástima. Se levantó y le ofreció su pañuelo de rebozo.

-¡Siéntese, señora, y abríguese!

Se me imaginó mucho más un ánima cuando, sentada, inconscientemente, comenzó a calentarse las manos sobre el rescoldo, frotándoselas con gozo.

-¡Sí, se fue! -siguió diciendo, trágicamente-. La otra es bonita, se pinta, y se reía de mí, se reía mucho, como una loca. Estaba curada también, y se levantaba las polleras, me lo mostraba todo. ¡Es muy bonita y blanca! La agarré del cogote, quise matarla. Reca me la quitó, me pateó y se fue...

Gesticulaba como una enajenada. Se largó a llorar con sollozos que semejabán graznidos, con lágrimas irreprimibles.

-¡Cálmese, cálmese, señora!... -le decía mi madre.

-¡Y ella era tan bonita! -seguía hablando doña Eufemia- ¡Ella era

tan bonita! ¡Ah, si una pudiera pintarse y ser bonita!

De pronto, la vecina se me imaginó una chiquilla. Sus palabras parecían provenir de un mundo adolescente. Era como si sus anhelos y dolores de la pubertad estuvieran aflorando ahora por cada poro de su organismo aniquilado.

-¡Pero no era a esto que yo venía! -gritó de improviso la vecina, renovando sus lágrimas-. ¡No era a esto que yo venía! Yo quería pedirle perdón, vecinita, pedirle perdón... Usted es tan rebuena, y yo tan mala..

.Yo quiero que me perdone -suplicó.

Se levantó. Evitó el obstáculo del brasero. Y se echó a los pies de mi madre. El rebozo se precipitó al suelo. La mujer quedó en camisa otra vez, con la seca y fea teta al aire. Se abrazó a sus piernas.

-¡Yo quiero que usted me perdone!

-exclamaba.

Mi madre intentaba levantarla inútilmente. Ella, pegada a sus piernas, seguía pidiendo perdón.

-¿Pero de qué la voy a perdonar yo, señora?

Mi madre no salía de su extrañeza, de su estupor.

-¡Si es que usted no sabe, vecinita, usted no sabe!

Mi madre se impacientaba. Trataba de levantarla ahora violentamente.

-No sé qué quiere decirme -dijo secamente, agarrándola por los sobacos-

¡No sé qué quiere decirme, señora! ¡Levántese y tranquilícese!

-¡Perdón, perdón, doña Laurita! ¡Yo soy tan mala, yo quiero que me perdone!

-¡Levántese, no sea niña!

-¡Sí, me levantaré! ¡Pero perdóneme usted, señora!

-¡Si no tengo de qué perdonarla, no tengo de qué!

-¡Es que usted no sabe, vecinita! ¿Va a perdonarme, cierto?

Era verdaderamente una chiquilla en su actitud. Una chiquilla histérica, en camisa, huesuda, con una teta descubierta, con las mechas sueltas.

-Sí - dijo mi madre-, la voy a perdonar. ¿Qué de tan malo ha hecho usted? Doña Eufemia se sentó de nuevo. Mi madre la arrebozó. Después de un intervalo en que los sollozos ahogaban el silencio y en el que mi madre se sentía roída por la impaciencia, la vecina habló:

-¡Es que yo..., es que yo - dijo con mucho esfuerzo y entre suspiro-, yo le robé la ropa, vecinita! ¡Perdóneme usted, perdóneme usted, soy muy remala!

El estupor alargaba las facciones de mí madre. ¿Sería posible? Se encaró

a doña Eufemia, agarrándola de los hombros huesudos.

-¿Así es que fue usted?... ¿Así es que había sido usted?...

-¡No tengo perdón de Dios, vecinita, no tengo perdón de Dios!

Recuperada mi madre de la sorpresa, se dejó vencer por los brazos de la alegría. Había enflaquecido mucho en esos días. Y sus rasgos angulosos parecieron iluminarse. ¿Sería posible?

-¿Y qué hizo de la ropa? ¿Qué hizo de mis tiras, vecina? -indagó anhelante.

-Están ahí todavía.

Doña Eufemia se levantó. El pañuelo se desprendió de sus hombros y quedó colgando del respaldo de la silla. Entre las mechas, los ojos le saltaban como queriendo huírle de las órbitas. Crispó las manos. Temblaba como una brizna aventada. Las lágrimas comenzaron a reptarle por las mejillas marchitas, lo mismo que

llovía garabateando los vidrios sucios de una ventana.

Los sollozos hacían oscilar su teta exangüe, sola y triste, que acaso llorara también, desde el ojo negro, seco y estéril del pezón, invisibles lágrimas por los infantes nunca amamantados.

-¡Sí -repitió doña Eufemia, con voz ronca, subterránea- sí, la ropa está ahí, está ahí, y tiene gusanos, y arañas, y telas, debajo del catre!

¡Pero ella era bonita, y se pintaba! ¡La ropa tiene gusanos! ¡Y la otra es linda y va a tener un hijo de Reca! ¡Tenía lindas piernas!...

-¡Cálmese, señora, cálmese! -decía mi mamá, remeciéndola.

-¡La ropa!... ¡Y es linda, tendrá un hijo, y se pinta! ¡Ah, si una pudiera pintarse y tener un hijo!

La vecina se tocaba las mejillas, el vientre, los muslos, los pechos secos. De repente, al apretarse la piltrafa desnuda de su teta al aire, fue como si despertara de un sueño.

-¡Si estoy desnuda -comenzó a gritar-, sí estoy desnuda! ¡Que me vistan, que me vistan! ¡Sí estoy desnuda!

Saltaba por el cuarto, alzaba los brazos al techo. Los pelos ralos de sus sobacos semejaban extraños gestos de yerbajos quemados.

-¡Las arañas, las arañas!... -aullaba. Y no cesaba de saltar.

Yo estaba como un ratón bajo la mano de un gato. Tenía ganas de chillar. Me tapé la cabeza con las sábanas. Mis hermanas todas se habían despertado. Y ahora, entre el llanto inconsciente de Adrianita y los berridos sin lágrimas de Martina, la voz de Elena era como el balar de una borrega, extraviada:

-¿Qué pasa, mamacita, qué pasa?

Mi madre no lograba calmar a doña Eufemia, que, saltando y gesticulando, gritaba ahora:

-¡Me pintaré y tendré un niño! ¡Un niño que lllore y que me mame!

¡Un niño que lllore y que me mame!

Después se puso a reír. Todo lo suyo, su voz, sus lágrimas, sus gestos, era ridículamente trágico. Sus carcajadas palpaban las paredes de nuestro cuarto, rebotando en ellas, como balones locos.

Su garganta debía de ser en ese instante una inagotable y curiosa pandereta de madera.

-¡Pero, señora, cálmese! ¡Qué es esto, señora, qué es esto!

El llanto de las pequeñas no se daba tregua. Elena también lloraba ahora, y yo, respirando dificultosamente, con la cabeza bajo todo los cobertores, sintiéndome más ratón que nunca bajo la pata de un gato, ¡qué iba a destaparme! No sé cuántas brujas galopaban en el firmamento ínfimo de mi cerebro, montando sus escobas legendarias.

Fue la llegada de don Recaredo lo que nos libró de la trágica presencia de doña Eufemia. Sólo recién me atreví a destaparme. El hombre sintió los gritos de su mujer, y se precipitó a nuestra pieza. Estaba borracho. Se bamboleaba. Pero aún el alcohol no vencía sus sentidos.

-¿Qué hace aquí esta porquería? -rugió haciendo crujir los raigones de sus dientes- ¿Qué hace aquí esta mierda?

La agarró ferozmente de los brazos.

-¡Perdone, señora, perdone! -habló a mi madre-. ¡Perdone a esta loca! La comenzó a arrastrar. La mujer pataleaba y aullaba. Sus dos tetas al aire sobre el escote de su camisa pulgueda parecían hacer girar dos negras y doloridas pupilas, desde los fruncidos y estériles pezones. Se los comió la sombra del pasadizo. Mi madre cerró la puerta. Y mientras tranquilizaba a las pequeñas, acariciando a la una y dándole el pecho a la otra, tendida de costado sobre su lecho, no cesaban en el cuarto de nuestros vecinos los aullidos humanos:

-¡Toma, toma, mierda! ¡Toma, mierda jodida!

-¡Requito lindo, Requito lindo, no me pegues más, Señorcito, Virgencita!

-¡Toma, toma! ¡De puro caliente te jodes los nervios! ¡Toma, mierda! Cuando todo hubo quedado en silencio -en el cuarto vecino, los gritos y clamores, y en el nuestro, el gimoteo y el refunfuño de las hermanas chicas- y Elena sepultó su curiosidad en el sueño, mi madre, aunque quiso continuar la costura, no pudo hacerlo. Sus nervios, exaltados con el suceso reciente, la obligaron a buscar la calma en la blandura tibia del lecho.

-¡No hay bien que por mal no venga! - dijo, emocionada.

Bajo la noche, un tren pasaba con su murmullo de tiempo en fuga. Sonó su larga voz filosa. Y ya la nostalgia por cosas incomprendibles abrió en mi corazón, bajo la sombra densa, llena de rojas y verdes pupilas, su cauce para un lento fluir de horas desoladas. Y aun antes de hilvanarme a un mundo subconsciente, poblado de lágrimas sin párpados, de sollozos sin pecho, de sangre sin venas, de estrellas sin firmamento, de mujeres sin hijos, y de hombres sin testículos, hube de pesar sobre mi sentimiento de niño la gravitación vibrante de un grito con que la calle hizo la cruz a sus fantasmas:

-¡Tortilla calientee!... ¡¡La tortilla calientee!!...

Y el eco, por los campos, remedando el pregón chileno;

-¡La tortilla calientee!!!...

3

Ni gusanos. Ni telas. Ni arañas. La ropa estaba, sí, dentro del tiesto en que la depositara mí madre, un poco apulgada. Tenía un olor espeso a percán y a humedad ahogada. No otra cosa. Mi madre estaba feliz de tenerla de nuevo en su poder. No había

sino que lavarla de nuevo. Y lavó, por supuesto, junto con los dos sacos de prendas ajenas que aquella mañana había traído para salvar con su trabajo parte de los gastos cotidianos. Yo vi tantas veces a mi buena madre gibada encima de la artesa, anjabonando, escobillando -el moño deshecho, el rostro seco -, quejándose silenciosamente de cansancio. Pero no la sentí nunca más llorar sobre un plato de comida rechazado por un hijo.

CAPÍTULO SÉPTIMO

Sala de hospital

1

Había llovido copiosamente. Y el viento, vuelto a las andadas, apretando las metálicas carnes de las campanas, y cabeceando contra el pecho de los hermanos pinos, taconeaba por los tejados, con las melenas al desgaire. Aquel día, no obstante, se abrió el ojo caliente de un brillante sol, riendo por los ámbitos, como en actitud cómplice de la pequeña felicidad que nos esperaba.

Almorzamos muy temprano. Y apenas estuvo mudada la guagua, y Elena nos hubo bañado, puesto ropa limpia, y lustrado los zapatos a Martina y a mí, y haber hecho otro tanto con ella misma, mi madre se puso su verdense traje sastre, y salimos.

-¡Pareces un espejo, Enriqueito! ¡A ver cuánto te va a durar la limpieza!

-háblame dicho Elena, al tiempo de colocarme el sombrerito de paja que me guardaban para las salidas extraordinarias.

Alguien me había regalado un globo de goma con pito. Y yo iba muy ufano, sin preocuparme dónde pisaba.

El hospital estaba lejos. Pero nos iríamos a pie. Era una maravillosa tarde dominical. El sol estaba más ágil que nunca. Era el invierno todavía. Mas la primavera ya estaba asomada a algunas tapias suburbanas, y al fondo de la calle, más allá de la línea férrea y del río, sobre las zarzadoras, estallando en las ramas tiernamente rosas de los durazneros. Junto a la vía del ferrocarril, los basurales y los solares inquietaban su cuerpo de tierra y desperdicios, a través de las venas correntosas de los pastos. Las adollescentes ortigas levantaban sus vegetales cuerpos velludos, en

fresca intimidad con los yuyos, restallantes de amarillas voces. Inmediatas a los rieles, las velas encendidas dentro de casuchas construidas con latas mohosas, y las humildes cruces de madera carcomida, noticiaban el sentimiento pasajero de los finados que encontraron la frontera de sus días bajo el acero ensordecedor de los trenes.

El humilde Parque Centenario estaba invadido por burros de llagosos pelajes, que pastaban, rebuznando a ratos, y de zaparrastrosos vagabundos, hojalateros y recolectores de trapos y papeles. Hombres y mujeres, tendidos en las yerbas nuevas, bajo los árboles corpulentos, apenas hojecidos, junto a sus sacos vacíos, borrachos los más, masticaban sus cebollas, o sus mortadelas, o sus candeales de quemadas cortezas. Ocultándose tras los troncos más gruesos, algunas parejas se besaban tocándose ansiosamente los cuerpos. Parvadas de chiquillos andaban al aguaito de los besos y caricias. Botellas y tarros mostraban la carcajada morada del vino, entre la chépica y la manzanilla verdegueante.

El río, allí cerca, azotaba las piedras con el viscoso chicote de sus aguas. Su rumor se estiraba en el aire como la lengua de un ahorcado.

Mi paso de cortos años era escaso para seguir a mi madre y a mi hermana. Ambas iban cargadas. La una con Martina. La otra con la guagua. Fuera del paquete de comistrajos que mi madre llevaba a mi papá. Tenían que andar despacio para evitar mi cansancio. Yo, inconscientemente, abusaba de su paciencia y me detenía a observar cualquiera futilidad: una mujer que orinaba con todas las nalgas al aire, junto a un tronco; un burro que corría rebuznando tras su hembra; una chica que se rascaba el sexo pelado tirada cerca de una acequia, o acaso una florcita que me pareciera extraña, o una mariposa prematura posada encima de una brizna.

-¡Este chiquillo de moledera! -protestaba mi madre- ¡Apúrate, Enrique!

Yo iba ya con los zapatos y las piernas salpicados de barro. Por gusto, pisaba las pozas pequeñas.

-¡Este chiquillo, Señor!.

Mi madre me obligó a trotar adelante.

-¡Qué mocosos porfiados este!

Al atravesar el puente Manuel Rodríguez, las aguas turbias y bullentes del Mapocho fueron como otro novedoso objeto para mi curiosidad. Hornillas abrió a nuestras pupilas los ojos ficticiamente azules de sus baches y la mercocha gris de sus barrizales cortados por el paso de los carretones. Las casas y ranchos, hundidos, parecían guiñar con los párpados de su miseria, en un llamado incomprensible y trágico de ancianas prostitutas mudas. Por las aceras, la humanidad del suburbio desparramaba su fatalismo sin manos de luz para contener una esperanza: mujeres panzudas, rodeadas de chiquillos descalzos, piojosos, con mantas de saco; borrachines que dormían con la cabeza puesta sobre sus propios vómitos, con el vientre a la vista; jugadores de chapitas tintineando monedas entre las manos sucias; grupos haciendo rueda a una pareja que cuequeaba, al son desafinado de una guitarra rota y del voceo hueco de una cantora ebria:

*Para qué me dijiste
que me quenas,
que sólo con la muerte
me olvidarías.*

Los conventillos se ahogaban en humo, ridículamente immaculizados por los alambres combados de ropa. Otros chiquillos corrían como endemoniados, pillándose, haciéndose zancadillas, botándose, revolcándose. Era como el desenfreno con que la propia angustia, en un intento de piedad hacia los hombres, quisiera libertarios hacia un cielo terrestre donde siquiera la animalidad encontrara satisfacción.

Y lo conseguía.

La desheredad estaba allí con sus raídas sotanas y su séquito de fantasmas desdentados, apadrinando el impulso hacia el falso y único goce abierto a un mundo de sombras y sin cauces: su propio tormento, revestido de un derecho a divertirse, a emborracharse, a jugar, que equivaldría, acaso, como al derecho a matarse.

2

Corredores. Jardines. Patios friolentos de árboles. Uno. Dos. Tres pabellones.

Aquí, Sala San Juan.

Cama. Enfermos. Visitas. Monjas. Y, por sobre todo, el espeso, obstinado y fastidioso olor a medicina, a clínica. Quejidos. Palabras acezantes. Lágrimas.

Cama once.

Yo vi la cabeza de mi padre, ladeada, atenta a la entrada nuestra, como un zorzal escuchando el rumor de las lombrices bajo la tierra.

Corrí a su cama.

-¡Papacito!... ¡Papacito!

-¡Negro querido!

Ya estaban juntos a nosotros mi mamá y mis hermanas. Hubo saludos. Besos. Caricias. Por el largo silencio que siguió a todas nuestras manifestaciones, la alegría íntima de los corazones dejó correr lentamente la tibieza de las más puras lágrimas. El rostro de mi padre se contraía en barbudas muecas, que no podría decirse si eran atisbos de risa o gestos frustrados de dolor. Lo que fuera; allí estaba el agua de sus ojos buscando la maraña de los

pelos faciales para refugiar su ternura.

Elena miraba a nuestro padre como alucinada. Sus labios delgados tenían temblores de emoción.

Si Dios todavía existía por ese tiempo, debo de haberlo visto yo por las pupilas mojadas de mi padre, que no dejaba de acariciarme la nuca con su diestra gigantona, callosa y calentuja.

Mi madre había sentado a Martina al borde del lecho. Elena sostenía aún en sus brazos a la guagua que comenzaba a chillar. Mi mamá se la pidió para darle el pecho. Vivíamos ese momento pequeño pero profundo de felicidad que es la compensación de las ausencias amargas. Creo que estábamos luminosos.

-¡Me siento nuevo! -exclamaba mi padre.

Y su misma voz revelaba cómo la vida estaba de nuevo invadiéndole las arterias de salud. Elena miraba al hombre que era su padre, con anchas pupilas, con profundas pupilas, sin secretos de amor, con las mismas pupilas tibiamente penetrantes con que la pupila de la violeta debe de atender al rocío. No hablaba. Restregaba ahora su rostro contra una mano del hombre que ella misma sostenía, y se dejaba acariciar con trémula satisfacción, cada vez que él hundía sus dedos en su graciosa melena negra.

-¡Elenita, mi china, mi chinita!...

Yo me sentía pospuesto.

-¡Eh, papá, mire lo que hice!

Y le mostraba un trocito de madera que en la mañana había labrado, y que había descubierto recién en mi bolsillo.

-¡A ver, a ver!, ¿qué es esto?

-Un soldado

Mi padre rió.

-¡Ja,ja,ja! Este hombre se pasa de soldado. Es demasiado tieso...

-Sí, pero también tengo una canoguita... ¡ Mire!

Le pasé, jubiloso, otra astilla labrada en forma de bote.

-Mira, hijo, hombre, ¿sabes que estás trabajador?...

-Y nada la canoguita, papá...

-¡Ja, ja, ja!

Reía mi padre con grandes deseos, como si nunca hubiera reído. Y mi madre no podía tampoco evitar la entrega de sus cálidas sonrisas, transparentes de jovialidad y de ternura. La maternidad había tatuado su rostro de caprichosos lunares morenos. Pero en nada se afectaba su belleza de mujer, que no era belleza externa, desde luego, sino esa belleza sublime de flor, que sólo se siente en la sonrisa o en la luz que allegan a nuestro corazón únicamente las miradas de las madres.

Formábamos una humanidad aparte entre toda esa humanidad de visitas y enfermos que alentaban en la Sala San Juan.

Una palpitación de vida en lucha gravitaba en el aire, animada por los ayes lastimeros de dos enfermos, al extremo del recinto. El silencio buscaba el refugio de los blancos veladores. Palabras apuradas por la emoción y risas contenidas surgían adelantándose al encuentro de su propio eco en las esmaltadas paredes hospitalarias.

-¡Están más flacos ustedes! -observó mi padre, frunciendo el ceño.

-Realmente -confirmó mi madre- creo que estamos más flacos... Tu ausencia es demasiado dura... -justificó en seguida.

El hombre se mordió. Sus ojeras parecieron profundizarse más aún.

-¡Caramba -casi rugió, moviendo la cabeza-, caramba!

-¡Viera, papacito, cómo corrían los burros en el Parque! -tercié yo, entusiasmado de improviso, pendiente de mantener ligada la

atención a mi exigua persona.

-¿En el Parque?... -dijo mi padre extrañado -. ¿Cuándo? ¿Qué Parque? - indagó.

-¡El Centenario, pues! -aclaró Elena.

-Pero... ¿es que se vinieron a pie?... ¿Es que no hay carros?... Se agitó en la cama.

-¡Si no es para tanto, hombre! -pronunció, riendo confusamente y en intención tranquilizadora, mi madre.

-¡Pero, de tan lejos, carajo, tener que venirse a pie! ¡Carajo, cuándo estaré bien!...

Su catre crujía, como compenetrado de sus propios ímpetus.

-¡No te desesperes, viejo! ¡No veo qué de particular tenga el venirse a pie! Enriquito aprovechó el sol... La tarde está linda...

-¡Qué sol ni qué tarde linda! ¡El hecho es que se vinieron a pie!

¡Tremenda caminata, por la pucha!... ¡Uno no debería enfermarse nunca! Los enfermos del extremo no dejaban de quejarse. Uno estaba atendido por varios familiares y amigos. El otro se encontraba solo, rumiando sus dolores como un toro, ahogándose en prolongados ayes.

Mi padre se había tranquilizado.

-Ese que se queja es un estucador dijo. Se cayó de un andamio, está machucado entero, por dentro, y no ha dejado de chillar desde que llegó ayer.

-¿Y no le han hecho nada? -preguntó mi mamá.

-No hubo visita del doctor ayer... Ahí tendrá que estar jodido hasta mañana...

-¿Le convido huesillos, oiga, once?

Era un viejecito seco, de brillante calva, sin dientes, el que hablaba. Sus familiares acababan de irse. Sobre su velador se apila-

ban las frutas.

-¡Más rato, compañerito! -le dijo, riendo, mi papá- ¡Más rato!

-Como quiera, once...

Rió el anciano. Me peló las encías. Y se puso a cantar, despacito, con lengua estropajosa:

*Dame tu mano, paloma mía, ay
para subir al tranvía
que está cayendo la nieve fría, ay...*

-El hospital tiene un poder -comentó mi padre-: establece la comprensión entre los hombres... Todos parecen unirse como por instinto contra la muerte... Mira, Laura, aquel enfermo de la cama ocho llegó poco antes que yo. Estuvo peleando a cuchilla, mató al otro y él quedó con las tripas afuera... Lo zurcieron. Y así como tú lo ves, es un gran compañero, todo lo que le traen los amigos lo comparte con los enfermos... Cuando salga, tiene que ir a parar a la cárcel... Él mismo se vanagloria de sus macanudeces, en el trabajo, en la casa y en la calle... Dice que no le aguanta pelo en el lomo a nadie... Es un bolinero que por poco no anda con la cuchilla en la oreja. ..Y ahí lo tienes tú, tranquilo, buen camarada... ¡Es increíble!... Como un hermano de todos...

Mi madre miraba hacia su lecho. El hombre conversaba a grandes voces con los amigos que lo rodeaban. Algunos vestían deshilachadas chaquetas. Llevaban un saco harinero a modo de bufanda. Calzaban alpargatas.

El vecino de mi padre, el viejo calvo y desdentado, seguía aún su monótono pero gracioso canto:

*Yo me casé con usted,
ay,
pa, dormir en buena cama,
ay,*

*y ahora me sale con que,
ay,
el colchón no tiene lana.
Dame tu mano, paloma mía,
ay...*

Por el medio de la sala pasaba una mujer gruesa, arrebozada con un gran pañuelo agujereado y descolorido. Llevaba en brazos a una guagua gimoteando. El moño casi deshecho le colgaba por encima de la nuca. Entre las crenchas, una horquilla se le balanceaba a punto de caer. Los zapatones de hombre, ajados y embarrados, demasiado grandes para sus pies, le arrastraban, sonando como zuecos a cada paso. Tras ella, aferrada a la percala de su pollera, sorbiéndose las narices rojas de frío, una chica con el cráneo rasurado marcaba en el piso sus pasos diminutos, entumecidos, como bailando, a punto de soltar el llanto. La mujer miraba e inquiría en todos los rostros. Chocheando, se volvió. No había encontrado a su enfermo. Golpeando, desatentado, las paredes, llegó a la sala el llanto amargo de la chica, cuando hubieron salido.

Mi padre frunció los labios. Se quedó pensativo, gacha la cabeza.

-Es la mujer de un enfermo que estaba en la cama cinco -dijo por fin-. Tenía una pierna gangrenada. Se la cortaron. Se fue pocos días después que yo llegué, sin avisarle a la mujer... Quería dejarla... Era un borrachín medio loco...

-¡Sí, sí -dijo mi madre-, aquel pelado picado de peste! ¡Sí, sí!...

-El mismo.

-Buena cosa... -comentó apenas mi madre, enrollando en el índice de su diestra un fleco de la colcha-. ¡Tantas cosas que ocurren!...

Su rostro se iluminó de pronto. Había recordado algo:

-¡Figúrate, viejo, apareció nuestra ropa! ¡La tenía doña Eufemia,

figúrate, viejo!

La alegría se mostró en desnudo cuerpo en los ojos de mi padre.

-¡NO sabes cómo me alegro, mi hija! ¡Eso de la ropa era algo que me tenía más que preocupado! ¿Y cómo fue? ¿Cómo supiste?...

Mí madre terminaba de contarle al marido lo sucedido en la otra noche, cuando una comisión de tranviarios hizo su entrada en la sala. Venían a ver a mi papá. Eran cinco. Entre ellos estaban el compañero Bustos, es decir, el presidente, y Rogelio. Dos de los otros deben de haber sido muy amigos de mi padre, pues lo abrazaron con mucha efusión, y se mostraron felices de estrechar su mano. Tenían los rasgos duros, curtidos. Uno se apellidaba Ampuero y el otro Elgueta. El quinto fue presentado a mí papá. Le decían el Mama. Y era grandote, arqueado de piernas, y presentaba las huellas de una quemadura en todo un lado de la cara. En este lado no poseía pelos, y el cutis aparecía fruncido y hollado.

Conversaron mucho del Consejo.

Pero, de repente, el compañero Ampuero desenvolvió un paquete. Traía una toalla y útiles de afeitar.

-¡Esta es Toledo punta! - dijo a mí padre, mostrándole la navaja.-
¡Te voy a hacer una afeitada como Dios manda!

Precisamente cuando terminaba de afeitarlo entró a la sala una muchacha de blanco, batiendo una campanilla.

-¡La hora, la hora!... -gritó.

El Mama, antes de que nos retiráramos, hizo una proposición a mi padre, en tono muy explícito y comercial:

-¡Como yo soy solo, compañero, he podido juntar alguna platita!...

¡Estaría en condiciones de facilitarle algo con un pequeño interés!...

¡Creo que le convendría!

Todos los compañeros se molestaron ante el gesto del hombre.

Mi madre se mordió. El rostro de mi padre, azulado en su palidez por la reciente afeitada, se contrajo. Tembló su boca en las comisuras.

Calló. Pero no tardó en adelantar sus palabras:

-¡No, mi amigo, gracias! - dijo lentamente pero con energía-. Prefiero no aceptar préstamos.

El Mama se confundió. Su rostro se tomó rojo. Comprendió muy a las claras que aquel había sido un instante muy impropio para plantear su negocio.

Yo me había acostumbrado a la presencia de mi padre. Y me fue duro despedirme de él. Sin embargo, había que retirarse. Traté de soportar las lágrimas, mientras lo besaba y me dejaba besar el rostro por él. Mas me fue imposible.

-¡Hombre, hombre, pórtate bien!...

Mi madre, Elena y el hombre mismo fueron, sí, bastante crueles con su sal interna. Los ojos les brillaban, mas había en sus rostros un heroísmo de párpados librando una cruenta ofensiva contra el cuchillo de los sentimientos.

-¡Hasta luego!

-Hasta muy pronto, camarada... ¡Que ojalá esté luego con nosotros!

-¡Hasta luego, viejo!...

-¡Que siga mejorando, compañero!...

Las manos rudas se chocaban con la palma tosca, callosa y franca de mi padre. Salimos todos, confundiéndonos con la caravana de visitas que se retiraba. En este instante entró un hombre de blanco, arrastrando un carrito esmaltado. Iba en busca del estucador, que acababa de dejar de dolerse y quejarse para siempre, solo, abandonado, sin afectos.

Al volver la vista por una última vez hacia la cama once, entre

lagrimones, mis pupilas captaron, junto con el rostro querido de mi padre, la tristeza sombría de tanta facción suspensa ya de la ausencia hosca y forzada sobre los lechos pálidos.

Desde el fondo de la sala, la imagen de San Juan Bautista presidía la tristeza de aquellos hombres, perdida tras las flores y las velas encendidas.

CAPÍTULO OCTAVO

¡HACELE, PANCHO PANUL!

1

Díaz de suave pelaje solar galoparon a la vera de nuestra humilde existencia. Verdes lagartijas nuevas garrapateaban las desconchadas murallas del Patronato, en las que la humedad había alimentado leves dedillos de pasto. Adentro, en el ancho patio, las malvas, las ortigas y los yuyos se adherían en fiestas de jugos vegetales a los gritos de bestezuelas sueltas que eran los chiquillos en recreo. Los pinos tenían la cazurra actitud de los ancianos, sabios en lances de vida: una reverencia al viento, una palabra a la brisa, una mirada cordial al compañero sol, pero ¡qué vitalidad en reserva para el abrazo profundo de la primavera, para la posesión gozosa de sus blancos y apretados muslos, para el desfreno del beso al pie de las estrellas!

Nada de extraordinario creo que habría ocurrido aquella tarde, si mi madre no se hubiera puesto a amasar después de almuerzo y, luego, ayudada por Elena, a hacer sopaipillas aderezadas con amarillo zapallo. De por sí este hecho, sobre todo en la época de estricta economía por que atravesábamos, era inusitado. Pero, realmente, fue como la antesala del verdadero acontecimiento que el tiempo nos reservaba para más tarde.

La "vieja" de mi madre estaba extremadamente contenta. Su alegría llena de luz, acaso en el fondo me alarmara. Yo la veía, entregada por entero a su tarea, mover las manos en maestros movimientos de amasijo, y la oía cantar antiguas canciones de su pasado adolescente y que, desde mucho tiempo ha, no animaban el gesto de sus labios ni el sonido de su

garganta.

*No sabes del alma las horas de luto,
no sabes que sufro yo cruel por tu amor*

Tenía una bella voz. Poblada de dulces inflexiones. La felicidad estaba allí, a pesar de la tristeza del canto, acodada en su corazón, mostrando sus vestiduras azules al sentimiento, a través de los versos que su garganta hilaba:

*Aumento mi duelo, minuto a minuto,
tu amargo silencio, mí acerbo dolor...*

Martina se pegaba a sus polleras.

-¡Mamacita, mamacita! -gimoteaba.

-¡Mi hija linda, mi hijita linda! - decía mi madre, con voz ancha de cariño, acariciando a la chica con sus manos embadurnadas de masa-

¡Déjame tranquila, preciosa, déjame tranquila, linda!

Los bucles de Martina danzaban sobre sus hombros flacuchos, mientras mi madre entonaba:

*Cómo se han ido volando, ingratas,
raudas horas del tiempo aquel;
hoy de ti lejos y en otros campos
y de ti, amigo, tan cerca ayer...*

Llegaba la hora de que se fuera al hospital. Se puso a mudar a Adrianita. Los meses de la guagua ya le permitían gorjear, hacer gallitos y reírse. Hubo un largo rato de tierna fiesta con la pequeña. Mi madre, a través de su experiencia materna, había creado una jerga muy graciosa, especial y característica, mediante la

cual establecía conversación con los hijos, cuando todavía no hablaban. Los cantos mismos que había creado para ellos, a través del recuerdo me parecen maravillosos. Adrianita, ante sus palabras y las breves canciones que le entonaba, se deshacía en carcajadas que semejaban el son de cien diminutos cascabeles. Los bellos ojos negros se le iluminaban:

-¡Agú, agú!... -hablaba, pareciendo entender.

Mí madre la alzó en el aire, y le entonó para que bailara:

*Tínguín, tínguín,
tínguín, ton...*

La mocosilla movía en el aire, sujetada por mi madre, sus pierne-cillas regordetas, y manoteaba, repitiendo:

-¡Agú, agú!

A sus labiecillos afloraban pequeñas pompas de saliva. Mi madre se puso a danzar con ella, en tanto le cantaba:

*Adrianita se paseaba
por la popa de un vapor... oor.
Los marinos le decían:
-Adrianita de mí amor,
Adrianita de mí amor,
Adrianita de mí amor... oor.*

Martina, aferrada a las polleras suyas, chillaba y gritaba de envidia.

-¡Mamacíta, mamacita!...

Yo reía como un pequeño loco. Elena, que presenciaba la escena, enternecida, tomó a Martina, que no dejaba de gritar, clamando por cariños.

Antes de irse al hospital, mi madre dio el pecho a la pequeña y preparó el almíbar para pasar las sopaipillas a su vuelta.

2

Desde hacía dos días no veía a Leontina. Creo que doña Eufemia, en un arranque de histeria, habíala echado de la casa. Pero esa tarde, apenas hubo salido mi madre, vi asomar su cabeza por el pasadizo.

-¡Qué hubo!, ¿tienes pan?...

-¡No!- le dije.

Tenía los ojos más supurosos que nunca. Y pestañeaba mucho.

-¡Mira -me dijo -, tengo una carretilla! ¡Te la cambio por pan!... Era una linda carretilla roja. Se la arrebaté.

-¡Dame mi carretilla!... lloriqueó, a gritos.

Desde el interior del cuarto, empecé a burlarme de ella. Pero Elena me quitó el objeto, y se lo devolvió. Le dio también un pedazo de pan para que se fuera.

-¡Mañoso, no más! -reprendiéndome mi hermana- ¡Peleador!

Tenía ganas de llorar, de abalanzarme sobre Leontina y rasguñarla. De meterle los dedos en sus feos ojos que parecían estar podridos. Y pateaba.

-¿Qué es eso, Enrique? ¡Le voy a decir a mí mamá!

Elena trataba de calmarme. Salí a la puerta de calle. Leontina, comiéndose su pedazo de marraqueta, me hizo burla. Luego me lanzó la carretilla y me dijo:

-Te la doy. Te sirve para que hagas un carretoncito.

Ahora yo hubiera abrazado a la chiquilla. Tuve deseos de que se sentara junto a mí, en el umbral. De haber ocurrido eso, segura-

mente le habría tocado los muslos con todo agrado.

-¡Tina, Tinita, ven!

-¡No, me voy!

Y se fue, realmente, arrastrando sus pies casposos por la acera desapareja. No dejaba de masticar. A ratos saltaba. Las mechas plumizas, piojosas, intentaban volársele.

3

Anochecía ya cuando se detuvo a nuestra puerta una victoria desvencijada. En ella venía mi mamá acompañada del esposo. Parecía increíble aquello.

He aquí la razón del acontecimiento extraordinario de las sopaipillas. Mí padre era muy aficionado a ellas, y su esposa había querido sorprenderlo con tal golosina.

El hombre venía muy flaco y pálido. Y, sin embargo, animoso. Nosotros lo rodeamos. Estaba feliz. Sus manos dispensaban ternura a cada rostro de su hijos. No hubo saludos de palabras. Un silencio hermético estableció entre nosotros apretadas ramas de acercamiento y comprensión, mientras lentas lágrimas de júbilo nos rebasaban los párpados.

Mí padre reía, sin poner tampoco barrera a las lágrimas, en tanto nosotros nos disputábamos sus manos y su atención. El hombre era en aquel instante como un ser extraordinario, lleno de luz. Nos miraba profundamente, como si nos viera por la primera vez en la vida. Observaba el cuarto. Parecía alucinado. Acaso consideraba extraño encontrarse de nuevo en su hogar. No hablaba. Pero decía lo suficiente y mucho más por los ojos, con el gesto.

Mí madre le puso en los brazos a Adriana. Él no se cansaba de admirar a la pequeña.

Suspiró.

Y habló al fin.

-Cuando la llevaste al hospital, la pergenia parece que no estaba tan gordita... Está linda, ¿sabes?... -comentó.

La pequeña reía, gorjeando. Manoteaba. Los hoyuelos que la risa formaba en sus mejillas acentuaban su encanto.

-¡Agú!...

Yo me abrazaba a una de las piernas de mi padre. Él comprendió mis anhelos. Devolvió la guagua a mí mamá. Se levantó del borde del lecho en que estaba sentado. Y se dio a columpiarme, según su hábito.

-A mí tamén... A mí tamén... - chillaba Martina, con su cálida voccilla mellada por la lima del llanto.

Mi padre la columpio, a su vez. Pero estaba demasiado débil, y se cansó al momento. Al terminar el entretenimiento, acezaba mucho. Y tosió largamente.

Mi madre lo hizo acostarse.

Más tarde, desde la mesa, lo vi masticar las sopaipillas pasadas en el almíbar de chancaca, con una satisfacción que hacía retozar la felicidad en el rostro de mi madre.

-¡Qué buena idea, Laura, esta de hacer sopaipillas! -exclamó con la boca llena- ¡Están como se pide!

Y se relamía el bigote, gozoso.

Nuestro cuarto estaba lleno de calor ahora. En realidad, poco hacía en esta noche recién entrada el rescoldo del brasero contra el frío que asentaba sus navajas en el aire, porque un calor interno, un calor íntimo, dispensaba sus brazos musculosos a nuestro sentimiento. Allí estaba nuestro padre, de vuelta, y la felicidad determinaba en nuestros corazones florecimientos de cordiales lumbres.

En medio de la mesa, la lámpara agitaba sus dedos cobrizos. Yo comía las sopaipillas con una fruición animal, que obligaba a mi madre a llamarme la atención:

-¡Pero, Enriquito, no seas puerco!

El almíbar ponía pegajosos mis manos y mi rostro.

-Este mocoso le está convidando hasta al pelo... -alegaba mi hermana.

Y era cierto. Un racimo de crespos se me pegaba a la frente, embadurnado de menjurje.

Afuera, enredado en las sombras marañosas, se alzaba el índice de una ronda infantil.

El "Mimí" desastillaba con las uñas las patas de los asientos. La llegada de mí padre lo atrajo. Desde hacía días andaba perdido, enredado en furiosas aventuras de amor por los tejados.

4

¿Pero qué pata de fatalidad había hundido su pezuña trágica en mitad de nuestra vida?

Adrianita, la pequeña, estuvo enferma sólo dos días. Un mal de pura agonía le devoraba el pequeño organismo indefenso. Sus bellos ojos negros se entelaron lentamente. Su garganta, tan llena de cascabeles en el instante de la risa, se convirtió en un recinto de ahogados ronquidos. Y su rostro, en que quizá qué rosas exprimieron su carmín otoñal, se fue desencajando hasta dejar traslucir las protuberancias de los pómulos y las pequeñas quijadas.

La angustia de mi madre, la preocupación de mi padre, las lágrimas de Elena, mi atención despierta, los gimoteos de Martina, nada pudieron contra la vecindad de la muerte.

La chica y sus breves meses doblegáronse a la inminencia de un viaje sin vuelta, justamente cuando las campanas de Andacollo arrodillaban sus palabras en un lento llamado evocador de incienso y de cirios encendidos. El tiempo, en los terrenos de mi corazón, colmaba de temores mis sentimientos, ejecutando raras musarañas con sus dedos deformes, sarmentosos. Sentíame perdido, acorralado, en medio de brumas inmisericordes. La angustia de mojados ojos, aferrada al rostro de mí madre y de mi hermana, la trágica contención de sus sollozos, la crispación de su amargura, acercaban negros fantasmas a mis dominios infantiles, donde el hombre ya arañaba, buscando gérmenes para el tormento de sus soledades futuras.

Sólo una esperanza parecía alumbrar la bruma de mi corazón, y esta esperanza estaba allí, de pie, en el sufrimiento de mí padre, sufrimiento sin palabras, sin lágrimas, sufrimiento heroico de varón, que circuía sus ojos de violáceas profundidades y le fruncía la frente en arrugas de cien años.

Debiendo estar en cama para terminar su convalecencia, mi padre habíase levantado. Allí, en su silla de totora, la lucha de todos sus días debe haberse detenido para conquistar la moneda más dura. Porque si generalmente el medio se hace dócil a la larga para los verdaderos luchadores, yo pregunto cuánta potencia de energía necesitamos para hacerle frente a nuestra propia angustia, a nuestro tormento, para pelearles un trecho de dominio a nuestras lágrimas, y qué mordedura de perros ciegos tenemos que infligirle a nuestro corazón para cercenar muchas veces el brote porfiado del sollozo.

No.

Decir que mi madre lloraba, y que mi hermana lloraba, es casi inútil. Pero no está de más decir que clamaban a Dios, al indigno Dios que siempre nos había abandonado.

-¿Qué he hecho yo, Señor, para que me lleves a mi hijita? ¿Qué, Dios mío, qué, qué? ¡Mi hijita querida!...

Se abrazaba al cadáver mi pobre mamá. Y su cuerpo entero se retorció, estremeciéndose en un súbito desconcierto nervioso.

-¡Dios mío, mi hijita querida! Atardecía.

Un sol esplendoroso condecoraba de cobre ardiente el pecho de los hermanos pinos, despidiéndose. Y en el campanario de Andacollo, trémulas alas de bronce buscaban el socaire inútil del viento.

Martina gemía, tironeando las polleras de mi madre:

-¡Mamacita, mamacita!

-¡Mi preciosa querida, por qué tuviste que irte!

¡Tan, tan, tan!...

Bisagras mohosas, amargamente mohosas, irremediablemente mohosas, parecían rechinar en la garganta de mi madre.

-¡Señor!

Mi padre se levantó. El dolor reprimido, su impotencia para reparar un hecho sin remedio, lo exasperaron:

-¡Ya pues, mujer -gritó violentamente-, ya, pues, qué sacas con desesperarte así!

Alzó a la mujer del lecho. El moño se le había deshecho a ella. Y los haces de cabellos rodaron por su espalda. Se abrazó al marido.

-¡Hijo querido, cómo es posible esto!

Él la apretó contra su pecho. Estaba pálido, trémulo. Y se mordía.

-¡Carajo! -rugió- ¡Carajo!

Pero ni una lágrima. Ni una sola lágrima. Era un animal grandote y entero, un animal admirable venciendo a sí mismo.

-¡Ya, pues, mujer! -gritó de nuevo, remeciendo a su compañera-. ¡Qué es esto!

-¡Mamacita, mamacita! -gemía Martina.

Lejos, bajo la sombra suburbana, que aleaba vacilando sobre el caserío, oyóse la música clueca de un organillo. Era como un agua turbia de manos mordidas por agudos guijarros.

-¡Dios mío, Dios mío!...

-¡Ya está bueno, pues, mujer! -clamó otra vez mí padre, sin dejar de remecer a la esposa- ¡Ya está bueno, pues!

Afuera, en la calle, cerca de nuestra puerta, una voz de flauta cantó:

¡Hácele, Pancho Panul;
¡hácele, José Vicente!,
con ese gorrito azul
y ese pantalón celeste...

Salí por el pasadizo. Era Leontina. Venía muy alegre. Traía una armónica sin tapas en su diestra.

¡Hácele, Pancho Panull;
¡hácele, José Vicente!...

-¡Cállate! -le grité.

-¡Ji, ji, ji!... -rió, estúpidamente.

Y lejos de callarse, rompió a tocar la armónica. El pequeño instrumento sonaba horrorosamente. No obstante, deterioradas notas lograban dar cuerpo definido a la música de una canción en boga.

-¡Cállate! -seguí gritándole.

Hubiera saltado sobre ella. Y le hubiera golpeado ferozmente el rostro sucio, miserable.

-¡Ji, ji, ji!...

Traté de acercármele. Mas me huyó. Y sin dejar de reír, se fue como a la conquista de la noche. Friolenta. Tranquila. Oronda.

Pasaban trabajadores de raídos trajes y de sombríos rostros. Al pie de uno de los pinos, una pareja besuqueábase y manoseábase los cuerpos. Antes de regresar al cuarto, pude oír, todavía, tras el crujir de un carretón que pasaba, la armónica destemplada, obediente al aliento de Leontina.

Mi madre no salía de su desesperación. Y estaba otra vez abrazada al cadáver de la querida hija, derramando en su rostro helado el agua de su angustia.

-¡Mi hijita adorada! ¡Amorcito querido! Y mi padre, como un perro acorralado:

-¡Carajo, era esto no más lo que faltaba!... ¡Era esto lo que faltaba! En el cuarto vecino, don Recaredo y su mujer ya estaban dando suelta a los improperios, y había en su cuarto estrépito de loza quebrada.

-¡Toma, miéchica! ¡Aprende, mierda!

-Requito lindo, Requito! Y mi padre:

-¡Qué infierno! -decía, mordiéndose, mesándose los cabellos.

-¡Por qué tuviste que irte, linda, preciosa?... -se dolía mi madre, acariciando el rostro ceroso de la pequeña muerta-. ¿Porqué, Señor; porque, Dios mío?

-¡Ya, pues, mamacita, ya, pues!

Elena se esforzaba ahora por consolar a la mujer. Era imposible. Estaba como loca.

5

Muchos días después, todavía, ante cualquier recuerdo de la diminuta ausente -que estaría podrida, horriblemente podrida ya, bajo tierra-, ante un botincillo, ante un babero o ante una camisita olvidados en el fondo de la cómoda y encontrados de pronto por mi madre, el llanto y la angustia cobrarían su ración de amargo pan en medio del corazón de la familia.

El vacío tormentoso que la muerta dejó en nuestro humilde hogar se hacía profundo hasta en la voz de las campanas o hasta en la canción de los pinos que fueron como los compañeros de tanto latido de nuestra vida.

La primavera, entonces, había llegado inútilmente para nosotros. Pero estaba, pero existía en las arterias de las horas, en la premura de los segundos, y era una briosa hembra para el galope gozoso del tiempo.

Tercera Parte

SUCEDEN DÍAS ROJOS

“Las herramientas a la espalda y el pan bajo el brazo
¡Es él! ¡Es el hombre! ¡Se ha levantado! Y el eterno deber.
Habiéndole cogido por la mano callosa, sale al encuentro de su día”.

Lubicz Milosz (“La Carreta”)

CAPÍTULO PRIMERO

LA RISA

1

-¡Una!... ¡Dos!... ¡Tres!...

-¡Puchas, se me pasó una!... ¡Cázala tú!...

-¡Se me pasó, se me pasó!...

-¡Paff!...¡Paff!...

Chascaba el agua a los golpes de los garfios.

-¡Paff!...¡Paff!...

-¡Qué payasada!... ¡Qué payasada!...

Estábamos a la orilla del canal. El líquido barroso, arrastrando desperdicios, entre ramas, papeles y trozos de excrementos, nos traía la verde y amarilla cara riente de las cáscaras de sandías y melones. A pie pelado, desgañados, en mangas de camisa, manejábamos nuestros garfios.

-¡Paff!...¡Paff!...

-¡Al pelo, oooh, dos al tiro!...

A veces fallábamos. Muy pocas. Casi invariablemente, los golpes eran certeros. Y las cáscaras salían ensartadas en los alambres, sucias y chorreantes.

Era un juego muy entretenido. Ganaba quien, después de cierto tiempo, lograba cazar mayor número de cáscaras. El agua saltona nos mojaba casi enteros. Pero nos sentíamos felices.

-¡Eh, Rufo, anda a tirar las cáscaras a la otra esquina!...

-¡Apúrate, Rufito!...

Rufo era un pequeño vagabundo de piernas torcidas. Agarraba las cáscaras recolectadas, después de amontonarlas, y apoyando la ruma en su pecho, sosteniéndola por debajo, zafaba hacia la esquina de Bulnes, y comenzaba a devolverlas al canal, de una en una.

Los brazos no se daban descanso. Por los rostros, el agua barro-sa corría como en hilazas de lluvia, confundida con la transpiración.

El verano a nuestro alrededor llenaba el aire de calientes rumores. Las horas tostadas y terrosas piafaban a nuestro lado como yeguas en celo. Ningún santo lograba librarme de la azotaina si mi madre me sorprendía en este juego. No eran pocos los muchachos que se habían precipitado al agua por su causa, ahogándose sin remedio. El canal abierto al cielo en todo

un trecho frente al depósito, se encegucía más allá, metiéndose bajo las casas, y sólo calles más abajo, de rato en rato honraba sus aguas con reflejos de cielo. El chiquillo que cayera por una abertura no tenía esperanzas de salir con vida.

Sin embargo, el peligro no arredraba a nadie. Y la aventura de este juego, en el que cualquier envión exagerado significaba la despedida de la existencia, nos ocupaba tardes de tardes, incansablemente.

No pocas veces mi madre me hizo probar el sabor picante de la correa en las piernas por esta porfía mía. Pero el entretenimiento era demasiado tentador.

Estando en vacaciones, mis horas y las de todos los palomillas abrían los brazos en un gesto de liberación para el cual no valían las reprimendas ni los azotes.

Si no el canal, el río.

Menguado de aguas, repartido en venas azules de tanto contener cielo, el Mapocho, con su ancho lecho de piedras y de arena, nos acogía también en muchas tardes en que el calor, como un mosquito gigante de runrunes, agitábase en el aire plomizo de sol estival y polvo alado.

Corrían nuestros gritos en el viento, en pugna de velocidad con los certeros peñascos. Las lagartijas, coleando, nos huían. Y las langostas zumbaban como aviones en miniatura, rebanando la luz con sus finos serruchos.

2

Aquella tarde, los pies hasta los tobillos en la tierra caliente, llegamos al puente de Bulnes. A lo lejos, entre las marañas de zarzas -el cerro de Renca como fondo-, los murallones chatos y derruidos del Cementerio Católico y el Puente de la Máquina azotaban la vista tras las vibraciones del aire caldeado.

Mugía el río famélico, como un toro ciego estremeciendo las costillas de sus aguas.

Se oía cantar a los areneros, paleando ripio dentro de los hoyos que el propio tesón abrió a sus plantas. Cantos retorcidos. Cantos sudados. Humeantes de cansancio. Viejos cantos olor a vino y a escabeche.

Los vilanos se peleaban los dominios del aire seco, en que las energías estivales bullían, en apretados e intensos rumores de siesta.

Algunos chiquillos se desnudaron. Se abrió el líquido cuerpo del río para dar cabida a los humanos cuerpos morenos. Un griterío infernal colmó los vientos. Las pullas y las groserías se daban de cabezadas. El agua se convertía ahora en proyectil en las manos ahuecadas de los bañistas. Brillaban los escurridizos cuerpos, semeando movibles objetos de greda vidriada.

Por arriba del puente pasaban carretones areneros. Silbaban los conductores huasqueando a los caballuchos débiles, pujantes. Dos muchachas se quedaron extasiadas contemplando el espectáculo de la chiquillada desnuda. Uno de los muchachos se puso a convidarlas:

-¡Bajen, no más! ¡Hay donde escoger! ¡Aquí tienen!

Carcajeaba el chiquillo, agarrándose y batiendo el pequeño miembro.

Ellas reían. Risas frescas. Anchas. Campesinas. La baranda del puente era rala de tablas. Y desde abajo podía apreciarse la potencia de los apretados muslos jóvenes y tostados.

-¡Aquí también hay! -gritó una, tapándose la boca fresca para callar las carcajadas-. ¡Aquí también, y bueno!... Y se golpeaba las nalgas duras.

Sus pasos fugitivos sonaron en el entablado del puente con ecos de pandereta. Nuestras groserías las persiguieron hasta que la ribera sur del río las mordió, ocultándolas. Todavía, antes de desaparecer, ellas, frescas, sanas, vitales, golpeáronse las nalgas, despidiéndose.

Entre los chiquillos, las palabras procaces urdieron las más audaces aventuras. Cada uno tuvo en aquel momento su historia, en la que una mujer maravillosamente condescendiente desprendía-se de sus mejores trigos de hembra. Primas increíblemente sabias en la entrega, primas con carnes de potranca, surgían de entre las voces infantiles, ostentando la belleza áspera y madura de sus cuerpos expertos.

Se reían. Brillaban los ojos precoces. La imaginación competía, creando gratos lances de amor, tras las puertas, bajo los catres, en los excusados, en la obscuridad telarañosa de los rincones. La fiebre de las sabrosas historias no tardó en sazonar sus frutos: los mayores de los muchachos convinieron en realizar una competencia y, ante la expectación de los más pequeños, dieron rien-

da suelta a la masturbación, haciendo apuestas inverosímiles. Rolando venció, rechinando los dientes. Apenas pudo ponerse los harapos. Yo lo veía tambalear.

-¡Puchas -reía-, me siento jodido!...

Se sentó en una piedra y se agarró la cabeza a dos manos.

-¡Puchas, para qué lo haría! -se dolió, pelando los dientes, riendo nerviosamente-. ¡Me da vueltas la cabeza!

Estaba muy pálido. El otro experimentaba lo mismo. Pero se aguantaba. Se animó a decir, sin embargo:

-¡Chitas que jode esto! ¡Es rico, pero lo emborracha a uno!...

Todos nos vestimos ya, echamos a caminar río arriba. Por entre unas zarzamoras terrosas apareció el ajado rostro del rancho del Viejo de los Perros. Cerca de una de las murallas a punto de derrumbarse, el horno se alzaba con un penacho de humo. Los perros, ladrando, salieron a olisquearnos. Saltábamos sobre las piedras entre risas y chillidos destemplados. Zumbaban las langostas, cortando el aire a ras de nuestras orejas. La arboleda del Parque Centenario parecía doblarse a la bruma de la tarde caldeada, en la tierra se diría que acezaba como las lagartijas, batiendo sobre su cuerpo finas lenguas de nerviosos vapores. A lo lejos, perdidas en la atmósfera gris, las chimeneas de las fábricas opacaban más aún la luz con los miasmas de las entrañas industriales, desflecándose en revueltas humaredas contra la mole pétrea del cerro San Cristóbal.

-¡Qué calor, por la puta! -exclamó alguien.

-El baño parece que me hizo peor! -chilló otro chiquillo.

Era la opinión de todos. El calor era tremendo. Sin embargo, nos dividimos en dos bandos para realizar una guerra de pedradas.

Unos nos quedamos al lado sur del río. Y los otros, metiéndose hasta las rodillas en el agua, se situaron al lado norte. Era una pelea encarnizada. Luego dos de nuestros compañeros estaban

con la cabeza rota. No cejábamos. Las piedras silbaban en el aire como pequeños obuses. Se trataba de cansarnos mutuamente hasta que uno de los dos bandos desertara de la lucha, o huyera. El cansancio empezó luego a estrujarnos los cuerpos. Retrocedíamos. A nuestro lado, cerca de los basurales, medio perdidas entre la maleza, la tierra y las piedras, había abandonadas varias calderas de locomotoras. Oscuras, costrosas de moho, semejaban monstruos petrificados. Metiéndonos en ellas, o parapetándonos tras su mole, quedábamos fuera del alcance de las pedradas enemigas. Aseguramos aquí nuestras posiciones.

El aire apestaba a excremento humano, a orines, a basuras podridas.

Batallones de moscas perforaban la espesura de los olores. Nuestro chivateo era infernal. Los gritos y los alaridos groseros rodaban, sin ecos, aplastados, tostados por el fuego de la tarde. El sudor nos pegaba las ropas al cuerpo. Teníamos el rostro rojo, mojado, destilando lluvia salada.

De pronto, en lo mejor de nuestra lucha, Rufo nos distrajo:

-¡Vengan a ver, vengan a ver, un muerto! -exclamaba, asomando la cabeza por un orificio de la caldera más lejana.

Creímos que habría caído alguno de nuestros camaradas. Corrimos hacia

Rufo.

Tendido en el interior de la caldera, había un hombre muerto, en calzoncillos apenas, lleno de tajos. Tenía las tripas caídas a un lado del vientre y sus labios abiertos descubrían unos torcidos dientes cariados. No hedía aún. Debieron haberlo matado esa misma tarde.

-¡Quién será! ¡Chitas!

Rodeábamos la mole de hierro, asomando la cabeza por el portillo. Los del otro bando corrían ya chapoteando por una de las

angostas venas del mío. Pronto estuvieron junto a nosotros. Los recolectores de desperdicios que escarbaban en los basurales corrieron también a comprobar el hallazgo. Zumbaban como abejorros las moscas en el aire. Volábanse los harapos de las esmirriadas mujeres en la carrera. Los chiquillos, casi desnudos, trotaban, perdidos casi en los desperdicios sueltos. Huían los cerdos negros, gordiflones, gruñendo. La algazara era general.

-¡Quién lo habrá matado!

-¡Se ensañaron con él! ¡A dónde le iban a meter más puñaladas!...

-Sí es Aniceto, el hojalatero! -aulló de repente una mujer-. ¡Si es Aniceto!... ¡Si es tu hermano!... -concluyó, hablándole a una muchachita enclenque que gemía por asomarse al orificio.

La chica palideció intensamente. Le dieron pasada y pudo mirar al interior. Aquel debía de ser realmente su hermano, pues se puso a gemir como una perra, con los ojos desorbitados. Se rasguñaba las manos, tiritando como si tuviera frío.

Una vieja cachurera mandó a uno de sus chiquillos a buscar guardianes a la Brigada. El chico salió disparado, seguido por varios de sus compañeros. A ratos, corriendo, daban la impresión de desaparecer en medio de las basuras podridas, entre los cerdos que arrancaban gruñendo.

-¡Lo maté yo, lo maté yo!

Todos los ojos volviéronse hacia el sitio del que irrumpía aquellas voces.

-¡Yo tenía que matarlo, yo, yo, nadie más!

Un larguirucho cincuentón, cubierto de tiras y restos de sacos, sin afeitar, de erizada cabellera blanca, salió de un matorral. Atrompando los labios, movía los brazos y seguía gritando:

-¡Yo tenía que matarlo, yo no más!

Se acercó. Parecía loco. Las timas se le entreabrían, dejando a la vista el colgajo costroso de su sexo sifilítico.

Todos retrocedieron ante su avance. El reía. Sus carcajadas caían, rodando en el aire, como bolas de hierro candente en un tiesto con agua.

-¡Ja, ja, ja! ¡Tenía que matarlo yo! ¡Ja, ja, ja! ¡Yo no más!...

Sus risas chamuscaban el sentimiento de los presentes. Todos se habían retirado a prudente distancia. Los hombres pestañeaban, en actitud defensiva, temiendo que el desconocido los atacara. Le quedó el campo libre. Él no hizo sino meterse en la caldera en que se encontraba la víctima. Desapareció en el orificio un instante. Sus carcajadas rebotaban en las paredes del hueco metálico, como en el vientre de una campana sin temple. Reapareció en seguida, sin abandonar la risa. Levantó algo sanguinolento y verdoso en su diestra negra. Era un trozo de intestino. Realmente, el hombre debía de estar loco.

-¡Yo tenía que matarlo! ¡Ja, ja, ja! ¡Yo, yo! ¡Se pescó a mí hija! ¡La tengo allá! ¡Yo tenía que matarlo, yo, yo no más! ¡Carajo, se pescó a mí hija! ¡Vengan, vengan!

Abandonó la tripa y saltó fuera del hueco.

-¡Vengan, vengan!... ¡Ja, ja, ja! -siguió- ¡Pobre mi hija!... ¡Vengan, vengan!...

Se alejó. No dejaba ahora de pedir:

-¡Vengan, vengan!...

Se hundió en el matorral. Algunos hombres se encaminaron hacia allá, cautelosamente. Fui también con algunos compañeros. Era cierto. Perdida entre el matorral de zarzamoras, había una pocilga pequeña, construida con latas y pedazos sueltos de ladrillos. Las lagartijas huían asustadas sobre los pobres materiales de la vivienda. El hombre, agachado bajo la techumbre, cuya altura no pasaría más allá de su pecho, mostraba el cuerpo de la hija, ten-

dido en el suelo pelado, tieso, muerto, apenas cubierto por un trozo grasiento y deshilachado de frazadas. Su rostro níveo, con los dientes al aire, mostrábase a la luz de una vela chorreante, pegada encima de una piedra. Sus labios estaban negros de golasas moscas.

-¡Vean, vean! ¿No ven, no ven? ¡Se la pescó y me la mató! ¡Cajajo!

Ya no rió el hombre. Gruesas gotas de sudor le corrían por la frente, rodándole hasta la barba, donde lucían, en hermandad con las lágrimas, como rocío enredado en extraño musgo de azabache.

Aquello parecía un sueño. Mas era cierto. El sol quemaba sollamando el cuerpo bajo las ropas. Por los rostros, la transpiración corría como vertiéndose de invisibles caños.

Lejos, cantaban y silbaban los carretoneros, animando a las bestias, alegremente.

Me retiré, me siguieron varios compañeros. Las lagartijas hacían gemir las briznas a su huidizo paso. Una manada de burros corría por un flanco del mío. Atravesamos los basurales, en los que la labor de los recolectores habíase reanudado en parte, escarba que te escarba, tras el hallazgo del hueso, de la tira, del vidrio o del hierro mohoso. Las moscas se cruzaban como en racimos por la modorra del aire. Los desperdicios podridos exhalaban sus olores espesos, embotantes. Saltábamos la línea del ferrocarril, bajo el reverbero hiriente del sol, cuando nos cruzamos con los guardianes que, junto con los chiquillos que fueron en su busca, corrían hacia el lugar del suceso.

Volvíamos impresionados. Pasaba un hojalatero cojo, arrastrando su sartal de enlozados rotos, abollados.

-¡Parece que a la gente le gusta andarse matando! - dijo uno de los muchachos, esbozando una sonrisa.

Ya de vuelta a nuestra calle, nos fuimos a las verdulerías en bus-

ca de cascareo. Llamábamos así a los desperdicios de sandías y melones y a estas mismas frutas devueltas por falta de sazón o sabor a los vendedores. Los verduleros nos las daban.

Algunos muchachos se comían la pulpa extrayéndola con la mano. Les corría el jugo por la barbilla. Reían los rostros sudados.

Pero la verdadera razón de que fuéramos en busca de cascareo era nuestro juego del canal. Rufo, nuestro ayudante, se pasaba el dorso de la diestra por las narices, sorbía, y salía con los montones de cáscaras hasta la esquina de Bulnes con Mapocho. Acá, junto al último portón del depósito, sentados al borde del canal, nosotros esperábamos las cáscaras con los garfios alertos. El cequión bufaba, mordiéndonos las piernas.

-¡Pafff!...¡Pafff!...

-¡Pafffl ¡Pafff!...

-¡Agarré dos al tiro! ¡Estoy peine!... ¡Chitas!...

-¡Pafff!... ¡Pafff!...

-¡Puchas, este jodido del Rufo las está echando muy ligero!...

-¡Pafff!...¡Pafff!...

-¡Mejor, oooh, así se prueban los peines!...

-¡Pafff!...¡Pafff!...

El júbilo alivianaba el aire. Las gotas saltonas de agua nos helaban el sudor. A nuestra espalda, el verano se golpeaba el pecho con su dura pata tostada. El crepúsculo asomaba su rostro violáceo tras los tejados, como un pirata a la borda de un barco, apretando entre los dientes un último y herrumbroso cuchillo de sol.

3

-¡Salvaje, salvaje, quieres matarme, salvaje!

Las angustiosas voces arañaban las paredes de la galería.

-¡Ja, ja, ja!

Ya la gente se agrupaba ante la puerta cerrada del cuarto de Rufino. Relojero, grabador y maquinista tranviario. Rufino era pequeño, flaco, encogido. Cambiaba de compañera cada uno o dos meses. Todas se le iban después de soportar sus borracheras y malos tratos. Pero en seguida las reponía. La anterior habíase envenenado bebiendo un frasco de ácido de los que él usaba en sus trabajos de grabado.

La que tenía ahora era firme para los golpes y no muy fácilmente se dejaba dominar por él. Cierzo que los más de los días de madrugada casi, llegaba a golpear nuestra puerta.

-¡Señora Laura, unas hojitas, unas hojitas para los ojos!

Mi madre poseía, colgada a nuestro balcón entre yedras, cardenales y otras diversas especies de plantas, una mata de espuela de galán. Eran hojas de esta planta las que solicitaba. Y mi madre no se las iba a negar. Más tarde se la veía salir de compras con las hojas pegadas bajo los párpados o en las sienes. Pero antes de que el poder curativo del vegetal hiciera su efecto sobre los machucones, ya los puños de Rufino se los revivían en el rostro.

-¡Este hombre, Señorcito, me va a matar!

-¡Déjelo, vecinita, es un salvaje! ¡Hay tantos hombres buenos por ahí que pueden quererla! ¡Usted no es nada de peor!...

Aquella noche, la pelea era más dura.

Chillidos, golpes, vociferaciones, groserías, se atropellaban en el tragaluz, buscando salida a la galería. Cristina, aunque gritaba como si la mataran, parecía no estar dispuesta a ceder. El hom-

bre se enfurecía más ante sus resistencias.

-¡Me vas a matar, salvaje, me vas a matar!

-¡De veras, la va a matar, debían ir a buscar guardianes! -hablaba una hembra fofa, de carnes abundantes y colgantes.

-¡De veras, hay que traer guardianes! -opinó otra.

Alguien abrió la puerta. El hombre y la mujer luchaban en el lecho furiosamente. Las ropas desordenadas estaban caídas en el piso. La mujer, bajo el hombre, manoteaba, lo rasguñaba, gritando y pataleando, deseosa de desasirse.

-¡Te tengo que joder, te tengo que joder, miéctica! -roncaba el borracho y le buscaba el rostro con los puños.

De pronto, un alarido filoso de Cristina rasgó el reducido espacio del cuarto. Se levantó el hombre. Estaba descompuesto, desgredado. Parecía un demonio. De su labio inferior se escurría un hilillo de sangre. La mujer se alzó tras él.

-¡Bruto, salvaje -chillaba con la mano en un oído-, me comiste una oreja; me la comiste, animal; me la comiste, chancho!...

La sangre corría por entre sus dedos. En la refriega, Rufino le había alcanzado la oreja con los dientes. El hombre se paseaba por el cuarto como un simio, acezando, bufando. De repente, envuelto en saliva sanguinolenta, escupió el trozo de lóbulo.

-¡Salvaje, salvaje! -seguía chillando Cristina.

Y como una fiera se precipitó contra el borracho de nuevo, y comenzó a golpearle el pecho. Él parecía no sentir. Sus costillas sonaban a los golpes, como tablas trizadas.

-¡Me comiste la oreja, bruto! -no cesaba de dolerse Cristina.

El borracho se había detenido. Dejaba a su mujer que lo castigara. Pero, de improviso, se abrazó a ella.

-¡Cristina, Cristina mía, perdóname! -exclamó-. ¡Perdón, mi perri-ta!

Y la besaba, gimiendo, en todo el rostro. La sangre no dejaba de manar de la oreja cárdena de la hembra. Una súbita emoción la conmovió Y ya no hizo sino responder al abrazo.

Ni él ni ella se daban cuenta de la presencia de los vecinos. Y cuando llegó la policía, los encontró allí, en medio del cuarto enmohecido por la luz debilucha de la lámpara, queriéndose con apretados besos y abandonadas lágrimas, sin preocuparse de la sangre que denunciaba a los ojos de todos la audacia de unos dientes caníbales.

-¿Qué es lo que pasa aquí? ¿Qué es lo que pasa?

El cabo de policía se metió en el cuarto sin mayores preámbulos. Sus palabras parecieron despertar del más romántico sueño a los extraños enamorados. Rufino se sobresaltó. Se pasó precipitadamente el dorso de una mano por los ojos.

-¡Aquí no pasa nada, no pasa nada, carajo!

-vociferó-. ¡Aquí no pasa nada!

-¡Sí, aquí no pasa nada! -confirmó la mujer, golpeando el suelo con un pie, para hacer más enérgicas sus palabras-. ¡Váyanse, váyanse!

El cabo los miró largamente. Era chato y de arqueadas piernas. De humorística facha se guardó la libreta de notas, que mecánicamente había extraído del bolsillo al entrar, y se largó a reír a grandes carcajadas. Los recientes peleadores, sorprendidos, desconcertados, no pudieron tampoco sustraerse a la risa y la soltaron al aire en estruendosos cascabeles guturales.

Cuando todos se retiraban, todavía el animal de la alegría pateaba el ánimo de los extraños amantes.

4

Las prostitutas de la pieza diez poseían una bella risa. Yo me iba de vez en cuando hasta el fondo de la galería, por sólo la conquista de un instante habitado por metales de su garganta. Las brumas de mi corazón necesitaron muchas veces de aquel dulce contacto musical para dejar libre el paso de mí espíritu niño al mundo de Aladino y su lámpara.

La galería, llena de sombras, era en la noche como un túnel crujiante ante todo paso humano, trágico de lumbres macabras. Yo pasaba junto a las mujeres, preocupadas por los últimos menesteres caseros, como junto a las brujas de todas las leyendas y aquelarres.

Paro allá me esperaba la risa, entre la vieja y herrumbrosa música del fonógrafo, risa íntegra de impagable azúcar.

Me quedaba en la vecindad de la puerta, en suspenso. Había allí hombres, ruidos de botellas, palabras gruesas, palmoteos, halagos, besos, caricias. Y entre todo, una luz, es decir, dos luces que hacían una sola: la risa de las hermanas Ana y Graciela.

Yo apenas las había visto alguna vez lejana, a distancia. Sabía que eran rubias. Vi entonces competir al sol con sus cabelleras. Sabía que eran altas, de cimbreante paso, de potentes caderas. Pero las oí reír. Desde entonces, siempre que pude, me lancé a la caza del fruto de sus gargantas.

¿Por qué? ¡Qué sé yo! Mas es cierto.

Allí, apegado a la muralla, como un pequeño delincuente, cuántas veces me estuve soportando el peso de tanta voz promiscua por la posesión de una, de una sola moneda desprendida de su alegría. Creo que, de mayor,

Angélica habría reído así.

Esta noche aproveché el descuido de mi madre, que estaba

preocupada por lo que acababa de ocurrir en la pieza de Rufino, y abandoné los pasos hacia donde el tiempo reservaba un resquicio de extraordinaria luz a mi espíritu. Me apegué a la pared. La puerta del cuarto diez estaba semiabierta. Había más voces que de costumbre, más música. Y, sin duda, más caricias.

Se oía un canto:

*Margaritina mía,
no digas nada a nadie,
que nuestro amor es cosa
que sólo debe saberla el aire...*

Y al final, la risa, la querida risa de una de ellas, envolviendo el aire como en una red melodiosa. Me sentía feliz en medio de aquello.

De pronto, una mujer que sale. No me vio. Estaba borracha. Se tambaleaba un poco. Se alzó las polleras. Su calzón rodó casi hasta sus tobillos. La vi encucillarse. Sus muslos gruesos, firmes, albeaban en la sombra. Sonaron los orines sobre el entablado. Y algo más..., diferente a su risa, desde luego. Pensé que aquello no podía ser. Pero era realmente...

¡Sí, la muerte de una pequeña ilusión!

No podía moverme. Me dio miedo. Acaso le pareciera mal mi presencia. Sus muslos albeaban en la sombra. Debería de tener un bello cuerpo, blanco, suave. Y dos tibios pechos vibrantes. ¡Me importaba sólo una cosa en ese momento! ¡Su risa había fallecido! No comprendía cómo una mujer que riera así, como ella y su hermana, pudiera hacer todo lo que las demás. Ella se alzaba. Se ajustó los calzones. Se acomodó las polleras. Seguía tambaleándose. Deseaba fervientemente que se entrara. Cuando lo hizo, huí a saltos hacia nuestro cuarto.

La galería temblaba. No reparé en las mujeres que, como brujas lamidas por las llamas, seguían sus postreros menesteres

domésticos.

Ya no me interesaría por el metal de las gargantas de Ana y Graciela. Lo único que para mí había de puro en ellas había fenecido. Sus risas fueron prostitutas también desde aquel instante.

Es cierto. Un niño puede perfectamente no ser un estúpido. Pero siempre será inhumano.

CAPÍTULO SEGUNDO

La abuela

1

Por estos días llegó a nuestra casa mi abuela. Era la madre de mi madre. Mi abuelo, su marido, un viejo fornido, trabajadorazo, recio aún para el chuzo y la pala, de firme planta para la conquista de los caminos, es decir, un chileno, había fallecido hacía poco de una enfermedad indefinible. Los médicos dijeron que era tifus, otros que una fiebre recientemente descubierta. Es posible que haya sido tifus o viruela, pues por esos días estas enfermedades andaban haciendo de las suyas en los barrios pobres.

Mi abuela, después de casi toda una vida dedicada a la labor de la artesa, comenzaba a sentir ya los remezones de la muerte, a través de una maldita parálisis que le mordía cada hora de su organismo.

-¡Cuándo me llevará Dios! -suspiraba la pobre- ¡Cuándo me llevará el Señor!

Allí, en su silla, sentada, pero siempre apoyada en un mango de escoba que le servía de bastón, al cual ella habíame pedido que le colocara una punta de clavo para que no se resbalara en las tablas, se pasaba los días, tiritando, suelta la mandíbula, batiendo la lengua, como rezando o cantando sin entonación ni palabras.

-¡Cuándo me llevará el Señor -decía.

Por las noches, mi abuela rezaba el rosario. Y, generalmente, Elena, si no mi madre, debía acompañarla. De lo contrario el llanto, en su perenne anhelo de regalías, irrumpía como si un cielo vasto y lluvioso hubiera tomado posesión de sus ojos; lentos lagrimones garrapateaban sus flácidas mejillas, en las que las

finas venas eran como rojos cabellos, aplastados caprichosamente entre cuero y carne.

Cada vez que asistía al esfuerzo desplegado por mí madre, para sostenerla y encaminarla cuando lo hacía menester una necesidad imperiosa, era de imaginarse a la pobre anciana en sus tiempos más o menos mozos, protagonizando las ágiles historias de vida que yo conocí de sus propios labios y de los de quien me echó al mundo.

Era realmente increíble su estado de hoy, puesto que mi abuela había sido una de estas tantas hembras campesinas capaces de entregar la vida en cualquier lucha y en quienes el heroísmo es desprendimiento de toda hora. Sola, una vez, con sus chiquillos, el mayor de los cuales no contaba más de diez años, defendió a balazos su rancho, situado en pleno campo, de unos bandoleros que intentaron asaltarlo. Nada tenían ella ni mi abuelo que pudieran ser botín de los bandidos. Pero el instinto materno primó en la mujer. Y allí estuvo su corazón pronto a capacitarla para el encuentro, en defensa de los hijos. Los bandidos huyeron. Y ella los siguió hasta las trancas del camino, disparándoles. Los goterones de sangre coagulada, no más, amanecieron al otro día sobre la tierra.

Alguna vez estuvo a punto también de trezarse a cuchilladas, en defensa del esposo. Alguien le avisó que mi abuelo estaba jugando, y que le estaban ganando todo el dinero. Mi abuela salió. Llevaba algunas chauchas amarradas a su pañuelo. Se encomendó a la Virgen del Carmen. Y jugó.

Ganó. Dobló. Siguió ganando. Desbancó en poco rato a los tramposos.

-¡Esta vieja es bruja! -gritó uno.

-¡Claro, es bruja! -aulló otro, enfurecido-. ¡Hay que matarla! Sacó el puñal. Mi abuela, más que rápido, echó mano al cinturón del marido borracho y extrajo también un arma. Relucía el corvo en sus dedos firmes.

-¡Atrévete, atrévete, cobarde! El hombre rió, nerviosamente.

-¡Me jodió, señora, me jodió no más!...

-dijo, y enfundó el arma.

En medio del silencio de todos, la vieja -no sería realmente vieja por entonces- salió apoyando al marido. Nadie se atrevió a levantarle más la voz.

Esta historia corrió por todo el pueblo de Codegua, por Machalí, y esos alrededores.

-¡Qué hembra se gasta usted, ño José María! -le decían los amigos y conocidos de mi abuelo-. ¡Cuidado con dejarla viuda, mire que se la pelean, ño!...

Mi abuelo reía, mientras otros exclamaban:

-¡Con ña Lucinda no hay quién pegue!

Ni aquel mismo brujo, un tal Bustamante, uno que dormía sobre una de las tapias del cementerio, y que hacía salir chicha de los árboles y de las varas de topeadura, y que cuando le daba la gana desnudaba por encantamiento a las niñas en los bailes, pudo nada nunca con mi abuela, aunque la amenazó porque ella no le quiso vender una oveja muy regalona que poseía.

Esto es algo de la vida de Lucinda, mi abuela, esta misma parálitica de que he hablado, y a quien había que ayudar en todos sus menesteres.

2

A la vera de los días, mi abuela era realmente como una niña malcriada. Yo y Martina, debo confesarlo, abusábamos de su invalidez. Muchas veces le arrebaté el palo de sostén, y me lancé, burlándome de ella, a jinetearlo, dando vueltas a la mesa. Me gozaba. No se me quitaba lo bestia. Mi madre, por supuesto, era

ajena a todo esto. Yo estaba tan acostumbrado a las lágrimas de mi abuela, que no me conmovían. Cuando sabíamos que poseía algún dinero, Martina y yo nos apresurábamos a atenderla.

-¿Quiere que le lave los pies, abuelita? -me ofrecía.

-¡No, yo, abuelita!... - ofrecíase Martina, tratando de imponérseme.

-¡Lávamelos tú! -me decía-. Me están ardiendo mucho...

-¿Cuánto me va a pagar?...

-Un diez, pues, hijito...

-Yo se los lavo por un cinco, abuelita... Por un cinco -gritaba Martina.

-¡Para otra vez! Ahora me los aya Enriquito -decía lentamente la abuela. Si mi madre entraba y nos sorprendía en negocios con ella, los azotes eran seguros. Cada vez que nos veía encucillados ante el lavatorio, listos a servir a la abuela, mi madre le encargaba y le insistía:

-¡Cuidadito, madre, con darles plata a estos mocosos!

Ella no decía nada. No nos acusaba, pues temía que tomáramos represalias en contra suya y no la sirviéramos. Eramos una fuerza. Ella sabía muy bien que su invalidez precisaba de nosotros.

Cuando no tenía dinero, pasaban muchos días sin que nos ofreciéramos a lo que ella necesitaba. Tenía que quejarse:

-¡Tanto que me duelen los pies! ¡Lávenmelos, chiquillos!...

Después de mucho rato se decidía alguno de nosotros. Significaba que ya habíamos transigido. Más de alguna pequeña cosa de su propiedad pasó a mis manos a cambio de cualquier ayuda.

Sus anteojos, que no tenía para qué usar, me interesaron mucho. Y como nunca quisiera tratarlos, se los robé un día y les saqué un cristal. Más tarde ella los vio. Y sucedió lo que me esperaba; que viéndolos inservibles, me los ofreció la primera vez que necesitó

de mí.

La máquina proyectora de películas que esperaba fabricar con los vidrios de aumento, aprovechando unos engranajes de reloj que ella misma me había regalado, no me resultó nunca. Y los vidrios se me quebraron tratando de ajustarlos a los huecos rectangulares del cajoncito que esperaba convertir en aparato cinematográfico.

Los días de mi abuela eran de verdad sin esperanza. Es decir, sí, tenían una esperanza:

Dios o el cielo. En todo caso aquí en la tierra, en nuestro cuarto, entre la familia, las prostitutas, los rateros, los evangélicos, los trabajadores todos, en medio de la lucha de los hombres, el tiempo ya no tendría lámparas para alumbrarle la negra ruta. Y acaso fuera mejor, muchas veces, hacerla esperar cuando precisaba algo, pues es posible que el realizar cualquier necesidad imperiosa fuera su única felicidad terrena.

3

Después de once, aquel día, a mi abuela le tocó llanto. Tenía la costumbre de recolectar siempre las migas de pan que quedaban en la mesa, y comérselas, como si hubiera quedado con hambre. Mi madre, conocedora de su susceptibilidad, le había llamado la atención alguna vez por esto, muy dulcemente.

-¡Madre, cómo es posible! ¡Si quiere le doy otro pan!

-¡No, niña, si no es por hambre, es sólo para que las migas no se pierdan! ¡No hay para qué perderlas!

Mi madre, para tranquilidad de la anciana, no volvió a decirle nada. Y a través de corto tiempo, ella hizo un hábito de esto.

Pero, de pronto, esta tarde, la cosa se agravó. Esta vez mi abuela no se contentó con reunir las migas de la mesa. Después de esto

se dedicó, valiéndose del mango de la escoba que le servía de bastón, y aprovechando la punta del clavo que este tenía en el extremo, a ensartar las miguitas desparramadas por el suelo, con una prolijidad extraordinaria. Sus tiritones no eran inconvenientes para que, certeramente, ensartara los residuos de pan. Levantaba el palo, le extraía las migas, y se las echaba a la boca.

Mi madre, moviendo la cabeza, y riendo casi, la miró hacer durante largo rato. Después, gravemente, un poco severa:

-¡Madre, por Dios! Si alguien la viera en eso, ¿qué cree usted que diría?

-le hablé.

Ella, la vieja, se ruborizó como una niña; su rostro, de color subido corrientemente, alcanzó casi al tinte del gránate. Disimuló. No quería creer que mi madre la hubiera sorprendido.

-¡Si no hago nada, niña! -negó.

-¡Pero cómo, madre?... ¡Sí acabo de verla! Cómo es posible que haga eso? Mi abuela se compungió toda. Su rostro dio la impresión de apretarse y fruncirse luego, como una cicatriz. Y le estallaron de golpe las lágrimas. Sollozos igual que graznidos le arrancaban del pecho seco.

-¡Por Diosito! -dijo entrecortadamente, vacilando-. Por Diosito, bótame, niña, bótame, anda a echarme al hospicio!

-¡Pero, madre, no diga eso! ¿No ve que tengo razón en lo que digo?

-¿Por qué no me llevará Dios? -exclamó mi abuela ahora, llorando casi a gritos-. ¿Señor, Señorcito!

Mí madre se desesperaba por esto.

Movió la cabeza, amargada. Quiso acercarse a ella para consolarla. Mas se arrepintió. Su rostro había emblanquecido. Su gesto era indefinible. No podría decirse si era encono o pena lo que la

asistía ahora. No habló nada más. En silencio y lentamente, se dirigió a la cuna del pequeño, que había despertado y empezaba a llorar.

Tras su paso, siguieron rodando los sollozos de la abuela. El mango de la escoba que usaba a guisa de bastón golpeaba las tablas, al ritmo de su brazo loco, con ese mismo enervante sonido de dura coyuntura que producen los perros al ahuyentarse las pulgas.

4

El otoño estaba ya a las puertas de la ciudad. Pero el calor no se espantaba. Y estaba aquí, en el rostro de mi abuela, precipitándose en continuas perlas de transpiración. Sin poder aquietar los saltos de su brazo, ella apegaba sus ojillos a la nada, soportando silenciosa, apenas acezando, los ímpetus calientes de los últimos días estivales.

Yo labraba un palo, mellando el cuchillo cocinero de mi madre. Quería hacer un casco de barco.

-¡Le traen una guagua para que la santigüe! -entró diciendo mi mamá a mi abuelita.

-¿Ah?.

-¡Quiere que se la santigüe!

-¡Una señora, madre, que tiene la guagua enferma!

-¡A ver! ¡Que la entre, pues! -insinuó con voz cascada mi abuela. Entró una mujer pequeña, humilde. Vestía un delantal de vichí, raído, tras cuyas roturas veíanse los parches de la pollera de lana. Las grandes manchas que la preñez había dejado en su rostro acentuaban su edad. Una pasividad melancólica emanaba de sus pupilas cálidas. En sus brazos morenos, ajados, desnudos hasta el codo, traía al hijo, envuelto en un rebozo apolillado, ver-

doso.

-¡Aquí está! -exclamó con voz lloriqueante la mujer, descubriendo al niño ante mi abuela.

Roncaba la guagua haciendo girar las pupilas medio enteladas. El ojito izquierdo le lagrimeaba. Daba la impresión de que iba a ahogarse. Mi abuela pidió que le colocaran al niño en la falda y se lo afirmaran. Sacó un crucifijo de bronce que colgaba desde el cuello en su seno. Y comenzó a rezar cosas que no se le entendían. Apenas podía oírsele la ligera pronunciación de las eses y algunas vocales. Con la imagen en la diestra, hacía, al mismo tiempo, cruces en el aire, sobre el rostro del enfermo.

La operación duró apenas unos pocos minutos.

-¡Era mal! -exclamó mi abuela, temblorosamente.

Cuando santiguaba le era fácil determinar si habían ojeado a la guagua o si la aquejaba alguna otra enfermedad corriente. Si era lo primero, le dolía a mi abuela al lado del corazón, y el ojo izquierdo le lloraba abundantemente, mientras el párpado palpitaba como un sapo agónico. El mal parecía transmutarse a su organismo, y transpiraba copiosamente. Debido a esto, mi pobre abuela temía santiguar. Pero cuando el caso llegaba no era capaz de oponerse.

-¡Si una sabe hacer eso, no tiene por qué negarse! -exclamó en alguna oportunidad en que mi madre le observó la inconveniencia que para ella era realizar el conjuro. La guagua que recién le habían traído, después del rezo, dejó de roncar. El ojo ya no le lagrimeó. Y se quedó profundamente dormida.

-¡Parece un milagro! -habló emocionada, casi llorando, su madre.-
¡Parece un milagro, abuelita! ¡Que Dios la bendiga! ¡Gracias!

Envolvió, ayudada por mi madre, al niño, y salió, triste, hundida, pero llena de esperanza.

Mi abuela, más loco que nunca su brazo paralítico, limpiábase el

ojo, del que no dejaban de manarle las lágrimas. Reclamó el bastón, que había tomado yo para limpiarlo de grasa allí donde lo apretaba su mano, y pidió a mi madre que le diera la esencia.

-¡Parece que tuviera alfileres en el corazón! -se quejó.

El verano había lanzado a la pieza, por el balcón, una abeja que espiraleaba en el aire con zumbidos de runrún. En la calle se oían gritos estridentes de chiquillos. Habían abierto el grifo de la esquina y se empapaban, haciendo saltar el agua, presionando en la boca de bronce. El calor sofocante arrancaba serpientes de pesadilla de la tierra. Rumores de hierros castigados, anchos rumores de trabajo, venían desde los talleres de la Compañía. Un jilguero en la galería, cantaba alegremente a la vida, desde su prisión colgante.

A la distancia sonaba el cuerno de un heladero.

CAPÍTULO TERCERO

Elena

1

Los chiquillos iban ya a la escuela, mordiendo con avidez la pulpa amarillenta de los membrillos. Las moscas cardumeaban atontadas por el aire. Era el otoño una vez más. Nuestra vida rielaba lentamente.

Sin embargo, había como un profundo olor a hierro en fusión en la intimidad de nuestra casa.

Más allá, en la galería. Más allá, en el vecindario. Y más lejos aún, atravesando las fronteras del barrio, los días eran como frutos secos, como viejos y amargos descarozados, imposibles hasta para el dominio de los más poderosos colmillos.

Golpe a golpe, haciendo eco al campanario de Andacollo, la existencia marcaba su ritmo de reconcentrada, de acendrada lucha, estrujando el corazón de los hombres, exprimiendo, a gotas, un zumo de lágrimas y sangre.

La frente alta y limpia. La frente oscura y canalla. La frente sombría y fatalista. Todas las frentes, y su sudor, tenían una base firme de pupilas mostrando una humanidad y una verdad a la lumbrera del mundo. Era el otoño una vez más. Y era la vida.

2

-¡Elena! -habló mi padre.

Ella, mi hermana, pálida, dulcemente enajenada, alzó los ojos puros, que pudieran ser lo mismo de oveja o de mujer. El libro

que tenía sobre la mesa se cerró de golpe. Pestañeó. No habló nada. Esperó anhelante. La voz del padre no tardó en buscar su entendimiento.

-No es la primera vez que hablamos de esto..., ¿no? -dijo con calma el hombre, esforzándose por mentir serenidad-. ¡Tanto que te hemos pedido que termines todo lo que hay entre tú y ese muchacho!... ¿No es cierto?

-Sí, papá -repuso ella, frunciendo los ojos, preocupada.

-¡Lo has prometido, Elena, y no lo has hecho! ¿Por qué?

Elena calló. Bajó la vista. Se mordía el índice. Este gesto suyo le daba un aire de ingenuidad, de niña regalona. Pero, a pesar de ello, de veras, sentía latir su corazón atormentado junto a mi corazón. Me dolían las garras de su sentimiento en medio del pecho. El silencio era duro. De piedra inhoradable. Frío. Pero lleno de luz. Alzado de escalera para la comprensión.

Mi padre se mordía. Miraba de reojo a la hija. Se pasaba la mano por la aspereza de la barba crecida.

Sobre el hule, al borde de la mesa, de súbito, dos goterones golpearon, como apagando en un chirrido el rescoldo de alma que conducían desde los ojos de mi hermana.

-¡No hablas, Elena, no hablas! -gritó mi padre.

Es posible que su grito fuera una reacción al dolor que le produjeron los golpes de las lágrimas sobre el hule. Mi madre, a un lado, observaba, encogida, sufriente.

-¡Qué sacaría con hablar, papá! -dijo despacio, con lentitud, Elena, acariciando el duro rostro de mi padre con la tersa blandura de sus pupilas mojadas.

-¡Elena!

-De veras, papá... ¿Qué sacaría con hablar?... Es cierto, no he terminado con él... Quisiera agradecerlo, pero no puedo...

El hombre se mordió, sus dientes crujieron. Palideció y golpeó cruelmente la cubierta de la mesa.

-¿No puedes, dices? -aulló-. ¡Pero vas a hacerlo! ¡No quiero que haya nada más entre tú y Justiniano! ¡Ya está bueno, caramba! ¿O quieres que me encare yo con él?

-¡Papá!, ¿por qué no quiere comprender?

-¡Mira, Elena, te comprendo demasiado! Deseo evitarte males... Un individuo podrá ser todo lo grande que tú quieras, pero hay procederes que pueden hacer desconfiar de él y demostrarnos su incorrección...

-¡Pero, papá!...

Un viento de súplica movióse en las pupilas mojadas de mi hermana.

-¿Qué dirías tú, Elena, si ese hombre fuera casado?

Un temblor casi imperceptible se anunció en las mejillas y en los labios de Elena. Su llanto se derramó copioso ahora. Se apoyó en la mesa, moviendo la cabeza entre las manos, mientras gemía:

-¡No, no, no!...

-¡Vas a terminar con Justiniano, Elena! ¡Vas a terminar!, ¿oyes?... ¡No quiero nada con él, carajo!...

Los ojos de mi padre ardían. Mi madre, hermética, tenía el rostro pálido.

Parecía llorar mucho, amargamente, de ojos adentro. La luz de la lámpara reía. Afuera, los tranvías traqueteaban, campaneando. Los gritos de los chiquillos y de los maquinistas reptaban como anguilas aladas por el aire. Los sollozos desesperados de Elena fundíanse en su propia soledad de alma.

3

¿Cómo se olvidó Elena de aquello? No sé. El hecho es que, felizmente, fui yo quien lo encontró una mañana. Era un envoltorio de cartas o borradores de cartas, y un poema algo ajado. Hubo un instante en que determiné entregárselo. Y no sé por qué más tarde decidí lo contrario.

Ahora me alegro, a pesar de la enorme preocupación que, por entonces, debo haber ocasionado a mi buena y querida hermana.

4

Mí Abel adorado:

Anoche, afirmada en la baranda de la calle, te vi atravesar la calle. Te detuviste unos instantes y, después de un breve momento de deliberación, te decidiste, y seguiste hacia abajo. Amado mío, te llamé, pero tan bajo, que tú no me oíste. Subí rápidamente la escalera y me asomé al balcón. Esperaba verte una vez más. Pero ya habías pasado. Imaginándote te seguí con la mirada y con toda mi alma. Mi mamá me hizo una pregunta y tuve que mentirle. No sé. Después de todo lo que ocurrió, me sentía extraña, como en el aire.

En varias ocasiones me has dicho que la vida es dura y que debemos esperarlo todo de ella. Pero no pensé que mí hora llegaría tan luego. Amorcito, no creas que te digo esto con pena. ¡No! De ningún modo. Sólo te cuento lo que pienso. También me habían dicho: "todo se paga en esta vida ~ Pero ¿qué cosa tan mala habrá hecho yo para que sea tan injusta conmigo? Lo único que veo bien claro es que te adoro, amor mío.

Hasta luego, mi amado, y cuando los niños estén durmiendo, dales un beso por mí.

Con todo mi cariño,

ELENA.

5

Mi adorado Abel.

¿Como está mi amorcito? Yo estoy perfectamente bien y no he hecho otra cosa que pensar en mi Abel. Sólo algunos momentos más tarde, en el hospital, adonde fui con otras chiquillas a ver a una compañera que está enferma, te he alejado algunos instantes de mi pensamiento, pero tan pocos, que no los tomo en cuenta, y más valiera que no te hablara de ello. Esta tarde, después del trabajo, fui a la clase de modas del curso que, tú sabes, estoy siguiendo. Pero no estuve en ella. Mi amorcito sabe dónde estuve. Si la señora que nos enseña me hubiera preguntando algo, no le habría podido contestar. Después estuve un rato, tratando de oír música en la sala en que se hace este curso, pero no oí nada. He tratado de leer y no me puedo concentrar en la lectura. Ni aun a ti te había escrito antes, aunque hubiera podido hacerlo con tranquilidad, pues, cuando llegué a la casa, mi mamá no estaba y Enrique se encontraba jugando en la calle. Mi hermano es un condenado callejero. Pero es muy bueno en el fondo. No sé por qué creo que, después de todo, con toda su incomprensión de niño, es el único que me comprende. Cuando en casa me reprochan, el mocoso me mira ¡no sé con qué ojos! Parece que quiero más a mi hermano ahora, por esto que te digo y porque no sé qué de semejante hay en los ojos de él y los tuyos. El recuerdo tuyo me embota. Estoy contigo en todas partes. Escucho tu voz y repito todo lo que dijiste.

Estoy llena de ti, mí amor. Me pregunto: ¿por qué, no estaré con él como ayer?, y he llorado un poquito.

Como ves, mi amado, toda mi actividad se ha fundido en tu persona.

Abel querido, contéstame pronto y recibe todo mi amor, mí cariño y muchos besos,

ELENA.

6

Abel adorado:

¿Qué no daría por no decirte lo que voy a decirte, para evitarte esta nueva preocupación que te voy a dar? Pero no puede ser de otro modo. Tengo que contártelo, si no ¿quién me ayudaría y me daría valor en lo que debo hacer?

Hace unos pocos momentos, atardeciendo, cuando venía de estar contigo y volvía a la fábrica a enterar mi hora, después del permiso que me dio la jefa, divisé una sombra familiar. Era mi madre que me esperaba. Había venido a dejarme un paquete. Necesitaba que yo, cuando saliera, lo llevara a cierta parte. Preguntó por mí, y como le contestaron que yo no estaba, volvió, pero de nuevo recibió la misma respuesta. En vista de esto decidió esperarme hasta cuando llegara. Cuando la reconocí no me atemorice, por el contrario sentí que me invadía una gran tranquilidad, serenidad más bien dicho (siempre que debo pasar por situaciones difíciles me pasa lo mismo), y me acerqué hasta donde estaba ella. En los primeros momentos me habló enojada. Después emocionada, con pena, y por último se calló y permanecimos unos diez minutos mudas, aisladas completamente del medio que nos rodeaba, pensando y pensando. Sé que sufre horriblemente porque ella y mi padre lo están suponiendo todo, y no sé qué voy a hacer para evitar esto. Entre otras cosas dijo que iba a pedir a mí jefa que no me dejara salir y que le iba a contar a mí

padre lo ocurrido. No lo dijo, sí con un tono que indicara decisión. Además, le preocupa tanto mi padre que no creo que le vaya a dar este mal rato. Como ves, amado mío, todo está sucediendo más rápido de lo que imaginábamos, y creo que lo único que queda por hacer es decírselo todo lo más pronto que pueda. ¿Cómo? No sé. Pero no voy a perder ocasión.

¡Ojalá comprendan!

Ahora te escribo presintiendo que serán muchos los días que no te vea. Contéstame, ¿quieres?

Recibe muchos besos de tu Elena, que te adora.

7

Abel adorado.

¡Cómo no recordar, querido, todas aquellas dulces horas pasadas contigo, y toda aquella grandiosa naturaleza que nos rodeaba? Pero, creo, te olvidaste un lugar, ¿recuerdas?, el Parque viejo, el Centenario, donde estuvimos, atardeciendo, ya de vuelta. ¿Sería la falta de luz y de sol que te hizo olvidarlo?

Los días que pedí permiso en la fábrica me han hecho mucho bien. De veras te digo que me sentía cansada, con un cansancio en el cual sólo tú eres mi alegría. Es duro trabajo, pero, créeme, desde que te conozco, qué diferente es para mi esa dureza...

Amorcito mío, en tu carta me pides que te diga cuándo quiero que me veas. Abel adorado, bien sabes tú que siempre quiero que estés conmigo, y que mi mayor felicidad sería estar siempre contigo. ¡Pero tú mejor que nadie sabes cuándo puedes verme! Yo sé bien que no debería distraerte. Pero todo el tiempo estoy esperando a mi amado, como a sus besos, cariños y palabras.

Abel, mi papá, que tuvo que ir como delegado a un Congreso Federal que se realizaba en una ciudad del Sur (tú debes saber esto, sin duda), debe de estar de vuelta en unos dos o tres días

más. Creo que podríamos encontrarnos antes.

Me dices que has puesto toda tu fe en mí. Y yo te digo que haré todo lo que pueda por no defraudarte. Si tú me necesitas, yo también debo decirte que no sé qué haría sin tu amor.

Recibe muchos besos de tu Elena, que en todo momento piensa en ti.

8

Abel mío:

En este momento llueve fuerte, muy fuerte (¿qué dirá la primavera?), ya pesar de que estaba un poco triste, la lluvia así tan firme me alegra. Siempre que llueve me siento feliz, y me dan deseos de salir a mojarme. Este mismo efecto me producen los truenos y relámpagos (a estos fenómenos no les temo, pero, en cambio, no puedo ver un gusano. Cuando en estos días lluviosos me encuentro con una lombriz o la diviso, paso por lo menos a un metro de distancia).

Amado mío, el domingo fui a Ñuñoa con mi papá. Él necesitaba ver a un compañero que está en una casa de reposo por esos lados. Mientras íbamos en el carro no hice otra cosa que pensar en ti y echarte de menos. Todo el trayecto, que yo lo he hecho contigo otras veces, y toda la tarde, y cada minuto, los dediqué a pensar en ti. Algunas veces, al pensar en nuestro amor, en lo mucho que te amo y en que nunca, pero nunca, estaremos juntos como deseamos, he llorado, pero me conformo, ya que habría sido peor si no te hubiese conocido ni sentido este amor.

Como ves, de nuevo me he puesto triste. Es mejor que no siga escribiendo.

Gracias por las fotos, Abel. Mándame los libros que quieras. Tú sabes que siempre los leeré con gusto.

Recibe el gran amor de tu Elena, que te adora.

9

Mi Abel Adorado:

El lunes en la tarde recibí tu tarjeta. ¡Qué alegría, qué sorpresa más grande me diste! Cuánto trabajas, mi vida. Y cuánto gustaría acompañarte en tu trabajo. Estaría calladita, muy calladita, mirándote y adorándote. Yo fui a tu conferencia, ¿vas a creerlo? A pesar de los encargos de mi mamá a la jefa, ella me dio permiso para salir más temprano. Parece darse cuenta. Y comprende. Tú no podías verme. Hubiera querido estar junto a

ti. No sabes cómo lo deseaba. Después que terminaste, no sabes cómo tuve que reprimirme para no ir hacia ti. Hice un esfuerzo y salí. Todo lo que expusiste me revoloteaba en la cabeza. Pero venía feliz. La gente parecía entenderte muy bien. Me enorgullecía la atención que todos tus camaradas ponían a tus palabras. Me alegro de que, después de tu tarjeta, me hayas mandado una copia de tu trabajo. Leído con calma, me ha encantado. Tengo mucho que aprender de lo que allí dices. He pensado mucho en mí padre y en su especie de odio hacía la gente que escribe. Yo lo comprendo. Pero no sabes cómo quisiera que te conociera. ¡¡Que buena idea la de mandarme esa copia! ¡Quiero, amor mío, tener copia de todos tus trabajos!

Abel, con tu amor me das todo, ¿qué más puedo desear?

¿Vamos a vernos el sábado? En realidad, yo prefiero que no. Es posible que a mi papá se le ocurra que lo acompañe. Le he oído decir que por un asunto de la Federación irá a San Bernardo ese día. Está tranquilo porque cree que todo lo nuestro se ha acabado. Se preocupa mucho de mí y me pide que lo acompañe cada vez que tiene que ir a los alrededores. Por esto, no quiero asegu-

rarte nada para el sábado.

Estoy sin embargo, mi amado, pensando en el día en que te veré, a pesar de que todo me dice que no debo verte más, que no tengo derecho a tu amor, que te debes a otros seres, y muchas otras cosas que es mejor que no te diga.

Abel mío, dales mis besos a los pequeños (tengo la sensación de que he visto a Rebequita, que la conozco, ¿o habré soñado con ella?; no sé qué será), y tú, mi vida, recibe migran amor, y muchos cariños y besos de tu

ELENA.

10

Tranquila leyenda de ternura

“Y ¡qué virtud te dí?
Sólo mis lágrimas y el pálido silencio
de mi rostro”

La oración tuya

*Yo me miré las manos tantas veces
con la conciencia puesta en mi pasado.
En ellas vi arder siempre la llama de la vida íntima
y luminosa. Acierto apasionado
este mío al decirte que ha caído
en ellas una estrella. tu ternura, liana de luz que, en su
destello,
hace hoy de voz y sangre recia amura.*

*Tú lo has dicho. Y es cierto, compañera.
Callosa es mi palabra ilusionada.
La misma estrella que nació
en tu origen no lograría nunca suavizarla.*

*Porque, de cierto explico, ella es la hija
de un corazón nudoso.
¡Mi palabra curtió su piel en lingue de silencio
y en duro hierro de invernales albas!*

*¡Qué terquedad! Perdona, compañera.
Mi historia es de sudor y de trabajo.
Y en mi triste ciudad de sol herido es,
verdad, tu vida mi descanso.
Hablarle de laureles y palomas
nunca nuble mi voz. Sean los altos
elementos humanos, en presente y futuro,
cal y oración terrestre cuando te hablo.*

*No sabría explicarte de qué eterno país
vino mí espíritu a encontrarte ni qué materia, antaño,
hogar sería de esta ruda rudeza que, al amarte,
me hace llamar estrella a tu ternura, y fe,
liana de luz. Sobre la tarde
anuncian los martillos en el yunque del tiempo
el milagro armonioso de tu sangre y mi sangre.*

ABEL JUSTINIANO.

11

Abel:

Después de muchos días de ausencia, me acerco otra vez a ti. Tengo una serie de cosas que contarte, pero sólo quiero hablarte de lo más importante, y es que he vuelto a mi decisión de terminar. Mis causas son las mismas que te expuse, agregadas al hecho de que mi papá está muy tranquilo y no quiero, por ningún motivo, darle un disgusto, especialmente ahora que lo noto tan cansado y agotado. El trabajo y las preocupaciones del Consejo y

del Partido, que le quitan mucho tiempo de sueño, le han creado un estado tan deprimente, que me inquieta y me asusta. No sé por qué se me ocurre que si supiera la realidad de todo, moriría.

Tú siempre me has dicho que algún día lo sabría, y no quiero que esto suceda.

Antes de terminar te pido que me perdones todo el mal y la pena que te habré causado. Pero tú sabes que esta no habría sido mi actitud en otras circunstancias. Además creo que cuando pasen algunos años y los pequeños estén grandes, tal vez agradezcas esta determinación mía.

Cuando creas oportuno, más bien dicho, cuando se te presente la ocasión, pídele perdón a ella, en mi nombre, por todo el sufrimiento que le habré causado. Tú sabes bien que si no te hubiera querido tanto, no lo habría hecho.

Nada más, y adiós, antes que me venza la idea de arrepentirme.
Elena

12

Abel adorado:

Me parece un sueño que otra vez, después de tantos y tantos días, te esté escribiendo como lo hacía antes, cuando te decía lo que sentía mi corazón y te contaba mi amor. Ahora, nuevamente, te escribo como antes y ¡me siento feliz!

Aquí debido a la ampliación de la fábrica, hay un tremendo recargo de trabajo. Me siento fatigada. Pero no sabes cómo me anima la idea de que de nuevo estemos juntos.

Abel querido, tengo tantos deseos de verte. Pero, a pesar de esto, creo que para mayor seguridad es mejor que no nos veamos hasta dentro de un tiempo más. Cualquiera oportunidad que tenga de yermte contigo, te la haré saber. No quiero más que esto,

estar contigo.

Esas dudas de que me hablas, no debes tenerlas. He decidido algo que para mí es definitivo. Y no quiero traicionarme. ¡Sufrí tanto sintiéndote lejos de mí por tanto tiempo!

Recibe todo el amor, el cariño y los besos de tu

Elena

CAPÍTULO CUARTO

Fantasmas

1

La cesantía en la zona del salitre era pavorosa. La capital parecía estremecerse bajo el peso de la humanidad mísera y hambrienta que los trenes arrojaban sobre su cuerpo duro y frío. Los harapos hacían muecas en las calles, muecas con sebo y piojos, con llantos de niños y tetas exangües de hembras aniquiladas. Los suburbios, bajo el otoño, frente a la mirada turbia del tiempo, arrugaban el ceño, estiraban su osamenta crujiendo, abierto el pecho franco a las cabezas locas de los días. Al rescoldo rebelde de su corazón, los albergues mostraban su cuerpo horrible de falso hogar.

Fuera del Coliseo de los Tranviarios, en nuestro barrio, otro albergue, por Libertad adentro, abría su vientre obscuro y llagoso a la humillación de los trabajadores. Días de días y noches de noches, la angustia quebró allí sus estrellas calcinadas. Hombres, mujeres, madres, esposos, hermanos, hijos, en un solo haz de tiras y de mugre, de asquerosos parásitos y de organismos esmirriados, buscaban allí, paradójicamente, el lucero luminoso de un destino.

2

El guardia paseábase como un patrón omnipotente. Sus bigotes ralos, de punta, clavaban el aire. Y sus ojos oblicuos, de caliente y filosa mirada, hacían ver en su semblante el rostro agrío de un gato en celo. Sus pasos golpeaban en la vereda como los de un caballo desatentado.

En la cuneta, frente al galpón de cara agrietada y de rota techumbre enmohecida, algunos asilados calentaban su miseria, entregándose a la mano piadosa de un cobrizo sol otoñal. Corrían los chiquillos aventando sus harapos y sus voces desorbitadas. Los más pequeños se arrastraban, gateando, alrededor de sus madres, embarrándose, con los cuerpos al aire, sucios de excremento seco, los trastes amoratados, recogidos como gusanos medrosos los pequeños sexos entumecidos. Un viejo, de llagas en las piernas, se despiojaba la camisa. No mataba a los overos y crueles parásitos. Con un cariño anciano, con un cariño lento, casi con ternura, atrapábalos temblorosamente, y los abandonaba en la costra mojada, blanducha de la tierra.

-Ese viejo es loco -me habló Tito-, dice que los piojos son niños...

-¡Ja, ja, ja!

-Si es de veras, dice que los piojos son guagüitas, y les canta a veces!... ¡Ja, ja, ja!

-¡Ja, ja, ja!

La calle Libertad se estiraba, ancho el cuerpo de agua, barro, miseria y de ojos turbios de las viviendas jorobadas. Los conventillos abrían las bocas desdentadas con fetidez de angustia, de humanidad crujiente, de pueblo desharrapado, condenado a la esperanza inútil. El humo azul se deshilachaba hacia el cielo, buscando las heladas pezuñas del buen Dios. El interior del albergue ardía de movimientos. Se acercaba la hora del almuerzo, y muchas mujeres y chiquillos preparaban ya los tarritos y platos merenderos, para recibir los porotos con cochayuyo. Había entusiasmo en las miradas bovinas de las hembras, un entusiasmo cejijunto de poblacho sin sol. Sonaban las cucharas contra los tarros. El hambre lloraba ante su próxima y transitoria muerte. Lloraba el hambre con lágrimas de infelices piedras heridas.

3

La mañana estaba llena de comentarios. De alaridos. De interrogaciones. Las comadres corrían por la galería. Se dolían. Hablaban hasta por los codos. El crimen habitaba todas las palabras. Chillaban los diarios, arrugándose en las manos toscas y sebosas. Habían matado a un hombre. Lo habían descuartizado. Abandonada, sola, arrodillada, llorando por los miembros compañeros, sangrantes, se encontró una de sus piernas en un quiosco municipal. Luego se descubrió el tronco, tras una tapia, en camiseta, sin cabeza, sin ojos, sin brazos, sin piernas, y solo también, y peludo, con las lágrimas encadenadas a los sollozos fríos, muertos en medio del pecho.

La tinta de las imprentas tenía color de sangre. Olor de podrida carne humana. Con gusanos de infernales ojos. De apercancada ternura.

El otoño rodaba. Los días rodaban. Y rodaba mi infancia acumulando fantasmas, y uñas, y colmillos en la bruma del corazón.

-¡Qué lo iba a matar la mujer!... ¡No puede ser!

-¡Así dicen los diarios!... ¡Pero la mujer no podía matarlo, comadrita!

¿Cómo se le ocurre?

-¡Dicen que fue un doctor! ¡Los cortes no son de cuchillo!... ¡Tiene que haberlo hecho un médico, un hombre que sepa cortar carne de hombre! ¡Un médico, uno que sepa operar!...

Los diarios hablaban, hablaban, gritaban mediante el alquitrán de sus tintas. Engañaban, como siempre, a chillidos negros, a chillidos sucios de hipocresía, de convencionalismo. La mentira chorrada de dinero inmundo asomaba su pupila infame por las pupilas de cada palabra impresa.

-¡El crimen! ¡El crimen!

-Sí existía el crimen cometido con una soga en el cogote de un hombre. Y con bisturí. Y con talento profesional. Sobre él existía también la mentira. El dinero con los huesos al aire. La mentira y el dinero, con sus pobres esqueletos hediondos. Pero a la intuición popular no se la engañaba. No podía engañársela. Y el nombre del criminal era maldecido en plena cara miserablemente aristócrata, en pleno corazón cobarde, latiendo junto a la inhumana cobardía de los periódicos y de toda una casta. Y es que al pueblo no se le engaña. No puede engañársele. Porque el pueblo es agua, y sal, y harina de verdad.

Rodaba el otoño. Y rodaban los días, al borde de mi infancia.

El clima, trágico, rojo, sangriento; el clima con vísceras colgando, y con ulcerosos ojos muertos que creó aquel tan bullado hecho de policía, como fue el del suplementero descuartizado, pesó dura y negramente en los estadios breves de mi corazón.

Las noches caían y yo me estaba al borde de ellas, ahuyentando cosas, objetos y motivos de sobresalto. Caminaba sintiendo las manos heladas que se aferraban a mis brazos. Voces de ánimas llenando de podridos aceites verbales mis oídos. Ojos sin pupilas, repletos de lágrimas petrificadas, clavando su dolor en la corteza trémula de mi sentimiento.

¡Vivía atormentado! En trance de lágrimas que no podía, que me era inútil llorar.

4

-¿Vive aquí una señorita que se llama Elena?

La voz partía de entre unos labios secos, aposentados en gesto de cansancio bajo una graciosa nariz respingada, y bajo unas pupilas llorosas y expresivas de sentimientos amargos.

-Sí -replicó mi madre-, pero ella no está.

-No importa -habló lentamente, con dolor, la desconocida-; me interesa más hablar con su madre.

-¡Soy yo!... -indicó inquieta, anhelante, mi mamá.

-¿Usted?... ¡Vaya!... ¡No me lo hubiera imaginado!... -exclamó sorprendida la recién llegada.

Mi madre la había hecho entrar y le había ofrecido asiento. Y ella, toda confusa y dolorida, trataba de encontrar las palabras indispensables para allegarse a su comprensión. Era joven, de belleza sombreada por el sufrimiento.

-Señora -empezó diciendo, pellizcándose nerviosamente las manos-, perdóneme usted, pero no he podido evitar esta visita. Acaso se extrañe usted, pero tenía que venir...

-No la comprendo... -la interrumpió mi madre, cada vez más alarmada.

-Soy la mujer de Abel Justiniano... -continuó ella, con voz vacilante, midiendo ya el dolor que sus palabras allegarían al corazón materno.

-¿Es posible?... ¿Pero es casado él? -indagó mi madre, palideciendo.

El crepúsculo habíase ido hacía rato. Y la luz de la lámpara guiñaba sus ojos cárdenos a las polillas. La voz de mi madre pareció arrodillarse a los pies metálicos de la lámpara, extraña, desolada, triste.

-¡Lo siento tanto, señora!... ¡Pero, sí, él es mi marido, tenemos dos hijos!...

Hubo en seguida un silencio negro, apretado, agrio.

La lámpara estiraba los labios pintarrajeados, movía los ojos, sarcástica. Carcajeaba, retorció, batía la lengua caliente, cobriza. Manoseaba los rostros hundidos en el agua del dolor.

-¿Quién iba a pensarlo? ¡Ser casado! ¡Qué malo ha sido! ¡Enga-

ñar a Elena!

-Parece que ella lo sabe, señora... ¡Perdóneme, yo no debía haber venido!

-¡Está en su derecho, señora!... -habló con toda el alma mi mamá-. ¡Está en su derecho! ¿Cómo iba yo a pensar esto? Pero me parece que ha terminado todo...

-No, señora, no ha terminado. ¡Yo no debía haber venido! ¡Pero si usted supiera lo que sufro! ¡Si usted supiera, señora! -continuó, sacando un pañuelo para secar el llanto, que ya se le derramaba incontenible.

-¡Por Dios! -exclamó, desesperada, mi madre-. ¡Por Dios! ¡Y tanto que le hemos pedido a Elena que rompa con todo eso! ¡Por Dios, Señor, por Dios, qué chiquilla!...

Mi madre tampoco pudo resistir las lágrimas, que le corrieron copiosamente por el rostro, mientras movía desolada la cabeza.

Se hizo de nuevo el silencio. La lámpara fruncía su ceño luminoso. Aleteaban, locas, las polillas a su alrededor. Una araña que trepaba, como volando, por la muralla, se refugió tras el calendario.

-¡No sé, señora, perdóneme!... -exclamó por fin, desconsolada, la esposa de Justiniano-. ¡Perdóneme, pero era imposible que le evitara este dolor!... ¡Perdóneme, pero yo no puedo sufrir así, quería pedirle que hiciera algo!... ¡Si supiera, cómo lo quiero a él!... ¡Yo ya no puedo soportar esto, no puedo ya, no puedo ya, señora! ¡He sufrido tanto, tanto!... ¡Yo le ruego que haga algo!... ¡Él es mío, lo quiero tanto, tanto!... ¡Yo no puedo más!...

Las lágrimas, en su rostro, rodaban como ancianos goterones, con herrumbres de sufrido corazón.

La luz de la lámpara se arrodilló ante los rostros mojados de las mujeres. tendiendo las manos angustiosas, pordioseras de quizá qué brillos humanos para su reino.

5

En la comida, un silencio de hierro apretaba los sentimientos. Mí padre, sombrío, duro, hosco, apenas consumió la mitad de la sopa. Ya lo sabía, y Elena, sospechosa de todo, tragaba los fideos como en la luna, como perdida a través de calles celestiales. Sus ojos bajos apenas se alzaban para tratar de confirmar lo sucedido en el llanto obscuro de mi madre,

que no cesaba de sollozar, mientras daba la comida a Martina. Guillermo, el padre, tamborileó como de costumbre sobre el hule. Se mordía. Las pupilas le llamearon.

-¡Elena!... -rompió por fin, con voz de acero mordida de moho- ¡No lo hubiera creído nunca!...

-¿Qué, papá?

Mi hermana presentía lo sucedido. Pero prefirió mostrarse extrañada.

-¡No seas cínica, no seas cínica; nunca lo hubiera creído, hija, Elena!

¡Seguiste con ese Justiniano, sabiendo que era casado! Ella palideció de súbito.

-¿Te das cuenta del mal que has hecho? ¿Te das cuenta? ¡No lo pensé nunca!...

Ella se alzó. Estaba demudada. Temblaba. Los labios vibrábanle.

-¡Papá!... -gimió.

Intentó irse al lecho. Pero mi padre, alzándose también, la retuvo violentamente.

-¿Te das cuenta?... ¿Te das cuenta, mierda?

Ya no podía hablarle con serenidad. En tumulto, su rabia se volcó en el aire y en el corazón de mi hermana. Fue todo un tropel de

voces descontroladas, filosas, hirientes. Remeció a Elena.

-¡Bestia, salvaje!... ¡Hacer eso!... ¡Tanto que te pedimos que evitaras eso!

Sujeta por las manos recias del hombre, mi hermana era como una pobre brizna temblequeante.

-¡Sinvergüenza!... ¡Eres una chancha Elena!...

El palmetazo chasqueó como un azote en pleno rostro adolescente. Las crudas palabras parecieron hundir aún más a mi hermana en el suelo. Caída allí junto a la gruesa pata de un catre, sus sollozos eran como gemidos de perra pariendo. No podría describir el sufrimiento que me corroía las venas. ¡Tan grande cosa y tan pobre cosa que me parecía Elena, sobre las tablas, sollozando, caídas por la frente sus mechaz negras, temblando irremediablemente humillada, insultada, al aire los duros muslos morenos!

Yo no tenía lágrimas en aquel instante. Pero un fuego como lija me goteó desde los ojos hacia adentro. Mi madre lloraba al borde de la mesa su pena inevitable.

-¿Qué habré hecho yo, Señor?... ¡Qué habré hecho, para sufrir así!...

Mi abuela, hermética, mordiendo a dura encía el sufrimiento, se alzó como a saltos. Su bastón sonajeara fuertemente en el piso, al ritmo de su brazo loco. No pidió ayuda a nadie. Afirmó el paso. Y lentamente, lentamente, como arrastrándose, se acercó al sitio en que estaba postrada Elena, y se tomó de uno de los barrotes del catre.

-¡Elena, Elenita!... -le habló con una ternura guardada quizá cuántos años para ese instante.

Lloraba la vieja. Su llanto, parálitico como ella misma, provenía de un corazón arrugado, triste, curtido, viejo de experiencias; provenía del más ardiente mundo del dolor.

Mi padre no decía nada ya. Perdido, extraviado dentro de sí mis-

mo, rumiaba su amargura, lejos de todo lo que no fuera destello de esa realidad que lo azotaba.

La voz de la abuela rengueó dulcemente por la pieza. Quiso tocar los cabellos de mi hermana, pero ella, su gesto, y su voz, y su palo de apoyo, rodaron pesadamente por el suelo.

Mi padre saltó.

-¡Señora Lucinda, caramba!

-¡Madre, madre!... -se quejó mi mamá.

-¡No es nada, no es nada!... -gimió la vieja en el suelo, tiritando, azorada-. ¡No es nada!

Elena ni se inmutó. Extraña, ausente, lejana hasta de sí misma, dejaba bracear su garganta en ahogados sollozos de áspera desolación. Vilipendiada, ojerosa, triste, acaso buscara en su espinosa soledad de aquel instante las enteladas pupilas de su ilusión caída.

-¡Carajo, carajo!... -rugió mi padre, mientras sentaba a la abuela, que temblaba desesperadamente.

Los ojos enrojecidos del hombre se humedecían. Miró a la hija. Se mordió mientras se sentaba. Y estuvo largo rato con los ojos fijos en una hoja de periódico que había en la mesa, y que reproducía una pierna del hombre descuartizado por esos días.

-¡carajo!... -rugió una vez mas.

Elena, mi madre, mi abuela: tres dolores sin remedio, seguían llorando en silencio.

6

No podía soportar eso. Salí.

Un cielo gris llovía amargas aguas sobre mi corazón. Era lunes. Y a lo largo de la galería oscura, solitaria ya, se alzaban los cuchillos de inquieta luz que blandían las velas encendidas a las ánimas por algunas vecinas.

Sufría. Temía. Estaba lleno de fantasmas. El dolor de Elena me aullaba en el pecho y el miedo parecía mutilar los brazos de mi espíritu como a aquel mismo mutilado del crimen. Y allí encima de todo, estaban las velas de las ánimas, alentando demonios en mi mundo, animando bestias dentro de mi pecho, creando imágenes con tripas al aire en mi cerebro. Mordíame. Y sentía que el tiempo era un potro infernal pateando todos mis segundos. Garrudas manos se estiraban desde el silencio nocturno, para aprisionar mi destino. Y tenía anhelos de arrancar, de huir lejos, donde las ancianas estrellas decapitadas que me rondaban la vida, no tocaran mi inquietud.

Caminé hasta el excusado.

El temor me hincaba sus colmillos cada vez con más crudeza.

Abrí la puerta de la caseta. Dos manos firmes me atraparon los brazos. Quise gritar. Mas el terror me enmudeció. El ánima o el fantasma que me agarraba no pasaba de ser una mujer.

-¡Enrique!... -me habló, dulcemente. Era Antonieta.

Traté de huir. Pero ella me retenía demasiado fuerte.

-¡Déjame! -gemí.

-¡Enrique, no te vayas!... -me rogó-. ¡Tonto!... -agregó con húmeda ternura.

Su aliento tibio pareció deslizármese por todo el cuerpo. Me tomé con ambas manos la cabeza. Y pegó sus labios carnosos a los míos. La carne pulposa de su boca me quemó. Su lengua era dulce. Sabia. Me aferré a su cuerpo abundoso, como quien se aferra a una última y única esperanza.

-¡Tontito! -me susurró ella-. ¡Te me querías ir!...

Se había desnudado los pechos y me apretó la cabeza contra ellos. Le ardían trémulamente. Y sintiendo contra mi rostro su palpar de palomas, yo no sé si fue pena o gozo lo que me invadió.

La sombra me ocultaba el rostro, el cuerpo todo de la mujer. Pero me bastaba su calor, su temblor ardiente, enervante. De pronto creía sentir de nuevo el regreso de todos mis temores recientes. Mas el hálito de pasión que advenía a mi organismo, en el contacto de la boca, de las manos, de las tibias tetas de la hembra, me ahuyentó todo sentimiento deprimente, y ya no fui sino un pequeño hombre torpe, inexperto, tocando, apretando, rasguñando acaso, la carne de fuego estremecida. ¿Por qué lo hacía? No sé. Una fuerza de instinto infundíame audacia. Y hasta el olor de carne experimentada, el olor leve y tibio de mujer transpirada, el olor de axila mojada, cerraba en ese instante el paso de mi vida, hacía todo lo que no fuera aquella tremolación, aquella tibieza, aquella ternura desencadenada en tacto y besos.

Ella gemía casi imperceptiblemente. Yo no comprendía.

-¡Tócame más, tócame más, Enrique!... ¡Aquí!... ¡Aquí!...

Me encaminó la diestra temblorosa. El miedo regresó a mí. Me desconcerté. Tenté huir. Mas ella me apretó de nuevo contra sí. Sus blandos pechos eran como un rescoldo. Antonieta parecía estar loca.

-¿Por qué no serás más grande, Enrique?... ¿Por qué no serás más grande?...

-gimió tristemente. Yo no la comprendía.

Pero sus lágrimas golpearon mi frente. Y comenzó ahora a acariciarme como si fuera su hijo, como sólo mi madre me había acariciado. ¿Qué tendría Antonieta? De pronto, sintiendo sus lágrimas, todos los fantasmas se reintegraron a mi corazón. Y la sangre, y los desorbitados ojos, y los miembros doloridos y crispados del suplementero muerto, estuvieron de nuevo allá volteando en mi cerebro.

Ella lloraba. Yo hubiera huido. Mas no, no podía. Y no hice más que descansar de mis temores en un silencioso llanto sin sollozos sobre la caliente ternura de aquellas tetas, perdidas en una

cruenta soledad sin labios de hijo, en una viscosa soledad que acaso sólo yo espantara en aquel momento de alegre angustia.

¡El macho había estado recién golpeando a las puertas de mi infancia con duros puños, con peludas manos nerviosas, de hinchadas venas! ¡Llorando sobre los latidos de un corazón espezado de maternidad, fui otra vez el niño el mismo niño extrañado de la ternura de la mujer que lo pariera y que descubriría de súbito un seno abierto para desasirse de sus amarguras infantiles!

-¡Antonieta, Antonieta!...

Dejó ella mi cuerpo. Dejé yo su cuerpo. Sentí frío.

-Es Armando... -me susurró, atemorizada, como acezando.

-¡Antonieta, Antonieta, qué mujer de mierda!... ¡Antonieeee. . .ta!...

-No digas nada de esto... -me habló por última vez ella besándome con pasión-. No vayas a decir nada...

Y yo, silencioso, sin poder hablar, solo, más solo que nunca, creí experimentar por leves segundos el dolor tremendo de la eternidad rondar sobre mi corazón. Viejas, musgosas, roncadas, arrugadas campanas volteaban alrededor de mi alma.

Y salí como un diminuto bruto, olisqueando en las sombras, lo mismo que un perro ciego. Me sentí tan pobre cosa, tan mínima brizna, tan pisoteado escarabajo, que hubiera arrancado al límite del infinito a golpearme el desgraciado corazón contra el semblante de un lucero calcinado.

Y a mi espalda, arrastrándose como una oruga de hielo, los gritos del marido exasperado:

-¡Mujer jodida!... ¡Antonieeee... ta!... ¿En qué te demoras tanto?...

¡Hasta al excusado hay que mandarte atrato a ti ahora!... ¡Antonieeee... ta! ...

La muchacha tenía razón. ¿Por qué no sería yo más grande? Sus palabras eran abejorros borrachos de enormes cuerpos mutila-

dos, volando a topetones en mí cerebro.

Las velas de las ánimas, desde sus refugios de hojalata, alzaban a lo alto luces espectrales. Se oían llegar los últimos tranvías de "ahorrado". Y de improviso, los tarros de Pan Candeal, y sus destemplados chillidos, surgieron, despertando en la noche el coro trágico de los perros.

Los fantasmas, arrastrando en el aire sus más oscuras galas, emergieron al borde del tiempo, moviendo sus sigilosas patas de extrañas serpientes.

7

¿A la luz de cuántos días uno termina por encontrarse a sí mismo?

A la luz de ningún día. Porque es la luz difusa de nuestros propios temores la que nos define. Luz llena de tentáculos horribles. Pero luz alentando el paso de nuestro destino.

¡Yo no sé por qué me siento más yo mismo cuando apego mi atención al doloroso recuerdo de aquel doliente coro de perros proletarios, llorando a la noche y a sus ánimas, a las estrellas y al Dios de labios despectivos, la cotidiana y solapada angustia de la bestia, que es como la angustia de los más enmohecidos cuchillos, o como la angustia de las alondras sin ojos, sin alas y sin garganta!

8

-¿Dónde estabas?...

Había golpeado a nuestra puerta. Y era mi madre, con los párpados hinchados, con la voz todavía llena de sollozos, quien me interrogaba.

-¡Aaaah!...

-¡Este viene volado!... -rió la voz del tío Bernabé, adentro.

Un coro de carcajadas acompañó sus frescas palabras. Creí recién despertar de un lejano sueño.

-Estaba en el excusado... -dije, despacio, a mi madre.

Ella quedó satisfecha. Cerró la puerta con lentitud y le colocó la tranca. Mis hermanas y mi abuela parecían dormir ya. No había ruido en sus lechos.

Los hombres que rodeaban nuestra mesa de comedor no terminaban aún de reír. No sé qué gracia tendrían las palabras del tío Bernabé. Quería concentrarme en la realidad de todo. Pero, como desde el fin de los años, el aullido de los perros me aserraba el sentimiento. Y yo, difícilmente, comprobaba que aquellos que había en nuestro cuarto eran tranviarios, y que entre ellos estaban el presidente, es decir, Bustos, y Rogelio Ramírez, el tío Bernabé y Guillermo Quilodrán, mi padre.

En mi embotamiento, sin embargo, tuve el acierto de comprender que acostarme ahora hubiese sido impropio. Y busqué asiento como un sonámbulo. Los hombres no dejaban de mirarme. Su curiosidad y sus rostros, en los que la risa era todavía como una irónica cicatriz, me molestaban.

De su impertinencia, felizmente, me libraron dos compañeros que llegaron golpeando el piso de la galería con la dureza de sus gruesos bototos de soldado, comprados de segunda mano, naturalmente.

-¡Tarde, tarde, muy tarde, camaradas!...

-les llamó la atención el compañero Bustos.

-¡La pensión, camarada!... ¡No nos daban nunca de comer!...

-¡Aquí no hay disculpas que valgan, no hay disculpas que valgan!... - roncó seriamente mí padre.

Los recién llegados echaron las palabras de Quilodrán a la broma

y saludáronlo riendo, como a todos.

-¡Bueno, camaradas, abrimos la sesión!...

-habló con voz ancha Bustos, golpeando sobre la mesa.

-Puedes acostarte -me habló mi madre.

-Más rato -le respondí yo con indiferencia.

El recuerdo de la tibia abundancia carnal de Antonieta me llenaba ahora el sentimiento de un pausado flujo de ternezas leves.

-¡Todos sabemos -exclamó Bustos-, todos sabemos el motivo que nos trae aquí! Sabemos que la huelga de los panaderos es inminente... Ellos están en sus derechos... Sabemos también que el paro de adhesión de los ferroviarios, de los carpinteros, de los choferes y de muchos gremios trabajadores es una actitud justa y de enorme trascendencia por lo que significa en cuanto a conciencia de clase y en lo que el gesto tiene como lealtad y comprensión hacia los camaradas del pan. Frente a esto, nuestro

Consejo no puede, se me ocurre, mantenerse indiferente... Nuestro espíritu de federados nos exige participar en este movimiento.... Ofrezco la palabra sobre esto...

-La palabra, camarada...

-Tiene la palabra el camarada Quilodrán...

Se oyeron unos suspiros. Eran de Elena. Mi padre debió oírlos también, porque antes de hablar lo vi ensombrecerse, arrugado el ceño. Se rehízo, no obstante, instantáneamente.

-¡Debemos ir a la huelga, camaradas!... -dijo con reciedumbre. No deben haber aquí vacilaciones... Debemos ir a la huelga... Recordemos cómo en nuestra huelga del año pasado contamos sin condiciones con el apoyo de tal organización proletaria, incluso de gremios alejados de la Federación... Federalmente, si así podemos decir, estamos obligados a adherirnos al movimiento que proyectan los panaderos...

-Ofrezco la palabra, compañeros... -dijo Bustos cuando mi padre hubo terminado.

-La palabra, compañero...

-Diga no más, camarada Briceño...

-Compañero, creo que no se trata aquí de precipitaciones -habló el llamado Briceño, uno de los que acababan de llegar, alzándose las piernas de los pantalones, desde las rodillas-. La presión abierta que el gobierno está ejerciendo sobre los trabajadores nos obliga a estudiar con calma nuestra posición en el movimiento que se acerca. No significa esto que vayamos a posponer nuestros principios revolucionarios. Lo que hay es que una actitud precipitada podría atraer la atención hacia nuestras actividades, y eso no nos conviene... Yo estoy con la huelga, compañeros, pero creo que nuestra adhesión no debe manifestarse antes de que el paro general no se haya producido.

-La palabra... Pido la palabra -chilló el tío Bernabé, agitándose en su asiento.

-Está hablando el camarada Briceño... Un momento, compañero...

-Elena seguía suspirando. Se desasosegaba en su lecho ahora. Mi abuela también había despertado, y crujía su catre remedando los movimientos de su brazo insensato. Hervía la tetera en el brasero.

-Decía, compañeros... -prosiguió Briceño-, decía que no solidarizar con los compañeros panaderos sería una traición... Pero decía que también hay otra cosa que merece meditar, cual es el peligro que corre nuestro gremio si manifiesta su lealtad antes que otro... Sería estúpido hacer peligrar la pequeña libertad de que gozan nuestras actividades federales, despertando la presión de la policía contra nosotros... ¡Es un hecho que el gobierno está virando, influido por los sectores burgueses, y que está traicionando abiertamente a los trabajadores!... ¡Compañeros, esto es

lo que hay que ver bien!... ¡Esperemos una mejor oportunidad, compañeros!... Si nos adherimos de golpe y porrazo, apareceremos, incluso, como promotores, y esto no nos conviene... ¡Una adhesión a la cola nos justificará!...

-¡Qué carajo!... -saltó el tío Bernabé-, la importancia del gremio tranviario obliga al Consejo que acuerde la huelga para estar junto a los panaderos desde el primer momento, si ellos se levantan!...

-¡Pida la palabra, pues, compañero!... -rió Bustos-. ¡La disciplina, la disciplina!...

-¡Yo estoy con el camarada Bernabé!

-arguyó otro con nerviosas palabras.

-La palabra, compañero Quilodrán...

-Pues, compañeros, realmente es necesario considerar las opiniones del compañero Briceño... Tiene él toda la razón... El gobierno nos está traicionando... No reconocerlo sería estúpido... Sin embargo, ocurre,

como ha dicho mi compadre Bernabé, que nuestro gremio, por su importancia

y por su fuerza misma, está obligado a intervenir en el movimiento en cuanto los compañeros panaderos rompan fuego... Somos uno de los más fuertes conglomerados de trabajadores. Bien podríamos obrar como indica el compañero Briceño... Y gremialmente, como entidad única, daríamos una nota de medida y prudencia muy de acuerdo con nuestros intereses... Pero existen también los intereses de otros trabajadores; más allá de nosotros mismos... Ellos necesitarán de nuestro apoyo si se levantan en huelga... Como nosotros necesitaremos del suyo en cualquier instante... La verdad es que nuestra moral y nuestros mismos intereses gremiales, a pesar de todo, nos exigen que estemos con los camaradas de panaderías en cuanto su movimiento se inicie...

-De acuerdo, compañero... De acuerdo...

-¡Eso es, otra forma de adhesión nos haría aparecer débiles!...

-¡Silencio, silencio!... -gritó el camarada Bustos.

Martina se despertó, asustada, llorando. Mi madre fue hacia ella.

Yo comenzaba a dormitar en mi silla. Las palabras de la discusión se convertían en discos rojos en mi cerebro. Discos como ojos, que se precipitaban contra mi conciencia lo mismo que pájaros hambrientos sobre un sapo indefenso... Blancos pechos de mujer, con rosados y erectos pezones, giraban luego en mí imaginación mordida de sueño, en un vertiginoso volteo de pesadilla.

"Compañeros"... "¡Camaradas!" "¡La huelga, la huelga, la huelga!"...

9

No recuerdo si fue mi madre la que me encaminó hacia el lecho o si me fui a él por mí solo. Tampoco recuerdo si me desvestí personalmente. El hecho es que, cuando desperté en la cama y cuidadosamente tapado, afuera, en la calle, había campaneos de tranvías y gritos y silbidos. No pude precisar si eran los tranvías de guardia los que se estaban guardando, o si era ya la madrugada y se estaba verificando la salida de los servicios.

En cualquier caso, los hombres, reunidos alrededor de la mesa antes de dormirme, todavía no se iban. Charlando despacio, bebían el café que les había servido mi madre.

En el lecho de Elena aún persistía el dolor, y los suspiros rondaban alrededor de las cosas y de las despaciosas palabras, como vagabundos con hambre ante un escaparate de comestibles. Sonaban las tazas. Reían las cucharas. Insensiblemente volví a echar los pasos del espíritu por los firmamentos del sueño.

Desperté en seguida.

Todo estaba oscuro. Lleno de una obscuridad pesada de calabozo. Traté de yermear las manos. No pude. Eran como la sombra misma. Tuve miedo. Y me parecía no existir. Me sentía terriblemente solo. Dolorosamente solo. Por esto me extrañó de pronto la compañía de mi madre, que estaba junto a mi lecho, vestida con un sayal, toda blanca. Blanca la risa misma. Blanco el pelo. Blancos los colmillos de lobo que en aquel instante poseía. Estaba extática, irreconocible. Pero tenía la certeza de que era ella. Sí, mi madre. O la angustia de mi madre. O el ánima trágica de mi pobre madre, que en esta noche la liberaba piadosamente para darle tranquilidad siquiera en el sueño. Digo, estaba extraña, estaba extática, sin movimientos, sin palabras. Llena de risa, sí, de una risa de madera apolillada, o de hierro, fría, gélida, espectral.

¡Pobre madre mía!

Pero yo era un perro. Un perro que, de pronto, reíase a ladridos. Un perro que, queriendo reír, no podía hacerlo. Ni siquiera gemir. Un perro que lloraba de improviso hacia adentro todos sus dolores. ¡Y mi madre estaba allí! ¡Blanca, tétrica! ¡Yo no podía reírle ni ladrarle! Me levanté entonces y paré la pata. Era un perro, y debía parar la pata. Sonaban los orines en las tablas del piso. Y mi madre allí, riendo duramente, fríamente, con risa de lobo o vegetal, risa de árboles asesinados.

Había bajado la pata ahora. Y al cubrirme con las ropas, era de nuevo un niño, un triste niño aprendiendo los definitivos pasos para encaminarme al terror, hacia un tremendo y horrible terror despertado por una madre vestida de blanco y con dientes de bestia. Quise gritar. Clamar por todas las defensas posibles. Y no podía.

Lejos, intuía a mi hermana, suspirando, echada en el suelo, con los vestidos recogidos, con los morenos muslos al aire, y gimiendo también como una bestia dando a luz sus húmedas bestezuelas.

Me cubrí el rostro con las sábanas. No podía soportar aquello.

Pero, a pesar de todo, allí, a través de la ropa, estaba ella; sí, estaba la que me echó a la vida, la que lució conmigo por las calles su orgullo o su vergüenza de hembra encinta. Estaba allí, tremenda, implacable, riendo, riendo.

Apretaba los párpados, ya era inútil querer evitarla. Ahora estaba desnuda, de medio cuerpo arriba, y en sus pechos colgantes, fatigados, las mariposas de la ternura volaban alegremente como sobre un jardín. Lo mismo que si se detuvieran en los pétalos de una rosa, se paraban los atornasolados insectos en los pezones negros de tanta mordedura de hijos. Y volaban. Y reían las mariposas. Y se burlaban de mí sacando una lengua de culebra, viscosa. Transpiraba copiosamente, y el sudor me corría a chorros por el cuerpo grasoso.

Miraba las mariposas. Pero cuando volví los ojos al rostro de mi madre, allí donde estuvo su risa gélida, de espectro, faltaban las carnes, y una calavera roja me pelaba los dientes cariados riendo con risa sonora y bestial. Mechas desordenadas le tapaban casi las órbitas vacías, y reía, reía, con risa armada de agujas y bayonetas, para herirme en plena angustia.

Un nudo comenzó a subirme desde el estómago. Y sentía que mi cabeza era un cohete inmenso, inmediato al estallido. No podía más. El terror me hincó sus dientes de cocodrilo famélico. El nudo me había llegado a la garganta y se me apretaba. Quería gritar. Pero el grito no lograba superar las amarras del pensamiento. Deseaba reventar. Aspas de inmensos molinos castigaban en rapidísimo volteo la atmósfera de mi cerebro. Y habrían estallado si no logro, al fin, aullar, como un presidiario a quien flagelaran:

-¡Mamá!... ¡Mamáaaa... mamacitaaaa!...

Desperté de verdad. Estaba destapado en la cama. Mi madre, alarmada, encendió la vela.

-¡Hijo, hijo!... ¿Qué te pasa, mi hijo?...

Sus plantas peladas sonaron en las tablas. Las ropas de mi lecho

estaban desordenadas. Parecía haber sostenido una lucha con el sueño. El cerebro me saltaba como un sapo. Y el corazón quería arrancármese. Transpiraba. El terror aún se desbordaba en mis párpados.

Sin embargo, ahora, junto a mí, estaba ella, mi madre, dulce, tierna, querida, por sobre todos mis temores.

-¿Qué te pasa, mi hijito?...

Me liberté del miedo bajo sus besos y sus manos tibias. Casi no lo creía. Pensaba que acaso en ese instante precisamente soñara. ¡Eran tan dulces las manos de madre, tan cálida su mirada, tan tibios sus besos suaves, de polen, levísimos! Me apretó contra su corazón. Y lloré allí, lloré mucho, no sé cuánto, hasta alcanzar otra vez una vecindad de inconsciencia.

-¡Mi hijito querido!...

-¡Quizá qué pesadilla tenía este niño, hija!... ¡Parece que se orinó en el sueño!... -habló entrecortadamente mi abuela.

-¡Es cierto -dijo mi madre- aquí está la poza!...

-¡Déjalo que se duerma, mujer, no lo inquietes más!

Felizmente, mi madre no atendió a la insinuación de mi papá. Elena también estaba junto a mí ahora. Y sentía su respiración cálida, hermanada al aliento de mi madre, dolida de suspiros.

-¡Si quiere, me acuesto con él, mamá! -propuso mi hermana.

-¡No -gritó desde su sueño vacilante mi papá-, no; "esa" no tiene derecho a nada!...

Elena no respondió. Largó un llanto inválido, amargo.

Mi mamá debe de haber aprobado lo que ella propuso, porque sentí, en seguida, su cuerpo terso y cordial, metiéndose bajo las sábanas y ropas que me cubrían.

Ya en la cama, Elena me alisó el pelo. Y me apegó a su seno.

Una felicidad azul me habitó las venas, y recordé con fruición mi más temprana infancia, cuando me adormía apegado a aquel mismo pecho, recién creado por el brotar de los primeros atisbos maternos.

Hacía mucho tiempo que no experimentaba la transparente felicidad de aquel instante.

¡Y pensar que era feliz, allegado al sufrimiento de mi hermana, sintiendo el voraz sufrimiento morderle el corazón, lentamente, como a un ritmo quedo y lento de místicos bronce!

Y fue como si me durmiera mecido entre dos aguas sentimentales: mi profunda y tibia soledad y el amargo sufrimiento de Elena, cuyos suspiros oía yo en su pecho, en su misma acongojada raíz, en su mismo desamparado origen, mucho antes de que el tacto del aire y la sombra los estrujaran entre la crispación fría de sus dedos descarnados.

CAPÍTULO QUINTO

La sangre

1

El movimiento huelguístico se posesionó hasta de los más remotos átomos del viento. Rojas voces corrían por los ámbitos en procesiones de fe y esperanza.

-¡Viva la Federación Obrera de Chile!...

-¡Viva!...

Los mítines, las reuniones, llenaban las horas.

Mi padre no llegaba a la casa. Su existencia de estos días se concentró, como la de todos los camaradas dirigentes, en el afianzamiento del triunfo. Ni carros. Ni carretones. Ni ruidos mecánicos.

Sólo hombres llenaban las calles. Y carabineros. Y lanceros.

El depósito, como en la huelga pasada, estaba resguardado por la policía. La calle Mapocho, en toda aquella cuadra, apestaba a guano.

Las mujeres se inquietaron. Ellas no estaban con estas cosas. El aire revolucionario las atemorizaba. Las llenaba de miedo.

-¡Este hombre, Señor -se quejaba mi madre-, yo no sé qué irá a ser de él!...

-mientras dividía una pelota de masa en trozos que más tarde se convertirían en panes.

Esto ocurría en todas las casas. No había pan. Y era preciso suplir su falta con sopaipillas, o con desabridos bollos cocidos en las cocinas sobre latas, o bien con duras tortillas doradas al rescoldo

de los braseros.

El tifus y la viruela, por esos días, recrudescían. Los camiones de la Dirección de Sanidad saltaban por las calles, arrancando de los hogares a los enfermos. Los conventillos se vaciaban de habitantes, en desesperada huida. La inquietud y las lágrimas conquistaban dominios en mitad del pecho humano.

Pero encima de todo, por sobre todo, la inquietud, el dolor, la angustia, los brillosos carbones de la fe, la mística de la esperanza, derramábanse en gritos llenos de luz:

-¡Viva la Federación Obrera de Chile!...

-¡Viva!...

Las calles temblaban.

Un humo azul de rebeldía se desflecaba en los aires. Rechinaban los dientes. Se agitaban como rojas banderas los corazones, desnudando todas sus fibras ilusionadas. Un tiempo de lámparas, de soles que se disputaban el derecho a dispensar sus mejores tibiezas, barría con la bruma de las inquietudes femeninas, arrasaba con el ahogo de los enfermos, calcinaba los huesos de la cobardía.

2

-¡Los polvos olorosos!... ¡Los polvos olorosos!...

Ofreciendo a gritos sus mercancías y tocando su cornetín atravesaba por la galería el hombre vestido de faquir.

-¡Los polvos olorosos!...

El turco, tras él, chillaba por su cuenta:

-¡La feineta fa la yascona!... ¡Lo feine fa lo piojo!...

-¡Las bolsas olorosas!... ¡Las bolsas olorosas!... ¡A chaucha los

ricos polvos!... ¡Las bolsas fragantes!...

Había huelga. Había tifus. Y había viruela.

Pero las niñas siempre se empolvaban. Y las bolsas, de manos del faquir, pasaban como por encanto a manos de las muchachas.

Era sábado. Día de pago de los obreros. La galería, en la tarde de este día, se invadía de charlatanes, de comerciantes. Los semanales, con sus lonjas de percalas y tocuyos, no descuidaban sus ventas. Y los agentes de novelas por entregas iban de pieza en pieza, repartiendo sus impresas mercancías.

-¡No sólo de pan vive el hombre, pues, señora!... -decía un agente espinillento a mí mamá-. ¡Vea usted, señora, esta es la novela más leída de este siglo!

A toda costa quería convencer a mi madre de que se suscribiera al folletín Abandonada en la Noche de su Boda. Le había dejado, días antes, el cuadernillo de muestra, con láminas de colores, por debajo de la puerta, y ahora ponía toda su capacidad persuasiva en el negocio.

-¡Si es una novela, una linda novela Laura!... -llegó alardeando la señora Lucha con el hijo más pequeño en brazos, sucio, de bucles tiesos de comida seca-. ¡Por esta porquería de huelgas es que Bernabé no me ha podido seguir leyendo!...

-¡Los polvos olorosos!... ¡Las bolsas olorosas!...

El faquir volvía con sus gritos y los sonidos destemplados de su cornetín. Los chiquillos, desharrapados, mugrientos, andaban a su siga, riendo, tironeándole los pantalones verdes, de abolsadas piernas. Un semanal volvía también, tras el turco de los peines.

Afuera, la huelga ardía. Los gritos braceaban en la calle. Las ventanas no rendían esta vez como otros sábados. Había un poco de desconsolación en los gritos mecánicos del turco:

-¡Lo feme fa lo fiojo! ¡La feineta fa la yasona!...

Lejos, se escuchaban la música de un organillo, golpeteos de bombo y tintinear de cascabeles.

La señora Lucha intentó evadirse al semanal. Hacía esto siempre, para evitar el pago de la cuota.

-¡No se esconda, señora, no se esconda, si ya la vi!... ¿Por cuánto le hago el recibo? ¿Por cuánto, señora?

-¡Hay huelga, casero, hay huelga!... -rió, cínicamente, la mujer.

-¡Pero, señora!... ¡Cómo es posible!...

-¡Sí, señor, si no hay plata! ¿No sabe que hay huelga?...

Y se metió en el departamento. El hombre guardó, desolado, el talonario. Y bajó la escalera con sus floreadas lonjas de trapos.

Era sábado. Los hombres discutían y gritaban en las calles, frente a las armas de la policía.

3

La noche llegó hosca, sin estrellas, llena de aristas, semejante a caprichoso desecho de cantera. El frío ejercitaba sus puñales. Mas los hombres no lo sentían.

Ardían los ánimos.

Recién se había disuelto un mitin organizado por los panaderos y los tranviarios ante las rejas del depósito. Los alaridos y las protestas ampulaban el viento de la calle. Remecían los harapos de los eucaliptos. Los carabineros y lanceros, prontos a cualquier ataque, afirmaban los pies en los estribos. Los caballos coceaban, tascando el freno. Los jinetes, odiosos, parecían también tascar sus instintos despiertos e insolentes al borde de su don de autoridad.

Los agentes se repartían por las calles del barrio, provocando. La traición del gobierno a sus propios electores era evidente. Se pre-

tendía alterar los ánimos, romper con la serenidad de los trabajadores, alentar desmanes, para dar lugar a la represión sin tapujos.

Fue uno de esos agentes el que llegó detrás del Sebote. El muchacho delincuente tenía la obsesión de los tiros. Y más de alguna vez me topé con él, mientras subía a saltos la escalera, huyendo:

-¡Los tiros, cabro, los tiros!...

Esta vez no alcanzó a gritar. El primero de los cinco balazos por la espalda le decapitó la voz en un ahogo de sangre.

Fue la semilla.

Los tiros descontrolaron a los hombres.

-¡Mataron a un compañero, mataron a un compañero!... -gritó un civil.

-¡Carajo!...

-¡Compañeros, camaradas, nos provocan!

-¡Quieren boche estos mierdas!...

No había ya manera de contener la lucha. Los fogonazos acuchillaban la negrura de la noche. Resbalaban los caballos en la humedad de su propio excremento. Saltaban aullidos. Vociferaciones. Un grupo de maquinistas salía de la galería armado de machetes y palos.

Fue algo rápido. Fulminante. La batahola era infernal.

Huí como un gato huye de un perro, a esconderme. Abajo quedaron los tiros, las imprecaciones, la acción de las lanzas, de las carabinas, de los machetes, de los palos, de los puños.

Desde el cuarto se oía un tumulto ensordecedor, un río de gargantas humanas se precipitaba por las calles, potente, arrollador, brutal. Mi madre se paseaba por el cuarto, gimoteando, mordiéndose. Martina lloraba. Elena no atendía a nada, aferrada a los

barrotes de uno de los catres.

Cuando ya el tumulto de voces hubo pasado, y por la calle se oía sólo el paso de los hombres y sus insultos aislados, mientras huían, seguidos por la autoridad, llegó mi padre a golpes con la puerta.

-¡Laura, Laura, abre, mujer!...

Entraron él y Bustos. Un tropel de zapatos rodaba por la galería, en precipitada fuga.

-¡Pero, Guillermo, por Dios!... -chilló mi madre, soltando el llanto.

-¡Papá, papacito!... -exclamó Elena.

Los dos hombres acezaban. La sangre corría de las narices y de una mano de mi padre. Bustos tenía el cráneo roto. Traía la gorra en la diestra.

-¡Si no es nada, mujer, si no es nada!... ¡Estos carajos, mierda, estos carajos! ¡Qué pensarán!...

Yo me aferraba a las piernas de mi papá. Tenía la convicción de que se iba a morir. Ya Elena le lavaba el rostro. Mi mamá había vaciado el agua de la botella de mesa en el lavatorio, y Bustos se mojaba la cabeza. Era una herida muy pequeña. Pero debía dolerle, pues el hombre arrugaba el ceño, mordiéndose.

-¡Yo creía que lo mataba ese jodido!... -le habló mi padre intentando serenarse-. ¡No sé cómo se libró del culatazo!... ¡La libradita, compañero!...

La sangre ya se le había estancado a Bustos. Se puso la gorra.

-Hay que reunir de todas maneras a la gente, compañero... ¡Hay que acordar algo!... -habló mi padre, mientras Elena le vendaba la mano, llorando.

-¡Qué embromar, esto desconcierta a la gente!... ¡Capaz que se corte el movimiento!... ¡Carajo, traidores, desgraciados!... ¡Y pensar que nosotros llevamos al poder a estos carajos que nos atro-

pellan!...

-¡El movimiento está bien encaminado, camarada!... ¡Los panaderos no van a ceder!

-¡No vayas a salir de nuevo, mi hijo!... ¡No vayas a salir!... -rogó lacrimosamente mi madre-. ¡No te expongas, por favor, Guillermo!...

-Estas cosas son así, mujer, ¡qué diablos!... -explicó mi padre, despojándose del uniforme para ponerse la ropa de paisano-. ¡Aunque no lo quieras, vamos a tener que salir! ¡Hay que reunir a la gente, cueste lo que cueste!...

En la calle reinaba un cerrado silencio, habitado apenas, a ratos por el coceo, los relinchos y los estornudos de las bestias. De pronto, alguna voz suelta saltaba también la raya de la aparente tranquilidad.

Luego se oyeron pasos en la galería. Algunos hombres volvían al campo de la refriega.

-¡No se la llevaron muy pelada los carajos! ¡Junto a los compañeros quedaron botados varios milicos! -habló con tono de satisfacción Bustos.

-¡Embromarnos así, por la pucha!... ¡No hay derecho!... ¡Es increíble!... Mi padre se desató la venda que le había colocado Elena. Se lavó de nuevo la mano.

-Hay que irse con cuidado, camarada. Que no nos vayan a ver... Tiene todo chorreado de sangre el paletó... -dijo mi padre a su compañero.

-Es cuestión de que vayamos con suerte... ¡Lo que es yo, no cejo!... Hay que encontrarse con los dirigentes de los panaderos...

-¡No salgan, por favor; no salgan, por Dios!

-rogaba mi madre.

-¡Déjate de tonterías, mujer! ¡Tenemos que salir y lo vamos ha-

cer!...

-¡No salga, papá, no salga!... -rogó tiernamente Elena a su padre.

El hombre la miró profundamente. Se le había evadido ya el encono en contra de la hija. Le acarició la barbilla.

-¡No hay más remedio!... -habló-. ¡Dejar a los compañeros, ahora, no, ni pensarlo!... ¡Tenemos que salir!...

Mi abuela, arrinconada, olvidada, tiritando, rezaba silenciosamente. Los tiritones de su mano hacían darse de cabezadas a las cuentas de su rosario.

Mi padre se asomó cautelosamente a la ventana. Acababa de llegar la ambulancia en busca de los heridos. Los balcones atestados de curiosos. En la calle, la gente se aglomeraba ya. Los carabineros se paseaban frente al portón principal del depósito, tiesos, indiferentes, como si nada hubiera ocurrido. Algunos guardianes ayudaban a trasladar a los heridos.

-¡Es el momento, es el momento, compañero!... -exclamó jubiloso mi padre.

Bustos se acomodó bien el paletó.

-¡Qué mala pata -le habló a mi padre-, no tener el capote!... ¡Con él podría cubrir la mancha!

-Podríamos pasar por su casa, camarada... Las manchas de sangre se le ven demasiado. ¡Va a tener que cubrírselas!...

Las lágrimas de mi madre y de mi hermana, y aun las mías, no tuvieron ninguna energía para oponerse a la conciencia de los hombres. Firmes en su decisión, estaban tranquilos y dispuestos a la aventura de salir. Hasta se hicieron bromas, suponiendo una posible detención.

-¡No hay que perder la serenidad, mujer!...

-dijo mi papá a su esposa, besándola antes de irse-. ¡Si yo no llego, será porque he tenido mucho que hacer!... ¡Nada de llan-

tos!...

Nos esbozó una sonrisa a todos. Se enrolló al cuello la bufanda. Los dos maquinistas se mostraron francamente serenos a pesar de la gravedad de los hechos. Así salieron.

Desde el balcón, entre nuestras lágrimas, los vimos alejarse por
García

Reyes hacia San Pablo, conversando, como si nada hubiera ocurrido.

-¡Estos hombres, Señor, estos hombres, cualquier día los matan!
-exclamó enjugándose las lágrimas mi mamá, antes de cerrar el balcón.

La noche alargaba sus aristas tétricas. Pan Candeal tocaba sus latas al fondo del sitio vecino. Afuera, escalera abajo, se oían comentarios:

-¡Pobre Sebote!... -dijo alguien con voz dolorida-. ¡Lo mataron como a un perro!...

Pan Candeal llenaba las noches de sonajera. Y los perros comenzaban su doliente concierto.

4

Dos días después, tras las angustias de mí madre, llegó mi papá. Venía feliz, acompañado del compadre Bernabé.

-¡Mañana salimos al trabajo! -dijo abrazando a mi madre. Todos nos hacíamos solidarios de su júbilo.

El movimiento había sido ganado por los panaderos.

-¡Un triunfo de la unidad, caramba, de la unidad solamente! -decía mi papá, palmoteándole la espalda al tío Bernabé.

Se tomó el caldo que le sirvió mi madre, con ansia de años.

-Al fin voy a descansar un poco de preocupaciones -comentó ella, sinceramente contenta.

Elena, meditabunda y triste como de costumbre, tenía los ojos brillantes de lágrimas. Miraba a su padre como si nunca lo hubiera visto, como si recién lo conociera. Él reía, con un fideo colgándole del bigote.

-¡Usted ve, compadre, usted ve cómo, pese a los gobiernos traidores, y pese a todo, se triunfa! ¡La verdad es que el pueblo parece no necesitar sino de buenos dirigentes que pongan su esfuerzo al servicio de la unidad! ¡Los líderes, una vez que se levantan a costillas nuestras, olvidan al pueblo! ...

-¡Es cierto, compadre, el pueblo triunfará solo!... -recalcó el tío.

-¡No tenemos más que defender nuestras organizaciones y afirmar bien los estribos!... ¡Carajo, qué buen caldo!... ¡La tortilla, no más, está un poco desabrida!

-¡Mañana habrá pan ya, pues, compadre, no se aflija! -carcajeó el tío con su garganta de cascabel destemplado.

La tarde estaba llena de luz. El sol rompía la bruma y asomaba hacia la tierra unas cobrizas guedejas de pelos chamuscados.

5

Los albergados, como bestias grises, como enormes asnos de piel sangrante, mas allá de los conventillos, parecían lamerse las llagas a las plantas callosas del otoño. En sus vísceras podridas, los hombres mataban las horas, a la caza del piojo y del mendrugo limosneado. Los rotos pampinos, esmirriados por la espera de días, que ya se alargaban en años, humillaban su existencia en el vórtice macabro de una cesantía forzada, en que el harapo era como si pretendiera cobrar territorios para toda la eternidad, y en el que la bestia recluía lo humano al triste reinado de su pezuña torva. Las manos trabajadoras podrían estirarse inútilmente espe-

ranzadas tras una herramienta de trabajo. El derecho más inalienable se perdía ya para la honra del hombre. Pero se estimulaba el derecho al piojo. Se animaba el hábito a la humillación. Las calles se dolían, lloraban por los ojos lánguidos de los chiquillos hambrientos, expertos en estirar los dedos pedigüños, en alzar la voz en una conquista de piedad y misericordia.

Mas no había surco para la luminosa semilla del sudor. Era el otoño.

Pero era también la vida.

6

La huelga había triunfado. El ánimo colectivo era propicio. Se prestaba el instante para que los albergados salieran a la calle, en exigencia de trabajo a los poderes gubernativos. La situación se hacía ya insostenible y los gremios organizados estaban dispuestos a coadyuvar la acción de los cesantes.

Aquella tarde, los albergues se vaciaron. Elemento de diversas entidades populares acompañarían en su empresa a los trabajadores en receso. Por Bulnes, salió a la Alameda la caravana de albergados de nuestro barrio. La arteria principal metropolitana pareció ensancharse para soportar el alud de haraposos.

Hombres arrastrando el cansancio de sus largos días inactivos. Mujeres de rostros doloridos, de algodinosos pechos pesadamente saltones de doblegados moños, con los pequeños a la rastra, en brazos u ovillados germinando en el agrio cántaro del vientre. Chiquillos de terrosas cabelleras, de rostro ennegrecido por añejas mugres. Todos, en fila de parias, marchaban al encuentro de una palabra para encender su esperanza. Allí marchando, hablando, gesticulando, eran como extraños animales desnutridos, buscando una razón de vida. Volaban sus tiras azotando el rostro seco del otoño, bajo los árboles en orfandad de

hojas. De los tranvías asomaban los rostros asombrados ante el macabro espectáculo de aquellos chilenos de la pampa en paso de desamparo.

Adelante, las mujeres se dieron de pronto al canto:

*Cuando nacen las noches heladas
los palacios de luces se llenan
y los pobres se mueren de pena
en sus chozas sin lumbre y sin pan...*

Era un canto triste, oscuro, desolado. Las uñas de una angustia auténtica de corazón se asomaban en cada verso, en lánguida y triste melodía:

Los burgueses habitan un mundo
por eternos fulgores vestidos,
y los pobres se mueren de frío
en sus chozas sin lumbre y sin pan.

Las voces dispares mutilaban la música. Mas el dolor y la amargura del verso se hincaban en los sentimientos como lancetas de abejas furibundas. Los perros, flacuchos, pringosos, de pelaje roído por la tiña, trotaban a los flancos de la caravana. Olisqueando aquí y allá, al pie de los postes y los árboles, paraban la pata con desgano. Al final, algunos tranviarios charlaban.

Yo no me explicaba por qué mi padre me había traído al mitin. Mi madre se había opuesto.

No obstante, cedió luego a la determinación del hombre. Ahora caminaba yo, de su mano, achatado tras la fila de nortinos.

Los cantos abundaban. Pero no tardaron en reducirse a tumultos de gritos destemplados, que demandaban.

-¡Traaa... baaa... jooo!... ¡¡Trabajo!! ¡¡Trabajo!!!

Las voces subían y bajaban. El aire era como una balanza donde las voces disparejas de los manifestantes se disputaban la supremacía de sus valores.

-¡Queremos trabajo!... ¡Queremos trabajo!... ¡Queremos trabajo!...

-¡¡¡Trabajooo!!!

El sudor empapaba los rostros. Un olor espeso a orines, a excrementos, a transpiración añeja, emanaba de algunos cuerpos. Las voces se cruzaban de instante a instante.

-¡Trabajooo!... ¡¡Trabajo!! ¡¡¡Trabajo!!!

A los pies del monumento de Bernardo O'Higgins la muchedumbre movíase ya como un inquietante oleaje chispeando cantos y gritos. Los harapos mordían cruelmente los cuerpos y las pupilas. Extraños olores afloraban en el ámbito cernido de sol harinoso.

La columna de albergados acompañada del grupo de tranviarios se plegó a aquel oleaje. Alzábanse en medio los rostros rojos de algunos pabellones revolucionarios, con raras inscripciones.

-¡Compañeros, compañeroos!...

Subido en una tribuna improvisada junto al pedestal de la estatua, un hombre joven clamaba porque se le oyera:

-¡Compañeros, camaradas!... ¡Compañeros, vengo, vengo aquí, hasta ustedes, camaradas, en nombre de la Liga Pro Ayuda a los Trabajadores del Salitre!... No soy yo, camaradas, un hombre extraño a vuestros padecimientos, camaradas... Albergado como ustedes en otro tiempo, supe de la humillación tremenda que en cuerpo y corazón vosotros también, hoy, queridos camaradas, estáis sufriendo...

Habló de muchas cosas amargas. Las mujeres lloraban. Las lágrimas fundían su sal a la sal del sudor. Fuertes aplausos rubricaron las dolorosas palabras del hombre.

Fue entonces, después de los aplausos, cuando se anunció el discurso de Abel Justiniano. Miré a mi padre. Le costaba a él superar la fuerza de sus nervios. Palideció cuando el muchacho alzó su figura sobre la tribuna. Se mordía. Se mostraba rabioso entre toda esa multitud de hombres y mujeres de ojos y oídos expectantes.

-¡Camaradas, compañeros!...

Las palabras de Justiniano, a medida que llenaban los segundos, fueron serenando a mi padre. Fue vencido por ellas y terminó por ir asintiéndolas con leves movimientos de cabeza.

Sin embargo, un destino de fatalidad se estiraba como una boa, desperezándose, sobre las vidas allí conglomeradas. Empezaban a llegar gruesos piquetes de guardianes armados. Y aunque nadie se inquietó, porque su presencia era natural en todas las manifestaciones públicas, un hecho incomprensible estaba destinado a determinar la realidad de varios trágicos minutos.

Un alarido de mujer hendió de súbito el aire, barrenándolo violentamente. Y acto seguido, un disparo de carabina derribó del estrado al orador, con la frente rota. La policía comenzó a cercar a la muchedumbre. Desde el ala norte del tumulto, un grupo salió huyendo, en medio de gritos estridentes. Los disparos los siguieron. Cayeron algunos azotándose en los duros adoquines. Varios guardianes, pechando con sus cabalgaduras, se abrían paso entre la muchedumbre.

-¡Paso, paso, carajos; paso, degraciados!...

-¡Rotos de mierda, den pasada!...

Chillaban las mujeres en la apretazón. Lloraban las guaguas. Rezongaban los chiquillos.

Rodeado el gentío, era casi imposible huir. Los que lo intentaban eran seguidos a culatazos. El miedo era como un dolor desesperante en medio de mi pecho. Hubiera llorado. Pero mi padre me asía fuertemente de un brazo. Y su vigoroso contacto me daba

confianza y energía.

-¡No te sueltes, Enrique, estos mierdas quieren charquiarnos!...
¡No te sueltes!...

Los policías no dejaban de espolear a las bestias, abriendo brechas entre los albergados.

Gritos. Alaridos. Imprecaciones.

Nadie se explicaba la actitud de las autoridades. Algunos hombres desprendidos del tumulto trataron de huir. Pero cayeron ahí mismo con las cabezas despedazadas. La indignación alteró a los hombres. La intentona de masacre estaba en evidencia.

-¡Brutos, chanchos!...

-¡Maricones!... ¡Traidores!...

El odio deformaba las facciones esmirriadas. Los guardianes seguían en su labor de brutales taladros espoleando a las cabalgaduras.

-¡Dispersarse, desgraciados!... Dispersarse! ... -gritaban ahora, corriendo culatazos a granel.

Piafaban las bestias a los requerimientos salvajes de las riendas y las espuelas, pateando, atropellando.

-¡Dispersarse, dispersarse, rápido, mierdas!... ¡Rápido, desgraciados!...

Las mujeres aullaban, rodando con los hijos, estallando en llanto. El griterío, las vociferaciones, invadían los aires ensordeciendo. Por otro lado se oían nuevos disparos.

-¡Aquí, camarada!... ¡Aquí!... -gritó Rogelio a mi padre-. ¡Estos maricones nos quieren matar!...

Había un trecho descuidado por la policía. Mi padre me arrastró. Pero era imposible salir. No cesaban de chillar las mujeres, alzando a sus hijos, clamando piedad. Los culatazos llovían. Se doblegaban las cabezas de los chiquillos, convertidas en bolsas

de sangre, a los golpes.

-¡Señor!... ¡Piedad!...

-¡Salvajes, chanchos!... ¡Traidores!...

-¡j!...

-¡Que me matan, Señor!...

-¡Por Dios, estos salvajes!...

Un alud de hombres logró abrirse paso. Y huyó en masa, maldiciendo. Ahora sí mi padre pudo correr. Y me arrastró casi en el aire. Temía caer. Una bestia galopaba tras nosotros. Se oían sus duros cascos contra el pavimento. Se alzaba una carabina encima de nuestras cabezas. Sonó un golpe seco, horrible, en la espalda de mi padre. Se quejó el hombre, con una queja que fue un rechinamiento. Pero no se detuvo.

Lejos, junto a un poste, interrumpimos nuestra carrera. Allí estaba Rogelio.

-¡Compañero!...

Sostuvo a mi padre. Pálido, trémulo, el hombre se quejaba como un animal. Un borbotón de sangre le afloró en los labios.

-¡Desgraciados, maricones!... -aulló Rogelio.

La muchedumbre se dispersaba ahora. Se ensañaban los salvajes golpeando a las mujeres y a los chiquillos. No había piedad. En el suelo, sobre los duros adoquines, los cuerpos inocentes se desangraban con los cráneos abiertos, pisoteados.

Algunos albergados sacaban a relucir sus cuchillos. Un caballo se derrumbó con las tripas colgando. Allí mismo cayó el nortino, reventada

la cabeza a golpes de culata. Un grupo de mujeres huía por el lado sur de la Alameda, desesperadamente. Los guardianes parecían gozarse en su persecución, enarbolando las carabinas.

Dos o tres mujeres cayeron. Las patas de los caballos dieron trágica cuenta de ellas. Los disparos todavía atronaban el espacio: ¡Pum, pum!...

En ligeros minutos, el comicio fue disuelto definitivamente.

De los albergados y de los trabajadores que les acompañaban, no restaba más que una porción de cadáveres: entre guaguas, chiquillos mayores, hombres y mujeres con los cráneos despedazados, con los harapos empapados de sangre, próximo material de carga para el carro de la Morgue.

Los heridos fueron transportados, rápidamente, en ambulancia de la Asistencia Pública.

La autoridad y la traición habían triunfado. Y sus personeros estaban allí, sudorosos, limpiándose las frentes, satisfechos del deber cumplido, altos en sus cabalgaduras entornudantes.

Un nuevo borbotón de sangre, tras toses y quejidos ahogados, habíase precipitado desde los labios de mi padre.

-¡Me jodieron estas mierdas!... -habló apenas, tapándose la boca con el pañuelo.

Pero se negó a ir a la Asistencia.

En una victoria partimos hacía la casa.

Grupos de albergados merodeaban cerca del sitio del suceso. Su amargura y sus tiras eran como el símbolo de su esperanza desvalida.

Yo me sentía extraño, como en el aire. No lloraba. Estaba seco de lágrimas. Mas las pupilas se me desbordaban en imágenes de sangre, de infantes, de mujeres y de hombres miserables cobardemente masacrados. La autoridad había triunfado. Era un bello triunfo. Podían reír ahora.

Los guardianes podían alzar el pecho arrogantes, orgullosos de su gloria.

-¡Y pensar -habló sombría y roncamente Rogelio-, y pensar que fuimos nosotros mismos los que dimos poder a los que atropellan! ¡Traidores, malditos!...

Mí padre tosía. Los cascos de los caballejos que tiraban la victoria marcaban sobre los adoquines de la calle una música hueca de matraca.

-¡Sí traidores -habló mi padre, sosteniéndose el pañuelo en la boca-, traidores!... ¡Y creamos en la democracia, y apoyemos con nuestra fuerza a los maricones de la política!... ¡Se especula con nuestra honradez!...

¡Y nosotros siempre con late puesta en los que saben engañarnos con más bellas palabras!... ¡Traidores!...

Tosió una vez más mi padre.

-¡Sí, de veras -corroboró Rogelio-, se abusa de nuestra honradez y de nuestra sinceridad!... Gastamos nuestra fe creyendo promesas y programas... ¡Perdemos el tiempo, cuando lo único que merece nuestra fe es la Revolución!...

7

Al día siguiente, el barrio se atronó de alaridos:

-¡Abajo los comeaguas!...

-¡Abajo los comeaguas!...

Las mujeres se desparramaban por las calles, con sus tiras y sus lágrimas a la rastra, gritando a todos los vientos, para el oído de los asesinos y del mundo:

-¡Abajo los comeaguas!..

-¡Abajo los comeaguas!...

Y los vientos respondían a la aspiración de las hembras misera-

bles, alistando sus más sonoros clarines:

-¡Abajo los comeaguas!...

-¡Abajo los comeaguas!...

Por muchos días, los guardianes no se atrevieron a andar solos por el barrio. Las mujeres albergadas habíanse convertido en fieras. Dispuestas al crimen para vengar el tremendo crimen.

Y más de una madrugada se supo de algún policía encontrado con las tripas al aire, tirado a la orilla de una cuneta.

CAPÍTULO SEXTO

La esperanza

1

Los días rodaron con los ojos cerrados, famélicos, trágicos. La viruela y el tifus azotaban sin piedad las horas de los hombres. El sol andaba como un potro ciego, cabeceando contra los árboles y las murallas, perseguido obstinadamente por los tábanos de la bruma.

-¡Te jodieron, no más, Guillermo, hombre! -le dijo el doctor Rivas a mi padre-. ¡Suavecito el culatazo que te dio ese carajo! -ironizó en seguida.

-¿Pero qué es lo que tengo, doctor? ¡Hable, no más! -dijo mi padre, animándose a sí mismo.

-Una lesión pulmonar, hombre. Una lesión pulmonar...

-¿Es grave, doctor? -interrogó anhelante mi madre.

-No tan grave, niña, si tu marido se cuida... Se necesita un descanso largo...

-¡Pero, doctor, puchas, carajo, no me embrome!...

-Mira, Guillermo, hombre, te voy a decir, esto no es cosa de ahora. Tú, de a poco, te has venido jodiendo... Tus trabajos gremiales, tus trasnochadas, te estaban haciendo mal...

-¡No embrome, doctor!...

-Lo que oyes, hombre... El culatazo ese no hizo más que apresurar algo que tenía que suceder.

-¡No puede ser, doctor, no puede ser! -roncó mi padre-. ¡Necesito trabajar, doctor!

-Mira, Guillermo, viejo, no sacas nada con chillar. Quédate tranquilo en cama hasta que yo te diga.

-¡Qué jodienda, doctor!

-Mira, viejo, si en unos quince días no empiezas a notar mejoría con los remedios de esta receta, te voy a conseguir cama en el hospital.

-Pero, ¿es para tanto, doctor, es para tanto?... -habló, lloriqueando, mi madre-. ¿Es para tanto?...

-No, niña, no te inquietes. En el hospital se le podrá atender mejor que aquí. Vamos a probar primero aquí en la casa.

El silencio zurció los labios maternos. Mí padre tenía la vista baja. Se sentía oprimido.

-Nada de amarguras, viejo... Con un empeñito, te vas a quedar nuevo... - carcajeó el doctor-. Hasta luego... se despidió, tomando su maletín. Estuvimos largo rato pensativos, junto al lecho de mi papá.

La voz desolada del hombre cortó el silencio:

-¡Otra vez embromado, carajo, otra vez embromado! ¡No hace tres años que me jodí, y ahora, de nuevo, la cama!

Mi madre lloraba.

-¡Será de Dios que sea así! -dijo, dolorosamente resignada.

-¡Qué Dios, carajo, véngame con Dios, encima de todo!...

El bastón de la abuela, como siempre, golpeaba el piso lo mismo que un perro rascándose. Miraba hacia nuestro lado con sus ojos medio entelados. Parecía no pensar ni pronunciar nada. Pero yo sabía que estaba rezando. Volvía para nosotros otro tiempo de niebla y de lágrimas.

2

Ante sus padres, Elena se mostró indiferente cuando leyó en primeras páginas de un diario aquella mañana:

*TRÁGICO EPÍLOGO DE UN COMICIO
UN POETA Y UN CABALLO MUERTOS
LOS HECHOS*

La personalidad de Abel Justiniano

Como se informó al público en nuestra edición de ayer, debería efectuarse en la tarde, en la Alameda, al pie del monumento de O'Higgins, una reunión de obreros del salitre, actualmente albergados en la capital, con el fin de llamar la atención de los poderes gubernamentales hacia su situación de cesantía.

Desgraciadamente, cuando se daba principio a tal reunión, hechos que más adelante expondremos, pusieron trágico fin a ella, teniendo que lamentar, como consecuencia de la imprudencia de algunos sujetos revoltosos, el sangriento deceso del conocido poeta Abel Justiniano, aparte de varios heridos cuyos nombres

Ni una lágrima. Solamente un leve temblor de labios. Sin embargo, a escondidas, no fue sólo una la vez que yo la sorprendí enjugándose los ojos. Se tomó taciturna, más que de costumbre, y parecía llena de temores. Cada vez que se la hablaba sobresaltábase. Ella, llena siempre de una simple y triste ternura, mostrábase ahora poseída de una angustia que se revelaba en cada uno de sus gestos.

Aquella noche, sí, mi madre la sorprendió sollozando. La señora aprovechó aquella oportunidad para hablarla:

-Elena -le dijo-, no has sacado nada con ocultar lo que te pasa.

Mi hermana se le encaró violentamente. Los ojos parecían saltársele.

-No sé qué quiere decir, mamá...

-¡No ganas nada con negar, Elena!... ¡Tú vas a tener un hijo!...

Mi padre se esperaba esa escena. Seguramente, estaba de acuerdo con mi mamá para provocarla. Se mostraba sereno, atento a la respuesta de la hija. Sufría tal vez, pero nada se suponía en su semblante, fuera del mal que lo aquejaba. Elena se quedó con las palabras en suspenso. Se mordía

el índice, ingenuamente, tristemente, temblando. El instante se hacía embarazoso ya, cuando se decidió a alzar la vista. De súbito sintió menoscabado su derecho a ser madre, y gritó con las entrañas, con los pechos, con todo el corazón, dignamente:

-¡Sí, sí, voy a tener un hijo!... ¡¡Y lo tendré!!

Y se aferró sus manos a la cabeza, llorando con una amargura espinosa, doliente.

Fue como un orgulloso desafío de hembra.

Frente a él esperé ver reaccionar tercamente a mi padre, como tantas veces lo había hecho. Hubo otro silencio largo. Y sólo cuando Elena alzó los ojos llorosos, sollozante, extrañada de que no se la condenara, el hombre se desprendió de sus palabras.

-¡Sí, Elena, vas a tener ese hijo!... -exclamó con voz profunda, sufriente, de hombre sollamado en pleno pecho.

-¡Guillermo -gritó mi madre-, no puede ser, ¿oyes?, no puede ser!... Y se precipitó hacia él.

Mi padre no la atendió. Acaso fuera la primera vez en la vida que mí padre no tomará en cuenta a su compañera.

-¡Elena, Elenita! -habló tiernamente a mi hermana, con esa ternura tan suya, cálida y ronca.

Mi hermana no lograba salir de su estupor. Fue hacia él, no obs-

tante. Quedaron frente a frente, mirándose los rostros tristes: él sentado en el lecho; ella, de pie a su orilla.

-Sí, Elena, aunque te parezca extraño, soy yo el que quiere que tengas ese hijo!... -confirmó el hombre rotundamente, pero con metales tiernos siempre en la voz.

La atrajo hacia sí. La besó largamente en la frente.

-¡He sufrido mucho por todo lo que te ha pasado, Elena!... ¡Hiciste mal, muy mal! ¡Pero te has portado como mujer, ahora sobre todo! ¡No te creía tan mujer, hija!... ¡Mereces ese hijo!...

No había risa en el rostro de mi padre. Pero una secreta satisfacción, una profunda alegría parecía inundarlo en el instante de pronunciar aquellas palabras.

-¡Papá!...

Ella, la hija, no besó al padre. Lo miró solamente con una hondura alumbrada de emoción.

-¡Sí -repitió todavía él-, vas a tener ese hijo!...

-¡No puede ser, Guillermo! -insistió mi madre.

-¿No? ¿Por qué no puede ser? -exclamó mi padre.

-¿No comprendes, Guillermo?... ¿No comprendes?... ¡La gente! ¡Parece que no supieras cómo es!...

-¡Qué me importa a mí la gente! ¡Esa gente que tú dices, mira, Laura...!

-¡Pero, Guillermo.

-¿Es que le debo algo?... ¿Es que le debemos algo a esa gente?... - interrogó con sarcasmo mi padre-. ¿Es que porque estoy en la cama esa gente trabaja para mí?... ¡Si no fuera por el Consejo! ¡Carajo! ¡No, Laura, quédate con esa gente, sigue interesándote por sus lenguas!...

¡Elena va a tener ese hijo!... Si ella no lo quisiera, Laura, las co-

sas cambiarían...

-¡No comprendes Guillermo!...

-¡Sí, sí comprendo, Laura, tus escrúpulos!... No tienen razón de ser....

-¡Me confundes, mi hijo!... ¡No sé qué te pasa!... Mi padre sonrió.

Cerca de la mesa, el bastón de mi abuela castigaba el suelo incesantemente, como un perro contumaz dando batida a las pulgas. Elena lloraba en el hombro del padre. Él se mostraba feliz. Y algo como lágrimas también se escurría por los pelos de su rostro.

3

-¡Enrique Quilodrán!

Me sentí desconcertado.

-Te están llamando, cabro... ¿O no quieres plata?... -me habló un obrero grandote, peludo, batiendo los labios abultados.

Los demás se reían.

-¡Si es que tiene miedo porque va a tener que "pagar el piso"!...

-¡¡Enrique Quilodrán!!

El pagador asomaba la cabeza fuera del mesón. Yo me acercaba ahora tímidamente.

-¡Chitas, cabro, ooh, ni rico que fueras! ¡Toma, revisa el sobre! Son cinco pesos....

Mi mano temblaba. Temblaban mis labios. Temblaba todo. Me emocionó profundamente percibir aquel dinero. No sé qué de extraño le encontraba a todo aquello. A las cosas mismas. A mis camaradas de trabajo.

-¡Chitas que eres sentimental! ¡Puchas, cabrito! -me habló el obrero peludo, manoseándome la nuca, después de encender un

pitillo. La verdad es que yo estaba a punto de llorar.

-Ahora, a pagar el piso, pues, hermanito!...

No me daba cuenta exacta de lo que significaba aquello. Suponía que tenía que invitarlos a beber algo, para celebrar aquel mi primer sueldo. Pero tenía la seguridad de que mi edad me dejaba fuera del compromiso.

Fue así, en efecto. Después de embromarme durante un rato, mientras caminábamos por Mapocho, los compañeros me golpearon la espalda.

-¡No te asustes, cabrito! ¡No tienes para qué pagar piso tú! ¡Qué hacemos nosotros con cinco pesos de chicha, oooh! ¡Y con este trío!... Reían a carcajadas, francas, camaradas.

Me separé de ellos en Cueto.

Había trabajado cinco días en aquella fundición.

-Me gustaría trabajar... Mi papá está jodido, de veras... -le había dicho al Chueco Avilés, no sé por qué, acaso sin darme cuenta de la significación de mis pretensiones.

-Oye, mira, Quilo, ¿sabes que mi tío te podría ocupar en su taller?... Me interesé verdaderamente.

-¡Háblale, Chueco!...

El tío de Avilés era un hombronazo de anchas espaldas, gibado, de voz ronca, simpático.

-Ven mañana, si quieres.... Te voy a pagar un peso al día...

Me sentía musculoso, ancho, recio, como un hombre grande... Estaba feliz.

No dije nada en mi casa. Las reprensiones, por esta época, comenzaban a dolerme muy de veras y decidí atrasar lo más posible los retos que podía despertar la actitud que había arrojado.

Ahora trepaba la escalera de la galería. Mi intranquilidad tornába-

se temblor. El corazón se me agitaba como un pabellón azotado por un viento iracundo. La escalera se quejaba. Entré encogido, temeroso, sin saber qué decir.

En nuestro cuarto estaba el doctor Rivas. Había examinado recién a mi padre.

-No hay caso, viejo, no hay caso, vas a tener que hospitalizarte.

-¡No me embrome, doctor, por la pucha!...

-¡Lo siento, hombre! Pero tiene que ser así...

-¡Qué joder!... -rugió el hombre.

-Mala pata, viejo... Pero son cosas naturales, hombre. No creas que será largo el tratamiento.

-En todo caso, doctor, usted sabe, mi gente... Yo necesito trabajar... No voy a estar toda la vida a costillas del Consejo... No, doctor, esto es muy embromado para mí...

-Mira, viejo, serénate, no te desesperes... Es una cosa irremediable, no sacas nada con alterarte.

-Sí, lo comprendo, doctor... Pero es que cuando uno se sabe responsable, esto es jodido...

-Esa misma responsabilidad te obliga a ponerte en tratamiento... ¡Y no sigamos en esto viejo, que no sacamos nada!... Te vas al hospital, y listo!... -terminó el doctor, palmoteándole un hombro a mi padre.

Mi mamá lloraba en silencio, a los pies del catre. Elena estaba peinando a mi abuela.

-¡Chita que estás quedando encachada viejita! -exclamó ahora el doctor, cordialmente yendo hasta mi abuela, aparentando alegría.

Ella, la vieja, rió con su risa añosa de matraca.

-¡Este doctor, este doctor! -dijo, despacio.

Mi padre estaba hundido en el lecho. Y más que en el lecho, den-

tro de sí mismo, rumiando todas sus exasperaciones, mordiéndose.

-Tu mamá me lo contó todo, Elena... -dijo el médico a mi hermana-. Ven para acá...

La muchacha se acercó al doctor con la peineta en la mano, con un poco de temor. En la morena palidez de su rostro, los signos de la preñez comenzaban a mostrarse en informes manchas oscuras.

-Tu mamá me lo contó todo... -repitió el doctor, acariciando la barbilla de mi hermana-. No es broma ser mamá, chiquilla. ¿Sabes?... ¡Vas a tener que ser valiente!...

Ella rió dulce y tiernamente

-Lo sé, doctor, lo sé -pronunció apenas, soltando ahora un llanto lento, desde las entrañas, un llanto sin sollozos, de necesario desahogo.

El médico estuvo frente a ella con los párpados arrugados, con las pupilas fijas, profundas, humedeciéndose poco a poco. Daba la impresión de que iba a largar el llanto de súbito. Pero se volvió de improviso. Tomó el maletín. Y se despidió.

-¡Hasta luego!... Mañana vengo a verlos...

-habló con voz roncamente melancólica-. ¡Cuidate, chiquilla!- insinuó a mi hermana, desde la puerta, mirándola con las pupilas tristes, con no sé qué de renunciación.

Desde la escalera, todavía nos llegó su voz cordial de hombre:

-¡Salud, colega de la sotana!

Saludaba al padre Carmelo, que no tardó en pasar hacia el interior de la galería. Iba, sin duda, a ver a la tísica, la madre de Armando, que se había agravado por esos días.

Los sollozos de mi madre me dolían en pleno pecho. Mas aquel dolor que me golpeaba huyó azotado por la represión paterna:

-¡Uno jodido, todo jodido, y el jovencito faltando a la escuela! ¿Ven acá, Enrique!... -me gritó el hombre.

En la voz ruda se le vaciaba toda la rabia, despertada por su transitoria incapacidad para trabajar.

Me acerqué. Mis temores recrudecieron. Temblaba pestañeando.

-¡Enrique... -siguió perorando mi padre, lleno de ira, con las pupilas convertidas en cuchillos-. ¿Dónde has estado yendo? ¿Dónde? ¡Eres un indolente! ¿Por qué no has ido al colegio?

Mi madre se me había acercado. Yo no decía nada. Hermético, con la cabeza baja, no sabía realmente qué replicar. Mi padre esperaba una respuesta mascando la cólera.

Miré por fin a mi madre. No dije nada. No podía decir una sola palabra. Un nudo tembloroso se me apretaba cruelmente en la garganta como una garra.

Eché la mano al bolsillo.

Y alargué el dinero a mí madre.

Un largo silencio nos corroyó el sentimiento a todos.

Las palabras, de existir, se habrían ahogado al instante. Tampoco me atreví a mirar. Había, sí, un rechinamiento de hierros sentimentales en ese universo pequeño de vida encuadrado en las paredes de nuestro cuarto; un rechinamiento de hierro viejo, un bullir silencioso de sangre, una lenta transmutación de emociones.

Debía ser mi abuela la que hablara. Sólo ella.

Su voz se alzó, pisando las aristas de cada uno de sus años, frondosa, florida de humanidad:

-¡Tienes que persignarte con esa plata, Laura!... ¡Es la primera plata ganada por tu hijo!...

Y mi madre se persignó.

Yo no podía soportar el peso de mis sentimientos. Las lágrimas se me aferraban ya a las pestañas.

Salí. Tras de mí, el pecho de un hombre pareció liberarse de un moho tormentoso en un sollozo grueso, crujiente, sollozo de acero desvalido que pateó la mentira azul de mi infancia.

Afuera, más allá de la escalera, la calle parecía más ancha. El sol pateaba los ámbitos, desencadenando su instinto de espeso oro. No había otoño en aquel momento. El aire estaba lleno de rumores. Como agua. Como río. Oloroso a sangre confortante de eucalipto. El mediodía lucía el pecho robustamente azul de un cielo puro, sin nubes, sin brumas.

Debía haber hombres en la calle. Chiquillos. Mujeres. Pero mi vida la sentí, de pronto, sujeta solamente a mis manos y a mi corazón. No ya los temores. No ya nada que no fuera esa fuerza grandiosa de hierro chorreando fuego, vida y estrellas en los moldes del trabajo.

Miré mis manos. Manos de palmas con ampollas secas, donde el callo cobraba ya sus dominios. Y no vi nada, nada, sino el reflejo del sol, concentrando su noble existencia en los espejos calientes que me rodaron de los ojos, cobardes ya para lucharLE al sentimiento.

FIN

Santiago (Chile), invierno 1940 – invierno 1941.